

A monochromatic teal-toned image of a woman's back and neck. Her hair is pulled back, and a hand is gently resting on her right shoulder. Faint, dark, sketchy lines are drawn across her back, forming the shape of large, feathered angel wings. The overall mood is ethereal and artistic.

La dama del Arcángel

Una novela de
EL GREMIO DE LOS CAZADORES

NALINI SINGH



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

La cazavampiros Elena Deveraux y su amante, el arcángel Rafael, han regresado a Nueva York solo para enfrentarse a una terrible amenaza. Las señales del mal están por todas partes: una inusual oleada de asesinatos perpetrados por vampiros asola Manhattan, inexplicables tormentas oscurecen el cielo, la tierra tiembla compulsivamente y el arcángel ha caído presa de una rabia incontrolable...

Un ser terrible y milenario está a punto de despertar.

Un ser terrible y milenario está a punto de despertar.

Rafael y sus arcángeles tienen poco tiempo para encontrarla y evitar que consuma su venganza. Ha vuelto para reclamar a su hijo y tan solo una persona se interpone entre ella y su presa: Elena, la dama del arcángel.

Porque cuando los ángeles se vengan,
los inocentes pagan el precio más alto de todos.

L≡LIBROS

Nalini Singh

La dama del arcángel

Para todo aquel que alguna vez
ha soñado con volar, y para todos
los que han volado conmigo

Envuelta en las sombras sedosas de la noche más profunda, Nueva York seguía siendo la misma y, a la vez, completamente distinta. En su día, Elena había contemplado desde la ventana de su adorado apartamento cómo los ángeles remontaban el vuelo desde la columna iluminada de la Torre. Ahora ella misma era uno de aquellos ángeles, y estaba encaramada en lo alto de una terraza sin barandilla, sin nada que evitara una caída mortal.

Salvo que, por supuesto, Elena ya no caería.

Ahora sus alas eran más fuertes. Ella era más fuerte.

Tras extender aquellas alas, tomó una honda bocanada del aire de su hogar. Una fusión de esencias (especias y humo, humanos y vampiros, aromas terrenales y sofisticados) la llenó con la fiebre salvaje de una tormenta de bienvenida. Su pecho, tenso durante tanto tiempo, se relajó por fin y le permitió estirar las alas al máximo. Había llegado el momento de explorar aquel lugar tan familiar que se había vuelto extraño, aquel hogar que de repente resultaba nuevo.

Se lanzó en picado desde la terraza y sobrevoló Manhattan con la ayuda de las corrientes de aire que suavizaban el frío mordisco de la primavera. La exuberante estación verde había derretido la nieve que había mantenido en trance a la ciudad durante el invierno y se había convertido en el centro de atención, ya que el verano no era siquiera un rubor color melocotón en el horizonte. Era la temporada de la renovación, del nacimiento de las flores y de los pajarillos, de todo lo brillante, joven y frágil... incluso en aquella ciudad frenética y ajetreada que nunca dormía.

Mi casa, pensó. Estoy en casa.

Permitió que las corrientes de aire la llevaran allí donde quisieran sobre aquellas luces como diamantes que salpicaban la ciudad. Probó sus alas. Probó sus fuerzas.

Más fuerte.

Pero todavía débil. Una inmortal recién creada.

Una cuyo corazón seguía siendo mortal.

Así pues, no fue una sorpresa para ella descubrirse flotando ante el mirador de su apartamento. Aún no tenía la habilidad necesaria para ejecutar aquella maniobra, así que no dejaba de caer y de elevarse con rápidas sacudidas de las

alas. Con todo, los aleteos le habían permitido ver lo suficiente para saber que, aunque el cristal destrozado había sido reparado a la perfección, las habitaciones estaban vacías.

Ni siquiera había una mancha de sangre en la alfombra que marcara el lugar donde había derramado el fluido vital de Rafael, donde había intentado contener el flujo carmesí hasta que sus dedos tuvieron el mismo tono asesino.

Elena.

Las esencias del viento y de la lluvia, frescas y salvajes, estaban a su alrededor, dentro de ella. De pronto, las manos fuertes de Rafael le sujetaron las caderas para mantenerla sin esfuerzo en aquella posición a fin de que pudiera mirar a través de la ventana. Elena aplastó los dedos contra el cristal.

Vacío.

No quedaba ni rastro del hogar que había creado pedazo a pedazo con tanto amor.

—Tienes que enseñarme a quedarme suspendida en el aire —le dijo, aunque tuvo que obligarse a hablar a pesar de la sensación de pérdida que le cerraba la garganta. Solo era un lugar. Solo eran cosas—. Sería una buena forma de espiar a objetivos potenciales.

—Tengo intención de enseñarte muchas cosas. —El arcángel de Nueva York tiró de ella para estrecharla contra su cuerpo, con lo que las alas de Elena quedaron atrapadas entre ambos, y luego apretó los labios sobre la punta de su oreja—. Estás llena de congoja.

Mentir era un instinto, una forma de protegerse, pero su arcángel y ella habían dejado de mentir.

—Supongo que esperaba que mi apartamento siguiera aquí. Sara no me dijo nada de esto cuando me envió mis cosas. —Y su mejor amiga jamás le había mentido.

—Sara solo estuvo aquí poco después de que tú te marcharas —dijo Rafael, que se apartó lo suficiente para que ella pudiera extender las alas y acomodar su cuerpo a las corrientes de aire una vez más. *Ven, quiero mostrarte algo.*

Las palabras estaban en su mente, junto con el viento y la lluvia. No le había pedido al arcángel que saliera de su cabeza, porque sabía que no estaba dentro. El hecho de que pudiera sentirlo en su interior y hablar con él con tanta facilidad formaba parte de aquello que los había atado el uno al otro, de aquella emoción tortuosa y tensa que, mediante latigazos flamígeros, arrancaba viejas cicatrices y creaba nuevas vulnerabilidades en el alma.

Sin embargo, Elena no sentía pesar mientras veía volar a su arcángel, una criatura de alas blancas y doradas con los ojos de un azul infinito e implacable, a través de la sensual neblina del cielo que cubría la ciudad. No deseaba dar marcha atrás, no quería regresar a una vida en la que jamás había sido estrechada por los brazos de un arcángel, en la que jamás le habían desgarrado el

corazón para convertirlo en un órgano mucho más fuerte, capaz de emociones tan intensas que en ocasiones la asustaban.

¿Adónde me llevas, arcángel?

Paciencia, cazadora del Gremio.

Elena sonrió. El dolor por la pérdida de su apartamento quedó enterrado bajo una oleada de regocijo. Rafael no dejaba de repetirle que ahora su lealtad estaba con los ángeles y no con el Gremio de Cazadores, pero al final siempre revelaba de algún modo cómo la veía: como una cazadora, como una guerrera. Bajó en picado tras él y se elevó después a través de la hiriente frescura del aire batiendo las alas con sacudidas fuertes y bruscas. Los músculos de su espalda y de sus brazos protestaron ante semejantes acrobacias, pero se lo estaba pasando demasiado bien como para preocuparse; pagaría por ello unas horas después, sin duda, pero en aquellos instantes se sentía libre y protegida en la oscuridad.

—¿Crees que alguien nos está observando? —preguntó, jadeante a causa del ejercicio, una vez que volvieron a estar el uno al lado del otro.

—Tal vez. Pero la oscuridad ocultará tu identidad por el momento.

Elena sabía que al día siguiente, con la llegada del alba, comenzaría el espectáculo. Un ángel creado... Incluso los vampiros más antiguos y los propios ángeles la contemplaban con curiosidad. Sabía a ciencia cierta cómo reaccionaría la población humana.

—¿No puedes hacer eso aterrador que haces siempre y obligarlos a mantener las distancias? —A pesar de lo que acababa de decir, sabía que no era la reacción del público general lo que le preocupaba.

Su padre... No. No pensaría en Jeffrey. Aquella noche no.

Mientras se obligaba a desterrar todo pensamiento sobre el hombre que la había repudiado cuando apenas tenía dieciocho años, Rafael sobrevoló el Hudson y descendió de una manera tan rápida y brusca que Elena no pudo contener un chillido. El arcángel de Nueva York volaba de manera increíble: pasó a ras del agua, tan cerca que podría haber deslizado los dedos sobre la superficie gélida de haberlo deseado, antes de ascender casi en vertical.

Se estaba exhibiendo.

Para ella.

Elena sonrió, encantada.

Descendió para reunirse con él a menor altitud. Las ráfagas de viento nocturno agitaban los mechones de ébano sobre su rostro, como si no pudiesen resistir la tentación de tocarlo.

No serviría de nada.

—¿El qué? —Fascinada por la belleza brutal de aquel hombre, de aquel arcángel al que se atrevía a considerar su amante, había olvidado lo que le había preguntado.

Que los ahuyentara... No eres de esas mujeres que llevan bien los encierros.

—Mierda. Tienes razón. —Se encogió cuando los músculos de su hombro empezaron a contraerse a modo de ominosa advertencia—. Creo que tendré que bajar dentro de poco. —Su cuerpo había resultado dañado durante la lucha con Lijuan. No mucho, y las heridas ya habían sanado, pero el período obligado de descanso le había hecho perder gran parte de la masa muscular que había desarrollado antes de la batalla... La batalla que había convertido Pekín en un cráter en el que solo se oía el silencioso grito de los muertos.

Casi hemos llegado a casa.

Elena se concentró en avanzar en línea recta y se dio cuenta de que él había cambiado de posición para permitir que ella cabalgara su estela, lo que significaba que ya no debía realizar mucho esfuerzo para mantenerse en lo alto. El orgullo le hizo fruncir el ceño, pero también sintió una profunda calidez al saber que era alguien importante para Rafael. Más que importante.

Y un momento después vio la enorme mansión del arcángel, situada en la cima de una colina al otro lado del río. Aunque las tierras limitaban por detrás con el Hudson, el lugar quedaba protegido de las miradas curiosas por una gruesa franja de árboles. De cualquier forma, ellos llegarían desde lo alto, y desde allí el edificio parecía una joya incrustada en la aterciopelada oscuridad. Había un cálido resplandor dorado en todas las ventanas, un resplandor que se transformaba en pulsos de color cuando los rayos de luz incidían sobre las sencillas líneas de las vidrieras situadas a un lado del edificio. Los rosales no resultaban visibles desde aquel ángulo, pero Elena sabía que estaban allí, con brillantes y exuberantes hojas que resaltaban contra el elegante color blanco de la casa, y cientos de capullos preparados para abrirse en una profusión de colores en cuanto la temperatura se suavizara un poco.

Siguió el descenso de Rafael cuando este aterrizó en el patio. La luz que atravesaba las vidrieras transformó las alas del arcángel en un calidoscopio de azules salvajes, verdes cristalinos y rojos rubí.

Podrías haber aterrizado en una de las terrazas, le dijo, demasiado concentrada en asegurarse un buen descenso para pronunciar las palabras en voz alta.

Rafael no lo negó, pero esperó a que se reuniera con él en el suelo para explicarse:

—Podría haberlo hecho. —Mientras ella plegaba las alas, apoyó las manos con delicadeza en la curva de su cuello para poder acariciarle la parte interna del ala derecha—. Pero en ese caso, tus labios no habrían estado tan cerca de los míos.

Elena flexionó los dedos de los pies cuando se sintió arrastrada hacia él. El placer invadió su estómago.

—Aquí no —murmuró con voz ronca—. No quiero escandalizar a Montgomery.

Rafael borró sus palabras con un beso rotundo que le hizo olvidar al mayordomo. Su cuerpo empezó a acalorarse con la ardiente sensualidad de la anticipación.

Rafael...

Estás temblando, Elena. Estás agotada.

Nunca estoy demasiado agotada para tus caricias.

Se había vuelto adicta a él, y aquello la aterraba. Lo único que lo hacía soportable era que el arcángel también sentía un deseo brutal, casi violento, por ella.

Notó una ráfaga de tormenta en sus sentidos antes de que Rafael se apartara con una febril promesa sexual.

Más tarde. Una caricia lenta e íntima a lo largo de la curva superior del ala. *Me tomaré mi tiempo contigo.* Tenía los labios entreabiertos, y sus palabras resultaron incendiarias.

—A Montgomery le encantará tenerte como señora.

Ella se lamió los labios, intentó empezar a respirar... y percibió el rápido martilleo de su corazón contra las costillas. Sí, aquel arcángel sabía besar.

—¿Por qué? —consiguió preguntar al final. Dio un paso para situarse a su lado mientras él avanzaba hacia la puerta.

—Tienes cierta tendencia a ensuciarte y a destrozar tus ropas con cierta regularidad. —El humor de Rafael era seco y su voz, una caricia exquisita en la noche—. Por esa misma razón le encanta tener a Illium aquí de vez en cuando. Ambos le daís mucho trabajo que hacer.

Elena compuso una mueca de burla, pero las comisuras de sus labios se alzaron.

—¿Illium se reunirá con nosotros?

El ángel de alas azules formaba parte de los Siete de Rafael, el grupo de ángeles y vampiros que habían jurado lealtad al arcángel de Nueva York... hasta el punto de estar dispuestos a dar la vida por él. Illium era el único de los Siete que no consideraba su corazón humano como una debilidad, sino como un don. Y Elena veía en él la clase de inocencia que los demás inmortales parecían haber perdido.

La puerta se abrió en aquel momento para dejar al descubierto el rostro sonriente del mayordomo de Rafael.

—Sire —dijo el hombre con un marcado acento británico que, como Elena sabía muy bien, podía volverse frío e intimidatorio cuando así lo deseaba—. Es una alegría tenerlo en casa.

—Montgomery. —Rafael colocó una mano sobre el hombro del vampiro mientras pasaba.

Elena sonrió al mayordomo, encantada de volver a verlo.

—Hola.

—Señora.

Ella no pudo evitar parpadear unas cuantas veces al oír su respuesta.

—Lláname Elena —señaló con firmeza—. No soy señora de nadie salvo de mí misma. —Pese a que había decidido trabajar al servicio de un arcángel, Montgomery era un vampiro fuerte, con cientos de años.

La columna del mayordomo se puso rígida como una tabla y sus ojos se clavaron en Rafael, quien esbozó una sonrisa.

—No deberías escandalizar de ese modo a Montgomery, Elena. —Estiró el brazo para tomar su mano y se la estrechó con fuerza—. ¿Le permitirías quizá que se dirigiera a ti como «cazadora del Gremio»?

Elena alzó la vista, convencida de que el arcángel bromeaba. No obstante, su expresión era sincera y sus labios mantenían su acostumbrada elegancia sensual.

—Bueno... sí, por supuesto. —Asintió en dirección a Montgomery, aunque no pudo evitar preguntar—: ¿Te parece bien?

—Por supuesto, cazadora del Gremio. —Realizó una pequeña reverencia—. No estaba seguro de si desearían cenar, sire, pero he enviado una pequeña bandeja a sus aposentos.

—No necesitaremos nada más esta noche, Montgomery.

Mientras el mayordomo se retiraba sin hacer el menor ruido, Elena contempló con creciente recelo el jarrón chino situado en un rincón del vestíbulo, justo enfrente de la vidriera que había junto a la puerta. Estaba decorado con un diseño de girasoles que le resultaba muy familiar. Soltó la mano de Rafael y se acercó más... y más. Abrió los ojos de par en par.

—¡Esto es mío!

Se lo había regalado un ángel en China, después de completar un trabajo de caza particularmente peligroso, un trabajo que la había llevado hasta las entrañas del inframundo de Shangai.

Rafael colocó los dedos sobre la parte baja de su espalda... Un hierro al rojo vivo.

—Todas tus cosas están aquí. —Esperó a que ella levantara la mirada antes de añadir—: Se trasladaron a esta casa para protegerlas hasta tu regreso. No obstante —agregó al ver que ella permanecía en silencio, con un nudo de emoción en la garganta—, parece que Montgomery no pudo contenerse en lo que a ese jarrón se refiere. Me temo que siente una perturbadora debilidad por las cosas hermosas, y suele resituarse los objetos si a su parecer no se encuentran en un lugar apropiado para una adecuada apreciación. En cierta ocasión «resituó» aquí una antigua escultura que se encontraba en el hogar de otro arcángel.

Elena clavó la vista en el pasillo por el que el mayordomo había desaparecido en refinado silencio.

—No te creo. Es demasiado decente y remilgado para hacer algo así. —Era

más fácil decir eso, tomárselo con humor, que aceptar la tensión que embargaba su pecho, los sentimientos atascados en su garganta.

—Te sorprenderías... —Le acarició la espalda de nuevo y la instó a avanzar por el pasillo hacia un tramo de escaleras—. Vamos, podrás ver tus cosas por la mañana.

Elena frenó en seco en la parte superior de las escaleras.

—No.

Rafael evaluó su expresión con aquellos ojos que ningún mortal podría poseer jamás, un silencioso recordatorio de que nunca había sido humano, de que jamás sería nada parecido a un mortal.

—Cuánta determinación... —La condujo hasta una estancia que había cerca de la habitación del señor de la casa y abrió la puerta.

Todas las cosas de su apartamento estaban cuidadosamente apiladas. Los muebles estaban enfundados; los adornos, guardados en cajas.

Se quedó paralizada junto al marco de la puerta, sin saber muy bien cómo se sentía: el alivio, la furia y la alegría batallaban en su interior. Siempre había sabido que no podría regresar al apartamento que se había convertido en su guarida, y en otras muchas cosas, después del abandono de su padre. El apartamento no había sido diseñado para seres con alas... pero la pérdida le había dolido. Muchísimo.

No obstante...

—¿Por qué?

Las manos de Rafael se cerraron alrededor de su cuello en un gesto cargado de posesividad.

—Eres mía, Elena. Si decides dormir en otra cama, yo me limitaré a recogerte y a traerte de vuelta a casa.

Palabras arrogantes. Pero era un arcángel. Un arcángel al que ella había reclamado como suyo.

—Siempre que reconozcas que eso es válido para los dos...

Queda reconocido, cazadora del Gremio. Le dio un beso en la curva del hombro mientras tensaba los dedos con mucha suavidad sobre su nuca. *Ven a la cama.*

La excitación la sacudió con fuerza. Su cuerpo conocía a la perfección el placer que podían proporcionarle aquellas manos fuertes y letales.

—¿Para que podamos charlar sobre dagas y vainas?

Una risotada masculina y sensual, otro beso, una caricia con los dientes. Sin embargo, Rafael la soltó y la observó en silencio mientras se adentraba en la habitación. Elena alzó una funda para deslizar los dedos sobre el delicado edredón bordado de su antigua cama. Luego avanzó para revisar el tocador, donde había una caja llena de preciosas botellitas de cristal y cepillos colocados con mucha delicadeza. Se sentía como una niña; necesitaba asegurarse de que todo estaba

allí, y aquella necesidad era tan visceral que casi le hacía daño.

Mientras se rendía a aquel anhelo emocional, su mente le mostró imágenes enterradas de otro regreso a casa, del trauma y la humillación que le habían abrasado la garganta cuando descubrió sus cosas tiradas en la calle, como si fueran basura. Nada borraría jamás aquel dolor, el dolor de saber lo poco que significaba para su padre, pero aquella noche Rafael había aplastado el recuerdo bajo el peso de una acción mucho más poderosa.

No se hacía ilusiones con respecto al arcángel. Sabía que lo había hecho por la razón que le había explicado: para que no sintiera la tentación de utilizar su apartamento como un refugio. Sin embargo, si aquella hubiese sido su única motivación, podría haber tirado sus cosas al contenedor de basuras. En lugar de eso, todos y cada uno de sus objetos habían sido empaquetados con esmero y trasladados hasta allí. Algunos de ellos habían quedado a la intemperie cuando la ventana se hizo añicos aquella noche, pero aun así estaban en perfecto estado, lo que denotaba una meticulosa restauración.

Con el corazón en un puño al saberse tan apreciada, dijo:

—Ahora podemos irnos. —Regresaría después y decidiría qué hacer con todo aquello—. Rafael... Gracias.

Él le rozó el ala con la suya en una caricia silenciosa mientras entraban en los aposentos del dueño de la mansión. Nadie más veía aquella parte de Rafael, pensó Elena mientras observaba al arcángel, que se acercó a la cama y empezó a desnudarse sin encender las luces. La camisa se apartó de su cuerpo para dejar al descubierto aquel pecho magnífico que ella había besado más de una vez. De pronto, el peso abrumador de las emociones se desvaneció y fue sustituido por una avalancha de necesidad.

Rafael levantó la vista en aquel momento. Sus ojos tenían un brillo terrenal, un brillo que evidenciaba que había percibido la excitación de ella. Elena decidió dejar la charla para después, y ya había empezado a quitarse también la camiseta cuando, de repente, algo la sobresaltó. La lluvia... no, no era lluvia lo que golpeaba la ventana como una ráfaga de balas, sino granizo. Podría haberlo pasado por alto, pero los pequeños proyectiles de hielo repiqueteaban sin cesar contra el cristal.

—Debe de ser una tormenta. —Bajó las manos a los costados y se acercó a una de las ventanas después de comprobar que las puertas correderas de la terraza estaban cerradas. Frente a ella, los relámpagos rasgaban el cielo en encarnizadas descargas y los vientos salvajes azotaban el edificio con una furia implacable. El granizo se convirtió en una lluvia torrencial en un abrir y cerrar de ojos—. Nunca había visto desatarse una tormenta tan rápido, con tanta violencia.

Rafael se situó junto a ella, y en su torso desnudo se dibujó el diseño que las gotas de lluvia trazaban en la ventana. Al ver que él no decía nada, Elena alzó la vista y descubrió que los ojos del arcángel se habían llenado de sombras

turbulentas, como un inesperado reflejo de la tormenta—. ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que yo no veo? —Porque la expresión de sus ojos...

—¿Qué sabes sobre los últimos desastres climáticos ocurridos en el mundo?

Elena siguió con la mirada el descenso de una gota de agua por el cristal.

—Vi un parte meteorológico cuando estábamos en la Torre. El reportero dijo que un tsunami acababa de azotar la costa este de Nueva Zelanda, y que las inundaciones en China eran cada vez peores. —Al parecer, Sri Lanka y las Maldivas ya habían sido evacuados, pero se estaban quedando sin lugares para reubicar a la gente.

—Elijah me ha dicho que se han producido varios terremotos en su territorio —Rafael se refería al arcángel de Sudamérica—, y teme que al menos uno de los volcanes principales esté a punto de entrar en erupción. Y eso no es todo. Michaela me ha contado que la mayor parte de Europa tiembla bajo el azote de una tormenta de hielo impropia de esta estación, una tormenta tan bestial que amenaza con matar a miles de personas.

Los músculos de los hombros de Elena se tensaron ante la mención de la más hermosa (y la más venenosa) de los arcángeles.

—Al menos Oriente Medio —dijo mientras se obligaba a relajarse— parece haber escapado a lo peor de la catástrofe, por lo que vi en las noticias.

—Sí. Favashi está ayudando a Neha con los desastres ocurridos en su región.

Elena sabía que la arcángel de Persia y la de la India habían trabajado juntas en ocasiones anteriores. Y de momento, aunque Neha odiaba a casi todos los componentes del Grupo, parecía capaz de tolerar a Favashi; quizá porque la otra arcángel era mucho más joven.

—Todo esto significa algo, ¿no es así? —preguntó. Se dio la vuelta y colocó la mano sobre el pecho ardiente de Rafael mientras las sombras de las gotas de lluvia recorrían su piel—. Me refiero a todas estas alteraciones climáticas extremas.

—Hay una leyenda —murmuró Rafael, que extendió las alas para acomodarla contra su cuerpo, como si quisiera protegerla—. Dice que las montañas se estremecerán y los ríos se desbordarán mientras el hielo cubre el mundo y la lluvia inunda los campos. —Bajó la vista para mirarla con aquellos ojos de un azul metálico imposible—. Y todo esto pasará... cuando un anciano despierte.

A Elena se le erizó todo el vello del cuerpo al oír el tono gélido de su voz.

Elena se sacudió el frío que había impregnado sus huesos.

—¿Te refieres a los durmientes?

Rafael le había hablado sobre aquellos de su raza tan antiguos que habían llegado a hartarse de la inmortalidad. Los llamados ancianos se tendían y cerraban los ojos para caer en un sueño muy profundo del que solo despertaban cuando algo los impelía a regresar al estado de consciencia.

—Sí. —Una única palabra que contenía un millar de cosas no pronunciadas.

Se inclinó más hacia él y le rodeó la cintura con un brazo. El dorso de sus manos rozaba las sedosas plumas masculinas, un gesto de increíble intimidad entre un arcángel y un cazador.

—No es posible que siempre se produzcan estas alteraciones. Debe de haber unos cuantos que duermen, ¿no?

—Sí. —Su voz adquirió el típico matiz distante que servía como máscara para un inmortal que había vivido un milenio y varios siglos más—. Esto que presenciamos podría ser el renacimiento de un arcángel.

Elena contuvo el aliento mientras una idea tomaba forma en algún lugar recóndito de su mente.

—¿Cuántos arcángeles duermen?

—Nadie lo sabe con seguridad, pero ha habido varias desapariciones a lo largo de nuestra historia. Antonicus, Qin, Zanaya. Y también...

—... Caliane —concluyó ella en su lugar. Cambió de posición para poder verle la cara sin tener que romperse el cuello. A su arcángel se le daba muy bien ocultar sus emociones, pero Elena estaba aprendiendo a interpretar los minúsculos cambios en aquellos ojos que habían visto más amaneceres de los que ella podía imaginar, que habían presenciado el nacimiento y la caída de varias civilizaciones.

En aquel momento, con la espalda apoyada en el frío cristal, no protestó cuando Rafael colocó las manos sobre la ventana a ambos lados de su cabeza y se inclinó hacia ella. Se limitó a deslizar los dedos desde su pecho musculoso hasta sus caderas para anclarlo al presente, a ella, mientras le preguntaba sobre una pesadilla.

—¿Si tu madre despierta lo sabrías?

—Cuando era niño —su piel estaba caliente, pero sus ojos reflejaban un tono metálico inhumano— teníamos un vínculo mental. No obstante, desapareció cuando crecí y ella se sumió en la locura. —Perdió la mirada en algún punto situado a la espalda de Elena, en aquella noche negra como el carbón.

Elena estaba acostumbrada a luchar por lo que necesitaba, por lo que deseaba. Había tenido que hacerlo para sobrevivir. Y aquello la había endurecido. Sin embargo, lo que sentía por aquel hombre, por aquel arcángel, era una necesidad más fuerte y poderosa, una necesidad que le otorgaba una perspicacia que solo como cazadora nunca habría tenido.

—Basta.

Una mirada silenciosa ribeteada de una fina capa de escarcha. Una escarcha formada por la miríada de ecos oscuros que revoloteaban en la memoria del arcángel.

—Si permites que su recuerdo destruya esto —añadió, negándose a dejarse intimidar—, que destruya lo que hay entre nosotros, dará igual que Caliane sea o no la durmiente. El daño estará hecho... y lo habrás hecho tú.

Se produjo un silencio largo y tenso, pero estaba claro que había conseguido atraer toda la atención de Rafael.

—Tú —dijo él mientras extendía las alas para impedir que viera el resto de la estancia— me manipulas.

—Yo cuido de ti —lo corrigió ella—. Igual que tú cuidaste de mí esta mañana, cuando no me dejaste responder a la llamada de mi padre. —Cuando aquello sucedió, Elena se había puesto impertinente, pero solo porque estaba preocupada. Y odiaba estar preocupada. Sobre todo por las heridas que Jeffrey Deveraux repartía con tan cruel despreocupación—. Ese es el trato, así que aprende a soportarlo.

Rafael deslizó el pulgar por su mejilla.

—¿Y si no lo hago? —Una pregunta fría.

—Deja de buscar pelea. —Elena sabía qué era lo que lo agobiaba: que la locura de sus padres se manifestara un día en su propia mente y lo convirtiera en un monstruo. Pero ella jamás permitiría que ocurriera algo semejante—. Si caemos, caeremos juntos. —Un sutil recordatorio. Una promesa solemne.

Elena...

Rafael colocó la palma de una mano sobre sus costillas, justo por debajo de los pechos, mientras trazaba el contorno de sus labios con el pulgar de la otra mano en una suave caricia.

—Si tu madre despertara —murmuró ella. De pronto, la camiseta le rozaba los pezones—, ¿qué le ocurriría?

—Algunos dicen que un sueño largo sana la demencia de la edad, así que quizá pudiera volver a formar parte del Grupo. —Sin embargo, su voz decía que no creía que aquello fuera posible.

—¿El resto del Grupo intentará localizarla para matarla antes de que eso ocurra?

—Aquellos que duermen son sagrados —respondió Rafael—. Herir a un durmiente es violar una ley tan antigua que forma parte de nuestra memoria racial. Con todo, no existe ninguna ley que prohíba una búsqueda.

Elena sabía sin necesidad de preguntarlo que su arcángel llevaría a cabo dicha búsqueda. Lo único que podía esperar era que no descubriera una pesadilla de carne y hueso.

—Hablaré con Jason —añadió Rafael—. Quiero saber si ha escuchado algún rumor sobre este asunto que todavía no haya llegado a mis oídos.

—¿Ya está curado? —El jefe de espionaje de Rafael había resultado herido en la misma violenta explosión de poder que había destruido la ciudad y había aplastado a Elena contra el suelo—. ¿Y Aodhan? —Los dos ángeles se habían negado a abandonarla para ponerse a salvo, aunque eran más rápidos y fuertes. Incluso mientras caían hacia el suelo inclemente, la habían protegido con su cuerpo para llevarse lo peor del golpe.

—Si tú lo estás —respondió Rafael mientras deslizaba la mano hasta su cintura—, está claro que ellos ya no presentan herida alguna.

Porque ella era una inmortal recién creada y Jason tenía centenares de años. Con respecto a Aodhan no estaba segura: era un ser tan «extraño» que resultaba difícil decirlo. Aunque el hecho de que formara parte de los Siete de Rafael hablaba por sí solo.

—Pekín... ¿Hay alguna señal de recuperación? —La ciudad solo existía en los recuerdos después de los sucesos de aquella noche sangrienta; habían muerto tantas personas que Elena no podía pensar en ello sin sentir una opresión en el pecho, una carga pesada, negra y teñida con el sabor de la muerte.

—No. —Una respuesta rotunda—. Pasarán siglos antes de que la vida vuelva a echar raíces en ese lugar.

La extraordinaria capacidad de poder que quedaba implícita en aquel comentario resultaba amedrentadora. De repente, Elena fue consciente de la fuerza del hombre que la estrechaba en un abrazo; en un abrazo que ella jamás podría romper si él decidía mantenerla prisionera. Debería haberse asustado. Pero si había una cosa que sabía con certeza era que con Rafael cualquier lucha sería a plena luz. No habría dagas en la oscuridad, ni hojas de acero ocultas tras una máscara civilizada... como si ocurría con las palabras hirientes de otro hombre que en su día había asegurado amarla.

Sintió un aguijonazo en el alma.

—No puedo evitar a mi padre para siempre —le dijo al tiempo que apoyaba la espalda en el cristal una vez más. El frío de la ventana resultaba casi doloroso contra las alas—. ¿Qué crees que dirá cuando me vea? —Por lo que Jeffrey sabía, Rafael había salvado su cuerpo maltrecho y moribundo convirtiéndola en

vampiro.

Rafael sujetó la mandíbula de su cazadora con una mano y colocó la otra detrás de su cabeza.

—Te verá como una oportunidad. —Palabras honestas, porque él nunca le mentiría—. Como una forma de conseguir acceso a los pasillos del poder angelical.

De haber sido por él, a esas alturas Jeffrey Deveraux estaría pudriéndose en una tumba desconocida, pero Elena amaba a su padre a pesar de la crueldad del hombre.

En aquel momento, Elena se abrazó y sus palabras, cuando llegaron, fueron como fragmentos de un dolor que se desgarraba.

—Conocía la respuesta antes de preguntar... pero una parte de mí no puede evitar albergar la esperanza de que quizá esta vez llegue a amarme.

—Del mismo modo que yo no puedo evitar albergar la esperanza de que mi madre despierte y sea de nuevo la mujer que me cantaba canciones de cuna que dejaban al mundo embelesado. —La estrechó en un abrazo demoledor y apretó los labios contra su frente—. Los dos somos unos estúpidos.

Un trueno restalló en aquellos instantes, y un relámpago iluminó la siniestra oscuridad que había al otro lado del panel de cristal. Un relámpago que arrancó destellos plateados al cabello de Elena y convirtió sus ojos en mercurio. Aquellos ojos, pensó Rafael mientras bajaba la cabeza para apoderarse de sus labios, cambiarían con el paso de los siglos hasta llegar a adquirir el aspecto que tenían bajo la luz de la tormenta.

Ven, cazadora del Gremio. Es tarde.

—Rafael. —Un susurro íntimo contra sus labios—. Tengo mucho frío.

La besó de nuevo y acercó una mano a su pecho. Luego la llevó al núcleo de una tempestad mucho más exigente en su hambre arrolladora que los vientos que aullaban fuera.

La pesadilla regresó aquella noche. Elena debería haberlo supuesto, pero se vio arrastrada a tal velocidad hasta las ruinas sangrientas de lo que una vez había sido el hogar de su familia que no tuvo oportunidad de reaccionar.

—No, no, no... —Cerró los ojos en un infantil gesto de desafío.

Pero el sueño la obligó a abrirlos. Y lo que vio la dejó paralizada, con el pulso frenético del pánico palpitando en la garganta.

No había cuerpos destrozados sobre un suelo resbaladizo cubierto de rojo. Sangre. Había sangre por todas partes. Más sangre de la que había visto jamás.

Fue entonces cuando comprendió que, después de todo, no se encontraba en la cocina donde habían asesinado a Ari y a Belle. Estaba en la cocina del Caserón, la casa que su padre había comprado después de que sus hermanas... Después. Cacerolas resplandecientes colgaban de ganchos situados en un largo estante de madera; un frigorífico enorme zumbaba discretamente en el rincón. El

horno era un edificio de acero brillante que siempre la había aterrado y con el que había guardado las distancias.

Aquella noche, sin embargo, ese acero estaba cubierto de una capa de color rojo óxido que le provocó arcadas, que le hizo tambalearse y apartar la mirada... Hacia los cuchillos. Estaban por todas partes. En el suelo, sobre la encimera, en las paredes. Todos chorreaban, todos mostraban gruesas gotas del más intenso de los rojos... y otras cosas más carnosas.

—No, no, no... —Elena rodeó con los brazos aquel cuerpo suyo delgado y frágil, propio de una niña, mientras paseaba la mirada por aquella estancia de pesadilla en busca de un refugio seguro.

La sangre y los cuchillos se habían desvanecido.

La cocina estaba imaculada una vez más. Y hacía frío. Muchísimo frío. Siempre hacía mucho frío en el Caserón, aunque encendieran la calefacción.

Un cambio en el sueño... Se había equivocado, pensó. Aquel lugar frío no estaba imaculado, después de todo. Había un zapato de tacón alto sobre una baldosa blanca.

Luego vio la sombra en la pared, balanceándose de un lado a otro.

—¡No!

—Elena. —Unas manos que le sujetaban los brazos con fuerza. El aroma limpio del mar en su mente—. Cazadora del Gremio.

Las palabras atravesaron los vestigios del sueño y la arrastraron de vuelta al presente.

—Estoy bien. Estoy bien. —Las palabras salieron de forma abrupta, como inconexas—. Estoy bien.

Rafael la estrechó entre sus brazos cuando intentó saltar de la cama. Elena no sabía para qué quería salir de la cama, pero tenía claro que nunca conseguía recuperar el sueño cuando los recuerdos la atormentaban con tanta fuerza.

—Necesito...

El arcángel cambió de posición para cubrirla casi por completo y extendió las alas a fin de encerrarla en una oscura y sensual intimidad.

—Calla, *hbeebi*. —El cuerpo masculino, muy pesado, constituía un efectivo escudo que la protegía de la sombra balanceante que la había acosado a través del tiempo.

Cuando Rafael agachó la cabeza y empezó a murmurarle palabras más apasionadas en el idioma que formaba parte de su herencia materna, Elena alzó los brazos y le rodeó el cuello con la intención de acercar su cabeza, con la intención de ahogarse en él. No obstante, Rafael la estrechó con fuerza y se incorporó sobre un brazo para poder mirarla.

—Cuéntamelo.

Después del día en que su familia quedó destrozada, Elena siempre se había cerciorado de abrazar a Beth para asegurarse de que su hermana pequeña no

notaba el frío. Sin embargo, nunca había tenido a nadie que la abrazara a ella; nadie que hiciera añicos el bloque de hielo que se formaba alrededor de sus órganos durante las horas posteriores a una pesadilla. Por esa razón, tardó un tiempo en pronunciar las palabras. Pero Rafael era inmortal. La paciencia era una lección que había aprendido mucho tiempo atrás.

—No tenía sentido —dijo al final con una voz desgarrada, como si hubiera estado gritando—. Nada tenía sentido.

Su madre no había hecho lo que había hecho ella en la cocina. No. Marguerite Deveraux había atado la soga con mucho cuidado a la barandilla que rodeaba la primera planta. Su hermoso y brillante zapato de tacón había caído sobre el suelo de cuadros blancos y negros que cubría el majestuoso vestíbulo del Caserón.

Un zapato de color rojo cereza; un zapato que durante una fracción de segundo había llenado de esperanzas el corazón de Elena. Por un instante creyó que su madre había regresado con ellos, que por fin había dejado de llorar... que por fin había dejado de gritar. Luego miró hacia arriba. Y vio algo que nunca se borraría de su mente.

—Todo estaba mezclado.

Rafael no dijo nada, pero ella sabía con absoluta seguridad que contaba con toda su atención.

—Creí... —dijo mientras apretaba los hombros masculinos con las manos—. Creí que las pesadillas desaparecerían cuando matara a Slater. Ese monstruo nunca volverá a hacer daño a las personas a las que quiero, así que ¿por qué no han desaparecido? —Las palabras sonaron temblorosas, pero no por el miedo, sino por una rabia tensa e implacable.

—Son nuestros recuerdos los que nos hacen ser quien somos, Elena —respondió Rafael, como un eco de algo que ella misma le había dicho una vez—. Incluso los más siniestros de todos.

Elena extendió una mano sobre su pecho para sentir los latidos de su corazón. Fuertes, regulares, constantes.

—Nunca olvidaré nada —susurró—. Pero desearía que los recuerdos dejaran de atormentarme. —Se sentía como una traidora por decir algo así, por atreverse a desear algo semejante cuando Ari y Belle habían vivido la pesadilla en sus propias carnes. Cuando su madre había sido incapaz de escapar de ella.

—Lo harán. —Su tono destilaba sabiduría—. Te lo prometo.

Y puesto que jamás había incumplido ninguna de las promesas que le había hecho, Elena permitió que la abrazara durante el resto de la noche. El amanecer introducía ya sus delgados dedos de tonos rosados y dorados cuando la dulzura del sueño la atrapó en sus redes.

Sin embargo, la paz duró solo un parpadeo. O eso le pareció a ella.

Elena.

Una ola rompiendo en su cabeza, un fresco efluvio de tormenta.

Aún adormilada, Elena abrió los ojos y descubrió que se encontraba sola en aquella cama bañada por el sol. Las nubes de tormenta habían desaparecido y habían dejado paso a un cielo sorprendentemente azul.

—Rafael. —Un vistazo al reloj le confirmó que era media mañana. Se frotó los ojos y se sentó en la cama—. ¿Qué pasa?

Ha ocurrido algo que requiere tus habilidades.

Sus sentidos despertaron de golpe a causa de la emoción. Sus músculos mentales se flexionaron con la misma sensación entre el dolor y el placer que sintió cuando levantó los brazos y arqueó la espalda para desperezarse.

¿Adónde quieres que vaya?

A un colegio de la zona norte. Se llama Eleanor Vand...

Elena dejó caer los brazos y sintió un nudo en el estómago, de puro terror.

Sé cómo se llama. Mis hermanas van a esa escuela.

Evelyn, de diez años, fue la primera en verla. Sus ojos se abrieron de par en par cuando Elena se despidió del ángel que la había escoltado hasta aquel lugar por la vía más rápida y desplegó las alas para mantener el equilibrio durante el aterrizaje en el patio delantero de la elegante escuela de primaria. Tan solo unas cuantas hojas marrones errantes alteraban la perfección del césped, de un verde aterciopelado. Su descenso originó diminutos tornados verdes y castaños, pequeños remolinos airados.

Tras replegar las alas, Elena saludó a la más pequeña de sus medio hermanas con una inclinación de cabeza. Evelyn hizo ademán de levantar una mano para devolverle un saludo titubeante, pero Amethyst, tres años mayor, sujetó aquella mano y tiró de Evelyn para situarla a su lado. Sus ojos azul oscuro, tan parecidos a los de su madre, le advirtieron a Elena que guardara las distancias.

La cazadora entendía aquella reacción.

Después de que la echara de casa, Jeffrey y ella no habían hablado durante más de una década. No habían hablado hasta poco antes de que tuvieran lugar los violentos sucesos que la habían llevado a despertarse con unas alas con los tonos de la medianoche y el amanecer. Y antes de ser repudiada, Elena había pasado un tiempo encerrada en un internado. En consecuencia, no había tenido ningún contacto con sus medio hermanas. Sabía de su existencia, al igual que ellas sabían de la suya, pero más allá de eso eran desconocidas.

Ni siquiera había semejanzas en su aspecto que insinuaran algún lazo familiar: Elena tenía el cabello casi blanco, la piel del tono del atardecer marroquí y una estatura elevada; las niñas, en cambio, poseían el exquisito cabello negro azabache y la constitución menuda de su madre; además, tenían una preciosa piel color crema que habría quedado a la perfección en las rosas inglesas. Evelyn tenía una figura aún infantil, más regordeta, pero su estructura ósea era la de Gwendolyn, elegante y aristocrática.

Las dos esposas de Jeffrey habían dejado su marca en sus descendientes.

Tras apartar la vista de los dos pequeños rostros que la observaban con una mezcla de recelo y acusación, se fijó en el resto de las personas que llenaban el porche. Había unas cuantas chicas agrupadas justo detrás de Evelyn y Amethyst, todas vestidas con el uniforme blanco y marrón del colegio. También había

algunos adultos, que debían de ser profesores. Elena no vio ni rastro de Rafael por ningún sitio, lo que significaba que o bien estaba en el interior del impresionante edificio de ladrillos color crema, o bien se encontraba al otro lado de sus muros cubiertos de hiedra, en el enorme patio interior que las niñas solían utilizar para jugar, sentarse en el césped o almorzar.

Elena lo sabía porque lo había investigado. El hecho de que ellas tres solo tuvieran en común los fríos lazos de la sangre de Jeffrey carecía de importancia. Evelyn y Amethyst eran sus hermanas, y debía cuidar de ellas. Si alguna vez la necesitaban, podrían contar con ella... algo que Ari y Belle no habían podido hacer.

Con el corazón cubierto por un millar de esquirlas de metal, cada una como una puñalada, empezó a dirigirse hacia la entrada. Fue entonces cuando vio que Evelyn daba un tirón para desprenderse de la mano de su hermana y corría hacia las escaleras delanteras para reunirse con ella.

—No eres un vampiro.

Elena se mecía sobre los talones cuando oyó el tono desafiante de aquella pequeña de expresión rebelde y puños apretados.

—No —replicó.

Tras un abrasador instante de intercambio de miradas, ambas grises, Elena tuvo la sensación de que la estaban evaluando.

—¿Quieres saber lo que ha ocurrido? —preguntó Evelyn al final.

Elena frunció el ceño, echó un vistazo al porche y no vio a nadie que hiciera ademán de avanzar. Los adultos parecían tan traumatizados como la mayoría de las niñas. Volvió a concentrarse en su hermana y tuvo que luchar contra el impulso de tocarla, de abrazarla.

—¿Hay algo que quieras contarme?

—Fue horrible. —Un susurro. No había otra cosa que horror en aquel rostro delicado que todavía era el de una niña, y no el de la mujer en la que se convertiría un día—. Entré en el dormitorio y había sangre por todas partes, y Celia no estaba allí, aunque se suponía que habíamos quedado. Y no pude encontrar a Bets...

—¿Fuiste tú quien descubrió lo ocurrido? —Una necesidad de protección brutal desnudó sus dientes. No, pensó, no... Los monstruos no le robarían a otra hermana—. ¿Qué fue lo que viste? —Tenía un nudo en las entrañas, y la bilis ascendía por su garganta.

—Después de eso, nada —confesó Evelyn, y Elena se sintió tan aliviada que se dejó caer de rodillas—. La señora Hill me oyó gritar y me arrastró fuera casi de inmediato. Luego nos obligaron a quedarnos aquí fuera, y oí unas alas... pero no vi a tu arcángel.

En aquel instante, Elena vislumbró un destello de astucia en esos ojos grises que le recordó la de Jeffrey. Aquello le provocó un doloroso pinchazo en el

pecho... porque ella también era hija de su padre, al menos en alguna parte de su alma.

—Me encargaré de todo —prometió—. Pero necesito que regreses con Amethyst y te quedes con ella hasta que averigüe qué es lo que ocurre. —Si Rafael la había avisado, estaba claro que se trataba de un vampiro renegado.

Evelyn se dio la vuelta y corrió hacia el porche, donde se situó junto a la rígida figura de su hermana.

Rafael.

Por un instante, lo único que oyó fue un silencio infinito. Ninguna voz teñida con la arrogancia propia de alguien que ha vivido más de mil años. Ni el susurro del viento, ni la lluvia en su cabeza. Poco después, restalló el trueno con tal fuerza y poder que estuvo a punto de tambalearse. Aquel era el poder de Rafael.

Vuela sobre el primer edificio y...

No puedo. Ya he aterrizado.

Elena aún no estaba lo bastante fuerte para realizar un despegue vertical, algo que requería no solo una considerable fuerza física, sino también una gran destreza.

Entra por la puerta principal. Encontrarás el camino.

La certeza que teñía la voz de Rafael (y saber qué era lo único que podía haberle dado aquella certeza) hizo que Elena enderezase la espalda y notara un retortijón en el estómago. Tuvo que realizar un esfuerzo considerable para rechazar aquellas sensaciones y concentrarse en la caza que tenía pendiente. Pegó las alas a la espalda a fin de que no rozaran de forma inadvertida a ninguno de los que se amontonaban en el porche, subió los escalones y recorrió un suelo antiguo construido con ladrillos idénticos a los del edificio en sí.

Los susurros la rodeaban por todas partes.

—Creí que había muerto...

—... vampiro...

—¡No sabía que se podían crear ángeles!

Luego oyó los chasquidos que anunciaban la puesta en marcha de las cámaras de los teléfonos móviles. Aquellas imágenes llenarían la web en cuestión de minutos, o de segundos, y los medios informativos no vacilarían a la hora de atacar después de eso.

—Bueno —murmuró entre dientes—, al menos servirá para anunciar mi presencia. —Ahora solo tendría que enfrentarse al follón de los medios, que a buen seguro la arrollarían como un puñetero tornado.

Susurros de hierro en el aire.

Levantó la cabeza de pronto, ya que sus sentidos se habían agudizado para rastrear aquel vestigio que hablaba de sangre y violencia. Lo siguió y avanzó por el pasillo desierto, que tenía una alfombra de color borgoña y las paredes cubiertas por fotografías que mostraban clases de décadas anteriores, con

remilgados estudiantes apiñados. Continuó hasta unas escaleras que se curvaban de forma sinuosa hacia la izquierda.

Si bien el edificio era antiguo y de cimientos fuertes, el pasillo estaba lleno de luz. Y descubrió el motivo de tanta iluminación cuando se detuvo en el primer escalón y alzó la mirada. En el techo había una magnífica claraboya abovedada de cristal, ribeteada en oro y cubierta por unas cuantas ramas de hiedra. Las hojas parecían esmeraldas incrustadas en el cristal. Sin embargo, no fue eso lo que llamó su atención.

Hierro de nuevo, tan denso, potente e intenso que solo podía proceder de una cosa.

Muerte.

—Arriba.

Sorprendida, Elena se volvió y se encontró a una mujer esquelética ataviada con un elegante traje de un color entre el verde oliva claro y el gris. Aquel tono resultaba casi duro en contraste con su piel pálida, blanca como el papel.

—Soy Adrienne Liscombe, la directora —dijo la desconocida al ver la mirada interrogante de Elena—. Estaba revisando el edificio para asegurarme de que todas las niñas habían salido ya.

Tras fijarse en las señales de las puertas que se abrían en el lado derecho del pasillo, Elena dijo:

—¿Este es el edificio de las oficinas?

—Esta planta —respondió la señora Liscombe con palabras rápidas y precisas—. La segunda planta alberga la biblioteca y aulas de trabajo para las chicas. Más arriba se encuentran algunos dormitorios, y en la cuarta planta hay más dependencias. Somos un hogar para muchas de nuestras alumnas, y las oficinas del personal son como pequeños apartamentos, ya que una parte significativa de nosotros también vivimos aquí. Una chica puede bajar desde su habitación en cualquier momento para hablar con un miembro del personal.

Elena comprendió que, pese a su correcta pronunciación, su traje immaculado y sus elegantes joyas de oro, la directora estaba divagando. Muy consciente de lo que podía haber reducido a semejante estado a una mujer que parecía ser dueña de una naturaleza fuerte, dijo:

—Gracias, señora Liscombe. —Ahogada como estaba en la acerba esencia de la sangre, y de otros fluidos más espesos y viscosos, le costó bastante conseguir que su voz sonara agradable—. Creo que las chicas necesitan sus consejos allí fuera.

Un brusco asentimiento que arrancó destellos plateados al brillante cabello de la mujer.

—Sí. Sí, debería marcharme.

—Espere. —Tenía que hacerle la pregunta—. ¿Cuántas de sus pupilas han desaparecido?

—Todavía no ha podido realizarse un recuento completo. Lo haré ahora mismo. —La mujer enderezó los hombros y recuperó la calma profesional en respuesta a aquel cometido concreto—. Algunas de las chicas han salido de excursión, y tenemos el número habitual de ausencias, de modo que realizaré una verificación y haré una lista.

—Por favor, háganosla llegar en cuanto sea posible.

—Por supuesto. —Una pausa—. Celia... debería estar aquí.

—Comprendo. —Al subir los escalones de madera barnizada que hablaban de otra época anterior a la de los pasos amortiguados de la directora, Elena recordó que debía mantener las alas alzadas. Todavía no le resultaba un gesto natural, pero ya se le daba mucho mejor que cuando despertó del coma. Al principio, su motivación había sido no arrastrarlas por la suciedad de las calles de Manhattan.

Aquel día necesitaba recordarlo por una razón mucho más siniestra.

Cuando entró en el pasillo de la tercera planta, pasó por alto los exquisitos cuadros al óleo que evidenciaban dinero y clase para rastrear el hedor del hierro y el miedo hasta la habitación del fondo, una habitación en la que había un arcángel con unos ojos de un color azul despiadado.

—Rafael.

Se detuvo e intentó respirar. La intensidad del empalagoso aroma amenazó con asfixiarla cuando se fijó en las sábanas manchadas de sangre, en el charco oscuro ribeteado de rojo que había en el suelo, en el indescriptible graffiti carmesí de las paredes.

—¿Dónde está el cadáver? —Porque tenía que haber un cadáver. Un ser humano no podía perder tanta sangre y sobrevivir.

—En el bosque —respondió él en un tono que le erizó el vello de la nuca. Era un tono muy, muy calmado—. La arrastró hasta allí para darse un festín, pero derramó la mayor parte de la sangre en este lugar.

Elena enderezó la espalda para librarse de la sensación de lástima. La compasión ya no le serviría de nada a Celia... y a ella le impediría realizar bien su trabajo, hacer justicia.

—¿Por qué me pediste que entrara? —Si debía rastrear al vampiro, lo mejor sería empezar por el último lugar donde había estado.

—Descubrieron el cadáver flotando en un pequeño estanque. Es probable que el vampiro se lavara allí antes de marcharse.

Elena levantó la cabeza de inmediato.

—¿Me estás diciendo que «piensa»? —Porque el agua era lo único que podría confundir los agudizados sentidos de un cazador nato. Los vampiros atrapados en la sed de sangre (lo único que podía explicar la bestialidad de aquel ataque) no pensaban. Se comportaban con una violencia incontrolable y a menudo eran capturados mientras se regodeaban con la sangre de sus víctimas —. ¿Es... otro Uram? —concluyó, consciente de que el más oscuro de los

secretos angelicales no podía pronunciarse en voz alta, no allí.

—No. —La voz de Rafael fue, si eso era posible, incluso más dulce.

Crueldad envuelta en terciopelo, pensó Elena. El arcángel cabalgaba sobre el afilado filo de la furia.

—Encuentra su esencia, Elena. Este debe de ser el lugar donde es más intensa.

Tenía razón. Cualquier olor que descubriera en las cercanías del estanque estaría más diluido. Allí, donde el asesino había matado, quizá quedara algún rastro de su propia sangre, siempre que la víctima hubiese logrado arañarlo mientras luchaba por su vida. Tras respirar hondo, Elena descartó todo pensamiento —incluida la horrible idea de que el cadáver podría haber sido el de una de sus hermanas— y se concentró en los ricos matices de la esencia que saturaba la habitación.

Lo más fácil fue identificar a Rafael, su ancla.

Luego distinguió el beso metálico de la sangre. Y una esencia tormentosa teñida de fuego.

Abrió los ojos al instante.

—¿Jason ha estado aquí? —Su habilidad para rastrear a los ángeles seguía siendo un don errático, más veces ausente que presente, pero conocía aquella combinación de notas, y sabía también que era muy raro que el ángel de alas negras apareciera a plena luz del día.

Sí.

Alarmada por la forma en la que el arcángel clavaba la vista en el charco de sangre, dejó a un lado la cuestión de por qué el jefe de espías de Rafael había pasado por allí —por qué, de hecho, estaba el arcángel de Nueva York en un escenario que debería estar lleno de policías y cazadores— y se concentró en sus sentidos una vez más. Fue sorprendente lo poco que le costó aislar el aroma del vampiro. A diferencia de la mayoría de los lugares de la región, aquella escuela no tenía, al parecer, empleados vampiros. Era una zona tan solo para humanos.

No era de extrañar que Jeffrey hubiera elegido aquel colegio para sus hijas.

Sin embargo, un vampiro había invadido aquel santuario, un vampiro con un matiz dulzón y enfermizo en su esencia.

Melaza quemada... y esquiras de cristal; intensas notas de roble subyacentes.

Siguiendo aquel rastro, Elena volvió la cabeza hacia la ventana.

—Salió por ahí. —Pero ella abandonó la estancia por la puerta, a sabiendas de que las alas le impedirían salir por el mismo lugar. Con Rafael pisándole los talones, encontró una puerta y salió al exterior. Rodeó los muros cubiertos de hiedra hasta que se situó bajo la ventana.

Aquella sección del muro en particular no estaba cubierta por la enredadera de hojas verde oscuro.

—Este lugar tiene techos muy altos. —Y por esa razón, la ventana de la habitación de la tercera planta estaba situada a una distancia considerable del suelo—. ¿Cómo subió? —La mayoría de los vampiros no podía saltar tan alto. No obstante... Acercó la nariz al muro e inspiró con fuerza.

Cristales aplastados, hojas de roble.

Luego vio el rastro rojo que había junto al lugar donde había apoyado la mano derecha.

Apartó la mano y examinó la zona que rodeaba sus pies mientras hablaba.

—Subió y bajó como una jodida araña. —Solo había un reducido grupo de vampiros que pudieran realizar un truco como aquel—. Eso nos ayudará a identificarlo.

—Se llama Ignatius —dijo Rafael. El comentario desconcertó a Elena, que acababa de atisbar el líquido oscuro que había en la hierba—. Sentí que su mente se volvía roja como la sangre cuando la toqué.

Elena no tenía muy claro cuál era el alcance de Rafael, pero si había llegado a la mente de Ignatius, estaba claro que algo no andaba bien.

—No has podido ejecutarlo, ¿verdad?

Elena siguió el rastro por el césped recortado a la perfección y atravesó la enorme arcada situada en la parte central del edificio del colegio antes de internarse en los bosques, que por lo general proporcionaban un escenario de paz, pero que aquel día parecían una masa de vegetación amenazadora. Las hojas tenían un brillo apagado bajo un cielo que había cambiado el tono azul por un gris oscuro durante los minutos que ella había permanecido en el interior de la escuela.

Sin responder aquella sencilla pregunta, Rafael se elevó en el aire mientras ella rastreaba a Ignatius entre los árboles, donde sus alas no dejaban de engancharse con las ramas bajas y los arbustos espinosos. Molesta por tanto tirón, Elena las pegó aún más a su cuerpo, pero no aminoró la velocidad de sus pasos a través del bosque. Vaciló en cierto punto, convencida de que había detectado algo a su derecha, pero el rastro de roble y cristal era más intenso hacia delante.

Reprimió el impulso de girar para explorar la zona y empezó a seguir el rastro de nuevo. La silueta de alas negras de Jason apareció entre la oscuridad del bosque apenas cinco minutos después. Permanecía inmóvil como una piedra, protegiendo el cadáver que yacía junto a las plácidas aguas de un pequeño estanque.

La chica aún llevaba puesto el uniforme del colegio, y todo su cuerpo estaba empapado. La blusa debería haber sido blanca pero tenía un repugnante tono salmón, y estaba tan desgarrada como Elena sabía que lo estaría la carne que había debajo. Reprimió la pena que amenazaba con desviarla de su objetivo, pero no se acercó al cadáver. Su prioridad era rastrear al asesino, asegurarse de que ninguna otra chica acabara como una muñeca rota junto a un estanque que

debería haber sido un lugar de juegos, no un baño macabro teñido de muerte y horror.

Tenías razón, le dijo a Rafael, el monstruo se bañó en el estanque y puso fin al rastro de esencias.

Sin embargo, tenía que haber salido del agua en algún punto. Así pues, dejó que Jason continuara con su silenciosa vigilia y comenzó a caminar por las piedras cubiertas de musgo que rodeaban el estanque. El agua estaba turbia porque habían removido el cieno del fondo... y por otras cosas más siniestras.

Solo tardó un minuto en volver a encontrarlo. El rastro de la esencia era más tenue, tan empapado que solo quedaba el olor del roble, pero con eso bastaba. Elena se llenó los pulmones con el aire fresco del bosque y empezó a correr, decidida a dar caza al vampiro. El tipo era rápido, comprendió casi de inmediato al examinar los rastros que había dejado en las zonas de tierra empapada por la tormenta de la noche anterior. Por el contrario, ella no era tan ágil y rápida como antes, y a que no estaba acostumbrada a correr con alas.

Sin embargo, eso no era una desventaja. Aquel día no. El vampiro había aminorado el paso unos quinientos metros más adelante, probablemente porque supuso que el agua habría borrado su rastro. Y lo habría hecho si él hubiera tenido un poco más de cuidado. Con todo, Rafael le había dicho que el cadáver de la chica también estaba en el agua. Lo más seguro era que su asesino la hubiese arrastrado hasta allí porque no había sido capaz de dejar de alimentarse.

El resultado final era que, dado el pequeño tamaño del estanque, la sangre y la muerte lo habían contaminado tanto que habían anulado la capacidad del agua de destruir el rastro de los actos violentos y enfermizos del vampiro.

Buena chica, pensó Elena dirigiéndose a la niña que yacía inmóvil al cobijo de unas alas del color de la medianoche. Has marcado a ese cabrón incluso después de muerta.

Y ella le daría caza siguiendo aquella marca.

Después de media hora de carrera a lo largo de senderos serpenteantes que intentaban disimular el rastro y confirmaban que el vampiro razonaba, la luz del sol se transformó en una mancha débil y letárgica en lo alto, y Elena comenzó a sentir un pinchazo en el costado.

—Maldita sea... —No necesitaba que Galen, el sádico maestro de armas de Rafael, la machacara para saber que aún no estaba en plena forma para la caza.

Respiró hondo para aliviar el dolor y alzó la cabeza de manera brusca cuando la sombra de unas alas se deslizó por el suelo que había ante ella. Fue entonces cuando descubrió que Rafael volaba a una velocidad de vértigo hacia un punto situado justo detrás de la colina.

¿Qué es lo que ves, arcángel?

No hubo respuesta, tan solo la dolorosa dentellada del hielo en sus venas.

Furia.

Pura, violenta y fría, muy fría.

—Mierda.

Aceleró el paso y maldijo por enésima vez el hecho de no poder realizar un despegue vertical. Según le habían dicho, podía tardar años en aprender a hacerlo... quizá más, ya que ella no había tenido alas desde niña. Ni de coña, se dijo. Si tenía que pedirle a Galen que fuera a Nueva York y la torturara de nuevo todos los días durante el año siguiente para aprender a hacerlo, lo haría.

Rafael descendió en picado delante de ella, y para cuando Elena llegó jadeante a la parte más alta de la cima, él ya tenía agarrado por el cuello a un vampiro, con la ropa tan empapada que se le pegaba a la piel. El arcángel de Nueva York sujetaba a la aterrada criatura a más de medio metro del suelo. Los vasos sanguíneos palpitaban contra la piel de la criatura, que arañaba la mano que le rodeaba la garganta y lanzaba patadas al aire en un vano intento por escapar.

—No eres presa de la sed de sangre —oyó decir a Rafael con una voz tan nítida y afilada como una espada dispuesta a clavarse y descuartizar sin piedad alguna.

El instinto, sumado a lo que había aprendido sobre Rafael en el tiempo que llevaban juntos, le provocó un nudo de aprensión en la boca del estómago. Bajó con torpeza la pendiente de la cima sin preocuparse por el barro que le salpicaba los pantalones vaqueros y las alas, y contempló el rostro del vampiro. Los ojos enrojecidos del hombre estaban limpios... salvo por el terror que teñía sus profundidades. Su boca ofrecía un aspecto muy distinto. El marco de sangre seca que había sobrevivido a su baño improvisado convertía su cara en una máscara grotesca.

—¿Por qué? —preguntó Elena, empuñando unas dagas que no recordaba haber sacado de las vainas de los antebrazos—. ¿Por qué lo hiciste? —La imagen del cuerpo destrozado de la niña aparecía en su mente una y otra vez. Aquella chica podría haber sido Evelyn; podría haber sido Amethyst. Sus hermanas. Otra vez. La idea resonó en el interior de su cabeza hasta que casi no pudo oír otra

cosa.

Rafael apretó con más fuerza la garganta del monstruo.

—La razón importa poco. —La sangre empezó a manar de uno de los ojos del vampiro. Una lágrima macabra.

—Espera. —Colocó una mano en el fibroso antebrazo de Rafael—. Tus vampiros no te desobedecen. No así. —Eran muy conscientes de la justicia brutal de sus castigos. El hecho de que aquel tal Ignatius hubiera hecho lo que había hecho a pesar de eso...

El vampiro empezó a arañar la mano de Rafael con las pocas fuerzas que le quedaban, como si supiera que una vez que le aplastara la garganta, el arcángel de Nueva York le arrancaría la cabeza y reduciría su cuerpo a cenizas. Rafael apartó como si fueran moscas aquellos dedos convertidos en garras. Su expresión estaba tan calmada que resultaba aterrador.

Rafael... Elena lo intentó una vez más utilizando la conexión mental, con la esperanza de que aquello fuera capaz de penetrar la gruesa capa de hielo de su ira. *Necesitamos saber por qué.*

El arcángel la miró fijamente.

—Está bien.

Y ante la horrorizada mirada de Elena, el vampiro comenzó a sangrar... por todas partes. Fue como si sus poros entrasen en erupción debido a la presión extrema. Sabía lo que había hecho Rafael, sabía que había convertido la mente del asesino en confeti. Una vez completada la tarea, le arrancó la cabeza al vampiro con una única y eficiente vuelta de tuerca y convirtió las dos partes de su cuerpo en cenizas con el fuego de ángel azul. Aquel pulso de poder absoluto podía matar a un arcángel, de modo que el cuerpo del vampiro ni siquiera sobrevivió un segundo entero.

Todo había ocurrido tan rápido que Elena aún seguía contemplando el lugar donde había estado el vampiro cuando Rafael se volvió hacia ella. El tenue brillo de sus alas no auguraba nada bueno. La parte más primitiva de su cerebro, más animal que humana en su determinación por sobrevivir, liberó en su organismo una descarga de adrenalina mezclada con terror. ¡Huye!, le dijo aquella vocecilla. ¡Huye!

Porque cuando un arcángel resplandecía, la gente moría.

Pero Rafael no era solo un arcángel. Era su arcángel.

Se quedó donde estaba mientras él se acercaba para inclinarse y rozarle la oreja con los labios.

—Alguien le contó que yo había muerto —Un tono frío. Palabras tranquilas que a Elena le pusieron los nervios de punta—, que ya no había necesidad de controlar sus deseos. —Retrocedió un paso y alzó un dedo para colocarle un mechón de pelo por detrás de la oreja.

La dulzura de aquel gesto no la tranquilizó. No cuando la furia que percibía en

él era como una hoja de acero contra su garganta.

—Eso no tiene sentido. —Le costaba trabajo mantener su voz firme. Sí, aquel hombre era suyo, pero lo cierto era que solo lo conocía a nivel superficial—. Incluso en el caso de que se hubiera tragado algo así, ¿por qué vino aquí, a este lugar? —No era tan egocéntrica como para pensar que aquel asunto estaba relacionado con ella. No, el objetivo era Rafael, pero ella era el punto más débil de las defensas del arcángel—. Está demasiado lejos de la ciudad para ser algo más que una localización específica.

Los ojos de Rafael tenían un brillo metálico, una expresión que Elena no podía descifrar. El arcángel había vivido más de un millar de años, y su personalidad poseía tantas facetas que Elena tardaría una eternidad en verlas todas. En aquel momento, resultaba obvio que intentar razonar con él sería lo mismo que darse de cabezazos contra una pared hecha de espadas afiladas.

Solo la haría sangrar.

Después de respirar hondo, Elena hizo un gesto hacia el lugar donde había visto a Jason.

—Necesito examinar el cadáver, asegurarme de que no hubo nada extraño en el asesinato. —Parecía un sencillo caso de voracidad salvaje, pero después de lo ocurrido año y medio atrás, no pensaba dar nada por sentado.

Rafael extendió las alas, cuyo resplandor resultaba doloroso bajo aquella luz tenue y apagada.

—Me informarás de eso más tarde. Dmitri está a punto de llegar. Él se encargará de arreglar el lío del colegio.

Ascendió un instante después y Elena lo siguió con la vista. No le importaba la orden; eran amantes, sí, pero en aquellos instantes ella actuaba como una cazadora y él la trataba como tal. Puesto que no tenía la menor intención de renunciar a su puesto en el Gremio, aquello le venía bien.

Lo que le preocupaba era la distancia que el arcángel había puesto entre ellos, una distancia que la había llevado de vuelta a la azotea en la que se conocieron, donde Rafael no era un hombre que llevaba su reclamo de ámbar, sino un inmortal que podía aplastarla con un simple pensamiento. Un inmortal que la había obligado a colocar la mano sobre una afilada hoja de acero hasta que su sangre oscura comenzó a derramarse sobre las baldosas del suelo.

—No vamos a volver a hablar de eso, arcángel —murmuró mientras su mano se flexionaba ante aquellos recuerdos—. Si crees que sí, te vas a llevar toda una sorpresa.

Se dio la vuelta y regresó con Jason a través del sendero lleno de maleza. El silencio de aquella zona de bosque resultaba escalofriante. Era como si los pájaros lloraran la pérdida de una vida joven y vibrante. Cuando llegó junto al cadáver, la furia oprimía su garganta. Daba igual que el monstruo que le había robado la vida a la joven Celia hubiera sido ejecutado, que se hubiera hecho

justicia. Ella seguía muerta; sus sueños habían acabado para siempre.

Jason se encontraba en la misma posición que la última vez que lo había visto, como un guardián de piedra, y ahora que Elena sabía lo que debía buscar, fue capaz de distinguir la empuñadura de la espada negra que el ángel llevaba sujeta a la espalda, oculta tras sus alas azabache.

—No esperaba verte aquí —le dijo en un intento por demorar lo que debía hacer a continuación.

Jason dio un paso atrás para dejar que se acercara al cadáver. Aquel movimiento permitió que el tatuaje tribal del lado izquierdo de su cara quedara iluminado por un instante, hasta que el ángel volvió a inclinar la cabeza hacia las sombras que lo envolvían como una capa. A pesar de que tenía el rostro despejado porque se había recogido el cabello en una coleta, Elena solo podía ver el brillo de sus ojos.

—Estaba reunido con el sire cuando llegó el mensaje.

Elena se arrodilló junto al cuerpo de Celia, con las alas apretadas contra las agujas de los pinos y contra las innumerables hojas aplastadas que llenaban el aire de un perfume verde empapado con la lluvia de la noche anterior. Frunció el ceño.

—¿Por qué llegó el mensaje a la Torre? Deberían habérselo remitido al Gremio.

—La directora del Gremio en persona llamó a Rafael cuando se dio cuenta de que tus hermanas podían estar involucradas. —El tono de Jason era calmado, tan calmado que Elena podría haber pensado que todo aquello le importaba un comino si no hubiera visto el fuego negro que reflejaban sus ojos antes de que él utilizara las sombras para ocultarse—. Nosotros llegamos antes de lo que podría haberlo hecho cualquier cazador.

Gracias, Sara, pensó Elena. Y después dejó a un lado todo lo demás. Celia merecía toda su atención.

—¿La sacaste del agua?

—Sí. Me pareció detectar un atisbo de vida.

Pero la chica estaba muerta, y su rostro reflejaba el horror de sus últimos momentos en la tierra. En vida, su piel debía de haber tenido un vibrante tono caramelo, pero en la muerte era de un apagado marrón grisáceo, ya que la sangre que circulaba por sus venas se había derramado a través de la carne desgarrada del cuello y del pecho.

—¿Han pasado el aviso a los criminalistas? —Puesto que los cazadores eran a menudo los primeros en encontrar a la víctima (o víctimas) de un vampiro, aprendían los protocolos básicos de la investigación de una escena del crimen durante los tres primeros años en la Academia del Gremio, y tenían autorización para inspeccionar los cadáveres. Sin embargo, el Gremio siempre tenía el buen tino de mantener informadas a las autoridades.

—La directora del Gremio aseguró que ella se encargaría de eso.

Elena se inclinó hacia delante para examinar el cuello. Intentaba ver solo las piezas, y no todo el conjunto. No quería ver a Celia, a la chica que había sido; solo quería ver un pedazo de cuello destrozado. Más abajo, un pecho que todavía estaba tan plano como el de un chaval había quedado reducido a un amasijo de carne.

—Se alimentó de forma frenética —murmuró—. Le atravesó la piel, la desgarró tanto que dejó al descubierto los huesos. —Nada inusual, salvo por el hecho de que Ignatius no era presa de la sed de sangre—. ¿Sabes por qué se alimentó de esa manera si estaba lúcido?

—La mayoría de los vampiros son bastante pulcros. —Las alas de Jason emitieron un leve susurro cuando el ángel las recolocó, y el sonido fue un bienvenido recordatorio de que el abrumador silencio de aquellos bosques no era la única realidad—. Es una cuestión de orgullo. Desgarrar un cuerpo no solo denota falta de control, también significa que un vampiro pierde a sus compañeras o compañeros voluntarios enseguida. No es el dolor lo que buscan los humanos que tienen un amante vampírico.

El destello de un recuerdo. La cabeza oscura de Dmitri inclinada sobre el cuello arqueado de una mujer a la que solo le faltaba ronronear su anhelo de un beso sangriento. Y después, en el Refugio, Naasir con sus ojos plateados y la esencia de un tigre a la caza; el gemido estremecido de una mujer.

—Ya... —Elena se puso en cuclillas y extendió las alas sobre el suelo del bosque—. ¿Puedes ayudarme a darle la vuelta?

Jason la ayudó en silencio.

La espalda de la chica, por lo que Elena pudo ver, no tenía ninguna marca.

—Esto bastará por ahora. Asistiré a la autopsia para asegurarme de que no he pasado nada por alto.

Oyeron ruidos entre los árboles mientras volvían a colocar el cadáver de Celia sobre la espalda con mucha delicadeza. Ruido de voces, de pasos. No le sorprendió que Jason se fundiera con las sombras, hasta que solo fue capaz de verlo porque sabía que estaba allí. A diferencia de Illium o de Rafael, al jefe de espionaje no le gustaba ser el centro de atención. Incluso el taciturno de Galen tenía amigos, una mujer a la que parecía amar, pero Elena nunca había visto a Jason con nadie que no estuviera relacionado con sus obligaciones.

—Me llegaron rumores de que habías vuelto... —una voz masculina conocida—, pero no los creí.

Elena alzó la vista y descubrió a un investigador de la escena del crimen, Luca Aczél, que intentaba por todo los medios ocultar lo mucho que le había sorprendido ver sus alas. Debido a su cabello veteado de canas, sus rasgos patricios y sus largos dedos de pianista, Elena siempre había pensado que Luca encajaría mejor en una junta directiva que en un lugar rodeado de violencia,

pero no había duda de que realizaba su trabajo de manera brillante. Celia estaría en buenas manos.

—Luca. —Tras ponerse en pie, se apartó a un lado y le hizo un breve resumen de lo que había visto y hecho desde que llegó a la escena.

Luca se agachó junto al cuerpo. Con aquella luz, su piel parecía más oscura de lo habitual.

—¿El vampiro está muerto? —Había una dureza en sus ojos que habría sorprendido a muchos.

Elena conocía a Luca desde hacía mucho tiempo, lo había visto en muchos escenarios del crimen, y sabía que él siempre caminaba sobre el filo de la navaja en lo que se refería a mantener sus emociones apartadas de la horrible realidad del trabajo que realizaba.

—Sí.

—Bien. —Una pausa—. Menudo recibimiento has tenido, Ellie.

Elena le dio un toque a Luca en el hombro cuando pasó a su lado con la intención de examinar una vez más el escenario principal.

—Oye, Ellie... —Cuando ella se dio la vuelta, el investigador añadió—: Me alegra tenerte de vuelta, sean cuales sean las circunstancias.

Las palabras, su sincera aceptación, significaban mucho para ella.

—No he olvidado que te debo un grano.

—Ahora son dos... Los intereses son un asco.

Cinco minutos más tarde, el cambio de luz pareció trasladar todo a otra época. Una época en la que ella no se encontraba en una habitación saturada de violencia mientras los criminalistas trabajaban con rigurosa meticulosidad a su alrededor. Daba igual que el asesino hubiera sido capturado y castigado, aún había que procesar la escena a fin de realizar un informe, tanto para los archivos del Gremio como para los de la oficina forense.

Si en el futuro los padres de Celia exigían saber qué se había hecho para hacerle justicia a su pequeña hija, habría respuestas para ellos. Nada que aliviara el dolor de la herida, nada que les devolviera la risa de su hija, pero respuestas al fin y al cabo.

Del mismo modo que Elena tuvo un informe que leer cuando creció lo suficiente como para solicitarlo.

Tras descartar aquel doloroso recuerdo, echó un vistazo a la estancia y recorrió con la mirada las siluetas azules de los dos técnicos. Conocía a uno de ellos, pero al otro no lo había visto en la vida. Ambos estuvieron a punto de tragarse la lengua cuando la vieron entrar, pero Wesley había aligerado el ambiente diciendo:

—¿Puedo hacerte una foto? —Un destello de dientes blancos en contraste con una piel negra como la noche—. Así podré venderles a los reporteros una exclusiva y conseguir el dinero suficiente para pagar las cuotas del colegio de

unos hijos que todavía no tengo.

—Detesto echar por tierra tus esperanzas, pero lo más probable es que mis fotos ya estén colgadas en algún lugar. Las alumnas... —replicó a modo de explicación cuando los ojos castaño claro del hombre se llenaron de confusión.

—Vaya, mierda...

Hasta ahí había llegado la conversación. Wesley y su colega, Dee, realizaron su trabajo con una eficiencia que denotaba mucho tiempo trabajando en equipo, el suficiente como para conseguir acompañarse. Elena se mantuvo en el centro de la estancia, ahogándose en los ecos de la violencia. Una de las literas tenía las sábanas empapadas de sangre, cuyo color rojo se había convertido en un marrón apagado que no lograba silenciar la maldad que había invadido aquel lugar. Había más sangre —de procedencia arterial, a juzgar por el patrón de las salpicaduras— en la pared de su derecha, cerca de la puerta.

Wesley estaba de pie junto a aquella misma pared.

—¿Has visto esto, Ellie?

—Sí. —Elena giró en círculo y descubrió gotas de sangre en el suelo y en la pared que había cerca de la ventana. Apretó la mano en un puño—. Dee, ¿podrías hacerme un favor? Solo será un segundo.

La rubita se puso en pie con el pincel para buscar huellas dactilares en la mano.

—Claro. ¿Qué necesitas?

—Sítuate al lado de la puerta. —Elena esperó a que la mujer hiciera lo que le había pedido—. Agáchate un poco. Eso es. —Se acercó y observó las salpicaduras—. Esa es más o menos la altura que tendría Celia.

Tras enderezarse, la investigadora echó un vistazo a su espalda y los pómulos se marcaron contra una piel que aún no había perdido la palidez del invierno.

—El cabrón acabó con ella aquí y salpicó la pared.

—En ese caso, ¿de quién es la sangre de la cama? —Wesley, que se había acercado a la litera, levantó el colchón con manos cuidadosas—. Está empapado hasta abajo. No es posible que la chica tuviese tanta sangre en su interior después de manchar la pared de esa forma.

Maldición...

—Llama a tu gente. Diles que hay que volver a examinar el estanque.

Un vampiro de la edad de Ignatius (que parecía tener al menos unos sesenta años) podría haber acarreado sin problemas a dos niñas. O podría haber dejado a una en el bosque, donde los ángeles, desde las alturas, no la verían. Y Elena la había pasado por alto porque estaba concentrada en el asesino.

Wesley ya había cogido su teléfono móvil.

—¿Vas a seguir el rastro?

—Sí, pero alguien debe hablar con la directora del colegio, descubrir...

Una nueva esencia llenó la habitación. Una esencia erótica y deliciosa teñida

de sensualidad decadente. Aquel aroma era un cebo, una trampa diseñada para atrapar únicamente a una cazadora nata. Y Dmitri sabía muy bien cómo utilizarlo en su provecho.

El instinto guió a Elena hasta el pasillo para reunirse con el líder de los Siete de Rafael. El vampiro, con sus ojos color chocolate y su cabello negro, estaba ataviado con lo que parecía un traje de mil dólares procedente de alguna tienda de moda del estilo de Zegna: un conjunto de negro sobre negro con una corbata de color ámbar que resaltaba muchísimo el tono bronceado de su piel. No obstante, Elena sabía muy bien que aquel color no se debía al sol.

—He oído... —dijo Dmitri en cuanto Elena llegó a su lado, y por una vez su voz no traslucía el menor rastro de insinuaciones sexuales. Era la voz propia del hombre a quien ella había imaginado una vez: un guerrero endurecido en cientos de batallas, empuñando una cimitarra con antiguas runas talladas en la misma superficie del arma. También mantenía su esencia a raya, se dio cuenta Elena. Habló de nuevo antes de que ella pudiera mediar palabra—... que debes volver a la Torre.

Elena frunció el ceño. El día que Dmitri empezara a darle órdenes, el patinaje sobre hielo sería una actividad regular en el infierno. En parte se debía al más puro espíritu de contradicción, ya que el vampiro había dejado claro como el agua que la consideraba un punto débil en la armadura de Rafael; pero otra parte se debía al instinto de supervivencia. Porque en el instante en que Dmitri decidiera que no solo era una debilidad, sino también débil, dejaría de pincharla de vez en cuando para abalanzarse sobre ella.

Rafael lo mataría por eso, pero tal y como Dmitri le había dicho una vez, ella seguiría estando muerta. Así pues, Elena cruzó los brazos y afianzó los pies en el suelo.

—El segundo cadáver podría...

El vampiro alzó una mano para interrumpir sus palabras.

—Rafael no actúa con normalidad.

Intercambiaron una mirada de peligroso entendimiento.

—¿Ha entrado en estado Silente?

Una vez, aquel terrorífico estado sin emociones lo había convertido en un monstruo, y ella se había visto obligada a dispararle para defenderse. A Elena le bastaba recordarlo para asustarse.

—No. —Una única palabra, pero muy precisa—. Pero no se comporta como

de costumbre.

—No —convino Elena. Rafael era un arcángel; podía llegar a ser implacable con sus castigos, pero también era increíblemente inteligente. No debería haber hecho falta que ella le recordara que necesitaban saber por qué Ignatius había hecho lo que había hecho. Eso era algo que el Rafael que ella conocía habría considerado mucho antes de llegar a la ejecución. Sin embargo, aquel día parecía ser presa de una furia ilimitada—. ¿Lo has visto así antes?

—No. Y lo conozco desde hace casi mil años.

Elena inspiró con fuerza. A pesar de que a Dmitri se le daba muy bien ocultar el poder que encerraba en su interior, ella sabía que era un vampiro antiguo. Con todo, no había llegado a imaginarse cuánto.

—¿Este lugar tiene alguna terraza que pueda utilizar como punto de despegue? —Investigaría el misterio de Dmitri más tarde. Ahora debía llegar hasta su arcángel.

—Hay una pequeña arriba. Si te pones de pie sobre la barandilla, podrías coger el impulso necesario para elevarte. —Señaló una escalera que Elena no había visto hasta aquel momento—. Organizaré la búsqueda del segundo cuerpo —dijo cuando ella subió el primer escalón—, y me aseguraré de que los técnicos forenses sepan que tienes que echar un vistazo a los restos.

Elena apretó la mano sobre la balaustrada. Las vidas de dos familias inocentes estaban a punto de hacerse añicos, pedazos que jamás volverían a formar un conjunto completo.

—¿Y mis hermanas? —preguntó, luchando contra el impulso mental de regresar al horrible pasado de otra familia, de una familia que se había roto para siempre en una pequeña cocina residencial hacía casi dos décadas—. ¿Y las otras niñas?

—Se las han llevado a casa. Tu padre envió un coche para recoger a tus hermanas. Se marcharon hace quince minutos. —No había ni rastro de sarcasmo, ningún intento de desconcertarla con aquella esencia suya.

Tanta contención por parte de Dmitri preocupó mucho más a Elena que cualquier cosa que pudiera haber dicho.

Dejó en sus manos la tarea de localizar el segundo cadáver y se dirigió a lo que resultó ser una especie de estudio artístico. El lugar estaba rodeado por gigantescas ventanas, diseñadas para aprovechar la luz del sol. Sin embargo, aquel día no había calidez, no se veía el resplandor dorado del sol. El mundo del exterior tenía un tétrico tono gris, y la atmósfera parecía sofocada por su pesadumbre.

Tras descartar la idea de que ningún ser podría volar en un aire tan denso, Elena se acercó al balcón. Dmitri había sido completamente sincero cuando le dijo que era pequeño. Tuvo que echar mano de todo su equilibrio para lograr subirse a la diminuta barandilla, pero, incluso entonces, el suelo seguía estando

demasiado cerca.

Respiró hondo, extendió las alas y se lanzó en picado.

El suelo se acercó a una velocidad vertiginosa mientras ella batía las alas con fuerza y rapidez, sobrecargando sus músculos hasta niveles dolorosos. Al final estuvo a punto de rozar el césped con la punta de los dedos, pero consiguió remontar el vuelo, elevarse hasta que estuvo lo bastante alto para aprovechar las corrientes de aire. Le dolían los hombros debido a lo mucho que había volado aquel día, pero no lo suficiente para que le preocupara la posibilidad de caer desde el cielo.

Recuperó el aliento en una corriente rápida y se elevó aún más para que nadie que mirara hacia arriba pudiese reconocer de inmediato el inusual color de sus alas. El viento apartó el cabello de su rostro y amenazó con llenar de escarcha su piel. El frío la distrajo y estuvo a punto de pasar por alto un fugaz destello negro en lo alto.

Jason.

Vigilándola.

En un día normal aquello le habría sentado como un tiro, pero aquel día estaba demasiado preocupada por Rafael para darle importancia. En lugar de enfadarse, se prometió que le pediría al otro ángel que le enseñara algunos trucos para mezclarse con el tono del cielo. Le encantaban sus alas, pero a diferencia del inconfundible azul ribeteado en plata de las de Illium, el color de las suyas destacaba muchísimo en el cielo diurno. Al igual que ocurría con las de Jason, las alas de Elena estaban diseñadas para el intenso negro de la noche, y quizá más aún para los tonos del crepúsculo.

Cuando encontró una corriente cálida, se introdujo en ella como un pajarillo novato y le dio un respiro a sus músculos. De pronto se acordó de Sam, el niño ángel que se había visto envuelto en la narcisista búsqueda de poder de los adultos. Elena ni siquiera podía pensar en cómo lo había encontrado (un pequeño cuerpo acurrucado sobre sí mismo, con las alas rotas) sin sentir una mezcla caótica de furia y lástima. Lo único que lo hacía soportable era que el niño estaba recuperándose sin problemas.

Una ráfaga de viento la obligó a parpadear con rapidez. Cuando pasó, vio la Torre del Arcángel, que se alzaba sobre Manhattan, una estructura orgullosa e inquebrantable que sobrepasaba a los más altos rascacielos. Incluso en días como aquel, cuando el cielo parecía una amenazadora manta gris pizarra, la Torre se alzaba hacia el cielo como una resplandeciente columna de luz. Elena enfiló hacia ella utilizando las últimas fuerzas que le quedaban, segura de que Rafael se encontraría en el lugar desde el cual dirigía su territorio.

El amplio espacio de aterrizaje de la azotea de la Torre apareció instantes después, como si flotara entre las nubes. Era una visión sorprendente, pero ella no tuvo tiempo para apreciarla, porque había calculado mal la velocidad de

descenso y ya era demasiado tarde para aminorarla.

—Sin dolor no hay gloria —murmuró por lo bajo y, mostrando los dientes en lo que su colega cazador y amigo ocasional, Ransom, había calificado como su «sonrisa kamikaze», se dispuso a aterrizar.

Recordó que debía extender las alas con sacudidas rápidas y cortas en cuanto sus pies tocaran el suelo, y a que había descubierto en dolorosísimas experiencias que, kamikaze o no, no era nada agradable aterrizar de rodillas. A pesar de su capacidad de sanación, cada vez mayor, aquello todavía dolía mucho. Al final acabó corriendo por la azotea después de aterrizar.

«Piensa en un paracaídas, Ellie.»

Cuando se acordó del consejo de Illium, ahuecó las plumas principales hacia dentro a fin de dejar de surcar el aire y empezar a frenar. Su cuerpo perdió velocidad. Sus pasos se hicieron cada vez más lentos... hasta que al final consiguió plegar las alas a la espalda.

—Bien —le dijo a la pared transparente que se encontraba a escasos dos centímetros de su nariz—. No ha estado mal. —Había estado a punto de acabar aplastada contra la cabina de cristal del ascensor.

La adrenalina aún seguía circulando por sus venas cuando abrió la puerta y pulsó el botón que haría subir el ascensor. Por supuesto, podría haber intentado aterrizar directamente en la terraza de la oficina de Rafael, pero lo más probable era que se hubiera roto algo más que unos cuantos huesos en el proceso, dada la reducida zona de aterrizaje. Y ya se había roto bastantes huesos durante el año y medio anterior, gracias.

El ascensor la llevó a la planta privada de Rafael en cuestión de segundos. Al salir, observó el pasillo blanco resplandeciente decorado con toques de oro: motas diminutas, casi microscópicas, en la pintura; hebras doradas entre los gruesos hilos blancos de la alfombra. Todo era de una gélida elegancia. Sus plumas atravesaron el matiz helado del aire, un frío que ya empezaba a neutralizar la descarga de adrenalina y a calar en la médula de sus huesos.

Elena se deshizo de aquella sensación glacial y entró en el amplio estudio que desembocaba en el dormitorio. Las nubes acariciaban el cristal de la pared posterior, bloqueando el resto del mundo, y a Elena le dio la impresión de estar encerrada en medio de la nada. Era una sensación desconcertante.

—¿Rafael?

Silencio.

Absoluto.

Interminable.

Sus sentidos no captaron la esencia del viento y de la lluvia en los alrededores. Ni el menor susurro de alas. Ni rastro de poder en el aire. Nada que delatara que Rafael estaba cerca. Aunque sabía que lo estaba.

Respiró hondo y lo buscó con la mente.

¿Rafael?

No sabía controlar sus pensamientos tan bien como el arcángel, no podía discernir si había llegado hasta él hasta que contestaba.

En aquella ocasión, la única respuesta que obtuvo fue más silencio.

Intranquila, atravesó la mullida alfombra del estudio para adentrarse en la habitación adyacente, una estancia que había visto de pasada la primera vez que estuvo en la Torre. Ocupaba casi la mitad de la planta —la otra mitad albergaba las habitaciones de los Siete— y era como otro hogar para Rafael. Volvió a llamarlo cuando entró en el salón, pero su nombre resonó en el vacío de un espacio que llevaba el sello masculino de su arcángel.

Nada de decoración innecesaria, nada de adornos. Los muebles eran de un elegante color negro, recios y pulidos, y de líneas sencillas que encajaban a la perfección con Rafael. Sin embargo, no era uno de esos lugares que carecen de alma. En contraste con el estilo relativamente moderno de los muebles, adornaba el salón un tapiz cuyos ricos tonos mostraban una imagen de una antigua corte. Cuando Elena entró en el dormitorio, entrevió un cuadro en la pared situada a su izquierda y...

Giró la cabeza a la velocidad del rayo.

El cuadro era un retrato suyo a tamaño real, con dagas en las manos, las alas extendidas y los pies afianzados sobre el suelo en una pose de combate. El cabello volaba hacia atrás, atrapado por algún viento juguetón. El artista la había plasmado con la cabeza algo inclinada hacia un lado, con una sonrisa a medio camino entre el deseo y el desafío, y una expresión divertida en los ojos. Tras ella se encontraba el hermoso paisaje montañoso del Refugio, y por delante... No aparecía en el retrato, pero Elena lo sabía. Delante de ella solo podía estar Rafael. Ella jamás miraría a otro de aquella forma.

Sus dedos se elevaron por voluntad propia para acariciar las gruesas pinceladas del óleo, lleno de color. No tenía ni la menor idea de cuándo lo habían pintado, pero sentía una inmensa curiosidad. Sin embargo, aquella curiosidad tendría que esperar, pensó mientras dejaba caer la mano. El extraño frío que impregnaba las estancias no hacía más que intensificar su necesidad de encontrar a Rafael.

Sacó el teléfono móvil y llamó a su casa mientras se dirigía al baño.

—Montgomery —dijo en cuanto respondió el mayordomo—, ¿está Rafael ahí?

—No, cazadora del Gremio. El sire todavía no ha regresado a casa.

—¿Podrías llamarme cuando lo ha...?

¿Pretendes controlarme?

Elena sintió un escalofrío en la espalda y cerró el teléfono móvil. Se volvió hacia la entrada del dormitorio y vio a un arcángel con los ojos convertidos en metal líquido y las alas enmarcadas por un poder letal. Su cabello, negro como la

más negra de las noches, estaba enmarañado por el viento. Su cuerpo tenía un aspecto magnífico. Pero fueron sus ojos los que la atraparon.

En aquellos ojos vio antigüedad, crueldad y dolor.

Mucho dolor.

—Rafael. —Acortó la distancia que los separaba sin tener en cuenta el frío que había erizado todo el vello de su cuerpo—. Estaba preocupada por ti.

Soy un arcángel.

Lo que no dijo fue que encontraba la preocupación de una mujer que hasta hacía poco había sido mortal (que en realidad todavía no era una auténtica inmortal) de lo más absurda.

Elena se negó a dejar que la intimidara. Su arcángel y ella se habían hecho algunas promesas. No estaba dispuesta a rendirse ante el primer obstáculo, ni aunque sintiera el latido acelerado de su pulso en la garganta y la parte animal de su cerebro le gritase que el depredador que estaba ante ella carecía de piedad alguna.

Estiró el brazo hacia él y echó la cabeza hacia atrás para enfrentar la intensidad de su mirada. El brillo metálico era tan inhumano que hería, y Elena sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas a modo de defensa instintiva. Parpadeó y apartó la mirada.

Te rindes con mucha facilidad.

El peso del gélido aplomo que distinguió en su voz resultó de lo más desalentador, pero en realidad siempre había sabido que no sería nada fácil amar a aquel hombre.

—Si crees que me he rendido, arcángel, es que no me conoces en absoluto. —Contuvo las lágrimas y se acercó lo suficiente para rozarle el torso con los pechos.

La electricidad estalló entre ellos como un latigazo al rojo vivo.

Y el arcángel cobró vida. Introdujo una mano en el cabello de Elena y le echó la cabeza hacia atrás para apoderarse de su boca con un beso que era a la vez una reclamación y una advertencia. No estaba de humor para juegos.

Ella tampoco.

Elena le rodeó el cuello con los brazos y le devolvió el beso con idéntica pasión brutal. Acarició la lengua masculina con la suya en una provocación deliberada, porque sin importar cuánto ardiera, la necesidad de Rafael era algo que ella podía controlar. Y fue cuando él se volvió frío, cuando se envolvió de nuevo con la arrogancia de aquel poder que quedaba fuera del alcance de cualquier mortal, cuando la cazadora pensó que era posible que lo hubiera perdido. Incluso mientras aquella idea atravesaba su mente, percibió un cambio en el beso, un control sutil pero inconfundible. De eso nada, arcángel, pensó, y le dio un fuerte mordisco en el labio inferior. Sabía que aquello lo sacaría de sus casillas.

La mano masculina se tensó en su cabello y tiró de su cabeza hacia atrás.

¿Crees que estás a salvo?

Rafael metió la mano libre por debajo de su camiseta y aprisionó uno de sus pechos con aquellos dedos largos y fuertes en un descarado gesto de posesión.

—¿A salvo? —Elena respiró hondo y deslizó los dedos por la parte del ala derecha masculina que tenía a su alcance—. Tal vez no. —*Pero, de todos modos, siempre he deseado bailar contigo.*

El apretó la carne sensible que tenía bajo la palma de la mano.

En ese caso, baila.

Su camiseta desapareció de repente, desgarrada, y quedó desnuda de cintura para arriba. Elena extendió las alas sin traba alguna y tironéo de la camisa del arcángel. El tejido se desintegró en un abrir y cerrar de ojos, y ella se encontró piel contra piel con un arcángel que ardía despidiendo una gélida llama blanca.

Un miedo real la invadió por primera vez.

Jamás se había liado con él cuando se encontraba en aquel estado, jamás había estado tan cerca de aquella fuerza letal, jamás había notado la quemazón del hielo sobre la piel. La sensación era excitante y aterradora a un tiempo. Reprimió el miedo, se acercó más... y frotó su vientre suave contra el rígido bulto de su erección.

Rafael cambió de posición sin avisar y le aplastó la espalda contra la pared, aunque a Elena le dio tiempo a extender las alas a ambos lados. Cogió aliento justo un instante antes de que él se lo robara con el más primario de los besos. Un segundo después, Rafael empezó a desgarrar lo que le quedaba de ropa para dejarla desnuda y vulnerable. Cuando colocó las manos por debajo de sus muslos y la alzó, el instinto llevó a Elena a rodearle la cintura con las piernas.

La llama gélida, helada, del poder masculino acarició por fin la zona más sensible de su cuerpo.

Estremecida, Elena interrumpió el beso. Rafael se negó a dejar que se apartara y se apoderó una vez más de su boca tirando del cabello que tenía encerrado en el puño. Aquello debería haberla asustado, pero lo único que consiguió fue incrementar su determinación a ganar aquella batalla, a sacar a Rafael del abismo que se apreciaba en la negrura invernal de sus ojos. Había visto muchos colores en aquellos ojos, pero jamás esa oscuridad vasta y desoladora.

Arcángel, susurró en su mente en un intento por mantener la cordura mientras él apretaba la punta endurecida del pezón con unos dedos que conocían todas y cada una de sus debilidades. *Rafael...*

No respondió. Y la gélida caricia de su poder se volvió tan intensa que Elena no pudo mantener los ojos abiertos. Enterró las manos en el cabello masculino y apretó los muslos alrededor de su cintura mientras el mundo se volvía oscuro. Algo iba mal. Muy, muy mal. Sin embargo, Elena no pensaba dejar que la ahuyentara, a pesar de que el miedo le producía un cosquilleo en la garganta, un matiz discordante con la necesidad que ya había humedecido su cuerpo para prepararlo.

Por más letal que fuera aquella criatura, aún era suya, y su cuerpo lo conocía. Conocía el placer que podía proporcionarle. Aquel día, sin embargo, tal vez sazónaría ese placer con un toque de crueldad sensual. Resultaba tentador rendirse, permitirle que jugara con ella con su consumada destreza, pero el instinto le decía que aquella sería la forma más rápida de perder la batalla. De perderlo a él... frente a los demonios que habían convertido el azul imposible de sus ojos en el tono duro e inclemente de la medianoche.

« Mis amantes siempre han sido guerreras.»

Eso le había dicho Rafael al principio.

Elena apartó la boca de sus labios con un gesto brusco y giró la cabeza hacia un lado para recuperar el aliento. Rafael le sujetó el pelo con más fuerza y amenazó con retorcérselo para obligarla a volverse. Elena le bloqueó el brazo con el suyo.

Una blanca tempestad ártica los envolvió, tan potente y cegadora que a Elena le dio la impresión de que tenía los ojos abiertos y no cerrados.

—Rafael —dijo mientras luchaba por respirar pese a la tremenda y cortante

presión del ambiente—, si no vas a desconectar ese poder, dame mis armas.

Una pausa.

¿Por qué iba a darte tus armas? Un susurro aterciopelado en su mente.

—Porque... —Elena tenía la impresión de que algo estrujaba sus pulmones hasta dejarlos vacíos—... no eres de los que disfrutan de las mujeres que no pueden defenderse. Te gustan las guerreras, ¿recuerdas?

Risas en su cabeza, aunque teñidas con un toque de inclemencia que hizo que su miedo cobrara vida propia.

A mi parecer, existe algo exquisitamente placentero en tener a una guerrera indefensa y vulnerable ante mí.

Era el miedo lo que recorría ahora las venas de Elena. En aquella criatura no quedaba nada del hombre al que ella conocía, nada a lo que pudiera apelar o recurrir, nada con lo que pudiera razonar.

—Pues menudo desafío, ¿no crees? —murmuró mientras luchaba con la cazadora que había en ella, con esa parte que le decía que clavara las uñas en aquellos ojos asombrosos, que le desgarrara las alas, que hiciera cualquier cosa para liberarse—. Fui yo quien corrió a tus brazos.

Unos labios recorrieron su cuello y el puño que le sujetaba el cabello le inclinó la cabeza hacia un lado. Elena notó sus dientes, y más abajo, la durísima presión de su erección. Aquello, comprendió de repente, era real. Era salvaje y terrenal. Tomó una decisión rápida y le dijo en un susurro:

—Tómame, Rafael. Apodérate de tu guerrera. —Las palabras habían sido deliberadas, un recordatorio de los vínculos que había entre ellos.

El arcángel se quedó paralizado.

¿Te rindes, después de todo?

Elena le echó la cabeza hacia atrás con las manos que había enterrado en su cabello y lo besó a su manera. Un beso que era todo calor y pasión salvaje... y también amor. Un amor que crecía cada vez más en su corazón.

Todo este rollo del poder resulta de lo más sexy... Pero te quiero dentro de mí, grande y duro. Ahora.

Rafael le dio un apretón en el muslo.

Elena...

Elena sintió un vuelco en el corazón. Porque conocía aquella voz, aquel tono.

Rafael... Te necesito.

Era el único al que le había dicho aquello, el único que se había ganado su confianza.

—Te necesito.

Con un estremecimiento del enorme cuerpo que la mantenía aplastada contra la pared, la dentellada glacial del poder masculino se convirtió en una caricia ardiente similar a un millar de besos suaves sobre su piel, y un instante después, el descarado extremo de su pene empezó a presionar contra la entrada de su

cuerpo. Elena cogió aire antes de que el arcángel reclamara sus labios y se sujetó con fuerza mientras él la embestía con ímpetu aunque con cuidado, sin detenerse hasta que estuvo enterrado hasta el fondo en su interior.

Elena arqueó la espalda ante la violenta acometida de placer. Él aprovechó el movimiento para jugar con sus pechos, para mordisquear, lamer y succionar hasta que ella empezó a rotar las caderas en movimientos apremiantes y a clavarle las uñas en los hombros.

—Deja ya de provocar, arcángel.

Otra pausa... y de pronto Rafael se convirtió en la encarnación de la exigencia masculina. Su cuerpo se transformó en algo duro, húmedo y muy físico bajo las manos de Elena. La cazadora abrió los ojos, enfrentó su mirada y descubrió un azul infinito y avasallador justo antes de que él la acometiera con la experiencia propia de un ser que ha vivido muchos siglos y la enviara volando hacia las estrellas.

Lanzando un grito, Elena lo aferró con los músculos internos de su cuerpo para reclamarlo, y lo arrastró con ella.

Acabó tendida en la cama que tenía delante, con Rafael tumbado de costado a su lado. El arcángel tenía la mirada perdida.

—Hola. —Elena estiró el brazo para tocarle el muslo—. No me abandones otra vez, ¿eh? —Las palabras sonaron más roncadas de lo que ella pretendía, teñidas con los miedos de aquella niña que había sido abandonada mucho antes de que la echaran del elegante Caserón.

El muslo de Rafael se contrajo bajo su contacto.

—¿Te he hecho alguna herida?

Elena recordó lo que él le había dicho una vez sobre la posibilidad de partirla en dos. Sabía que tenía la oportunidad de destruirlo, pero ella no era así. Ninguno de ellos era así.

—No. Solo me asustaste un poco.

Mis disculpas, Elena. Recorrió el arco de su ala con la mano. *No era... yo mismo.*

Aquella era una admisión que ella jamás habría esperado, porque aunque llevaban juntos bastante tiempo, todavía estaban aprendiendo a conocerse el uno al otro. Y el arcángel de Nueva York había aprendido mucho tiempo atrás a ocultar secretos. Los suyos, los de su raza y los de sus Siete.

Y ahora también los de su consorte.

—Lo sé. —Elena cambió de posición para apoyarse en el codo y cerró los dedos sobre el músculo de su hombro. Necesitaba sentir su contacto físico—. Algo va mal, Rafael. Puede que el vampiro pareciera cuerdo, pero no actuó de forma racional cuando atacó el colegio, y tú deberías haberte dado cuenta de eso. Sin embargo, no lo hiciste.

—Recuerdo muy poco de lo que hice durante ese intervalo de tiempo. —Una

pregunta que no era una pregunta. La empujó con delicadeza para tumbarla de espaldas y colocó una de sus enormes manos sobre el abdomen de Elena.

Puesto que sabía que la pérdida de control debía de ser una agonía que lo destruía, la cazadora hizo un breve repaso de los acontecimientos.

—¿Recuerdas que ejecutaste a Ignatius?

—Sí. —Rafael agachó la cabeza un poco y ella aceptó la invitación para acariciarle el pelo con los dedos—. Cuando hablas de lo sucedido, lo recuerdo... pero todo está cubierto por una neblina roja.

Gruesos y sedosos, los mechones negros de su pelo resultaban una fresca caricia sobre la piel de Elena.

—Si tuviera que ponerle un nombre a lo que vi en tu expresión, lo llamaría rabia.

—Sí. —Rafael deslizó la mano por su vientre y la apoyó sobre su cadera—. Pero he vivido lo suficiente para saber controlar la rabia. Eso era... algo más.

Elena permaneció inmóvil, preocupada por la elección de sus palabras.

—¿Algo más? ¿Algo ajeno a ti?

Los ojos del arcángel tenían un brillo azul adamantino tras los párpados entrecerrados.

—Resulta imposible saberlo.

Elena no estaba dispuesta a dejar las cosas así.

—Habla conmigo. —Sabía lo que era Rafael, comprendía que el arcángel albergaba más poder en su cuerpo del que ella podía llegar a imaginar aunque viviera diez mil años. No eran iguales, eso seguro. Al menos, no en aquel campo de juego. Sin embargo, en lo que se refería a emociones capaces de desgarrar un corazón... — Rafael.

Nadie, dijo el arcángel en su mente, *exhibía ese tipo de furia extrema*.

Su padre también se había vuelto completamente loco.

—No —replicó ella; no necesitó ni un instante para evaluar esa idea—. No te estás volviendo loco.

—Estás muy segura de eso, cazadora del Gremio. —Palabras formales. Un tono que decía que el arcángel consideraba aquella afirmación carente de fundamentos.

Elena levantó la cabeza y le mordió el labio inferior.

—Tu sabor está impregnado en mis células. Eres la lluvia y el viento, y a veces, el envite fresco y salvaje del mar. Supe al instante que algo había cambiado.

Rafael se apartó de ella y permitió que se sentara mientras él cambiaba de posición para bajar las piernas por un lado de la cama. Estaba de espaldas a ella, con sus magníficas alas extendidas. Cada uno de los filamentos de las plumas estaba ribeteado en oro y resplandecía a pesar de la tenue luz que penetraba a través de las ventanas. Una tentación letal para los mortales... y para las

inmortales recientes.

Elena ya había extendido el brazo para rendirse a la tentación cuando él dijo:

—Mientes por el bien de ambos.

Elena frunció el ceño y se envolvió con la sábana, aunque la dejó abierta en la parte de atrás para acomodar sus alas. Se bajó de la cama para ponerse en pie ante él.

—¿De qué estás hablando?

Rafael levantó la cabeza. Su rostro estaba tan desprovisto de emociones que daba la impresión de que su prístina belleza, de tan pura y hermosa, podía helar la sangre.

—¿Cambió acaso la esencia de Uram?

Ácido y sangre... y rayos de sol.

Elena se estremeció al recordar al arcángel perdido en la sed de sangre. Sintió un agujonazo en el tobillo al revivir el momento en el que Uram se lo aplastó... solo para oírla gritar.

—Solo lo conocí después de que cruzara el límite hacia la demencia —replicó, a sabiendas de que aquella conversación era muy importante—. No tengo forma de saber cómo lo habrían percibido mis sentidos antes de eso... Es posible que la sangre, la parte ácida de su esencia, se debiera a la transformación, no a lo que era con anterioridad.

Rafael no parecía convencido. No obstante, tampoco había rechazado su argumentación. Se levantó y empezó a ponerse los pantalones.

—No puedo seguir evitándolo. Debo hablar con Lijuan...

Una corriente fría y espeluznante llenó la estancia, un ramalazo de miedo que recorrió la nuca de Elena.

—Es casi como si ella pudiera oírte cuando pronuncias su nombre.

Rafael no le dijo que se estaba comportando como una estúpida supersticiosa.

Sí, respondió en cambio, no hay forma de saber si Lijuan puede ahora oír a través del viento.

—No puedo hacer caso omiso del hecho de que mi «rabia» ha aparecido en el mismo momento en el que un anciano está a punto de despertar. Como la más antigua de nosotros, Lijuan es la única que podría darme alguna respuesta.

—Iré contigo.

Poco tiempo atrás, mientras Pekín se estremecía a su alrededor, Elena había estado cara a cara con aquellos caparazones de cuencas vacías que demostraban de manera irrefutable que había un núcleo oscuro en la fuerza de Lijuan. La arcángel de China había devuelto la vida a los muertos, tanto si ellos lo deseaban como si no.

Habían sido monstruos, monstruos que se alimentaban con la carne de aquellos que no contaban con el favor de Lijuan... para poder vestir sus demacrados cuerpos. Sin embargo, también habían sido víctimas, víctimas

mudas e incapaces de gritar. Aunque Elena había oído sus gritos de todas formas, y todo en ella se rebelaba ante la idea de que Rafael estuviera a solas con el ser que había creado a aquellos «renacidos».

—Es...

Unos dedos acariciaron su mandíbula.

—Ella aún no te ve, no de verdad. Y quiero que siga siendo así.

Elena apretó aquella misma mandíbula.

—Mi seguridad no debe comprometer la tuya.

Lijuan era una pesadilla, y su poder procedía de un lugar oscuro, igual que aquellos horribles sueños. No había nada ni remotamente humano en ella, nada que insinuara algún tipo de conciencia.

Rafael hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ella no me matará, cazadora.

—No, pero desea... —Si Lijuan hubiera sido otra mujer, el asunto se habría resuelto con una ecuación de lo más sencilla. Pero la más antigua de los arcángeles no tenía deseos carnales; ni siquiera comía, y mucho menos tenía amantes—. Desea poseerte —concluyó.

Una mirada y se sintió como si la hubieran despojado de la piel, como un festín ante sus ojos.

—Pero yo solo deseo poseerte a ti, *hbeebti*. Y esos dos deseos no son compatibles.

Hbeebti.

Una hermosa palabra procedente de la herencia marroquí de su madre.

—No pienso dejar que me convenzas con palabras zalameras.

Una leve sonrisa. Su arcángel encontraba un peligroso motivo de diversión en su testarudez.

—En ese caso, deja que sea la lógica lo que te persuada. Lijuan podría ofenderse por tu presencia o limitarse a ignorarla. Si tengo que hacer esto, quiero descartar una de las posibilidades.

Elena estrujó el tejido de la sábana entre los dedos.

—Maldita sea... —Sabía que él tenía razón. Lijuan era impredecible. Podría considerar la presencia de la «mascota» de Rafael como un insulto.

—Hazlo rápido. No dejes que te clave sus garras.

Asintió, y su cabello se deslizó hasta la frente en una brillante cascada de medianoche.

—Me preguntaste una vez cómo deberías dirigirte a mí.

Elena frunció el ceño.

—Creo que dijiste que podía llamarte «amo y señor», pero me parece que debí de entenderte mal.

—¿Cómo te gustaría llamarme?

Eso la dejó paralizada. «Marido» era demasiado humano; «compañero»

parecía un término poco preciso para un ser tan poderoso como un arcángel; «pareja», quizá... Pero ninguna de aquellas palabras parecía adecuada.

—Mío —respondió Elena al final.

Rafael parpadeó asombrado, y cuando volvió a alzar la mirada, el azul del iris se había convertido en fuego líquido.

Sí, eso servirá.

—Pero para el resto del mundo, serás mi consorte.

—Consorte... —murmuró Elena para saborear la palabra, para darle forma —. Sí, me parece bien. —Una consorte era más que una amante, más que una esposa. Era alguien con quien un arcángel podía hablar de sus más oscuros secretos, alguien en quien podía confiar que solo le diría la verdad, aun cuando fuera algo que no quisiera oír—. Si esa zorra chiflada intenta algo —añadió Elena, refiriéndose a Lijuan— y el hecho de estar en mi mente te ayuda a anclarte a la realidad, no dudes en hacerlo.

Rafael le apretó el hombro desnudo con los dedos antes de cerrarlos alrededor de su nuca. Empezó a deslizar el pulgar sobre la zona donde el pulso era más marcado.

—Luchas con coraje por tu independencia... ¿y ahora me otorgas semejante libertad?

—Sé que no abusarás de esa libertad. —Ahora no. No cuando sabía lo importante que era para ella mantener el control de su propia mente.

—Te agradezco la oferta, Elena. —Era un comentario extrañamente formal, casi como si estuviera haciéndole un juramento. La expresión del arcángel era tan intensa que Elena no pudo evitar rodearlo con los brazos. La sábana cayó al suelo en el mismo instante en el que Rafael deslizó la mano libre por su columna, la estrechó con fuerza y desplegó las alas para rodearla.

—El cuadro —dijo ella, disfrutando del mero hecho de estar con su arcángel —. ¿Cuándo lo pintaron?

—Durante la época en la que entrenabas con Galen. —Rafael respondió la siguiente pregunta sin necesidad de que ella la formulara—. Es una obra de Aodhan, y la pintó a petición mía.

Elena pensó en el ángel con ojos que parecían de cristal hecho añicos y alas que resplandecían como diamantes a la luz del sol.

—Nunca llegué a verlo.

—Se le da muy bien que no lo vean.

—La mayoría de los hombres elegirían un cuadro de un desnudo para el dormitorio —bromeó ella—. Y tú te decantas por una cazadora con cuchillos.

—Tú eres la única mujer que tiene permiso para entrar en mi dormitorio, Elena.

La amaba. Era increíble. No, que aquel ser la amara era mucho más que increíble. Y le dio el valor suficiente para adentrarse una vez más en la

oscuridad.

—Tengo que contarte lo que descubrí en el colegio.

Él escuchó en silencio.

—¿Piensas ponerte en contacto con Dmitri para averiguar si localizaron el segundo cadáver? —preguntó al final.

—Sí. —La frustración le hizo apretar los puños contra la espalda del arcángel

—. No fue casualidad que el vampiro eligiera ese colegio, ¿verdad, Rafael?

La respuesta destruyó las últimas y efímeras esperanzas.

—No. No puede serlo.

Menos de una hora después, Elena se encontraba en el depósito de cadáveres de la ciudad, contemplando las desgarradoras evidencias de los motivos por los que Ignatius había derramado sangre inocente. La niña que yacía sobre la camilla se llamaba Betsy, un nombre algo anticuado para alguien tan joven. No obstante, quizá a ella le gustara. Elena nunca lo sabría. Porque a Betsy le habían desgarrado la garganta, y la cama sobre la que se encontraba cuando la mataron se había teñido de un violento tono carmesí.

La habían encontrado en el bosque, no muy lejos del estanque, a escasos pasos del lugar donde Elena había vacilado mientras seguía el rastro.

—No era una de las alumnas internas; no dormía en la escuela —le dijo Dmitri desde el lugar donde se encontraba, al otro lado del cadáver—. Su profesora la envió a la enfermería cuando se quejó de que le dolía el estómago, pero la mejor amiga de Betsy sí tenía habitación en el colegio. Parece que se escabulló hasta allí en lugar de ir a la enfermería. En medio de la confusión, todo el mundo creyó que la enfermera la había enviado a casa.

—Evelyn... —dijo Elena mientras se fijaba en el pequeño rostro con forma de corazón, rodeado por un cabello castaño tan oscuro que podría tomarse por negro. Según el informe, los ojos de Betsy tenían un tono gris oscuro antes de que la muerte extendiera una película opaca sobre ellos—. Se parecía a mi hermana pequeña. —Y la cama empapada con la sangre de Betsy era la de Evelyn.

Por eso había muerto aquella niña.

—Tengo que hacer una llamada. —Elena apretó el puño para resistir el impulso de acariciar la pálida piel de Betsy con inútiles esperanzas. Allí ya no había calidez alguna, ni rastro de vida. Se los habían robado para siempre.

Mientras ella observaba a la niña, Dmitri estiró el brazo y colocó la sábana sobre el rostro de Betsy con tanta ternura que a Elena se le hizo un nudo en la garganta.

—Organizaré una vigilancia discreta de tus hermanas. —Su tono era tan calmado que Elena supo de inmediato que era una máscara.

La cazadora hizo un gesto de asentimiento y salió al pasillo iluminado por una luz intensa y fría, donde se derrumbó contra la pared. Tardó un rato en dejar de temblar.

—Lo siento... —le susurro a la niña que jamás volvería a reír ni a llorar ni a correr. Una niña cuya mejor amiga pronto se enteraría de que estaba muerta.

Luego enderezó la espalda y utilizó el teléfono móvil para marcar un número que había evitado desde que despertó del coma. Su padre lo cogió tras la primera señal.

—¿Sí? —Una pregunta cortante.

—Hola, Jeffrey.

Su silencio fue de lo más elocuente. No le gustaba que le llamara por su nombre, pero había perdido el derecho a cualquier apelativo familiar el día que le dijo que era una « abominación », una mancha en el ilustre árbol familiar de los Deveraux.

—Elieanora... —Su tono era puro hielo—. ¿Debo asumir que la desagradable situación que han vivido las niñas en el colegio hoy tiene algo que ver contigo?

La culpabilidad le provocó retortijones en el estómago.

—Puede que Evelyn fuera el verdadero objetivo. —Apretó la mano con fuerza contra la pintura desconchada de la pared antes de contarle el resto de la historia—. Su mejor amiga, Betsy, ha sido asesinada. Seguro que sabes lo mucho que se parecen... que se parecían.

—Sí.

—Hay que decírselo a Evelyn. Los medios averiguarán los nombres muy pronto.

—Me encargaré de que su madre hable con ella. —Otra pausa—. Las niñas recibirán las lecciones en casa hasta que arregles el follón que has montado esta vez, sea cual sea.

Era un golpe directo, y Elena lo encajó. Porque tenía razón. Las más pequeñas de las Deveraux estaban en la línea de fuego por su culpa.

—Es probable que sea lo mejor. —No sabía qué más decirle. No sabía de qué hablar con aquel hombre que una vez fue su padre y que se había convertido en un desconocido que al parecer solo deseaba herirla.

Cuando despertó del coma, había recordado fragmentos olvidados de su infancia; había recordado al padre al que había amado tantos años atrás. Jeffrey había sostenido su mano en el hospital después de que sus dos hermanas mayores fueran asesinadas en aquella cocina ensangrentada, la había acompañado hasta el sótano a pesar de todas las amargas oposiciones para que pudiera ver de nuevo a Ari y a Belle... porque necesitaba estar segura de que sus hermanas descansaban realmente en paz, de que el monstruo no las había convertido en un ser como él. Jeffrey había llorado aquel día. Su padre, el hombre con un corazón de piedra, había llorado. Porque entonces era un hombre diferente.

Del mismo modo que ella era una niña diferente.

—A juzgar por tu silencio —comentó Jeffrey con hiriente impaciencia—, deduzco que la directora del Gremio no te dio mi mensaje.

A Jeffrey nunca le había caído bien Sara, ya que formaba parte de su «sucia» profesión. Elena tensó la mano sobre el teléfono hasta que empezó a sentir el crujido de sus huesos.

—No he podido reunirme con Sara esta mañana.

Habían quedado para tomar un café y ponerse al día. Elena se moría de ganas de darle un beso a su ahijada, Zoe, de ver cuánto había crecido.

—Claro que no. Estabas en el colegio. —Rígido e inflexible como el granito—. Necesito hablar contigo cara a cara. Si no te presentas aquí mañana por la mañana, perderás el derecho a tomar parte en la decisión.

—¿Qué decisión?

Jeffrey y ella no habían tenido nada que decirse en los diez años previos al momento en que Uram invadió la ciudad. Incluso en aquel instante, las únicas palabras que intercambiaban eran dagas bien afiladas, destinadas a causar el mayor daño posible.

—Lo único que te hace falta saber es que se trata de un asunto de familia.

Colgó el teléfono, y aunque a Elena se le llenaron los ojos con lágrimas de frustración —unas lágrimas absurdas e indeseadas—, supo que se presentaría en su oficina, tal y como le había ordenado. Porque si bien la familia de la que él había hablado estaba destrozada, de ella formaban parte no solo Evelyn y Amethyst, sino también la menor de las hijas de Marguerite, Beth.

Ninguna de ellas tres merecía quedar atrapada en el fuego cruzado de la guerra interminable que libraban su padre y ella.

Después de pasar dos horas en la Torre hablando con Jason sobre la información que el ángel de alas negras había llevado a la ciudad, Rafael aterrizó en silencio en los bosques que separaban su propiedad de la casa que utilizaba Michaela cuando se encontraba en su territorio. Mientras avanzaba para situarse frente al pequeño estanque que su jardinero había creado en una gruta y que había sombreado con enredaderas para esconderlo entre la sólida masa de árboles, Rafael se preguntó si Elena veía más que él.

Sabía que era arrogante. Era inevitable, dados los años que había vivido y el poder que ostentaba. Pero jamás había sido un estúpido. Así pues, hizo caso de las palabras de su cazadora e intensificó sus escudos mentales antes de contemplar las plácidas aguas del estanque sombrío.

Lijuan, dijo, impulsando el pensamiento a través del mundo.

Existía la posibilidad de que no consiguiera contactar con ella, ya que no tenía intención de proyectar un verdadero mensaje. El precio que se exigía era demasiado alto. En el estado Silente, se convertía en un ser monstruoso, un ser con un gélido poder letal y desprovisto de conciencia. Fue durante semejante estado cuando aterrizó a Elena hasta el punto de obligarla a disparar. La cicatriz de su ala era un sorprendente recordatorio de que nunca más debía seguir aquella senda.

Si aquello no tenía éxito, le enviaría a Lijuan un mensaje escrito a mano, puesto que la más antigua de los arcángeles detestaba las comodidades modernas como el teléfono. No obstante, el agua empezó a agitarse un instante después, mucho antes de lo que él había esperado. Sabía que la fuerza de Lijuan se había incrementado de manera exponencial, pero aquella rápida respuesta, sumada al hecho de que había utilizado una parte minúscula de su poder para llamarla, demostraba una fuerza mucho mayor de lo que cualquier miembro del Grupo podía imaginar.

—Rafael. —Apareció de la nada mientras su imagen se formaba en el agua. Su rostro parecía tan intemporal como siempre. Tan solo el blanco puro de su cabello y el brillo iridiscente de sus ojos clarísimos revelaban lo que era, en qué se había convertido—. Así que has vuelto a mí, después de todo.

La única reacción de Rafael fue decir:

—¿Piensas convertirme en una mascota, Lijuan?

Una risa tintineante, infantil, y más perturbadora por esa misma razón.

—Menuda idea... Me da la impresión de que serías una mascota de lo más problemática.

Rafael inclinó la cabeza.

—¿Estás en casa? —El palacio de Lijuan se encontraba en el corazón de China, en las profundidades de un territorio montañoso que Rafael no había llegado a atravesar jamás. Jason, quien sí había conseguido abrirse camino hasta allí antes de la «evolución» de Lijuan, había regresado de aquella visita clandestina con media cara destrozada.

—Sí. —El cabello de la arcángel empezó a agitarse bajo una brisa que no afectaba a nada más en la vecindad—. He descubierto —añadió ella— que existen ciertos placeres de la carne que todavía soy capaz de disfrutar, después de todo. ¿Y dónde iba a gozarlos mejor que en mi palacio?

Rafael no cometió el error de creer que hablaba de sexo. Hacía miles de años que Lijuan había dejado de ser una criatura sexual, al menos en el sentido más común de la palabra.

—¿Tus juguetes sobreviven a la experiencia?

La arcángel elevó un dedo hasta que Rafael pudo verlo y lo señaló con él.

—¡Menuda pregunta, Rafael! Lo mismo daría que me hubieras llamado monstruo.

—Lo habrías tomado como un cumplido.

Otra carcajada. Una oleada de poder inundó aquellos ojos escalofrantes y casi transparentes, que se volvieron totalmente blancos, sin iris ni pupila.

—Uno de los ancianos recupera la conciencia.

No le sorprendió que ella hubiese adivinado el motivo de aquella llamada. Aunque se había convertido en una pesadilla, Rafael nunca había dudado de la inteligencia de Lijuan.

—Sí.

—¿Sabes qué edad tenía tu madre cuando desapareció? —soltó Lijuan sin previo aviso.

Le sobrevino el recuerdo de unos ojos azules impactantes, de una voz que hacía llorar a los cielos y de una locura tan intensa y absoluta que se asemejaba a la cordura.

—Poco más de mil años más que tú.

Los labios de Lijuan se curvaron en una sonrisa que mostraba una extraña diversión.

—Caliane era vanidosa. Le gustaba decirle eso a la gente porque así su edad era similar a la de su compañero.

Rafael sintió hielo en el pecho. Un hielo que se extendió a modo de ramas dentadas y amenazó con atravesarle las venas.

—¿Qué edad podía tener?

La respuesta de Lijuan convirtió el hielo en esquirlas de cristal que se extendieron por su organismo y causaron daños masivos.

—Cincuenta mil años. E incluso eso podría haber sido una mentira. Se rumoreaba que ya tenía dos veces esa edad cuando yo nací.

—Imposible —dijo él al final, consciente de que no podía mostrarle su desconcierto; hacerlo sería tentar al depredador que moraba en el interior de Lijuan—. Ningún arcángel tan antiguo habría optado por seguir despierto. —Cien mil años era una eternidad imposible. Sí, había arcángeles antiguos en su mundo, pero salvo algunas excepciones notables, la mayoría de ellos decidía sumirse en el sueño durante eones, y despertaban tan solo durante breves periodos de tiempo para saborear los cambios del mundo.

La sonrisa de Lijuan desapareció.

—Según se decía, Caliane ya había dormido antes —comentó con una voz que resonaba con el eco de un millar de susurros fantasmales—, en más de una ocasión. No obstante, cuando despertó la última vez, encontró a Nadiel.

—Y entonces nací yo. —Recordó las risas y las canciones de su madre, y también su repentino descenso hacia la demencia. Sin embargo, si ella había vivido tantos milenios... —. ¿Me mientes, Lijuan?

—No tengo ninguna necesidad de mentir. He evolucionado mucho más que Caliane.

A primera vista, eso parecía cierto, sin duda alguna. La edad nunca había sido el árbitro del poder entre los de su clase. Rafael se había convertido en arcángel a una edad de lo más inusual entre los suyos. Y poco después de los quinientos años, Illium era ya mucho más fuerte que muchos ángeles con una edad diez veces mayor. Pero no era esa la razón por la que se había puesto en contacto con Lijuan.

—¿Es mi madre quien despierta? —preguntó sin apartar los ojos de aquella

mirada « ciega » .

—No hay forma de saberlo. —Los susurros de su voz sonaban casi como gritos—. No obstante, la magnitud de las perturbaciones, la fuerza de los terremotos y de las tormentas, señala que quien despierta es el más antiguo de los ancianos.

Rafael se preguntó qué era lo que veía Lijuan con aquellos ojos, si merecía la pena el sacrificio de una ciudad... de lo que le quedaba de alma.

—Si ese anciano despierta sin rastro de cordura, ¿lo ejecutarás?

Antes no. Nunca. Matar a un ángel durante el sueño era enfrentarse a una ejecución automática, porque nadie era inmune a aquella ley. Incluso Lijuan, por más invulnerable a la muerte que fuera, sería rechazada por toda la raza angelical si atravesaba aquella línea. Y eso no era algo agradable para una diosa.

Otra risilla infantil; una risilla que resultaba aun más inquietante que su aspecto.

—Me decepcionas, Rafael. ¿Qué necesidad tendría de ejecutar a un antiguo? No pueden hacerme nada, y quizá puedan enseñarme secretos que aún no conozco.

Fue entonces cuando Rafael comprendió que si un monstruo cobraba vida podría fortalecer a otro.

La conversación con Jeffrey, sumada a la dolorosa visita al depósito de cadáveres, dejó a Elena como si la hubieran golpeado con unos puños de piedra. Resultaba tentador, sumamente tentador, irse a casa y esconderse, fingir que todo estaría bien cuando volviera a salir.

Pero, por supuesto, aquella era una idea infantil. Elena no se había permitido creer en vanas esperanzas desde que tenía diez años y entró en una cocina convertida en un matadero.

—¿Sabes dónde está Jason? —le preguntó a Dmitri cuando salieron del depósito.

El vampiro presionó el mando a distancia para abrir el Ferrari rojo fuego aparcado en la zona reservada a empleados.

—¿Ya te has hartado de tu Campanilla? —Unas notas de champán envolvieron los sentidos de Elena, aunque mezcladas con algo mucho más duro.

Nunca había percibido aquel matiz áspero en la esencia de Dmitri. Compadecía a la mujer a la que se llevara a la cama aquel día.

—Sí, así es. Me estoy consiguiendo un harén.

Dmitri abrió la puerta del Ferrari y apoyó uno de sus brazos encima de la ventanilla. Por un momento, su expresión se volvió indagadora, y Elena tuvo la sensación de que estaba a punto de decir algo importante. Sin embargo, el vampiro se limitó a negar con la cabeza, un gesto que hizo que su cabello se agitara con suavidad bajo la brisa y sacó el teléfono móvil para comprobar algo.

—Está en la Torre.

Sorprendida por la respuesta, Elena luchó contra la perversidad de las notas de champán que la envolvían.

—¿Puedes preguntarle si le importaría reunirse conmigo en casa?

Dmitri hizo la llamada.

—Sale para allá en este preciso momento —dijo al tiempo que cerraba el teléfono—. No hay ningún lugar cerca desde donde puedas despegar.

Elena alzó la vista.

—El edificio del hospital es bastante alto. Subiré al tejado. —Para hacerlo regresó al edificio y comenzó a subir. Fue un paseo interesante. Solo había unos cuantos miembros del personal del hospital en los pasillos inferiores, y los que la vieron se quedaron sin habla.

Muy molesta por la reacción de la gente de una ciudad que ella consideraba su hogar, se acercó al ascensor y apretó el botón de llamada. Puesto que el personal solía utilizarlo para trasladar las camas de una planta a otra, la cabina tenía espacio suficiente para dar cabida a sus alas. Las puertas se abrieron en la primera planta.

Dos enfermeras que charlaban entre ellas levantaron la mirada. Y se quedaron paralizadas.

Elena dio un paso atrás.

—Hay espacio de sobra.

Ninguna de las mujeres dijo nada mientras las puertas se cerraban delante de sus narices. Distintas variantes de esa misma escena se repitieron en las siguientes cuatro plantas. Era divertido pero le sentaba mal. Estaban en Nueva York. Necesitaba encajar en aquel lugar... aunque sabía que jamás encajaría como lo había hecho antes.

—Bufff...

Levantó la vista al escuchar aquella queja y vio que las puertas de la quinta planta se habían abierto para mostrar a un anciano que se apoyaba en un bastón.

—¿Sube?

El hombre asintió y se adentró en el ascensor. Observó sus alas sin disimulo mientras utilizaba el bastón para presionar el botón de la planta a la que se dirigía.

—Tú eres nueva.

—Pues sí. —Elena extendió las alas para que pudiera verlas, y los nudos de su alma se aflojaron un poco—. ¿Qué le parecen?

El hombre se tomó su tiempo antes de responder.

—¿Por qué utilizas el ascensor?

Tipo listo.

—Me apetecía.

El anciano se echó a reír cuando las puertas del ascensor se abrieron en su planta.

—¡Hablas como una auténtica neoyorquina!

Elena aún sonreía cuando las puertas volvieron a cerrarse, algo que no habría imaginado minutos antes, cuando estaba con Dmitri. Cuando el ascensor llegó por fin a la última planta, salió y se dirigió al tejado con pasos firmes. Ya no se sentía apaleada ni a punto de gritar.

El vuelo sobre el Hudson, facilitado por unos vientos fuertes, fue bastante rápido. Jason la aguardaba en el patio delantero. Tenía las alas plegadas a la espalda y el cabello recogido en su acostumbrada coleta. Era la primera vez que Elena tenía oportunidad de contemplar el tatuaje a plena luz, y los intrincados detalles del diseño la dejaron sin aliento.

Aunque había sido dañado por uno de los renacidos de Lijuan antes de que ella despertara del coma, el dibujo de tinta había sido reconstruido con tal perfección una vez que Jason se curó que nadie habría notado la diferencia. Todas las líneas curvas y las espirales hablaban a un tiempo de los vientos del Pacífico y de la arrebatadora belleza de los cielos.

—¿Dónde naciste? —preguntó de pronto, aunque lo cierto era que no esperaba una respuesta.

—En un pequeño atolón del Pacífico que ya no existe.

Una declaración a secas. Sin pena, ni furia, ni dolor. Nada.

Y aquella falta de emoción era una respuesta en sí misma.

Elena decidió dejar los secretos de Jason en paz.

—Tenía la esperanza de que pudieras enseñarme algunos trucos para volar a la luz del día sin convertirme en un objetivo demasiado fácil.

Jason entrecerró los párpados y se concentró en sus alas.

—Hay unas cuantas técnicas que podrías empezar a utilizar ya, pero las demás... Tendrás que practicar hasta que puedas elevarte por encima de la capa de nubes a toda velocidad.

—¿Tienes tiempo para darme la primera lección ahora?

Un breve gesto de asentimiento.

—Hoy he volado más de lo normal —admitió Elena—, así que es posible que no pueda seguirte el ritmo.

—Nos moveremos con lentitud, por debajo de las nubes. Lo importante no es la velocidad, sino aprovechar las luces y las sombras.

Elena asintió con la cabeza y caminó a su lado mientras él la conducía hacia los acantilados. Las sombras del atardecer ya habían caído cuando Jason señaló que ya tenía la habilidad suficiente para ensayar sola.

—Me marcho de Manhattan esta noche.

—Ten cuidado, Jason. —Como jefe de espionaje de Rafael, seguía senderos muy peligrosos.

El hombre la miró con aquellos ojos tan oscuros como la espada que llevaba a la espalda.

—¿Qué se siente al ser mortal?

Sorprendida, Elena se tomó un instante para pensarlo, para considerarlo.

—La vida es mucho más inmediata. Cuando tienes un límite de tiempo, todos los momentos cobran una importancia que ningún inmortal podrá entender jamás.

Jason extendió aquellas asombrosas alas diseñadas para mezclarse con la noche.

—Lo que tú llamas un « límite de tiempo » podría ser considerado por algunos

como una liberación. —Se elevó hacia el cielo antes de que ella pudiera replicar y se convirtió en una silueta sombría contra las primeras luces de la noche.

Sin embargo, no fueron aquellas alas las únicas que vio Elena.

¿Tan grande es el deseo de escapar que siente Jason, arcángel?

Sí. Su único vínculo con el mundo de los vivos es el servicio que me presta.

—Es por una mujer, como Illium? —susurró Elena cuando el arcángel aterrizó junto a ella, provocando un remolino de viento que le apartó el pelo de la cara.

—No. A Jason no lo han amado jamás. —Tras cerrar los brazos y las alas en torno a ella, giró la cabeza para contemplar la silueta de Manhattan, que comenzaba a llenarse de luces—. Ojalá hubiera experimentado algo así... En ese caso tendría buenos recuerdos con los que enfrentarse a la oscuridad.

Elena intentó aferrarse a aquella idea mientras se sumía en el sueño aquella noche; intentó obligarse a recordar las risas y la alegría. Pero fue una pesadilla lo que la acosó más tarde, lo que la ahogó con el hedor rancio de la sangre y los susurros balbuceantes de una niña muerta tendida sobre la camilla de un depósito de cadáveres. Unos sonidos transformados en hebras finas y pegajosas que resultaban de lo más reales. Unos sonidos que la envolvieron hasta que gritó de terror y despertó sentada en la cama.

Su mano, comprendió después de un buen rato, asía con fuerza la empuñadura de la daga que había escondido bajo el colchón en su lado de la cama, y sentía el metal frío en la palma. La adrenalina recorría sus venas cuando giró la cabeza y vio que Rafael estaba despierto y en pie.

—Ven, Elena.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para soltar la daga. Tras colocarla al lado de la Rosa del Destino, la talla en diamante que era una obra de arte de valor incalculable, un regalo de su arcángel, aceptó la mano que él le ofrecía y dejó que la ayudara a levantarse.

—¿Vamos a volar? —Sentía un cosquilleo en la piel, y su corazón latía al doble de velocidad. Le daba la impresión de que iba a partirse en dos.

Rafael evaluó sus alas con una mirada experta.

—No. Ya las has forzado demasiado hoy. —Echó un vistazo al reloj de la pared—. Ayer.

Eran las cinco de la mañana. El mundo aún estaba envuelto en la noche cuando Rafael la guió hacia fuera. El arcángel solo llevaba puesto un pantalón holgado que se agitaba como si fuera agua negra contra sus piernas. Elena, en cambio, se había puesto unos pantalones de algodón y una camisa de seda que le quedaba demasiado grande. Rafael no había dicho nada al ver que la cogía de su armario; se había limitado a cerrar las aberturas para las alas con un diminuto estallido de energía para que no se agitaran a su alrededor.

Fuera hacía fresco, y Elena notó un hormigueo en las mejillas.

—¿Adónde vamos? —le preguntó cuando Rafael la condujo hacia los bosques que había en el lado opuesto de los límites con la propiedad de Michaela.

Paciencia.

Elena echó un vistazo a aquella zona, que todavía no había explorado, y se dio cuenta de dos cosas. Una: la propiedad de Rafael era inmensa. Y dos: se encontraban en un sendero diseñado con esmero para mezclarse con los alrededores.

La curiosidad empezó a luchar contra los vestigios de la furia y el miedo. Y ganó.

—¿Y si me das una pista?

Rafael rozó las alas de Elena con las suyas.

—Intenta adivinarlo.

—Está bien. Todo está oscuro como boca de lobo y nos encontramos en el bosque. Mmm... la cosa no pinta muy bien... —Había empezado a darse unos golpecitos con el dedo en el labio inferior cuando el sendero se torció, y ante ellos, a menos de tres metros, apareció un pequeño invernadero iluminado desde el interior con lo que parecían tres lámparas de calor que emitían un resplandor amarillo anaranjado. Vaya... —Sintió una oleada de placer—. ¡Madre mía!

Tras soltar la mano de Rafael, Elena recorrió a la carrera la distancia que la separaba del recinto y empujó la puerta para adentrarse en el húmedo abrazo de un lugar que había sido creado teniendo en cuenta las alas. Fue consciente de que Rafael entró tras ella, pero su atención estaba puesta en los frondosos helechos que colgaban en cestas desde el techo, de ramas finas y rizadas; en los capullos morados de las petunias que había a su derecha; y en las begonias. Antes de Uram, ella había mimado unas begonias, que habían florecido con orgullo y exuberancia. Aquellas tenían manchas marrones en las hojas, y unas flores penosas.

—Necesitan cuidados.

—En ese caso, haz lo que sea necesario.

Elena lo miró de inmediato. Sentía una picazón en los dedos; se moría de ganas de coger las herramientas de jardín que había visto sobre un pequeño banco del fondo.

—Tú tienes jardinero.

—Este no es su territorio. Su deber consiste solo en asegurarse de que las plantas no mueren. Esto fue construido para ti.

Elena no podía hablar. Sentía una opresión demasiado intensa en el pecho, demasiado abrumadora. El arcángel de Nueva York la observó con una paciencia infinita mientras ella examinaba el regalo que acababa de hacerle, algo muchísimo más hermoso que las ropas más exclusivas, que las joyas más caras. Si Rafael no se hubiera ganado ya su corazón, Elena se lo habría ofrecido en aquel mismo instante.

Algo más tarde, Montgomery apareció con una jarra de café humeante, unas tostadas con mantequilla, pequeños cuencos de ensalada de frutas y una selección de diminutas pastas. El mayordomo, con su habitual atención al detalle, no pareció sorprenderse en lo más mínimo al encontrar a uno de los seres más poderosos del mundo sujetando una rama mientras ella recortaba las flores marchitas.

—Buenos días, sire. Cazadora del Gremio.

—Buenos días, Montgomery. —Rafael tomó el café que le ofrecía el mayordomo, y Elena se quedó impresionada.

Hogar.

Estaba en su hogar.

Dos horas más tarde, su corazón rebosaba de una alegría intensa y tranquila mientras se dirigía a ver a Sara antes de reunirse con Jeffrey. Fue entonces cuando sonó el teléfono. Tras aterrizar en el tejado más próximo, respondió y oyó la voz de su padre.

—Tendremos que vernos mañana —dijo de inmediato—. Ha surgido un inesperado asunto de negocios que debo atender hoy.

Debería haberlo dejado correr, pero la adolescente abandonada que había en ella salió a la luz.

—La familia siempre está en segundo lugar, ¿verdad, Jeffrey?

Oyó un profundo suspiro y, por un instante, tuvo la desconcertante sensación de que había herido a su padre. Sin embargo, cuando habló, Jeffrey le clavó una daga en pleno corazón.

—Tampoco puede decirse que la familia sea tu especialidad, Elieanora.

No, no lo era; él se había asegurado de eso.

Elena cerró el teléfono con fuerza y remontó el vuelo de nuevo. Su buen humor se había esfumado. Y encima Sara no estaba en el Gremio. Frustrada y con la necesidad de hacer algo, lo que fuera, decidió dirigirse al apartamento de Ignatius. No esperaba encontrar allí nada que explicara su extraño comportamiento, pero...

Una pluma de un azul celestial, ribeteada en plata, cayó flotando frente a ella.

El entusiasmo borró los ecos de la pulla de Jeffrey. Cogió la pluma y echó la cabeza hacia atrás para buscar a su dueño. Sin embargo, en aquel terreno estaba en desventaja, ya que su capacidad para revolotear y girar no era ni de lejos la suficiente para atrapar al ángel al que Galen había llamado « Mariposa » .

Elena se guardó la pluma en el bolsillo para añadirla a la colección que pensaba regalarle a Zoe y siguió su camino. Vislumbró un destello azul con el rabillo del ojo unos momentos después.

—¿Cuándo has vuelto?

Como respuesta, Illium se lanzó como una flecha, con las plumas pegadas a la espalda, y enfiló hacia los rascacielos como si estuviera hecho de piedra.

Elena logró contener un grito a duras penas, y se sintió bastante orgullosa de la despreocupación que logró mostrar cuando él pasó a un milímetro escaso de un tejado en punta y regresó para quedarse flotando delante de ella, con el torso desnudo.

—Venga, Ellie... —Ojos como antiguas monedas de oro, más impactantes aun gracias al ribete de increíbles pestañas negras coronadas de azul—. ¿Ni un solo grito? Me has robado toda la diversión.

—Esa soy yo. Una sucia ladrona de diversión. —Pero se le dibujaba una sonrisa en los labios y su corazón se ablandaba de una manera absurda ante el único de los Siete de Rafael al que consideraba su amigo—. ¿Ya te han endosado el trabajo de guardaespaldas? —Rafael y ella tendrían una charla sobre aquella costumbre de él de ordenar a la gente que la siguiera. No obstante no rechazaría la protección en aquellos instantes, porque, por más que le fastidiara, se había convertido en un objetivo bastante fácil.

Ya había tenido que desviarse de su ruta para despistar a un helicóptero de un programa de noticias que había estado a punto de derribarla y hacerla caer sobre el bosque de acero de Manhattan. A diferencia de Illium, ella no habría sido capaz de ascender a tiempo para evitar heridas catastróficas. El imbécil del reportero no se había dado cuenta de que no era tan fuerte como los demás ángeles, de que no podría mantener el vuelo con la alteración del aire causada por las hélices del helicóptero.

Illium, con alas azules de reflejos plateados, un rostro diseñado para seducir a hombres y mujeres por igual, y su capacidad para realizar acrobacias imposibles en el aire, les habría proporcionado un buen rato de diversión. El hecho de que el ángel hubiera decidido hacerlo medio desnudo solo era la guinda del pastel.

Illium cambió de posición para volar a su lado.

—Lo pedí yo —dijo en respuesta a su anterior pregunta—. Sé que soy tu favorito. —Le rozó el ala con la suya ante la falta de respuesta.

—Te juro por Dios —murmuró Elena, que luchaba por contener la risa— que si me has manchado de polvo azul, te haré un nudo con las pelotas y te colgaré por ellas del próximo objeto puntiagudo que vea. —La última vez que le había llenado las alas de polvo azul, Rafael, al final, había encontrado gracioso el asunto. Sin embargo, Elena no podía garantizar la salud de Illium si aquello sucedía una segunda vez.

Illium bajó despacio y volvió a ascender con movimientos que parecían perezosos, aunque requerían una considerable fuerza muscular.

—Sé amable conmigo, o no te daré tu regalo.

—Idiota. —Pero lo cierto era que Illium era su favorito de los Siete. ¿Cómo no iba a serlo si él veía su corazón humano como un don y no como una maldición, si daría la vida por el arcángel al que Elena consideraba suyo, si reía con la misma facilidad que los niños del Refugio?—. Sam... —murmuró,

sintiendo un nudo en la garganta al pensar en el niño que había resultado tan malherido—. ¿Está...?

—Está bien, Ellie. Cuidamos de él. —Un discreto recordatorio de que, pese a sus risas y su belleza, Illium también era un miembro de los Siete de Rafael. Y de que no tenía remilgos a la hora de ejecutar el más sangriento de los castigos. Elena jamás olvidaría su aspecto en aquel extraño jardín invernal lleno de flores, con la piel cubierta de sangre y una espada que brillaba como un relámpago mientras cortaba las alas de aquellos ángeles que pretendían hacerle daño.

—Te echa de menos.

Una sonrisa tonta de felicidad echó por tierra aquella sombra de su memoria.

—Solo he estado fuera un par de días.

—Le prometí que te diría que debías llamarlo todas las noches. No me hagas quedar como un mentiroso.

—Jamás. —Elena adoraba a Sam, había pasado horas con él cuando estuvo internada en la Galena para recuperarse de lo sucedido en Pekín—. ¿Qué tal Noel? —El adulto había sido víctima de los crueles anhelos de poder de Anoushka, la hija de Neha, pero sus heridas físicas habían sanado hacía semanas. Sin embargo, aquellas no eran las heridas más profundas.

—Está... —Illium se quedó callado durante un buen rato—. Roto. Por dentro, está destrozado.

Elena sabía muy bien lo que era estar roto. Pero también sabía mucho sobre supervivencia.

—El hombre que sobrevivió a lo que le hicieron... —sangre y carne, eso era lo único que quedaba de él cuando lo encontraron—... también sobrevivirá a eso.

—Tiene que hacerlo —convino Illium—. Rafael le ha asignado un puesto en la corte de Nimra. A ella no le interesan los jueguecitos de poder... pero ni siquiera Nazarach se atreve a poner un pie en su territorio sin que lo inviten.

Elena frunció el ceño y se prometió que le preguntaría a Rafael por qué había enviado al vampiro herido a lo que parecía un campo de batalla letal. Nimra debía de ser cruel y brutal a un tiempo si conseguía mantener a Nazarach a raya, y Noel necesitaba curarse, no luchar por respirar.

Un sonido cortante. Inconfundible. Indeseado.

—¿Eso es...? —Abrió los ojos de par en par al ver la mancha negra que aumentaba de tamaño en el horizonte con cada chasquido—. ¡Maldita sea! —Era el mismo grupo de reporteros que llevaba persiguiéndola toda la mañana.

Illium se situó delante de ella.

—¿Cómo se atreven a hacer algo así? —Su voz se había convertido de pronto en la del hombre que había amputado alas angelicales con fría eficacia—. Me aseguraré de que no vuelva a ocurrir.

—No, Illium. —Elena consiguió aferrar su cálido antebrazo—. No quiero sangre, aquí no. Este es mi hogar.

Aquel cabello increíble, como ébano con zafiros incrustados, sorprendente e imposible, empezó a agitarse bajo las turbulencias originadas por el helicóptero.

—Si no les enseñas una lección ahora —dijo mientras ella se aferraba a su hombro con más fuerza para lograr mantener la posición—, los buitres te considerarán débil. No puedes mostrarte débil, Ellie.

Porque era la consorte de Rafael.

Y la debilidad en un arcángel podía resultar fatal.

—Mierda. —Tras sujetarse con más fuerza aún, gritó para hacerse oír por encima del estruendo—: ¿Cuánta fuerza tienes? —Illium tenía quinientos años, había sobrevivido a una inmersión letal en el Hudson y en una ocasión había resplandecido de poder ante sus propios ojos. Sin embargo, Elena no tenía ni la menor idea de qué equivalencia tenía aquello en el sentido físico.

—La suficiente para partir ese aparato por la mitad.

Vaya.

—¿Y qué te parece si en vez de eso le das la vuelta y lo dejas en tierra en esa posición? —Le dio un apretón en el brazo y notó el movimiento de los músculos y los tendones, que soportaban la mayor parte de su peso—. Nada de víctimas, Campanilla.

Illium enfrentó su mirada con cierta sorpresa, y luego esbozó una sonrisa lánguida y perversa.

—¿Adónde te diriges? —Cuando Elena se lo dijo, él añadió—: Me reuniré contigo allí.

Elena le soltó el brazo y descendió para alejarse de las turbulencias lo más rápido que pudo. Luego tomó una dirección que la llevaría lejos de allí. Sin embargo, no llegó tan lejos como para no ver a Illium volando por encima del helicóptero.

Se le secó la garganta, y si el ángel hubiera estado lo bastante cerca para oírla, le habría gritado que se detuviera. Por Dios, aquellas hélices le harían pedazos las alas si cometía algún error. Pero Illium (el sonriente, juguetón y poderoso Illium) hizo algo que detuvo las hélices. Dejó que el helicóptero cayera en picado durante dos inquietantes segundos antes de sujetarlo por la parte inferior y colocarlo bocabajo.

Elena comprendió que aquel granuja lo estaba pasando en grande.

Hizo un movimiento negativo con la cabeza y se dirigió al apartamento de Ignatius, que estaba muy cerca de la Torre. Por suerte, el edificio tenía un tejado plano, así que no le costó mucho aterrizar. Tras deslizarse por la áspera superficie, se tomó un minuto para recuperar el aliento y empezó a buscar la entrada del edificio. La encontró, y estaba cerrada.

—Gracias otra vez, Ash. —La otra cazadora no solo le había enseñado cómo abrir cerraduras con la habilidad de un experto ladrón de joyas (algo que despertaba un montón de preguntas intrigantes), sino que también le había

regalado un pequeño juego de ganzúas que llevaba siempre en un bolsillo adosado a la funda de la daga situada en el muslo.

Sacó la ganzúa que necesitaba y se puso manos a la obra.

—Demasiado fácil. —Atravesó la diminuta puerta de metal y soltó un silbido cuando se rasgó el ala derecha con los bordes oxidados.

Echó un vistazo atrás y descubrió que si bien varias de las plumas azul oscuro tenían restos de metal, no había ni rastro de sangre. Seguramente era lo mejor que podría haber esperado, pensó. Decidió no tomar el ascensor que había al final del pasillo, que sin duda sería diminuto, y bajó tres tramos de escalera, hasta la planta donde se encontraba el apartamento de Ignatius.

Percibió su esencia en el instante en que abrió la puerta de la escalera y salió al pasillo. La melaza requemada estaba impregnada en las paredes, en la moqueta. Pero no solo percibía su esencia. De hecho, había tantas esencias vampíricas en el aire que se preguntó si no sería aquel un edificio « abarrotado » , uno de aquellos que utilizaban los vampiros que no tenían una posición lo bastante elevada en la jerarquía como para vivir en la Torre pero que necesitaban estar cerca de ella.

Una de las puertas del pasillo se abrió cuando ella se detuvo frente al apartamento de Ignatius.

Diamantes triturados en brandy viejo. La sensualidad del chocolate acariciándole los pechos. Una lujosa y tupida piel rozando la zona más íntima de su cuerpo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Formuló la pregunta con los dientes apretados, luchando contra la necesidad sexual que había despertado la insidiosa esencia de Dmitri, una necesidad que era un impulso irrefrenable disfrazado de seducción. Se preguntó cuántos cazadores natos habían caído presa de aquel hechizo. Y qué les había hecho Dmitri después.

—Tengo asuntos pendientes con otro de los residentes.

El vampiro se acercó con las manos metidas en los bolsillos del pantalón gris del traje. Se había quitado la chaqueta, y llevaba la camisa blanca abierta en el cuello, lo que dejaba expuesto un triángulo de piel del tono de la miel dorada por el sol.

Aquellos ojos penetrantes y oscuros se clavaron en los de ella justo en el instante en que otra oleada —lujuriosa y primitiva en su promesa erótica— asoló sus sentidos. Elena sintió que se le doblaban las rodillas.

—Vaya... —consiguió decir a través del nudo que le cerraba la garganta—. Así que la tregua ha terminado...

—No me gustaría que creyeras que somos amigos.

Era el tipo de frase que estaba acostumbrada a oír de labios de Dmitri, pero aquel día sus palabras traslucían una furia subyacente, la misma furia que había percibido cuando ambos contemplaban el cuerpo profanado de Betsy.

No se lo tomó como algo personal. Había visto muchas víctimas destrozadas y mutiladas; sabía lo que era desear que alguien pagara por ello. Aquel deseo era una oleada de furia tranquila y constante capaz de destruir. Si sus amigos del Gremio no la hubieran detenido cuando se acercó demasiado, si no le hubieran mostrado la vital importancia de guardar las distancias, se habría lanzado al abismo hacía mucho tiempo. De modo que sí, lo comprendía, pero eso no significaba que estuviera dispuesta a permitir que Dmitri la utilizara como chivo expiatorio.

En aquel momento, el vampiro estaba tan cerca que su calor corporal le rozaba el cuerpo con suaves y lánguidas caricias, y su esencia la envolvía como un millar de hebras de seda. Elena comenzó a respirar por la boca, colocó una mano sobre su musculoso hombro, se inclinó hacia delante como si planeara susurrarle algo al oído... y le dio un mordisco en el lóbulo.

Fuerte.

—¡Joder! —Dmitri se alejó a una velocidad sobrenatural.

—¿Se acabó el jueguecito? —preguntó ella con una dulzura envenenada mientras se esforzaba por recuperar el aliento—. ¿O quieres una partida completa?

—Zorra. —Le dedicó una sonrisa lenta y sensual que ya no estaba teñida de furia—. Siempre me ha gustado eso de ti.

Elena guardó la daga que había sacado en el preciso instante en que lo mordía.

—No puedo hacer mi trabajo contigo aquí. —Por sutil que fuese en aquel instante, la esencia de Dmitri ocultaba todas las demás. Aquella esencia era una droga adictiva y tóxica—. Vete o te mataré.

Dmitri parpadeó al oírla, y luego empezó a mecerse sobre los talones.

—Lo dices como si hablaras en serio.

En aquel instante, hablaba muy en serio. Le permitió indagar en su expresión y enfrentó los ojos del vampiro dotados de una sensualidad potente y segura de sí misma. Slater la había impregnado con su esencia y había estado a punto de destrozarse la mente de la niña que era entonces, una niña que no comprendía por qué a su cuerpo le gustaba lo que le hacía aquel monstruo. El horror que le causó aquel deseo fue lo bastante intenso para desatar una ferocidad salvaje con el único objetivo de sobrevivir.

Dmitri inclinó la cabeza y retiró su esencia tras un último ataque sensual.

—A lo mejor quieres esto. —Una delgada llave de metal colgaba de su dedo.

Elena dio un paso hacia un lado.

Para su sorpresa, el vampiro avanzó e insertó la llave en la cerradura sin provocarla más. Los ojos de Elena se clavaron en las gotas de sangre que había en su hombro.

—Sacas lo peor de mí.

Dmitri empujó la puerta para abrirla y se volvió con una pequeña sonrisa dibujada en aquel rostro creado para dormitorios con sábanas de seda y campos de batalla inundados de sangre.

—Gracias.

—¿Entraste antes de que yo llegara?

—No. —Se apoyó en el marco de la puerta mientras ella se adentraba en el salón—. He oído que tu Campanilla está aquí. —Una pausa llena de significado.

Cuando notó que se le erizaba el vello de la nuca, Elena cambió de posición para tenerlo a la vista.

—¿Qué?

—Ten cuidado con Illium, Elena. —Una sutil advertencia—. Es vulnerable a la humanidad de tu interior. —Dicho esto se marchó.

Paralizada por el impacto de aquellas palabras inesperadas, no reaccionó

hasta que percibió el susurro de unas alas angelicales.

—Quédate ahí. —Permanecía de espaldas a Illium mientras hablaba—. Quiero inspeccionar el lugar primero.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Aquella respuesta tranquila cortó la gruesa cuerda de tensión que mantenía erguida la espalda de Elena. Lo miró por encima del hombro y vio que Illium pasaba una daga de plata repujada entre sus dedos con asombrosa velocidad. Su amigo, pensó. Era su amigo, igual que Ransom, igual que Sara. Y no enturbiaría aquella amistad con falsas preocupaciones.

«Siente fascinación por los mortales.»

Rafael le había dicho aquello antes de que ella despertara con alas de los colores de la medianoche y el amanecer.

—¿Por qué me miras así, Ellie? —preguntó Illium sin apartar la vista de la daga que bailoteaba entre sus dedos.

Su respuesta fue instintiva, algo que le habría dicho a Ransom para fastidiarlo.

—Eres tan guapo que resulta difícil resistirse.

Una sonrisa deslumbrante, un deje de aquel acento británico aristocrático en su respuesta.

—Resulta muy duro ser yo mismo, eso es cierto.

Elena soltó un resoplido, pero una vez recuperada la compostura, empezó a inspeccionar el apartamento. Era tal y como lo esperaba. Ignatius había sido un tipo bastante ordenado, aunque no obsesivo a ese respecto. Encontró vasos en el fregadero y un suéter encima del sofá. La cama estaba hecha, pero de un modo que decía que él se preocupaba mucho más por la comodidad que por cualquier otra cosa. Había incluso una flor en un jarrón sobre la mesilla, tal vez algo exótica para el gusto de Elena, pero los vampiros sentían cierta debilidad por lo sensual y siniestro.

Cuando regresó al salón, con un movimiento de la cabeza le indicó a Illium que podía entrar.

—Aquí no hay nada raro. Ninguna esencia fuera de lugar, ninguna señal que indique que estaba perdiendo la cabeza. —Los vampiros que caían presa de la sed de sangre, a menudo destruían sus hogares durante el primer estallido—. Y eso confirma lo que vimos en el escenario: que ese tipo estaba en pleno control de sus facultades cuando...

—Elena. —La voz de Illium fue tan letal como la espada que llevaba a la espalda.

Alertada, la cazadora se reunió con él en la entrada del dormitorio y siguió su mirada hasta la satinada orquídea negra de invernadero que había en la mesilla de noche.

—Dime qué significa.

Illium no respondió. Tenía la mirada perdida.

Un instante después, las esencias del viento y la lluvia, limpias y frescas, llenaron su mente.

Illium me dice que es un facsímil pobre y del original sin esencia, pero de cualquier forma es su símbolo. La voz de Rafael era tan fuerte que Elena supo sin lugar a dudas que él estaba en la Torre. *Mi madre está despertando.*

Elena respiró hondo y contempló los exuberantes pétalos negros, de un tono tan intenso y rico que nunca había visto nada parecido.

¿Estaba controlando a Ignatius?

Tal vez. Es más probable que se limitara a sacar ventaja de las necesidades que él mantenía a raya.

Elena soltó el aire que contenía y se mordió el labio inferior.

Es una pequeña palmadita en la espalda, ¿no te parece, arcángel?

Una pausa.

Espera ahí. Me reuniré contigo.

Elena se volvió hacia Illium y enarcó una ceja.

—¿Cómo sabías lo de la orquídea? No naciste hasta cientos de años después de que Caliane desapareciera.

—Leí los libros de historia del colegio. —Una mirada malhumorada—. Jessamy solía amenazarme con atarme al escritorio hasta que terminara los deberes.

Elena pudo imaginarlo como un niño de alas azules, ojos dorados y una sonrisa traviesa. Pero por más tentador que resultara seguir aquel hilo de pensamientos, se concentró en la muerte que parecía acechar a aquellos más próximos a ella. Aunque no estaba convencida de que Caliane tuviese algo que ver con todo aquello, había algo sobre lo que no albergaba la más mínima duda.

—El objetivo es Rafael.

Todo lo demás eran daños colaterales.

Apretó las manos hasta convertirlas en puños para soportar el horror de aquella idea justo en el instante en que Rafael entró en la estancia.

Tras darle un toquecito en el ala con la suya, el arcángel se adelantó para coger la orquídea.

—Illium —dijo—, déjanos a solas.

—Sire.

Solo una vez que Illium se marchó, Elena se acercó para poner la mano sobre el brazo de Rafael sin apartar la vista de la flor que minutos antes le había parecido un adorno inofensivo.

—Incluso en el caso de que tu madre esté despertando —dijo, puesto que había tenido tiempo para reflexionar—, el revuelo mundial advierte que ese despertar no es para nada tranquilo y ordenado. Pero ¿por qué iba a ir tras mis medio hermanas? Eso sería un movimiento muy calculado... muy «despierto».

Rafael dejó la orquídea sobre el jarrón transparente de la mesilla.

—Olvidas mi rabia.

—No, no la olvido. Esa rabia apareció de la nada, al igual que las tormentas de hielo y los demás desastres. ¿Quién dice que el resto de los miembros del Grupo no ha notado el mismo impacto?

Rafael se quedó inmóvil.

—Tienes razón, Elena. Hablaré con mi gente. Descubriré si algún otro arcángel se ha comportado de manera extraña últimamente. —Alzó la mano y deslizó los dedos por el arco sensible de su ala.

Elena se estremeció.

—Si quieres saber lo que opino, te diré que me da la impresión de que alguien está utilizando el alboroto causado por el despertar de un anciano en beneficio propio. Todo el mundo conoce las posibilidades, sabe que quien está despertando podría ser tu madre. —Y que incluso un arcángel podría cegarse a causa del aplastante peso de unos recuerdos dolorosos—. Intentan afectarte de algún modo.

—Han dañado lo que es mío —murmuró Rafael—, al poner en peligro a aquellos a quienes amas. —Enredó la mano en su cabello—. Es un juego de cobardes.

Al percibir la gélida censura de aquel comentario, Elena supo que el responsable (o responsables) de aquel juego repugnante estaría pronto en el punto de mira del arcángel de Nueva York.

Cinco minutos después, cuando estaban a punto de despegar, Elena mencionó que iría a ver si Sara había regresado a la oficina.

—Illum te acompañará.

Elena dejó escapar un suspiro, preparada para la batalla.

—Rafael...

—No tengo tiempo para esto, cazadora del Gremio.

Elena estaba a punto de replicar que tendría que conseguir ese tiempo, pero en cuanto vio la expresión de su rostro, toda su irritación fue sustituida por una emoción más profunda y mucho más intensa.

—Rafael, pareces... —Cruel. Despiadado—. ¿Qué piensas hacer?

La respuesta fue de lo más escueta.

—Un vampiro ha intentado traicionarme. Ahora debo castigarlo.

Elena sintió un escalofrío. Tras acortar la pequeña distancia que los separaba, colocó una mano sobre el extremo de su ala para sujetarlo. La respuesta fue una mirada propia del ser inmortal que era: alguien para quien la clemencia era una debilidad.

—¿Vas a detenerme, Elena? —Una pregunta carente de entonación, formulada cuando ella se situó frente a él.

Tras extender sus propias alas con el propósito de mantener el equilibrio al borde del tejado, Elena entrecerró los ojos.

—No soy ninguna ingenua. Y eso lo sabes muy bien.

Los mechones azabache danzaron sobre su rostro cuando el viento los acarició, posesivo como un amante.

—Y aun así te interpones en mi camino.

—Sé que necesitas controlar a tus vampiros. —Todos los cazadores conocían la verdad: que los casi inmortales ocultaban a un depredador bajo la piel. Si se les daba rienda suelta, ahogarían Manhattan en sangre, convertirían la ciudad en un matadero carente de vida—. Debes responder a las transgresiones con fuerza y rapidez para asegurarte de que no se repitan.

Rafael siguió observándola con aquella paciencia distante y tranquila.

Frustrada, Elena gruñó por lo bajo y, tras aferrar el tejido blanco de su camisa, tiró de él para acercarlo. Sabía que lo había sorprendido, pero Rafael le rodeó las caderas con las manos para evitar que cayera por el borde del tejado.

—Tú —dijo Elena, rozando aquellos labios de forma perfecta capaces de volverse crueles sin previo aviso—. Tú eres mi prioridad. Castiga a quien debas castigar, pero no hagas algo horrible que te empuje hacia el estado Silente. —No reconocía a Rafael cuando se adentraba en aquel estado inhumano carente de emociones, y la mera posibilidad de que cayera de nuevo en él la aterrorizaba—. Eso no. Nunca más, Rafael.

El arcángel se estremeció de la cabeza a los pies, y apretó las manos sobre sus caderas mientras la estrechaba con fuerza.

—Tú consigues anclarme a la tierra, Elena.

Al sentir su cálida fuerza contra el abdomen, Elena mordisqueó el labio inferior de Rafael, aliviada al percibir el aroma de la lluvia en sus sentidos.

—No lo olvides. —Bajó la mano para jugar con la piedra de ámbar que él llevaba en el anillo de la mano izquierda y utilizó los dientes para jugar con su mandíbula—. Me perteneces, arcángel. Y yo cuido de lo que es mío.

Alrededor de una hora después de ver cómo Elena batía las alas en dirección al Gremio jugando con los colores del alba y de la medianoche, Rafael concentró su atención en el vampiro que permanecía acurrucado en una silla delante de su escritorio de granito negro. Era una criatura débil y gimoteante que había pretendido robarle a un arcángel. Dejando a un lado la estupidez que implicaba un acto semejante, el hecho de que hubiera considerado la posibilidad de salir indemne de algo así hablaba de una podredumbre más profunda. Y Rafael planeaba extirpar aquella podredumbre antes de aquel día llegara a su fin.

—¿Sabes lo que voy a hacerte? —le preguntó con suavidad desde el lugar que ocupaba, junto al enorme ventanal con vistas a Manhattan. Había castigado y ejecutado a muchos durante los siglos que llevaba como gobernante, pero no había esperado la traición en el corazón de su territorio, y aquello convertía su furia en una espada resplandeciente.

—Sire, yo no... Yo... —Palabras balbuceantes que se combinaban en una cháchara ininteligible.

Rafael le permitió hablar hasta que se quedó sin palabras.

—Dime por qué —exigió mientras se daba la vuelta para buscar a su cazadora en el cielo, algo que había tomado por costumbre.

El vampiro sorbió por la nariz y respiró hondo.

—Ella dijo que jamás te enterarías.

Rafael se volvió para observar al vampiro.

—¿Quién?

Tras frotarse las manos de forma compulsiva, el tipo respondió:

—Una de las jefas de contabilidad.

—Quiero un nombre. —¿Hasta dónde llegaba aquella traición?

—Oleander Graves.

Rafael conocía a todos los suyos de mayor edad, y aquel nombre no estaba en la lista.

—Ella dijo que nunca te enterarías. —El vampiro lloriqueó una vez más, y aquello le hizo recordar a Rafael la desagradable tarea que tenía entre manos—. Era tan hermosa...

Débil, pensó Rafael con desagrado. Aquel vampiro era muy débil. Jamás debería haber obtenido el acceso a la Torre, pero incluso los inmortales cometían errores en ocasiones. Sin más palabras, Rafael desplegó su poder y aplastó la caja torácica del vampiro para destrozár sus órganos internos.

Cuando la sangre comenzó a manar a borbotones por la boca del vampiro, Rafael supo que para quienes eran ajenos a la Torre, el castigo parecería una barbarie. La gente no conocía la sed de sangre que acechaba bajo la superficie en la mente de muchos vampiros, lo fácil que sería que el monstruo se liberara. Y aquellas heridas tardarían como mucho un día en curarse. El verdadero castigo estaba por llegar.

—Permanecerás enterrado los próximos diez años.

Pánico en aquellos ojos, una súplica que Rafael debía pasar por alto si pretendía evitar que las aguas del Hudson se tiñeran de rojo rubí. Él era un arcángel... Aun cuando todos los vampiros de la ciudad se rindieran a la sed de sangre, recuperaría el control en cuestión de horas. Pero para hacerlo, tendría que asesinar a cientos de los Convertidos.

—Vete.

Cuando el vampiro se marchó, sujetándose las costillas rotas e intentando no dejar manchas de sangre en la impoluta alfombra blanca, Rafael se volvió de nuevo hacia la ventana. La sentencia era justa, pero era muy probable que una mente débil como la del individuo que acababa de salir de su oficina quedara aniquilada después de cumplirla.

Cualquier otro castigo habría alentado a aquellos que sienten la tentación de traicionarme.

Buscar la mente de Elena no había sido una decisión consciente.

¿Rafael?

Lo he sentenciado a ser enterrado vivo en una caja del tamaño de un ataúd, le dijo a su cazadora, que poseía el corazón de una mortal. Recibirá alimento suficiente para mantenerse con vida, pero permanecerá en esa caja diez años.

Conmoción, preocupación, dolor. Rafael recibió las emociones de Elena como si fueran puñetazos.

Lo siento, Rafael. Siento que ese tipo te haya puesto en una situación en la que te has visto obligado a tomar esa decisión.

No había esperado aquellas palabras. Había esperado que se horrorizara por lo que había hecho, porque aquel castigo no era algo que ella pudiera haber previsto. No era un castigo humano. No obstante, había olvidado que ella era una mujer que había sobrevivido a un monstruo, que comprendía que, en ocasiones, no había decisiones fáciles.

Vuelve conmigo después de hablar con Sara. Quiero abrazarte.

Quince minutos después, vio un parpadeo de medianoche y amanecer en el horizonte, cuando su consorte apareció entre las nubes cerca de la Torre. Las inconfundibles alas de Illium aparecieron un instante después. El ángel de alas azules no ocultaba el afecto que sentía por su cazadora, y Rafael lo permitía; lo permitiría siempre y cuando Illium no olvidara que Elena era la compañera de un arcángel.

Ella es mía.

Sire. El ángel se alejó en otra dirección.

Espere. Hoy he recibido un mensaje para ti.

Un silencio interrogante.

El Colibrí desea ver a su hijo.

Calma, mucha calma.

Iré a verla.

No. Ella viene a Nueva York.

Percibió el sobrecogimiento de Illium. El Colibrí abandonaba en muy raras ocasiones su aislado hogar en la montaña, y solo para acudir al Refugio.

La vigilemos, Illium. No temas por eso.

El Colibrí había salvado a Rafael de un dolor insoportable cuando lo encontró en aquel maldito prado en el que Caliane había hecho añicos su cuerpo como si fuera de cristal, y se había ganado así la lealtad del arcángel. Sin embargo, la madre de Illium había hecho mucho más que eso: había mostrado una increíble amabilidad con un chico destrozado en un momento en el que todo su mundo se derrumbaba. Había pocas cosas que Rafael no estuviera dispuesto a hacer por el Colibrí.

Sire, debo...

Ve, respondió Rafael, que sabía que el ángel necesitaría tiempo para asimilar

las noticias. *Ella llegará en una semana.* Salió a su terraza privada mientras hablaba y cambió la conexión mental. *Ven, Elena.*

No puedo aterrizar ahí. Me partiré la crisma.

Rafael estuvo a punto de soltar una carcajada, una reacción impensable después del mensaje que acababa de dar.

Yo te recogeré.

El hecho de que ella no se lo pensara dos veces después de oírlo, de que se limitara a cambiar de trayectoria para volar hacia sus brazos... lo hizo pedazos. Y luego lo reconstruyó de nuevo.

—Elena... —susurró contra su cabello mientras la estrechaba con fuerza.

La cazadora lo rodeó con los brazos. Su frágil consorte, con una voluntad de hierro que siempre se negaba a rendirse.

—Cuéntamelo —murmuró ella.

Y él, un arcángel acostumbrado a guardar miles de secretos, se lo contó.

Las sombras del anochecer caían ya sobre el horizonte mientras Elena avanzaba por el césped que había tras el hogar de Rafael —el hogar de ambos—, de camino al borde del acantilado situado tras los árboles. Después de abandonar la Torre aquella tarde, cuando la intimidad de los momentos pasados en la terraza aún calentaba su pecho, había llamado a un encantado Sam utilizando el enlace web de la biblioteca.

—¡Ellie! —El chico había sonreído de oreja a oreja—. ¡No me has olvidado!

—Por supuesto que no.

Elena se echó a reír al ver cómo saltaba en su asiento. Esas alas que parecían demasiado grandes para su cuerpo rebotaron a causa del entusiasmo, y unos rizos negros cayeron sobre su frente. Le preguntó cómo había pasado el día.

—¡Padre me llevó a volar otra vez!

Puesto que a Sam le habían prohibido utilizar las alas durante un mes más, su padre había empezado a llevarlo en brazos por los cielos; su amor por Sam era algo feroz que a nadie se le escapaba, a pesar del hecho de que era un hombre de pocas palabras.

—¿Fue divertido?

Un asentimiento entusiasta.

—Sabe volar muy, muy rápido.

La conversación había durado media hora, y Elena también había intercambiado unas cuantas palabras con la madre de Sam. La diminuta mujer de brillante cabello negro y alas de color pardo veteadas de blanco seguía acariciando a su pequeño con mucho cuidado, pero sonreía a menudo; por primera vez, Elena creyó de verdad que esa pequeña familia se recuperaría.

Después había pasado el rato realizando ejercicios de vuelo destinados a fortalecer sus músculos con un Illium de lo más apagado. Tras discutirlo con Keir, Rafael le había explicado que no podría realizar un auténtico despegue vertical sin adquirir fuerza en las alas. Era físicamente imposible.

—La inmortalidad —había murmurado el arcángel mientras estaban en la terraza— todavía no ha penetrado del todo en tus células. Pero dada tu fuerza de cazadora nata —había añadido— es posible que aprendas a realizar una versión simplificada basada no en el poder de tus alas, sino en la fuerza bruta muscular.

Sería un camino mucho más difícil, y cada despegue le causaría un infierno de dolor incluso cuando llegara a dominar la técnica, pero Elena no era de las que se sentaban a esperar, no cuando podía hacer algo al respecto. Tal vez fuera una inmortal recién nacida que apenas había salido del cascarón, pensó en aquel instante, pero no sería una presa fácil.

Ahí estás.

La magnífica amplitud de las alas de Rafael apareció ante sus ojos cuando el arcángel descendió para reunirse con ella en la parte alta del acantilado. Las puntas de las plumas brillaron con el reflejo de los últimos vestigios de un sol que había surgido por fin a últimas horas de la tarde.

—¿Vas a visitar a la directora del Gremio y a su familia?

Elena apartó los mechones de pelo que habían escapado de su coleta.

—Ven conmigo —respondió.

Un lento parpadeo.

—Son tus amigos íntimos, Elena. Querrán tenerte para ellos solos esta noche.

—Yo me estoy convirtiendo en parte de tu mundo, así que quiero que tú formes parte del mío. —Vio la sorpresa en su rostro, y vio también que él no se esperaba aquella invitación.

El cuerpo de Rafael era un sólido muro de músculos cuando la estrechó hasta aplastarle los pechos contra su torso.

—¿Qué dirán Sara y Deacon de esto?

Elena deslizó las manos por las alas que él había extendido para ella y disfrutó de la posibilidad de tocarlo tanto como le diera la gana.

—No te asustará una simple pareja de cazadores, ¿verdad, arcángel?

Percibió un destello de un azul absoluto en cuanto sus párpados se abrieron.

Tal vez prefieran romper su relación de amistad contigo que darme la bienvenida a su hogar. No puedes olvidar lo que hice mientras me encontraba en estado Silente.

—No. —Sin embargo, Elena también sabía otra cosa sin el menor género de dudas—. Tú tienes a tus Siete. Yo tengo a mis amigos... y ellos permitirían que les cortaran los brazos antes que dejarme sola.

Cuánta lealtad, pensó Rafael. Nunca habría imaginado que los mortales fueran capaces de algo semejante, aunque había conocido a Dmitri cuando era humano... y había conocido a Elena.

—Te agradezco mucho la invitación —le dijo—. Y la aceptaré otro día. Esta noche debo quedarme aquí.

Los ojos grises brillaron con sagacidad.

—¿Qué ocurre?

—He concertado una reunión con Aodhan.

—¿Aquí? ¿En Nueva York?

—Yo también estoy sorprendido. —Aodhan prefería el aislamiento del

Refugio—. Nos reuniremos en la Torre.

Tras apartar otro mechón errante de cabello, su consorte lo miró a los ojos.

—Quiero hablar contigo de otra cosa.

—¿Qué tienes que decirme, cazadora del Gremio?

—Ya no necesito guardaespaldas. El truquito que Illium hizo hoy con el helicóptero parece haber escarmentado a los sabuesos de los medios.

Eres mi corazón, Elena.

No podía permitir que nada le sucediera.

Ella dio un paso atrás.

—Nada de cadenas, Rafael.

El arcángel le rodeó la nuca con una mano para evitar que se alejara de él.

—Te he dado mucha libertad, pero no pienso ceder en este punto.

El temperamento de Elena empezó a echar chispas.

—No es cosa tuya permitirme o no hacer algo. Soy tu consorte. ¡Trátame como tal!

A pesar de todo, ella aún era mortal. Incluso los ángeles recién nacidos eran vulnerables durante un centenar de años, y Elena había empezado como mortal. La inmortalidad apenas había rozado su sangre; aún no había tenido tiempo de impregnar sus células.

No ganarás esta batalla, cazadora.

—Vale, pero seguiremos con la misma guerra cada día, hasta que empieces a mostrarte razonable.

Hasta que la conoció, nadie lo había desafiado tanto. Hasta que la conoció, nadie lo había amado con toda la fuerza de su alma.

—Según Dmitri, lo más sensato habría sido matarte en cuanto nos conocimos.

Ella entrecerró los párpados.

—No intentes distraerme. —Se liberó de su mano con un movimiento que él no había esperado. Luego cogió el pequeño bolso que se encontraba junto a sus pies—. ¿Rafael?

Al percibir una nota sombría en su voz, el arcángel clavó la mirada en la neblina cambiante de sus ojos.

—Cazadora.

—No me cortes las alas. Eso nos destruiría a ambos.

Tras aquellas perturbadoras palabras, Elena voló hacia el Hudson. Rafael la observó hasta que desapareció sobre Manhattan, consciente de que Illium la seguiría hasta la casa de la directora del Gremio, donde otro de sus Siete había mantenido la vigilancia durante horas para asegurarse de que no habría sorpresas ingratas. Sabía que Elena estaría a salvo. Ella jamás sería feliz en una jaula, pero después de los sucesos que habían estado a punto de arrebatársela (no una, sino dos veces), Rafael no sabía muy bien si podría dejarla libre.

Elena desterró el razonamiento, y la razón que se escondía tras él al fondo de

su mente mientras aterrizaba con suavidad frente al hogar de Sara y Deacon. Su mejor amiga la arrastró dentro unos segundos después... y Elena recibió una agradable sorpresa.

—¡Habéis comprado la casa de al lado! —Habían derribado las paredes laterales de ambos hogares y habían cubierto el hueco entre los edificios ampliando una de las casas.

Puesto que Elena no había notado nada desde fuera, debían de haber reciclado los materiales obtenidos durante la demolición de las paredes para construir la zona exterior. Y, por más fantástico que fuera el exterior, no podía compararse con el interior: toda la planta baja era un enorme espacio abierto que llegaba hasta la cocina.

—Sí. —Sara estaba radiante. El saludable tono café de su piel parecía resplandecer—. Tal y como van los negocios de Deacon, podíamos permitirnoslo, así que decidimos hacerlo. —Una pausa—. Y lo más importante: quería que mi mejor amiga se sintiera bienvenida en mi hogar.

Elena tragó saliva en un intento por deshacer el nudo de emociones que le cerraba la garganta. Dejó el bolso en el suelo y comenzó a pasearse por los brillantes suelos de madera cubiertos con alfombras de los indios navajos que hacían juego con los cálidos tonos tierra del resto de la casa.

—Es maravilloso, Sara.

—Deacon realizó la mayor parte de la obra, él solo. Zoe y yo nos limitamos a sujetar tablas, a darle los clavos que necesitaba y a supervisar en general. —Una enorme sonrisa.

—Sé que tú elegiste los colores. —Se sentía de lo más cómoda, así que extendió las alas—. Es...

—Ay, Dios, Ellie... —dijo Sara sin aliento, al tiempo que se aferraba al respaldo del sofá—. Cada vez que haces eso, me dan mareos.

Elena se estaba riendo de la expresión de la cara de su amiga cuando un tío imponente de ojos verde intenso, piel dorada y pelo oscuro entró en la estancia con una niña acomodada en su brazo.

—Deacon. —Con una sonrisa, Elena se acercó lo suficiente para que él pudiera abrazarla con el brazo libre.

La estrechó durante varios segundos.

—Me alegro de verte, Ellie. —Palabras serenas, poderosas.

Cuando levantó la vista, Elena se encontró con los ojos de la niña, que había enterrado la cabeza con timidez en el hombro de su padre.

—Hola, Zoe —susurró, asombrada por lo mucho que había crecido la hija de Sara en el año y medio que había pasado desde la última vez que la vio.

Sara se acercó en aquel momento, tomó una de las diminutas manos de Zoe y le dio un beso en la palma.

—Esta es la tía Ellie, Zoe.

Fue entonces cuando un perro descomunal apareció por la esquina y se dirigió hacia Elena.

—¡Slayer! —Con una risotada, dejó que el animal saltara sobre ella con la intención de matarla a lametazos. Cuando levantó la cabeza, vio que Zoe reía por lo bajo.

Entonces deseó estrechar a la niña entre sus brazos y comerse a besos su preciosa cara, pero de momento era una extraña para Zoe. Una extraña con sobornos.

—He traído regalos para ti —le dijo en cuanto Deacon apartó a Slayer con una mano.

Aquellos ojos que tenían el mismo color que los de Sara se abrieron como platos a causa del interés.

Tras acariciar a Slayer una última vez, gesto que le hizo menear la cola tres veces más, Elena fue a buscar su bolso y sacó la muñeca hecha a mano que le había comprado a uno de los artesanos del Refugio. Zoe la cogió con mucho cuidado y se incorporó sobre el hombro de su padre para toquetear los gruesos rizados de la muñeca.

—¿Qué se dice, pequeña? —dijo Deacon.

—Gracias —murmuró Zoe con timidez.

—De nada —respondió Elena y cogió la colección de plumas de ángel que había ido reuniendo desde que despertó del coma. Plumas de un sorprendente blanco dorado, plumas azules ribeteadas en plata, plumas del color de la medianoche y el amanecer, plumas de un gris iridiscente, plumas de un castaño dulce y hermoso, y otra de un color blanco cristalino... Plumas que hicieron que Zoe contuviera el aliento. Cuando Elena levantó la mano, su ahijada la contempló maravillada... y al final cerró los dedos alrededor de las plumas.

—Papá. Abajo.

Deacon obedeció su orden y la dejó en el suelo. Con las plumas en la mano y la muñeca sujeta bajo el brazo, Zoe se acercó a la mesita de café y dejó sus tesoros sobre el cristal para poder admirarlos uno a uno. Habían ordenado a Slayer que se sentara junto a la chimenea, y el perro bordeó la mesa para situarse al lado de su ser humano favorito.

Sara apoyó la mano en el pecho de Deacon cuando él le rodeó los hombros con el brazo.

—¿No tenías algo para Ellie?

—Voy a buscarlo. —Tras darle un beso en la nariz a su esposa, el que antes era el hombre del saco del Gremio alborotó los ricillos de Zoe y luego salió de la estancia.

—También he traído regalos para Deacon y para ti —dijo Elena—. Del Refugio. Y también encontré un maravilloso collar para ese perro monstruoso que tienes.

Sara cogió sus manos y se las apretó.

—El mejor regalo eres tú. Te he echado muchísimo de menos.

Elena tuvo que bajar la mirada un instante para contener unas lágrimas de emoción. Sara no era de su sangre, pero era su hermana en todos los aspectos que importaban.

—Tuve un rifirrafe con Jeffrey —soltó de sopetón. No había sido capaz de hablarle del tema antes, ya que la herida estaba aún en carne viva—. Le enfurece que las niñas se hayan convertido en un objetivo por mi causa, y no puedo culparlo por ello.

Sara tensó la mandíbula.

—Eso no...

—Esta vez tiene razón, Sara. —La culpa se retorció en su interior como una soga áspera y larga—. Pero al menos es por algo que comprendo. Lo que no sé es por qué quiere reunirse conmigo mañana.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, yo... —En aquel momento notó que una mano suave y pequeña toqueteaba sus plumas con admiración—. Hola, cielo. —Bajó la vista para contemplar aquel rostro adorable y decidió olvidarse de Jeffrey, de los asesinatos y de la frustración que le provocaba la sobreprotección de Rafael, para disfrutar del tiempo que pudiera pasar con la familia de una amiga que le había abierto su corazón cuando ella no era más que una niña asustada sin hogar ni esperanzas.

«Yo cuidaré de ti», le prometió a Zoe en silencio, aunque la idea de sobrevivir a su mejor amiga era una flecha dolorosa clavada en su corazón. «De ti y de todos los que vengan después de ti.»

Cuidaría de la sangre de Sara.

Cuando recibió el mensaje de la llegada de Aodhan, Rafael atravesó el brillante paisaje nocturno de Manhattan para aterrizar en la amplia terraza de su oficina en la Torre, donde el ángel lo esperaba. A diferencia de Illium, quien a pesar del increíble tono de sus alas y de sus ojos dorados lograba pasearse entre los mortales sin mayores problemas, Aodhan nunca había encajado bien en el mundo. Estaba tallado en hielo, y sus alas eran tan brillantes que dañaban los ojos de los humanos; su rostro, y su piel en general, parecía mármol vetado de oro.

Michaela, la devoradora de hombres, había dicho en una ocasión sobre Aodhan: « Hermoso... pero muy frío. Aun así, me gustaría guardarlo como si de una piedra preciosa se tratara. No hay nadie como Aodhan en este mundo» .

Sin embargo, Michaela solo veía la superficie.

Rafael se acercó a la zona de la terraza sin barandilla y recorrió su ciudad con la mirada.

—¿Qué descubriste?

Aodhan plegó aún más las alas para evitar cualquier tipo de contacto cuando se situó a la izquierda de Rafael.

—No puedo entender —dijo en lugar de responder— cómo puedes vivir rodeado de tantas vidas. —Sus palabras estaban teñidas de curiosidad.

—Hay muchos que no entienden tu gusto por el aislamiento. —Observó a varios ángeles que aterrizaban en los balcones inferiores, con las alas recortadas contra el cielo de la noche—. Tu visita me ha sorprendido, Aodhan. —El ángel era uno de sus Siete por una razón, pero también estaba muy herido.

—Es... difícil. —La expresión de Aodhan tenía un matiz atormentado que no muchos comprendían—. Pero tu cazadora... Es muy débil, pero luchó contra los renacidos con un coraje inquebrantable.

—A Elena le hará ilusión saber que le ha servido de inspiración a alguien. —No obstante, su cazadora con corazón mortal comprendería lo que significaba para Aodhan dar un paso así.

Aodhan guardó silencio durante un buen rato.

—En el este —dijo al final—. Tanto Naasir como yo creemos que el anciano duerme en el Lejano Oriente.

Puesto que Galen estaba al mando en el Refugio, Rafael había encargado a Aodhan y a Naasir la tarea de buscar la localización del anciano que bien podía ser su madre. Con todo, no había esperado resultados tan pronto.

—¿Por qué?

—Jessamy me ha dicho que el despertar de los ancianos no es un proceso que dure días, ni siquiera semanas. Puede durar un año. —Sus ojos cristalinos, cuyas grietas se extendían desde la pupila, reflejaban la luz como un millar de esquirlas—. Con todo, ninguno de los miembros del Grupo ha percibido nada.

Rafael comprendió de inmediato.

—Porque la región se encuentra bajo la sombra de Lijuan. —Cualquier fluctuación de poder en esa zona sería atribuida a la evolución de Lijuan—. Continúa con la búsqueda. —La tentación de unirse a la caza era muy fuerte, pero después de estar ausente de la Torre tanto tiempo, no podía marcharse durante lo que podían ser semanas; había demasiados ojos codiciosos puestos en sus dominios.

Aodhan inclinó la cabeza.

—Sire.

Cuando el ángel comenzó a extender las alas a fin de prepararse para el vuelo, Rafael lo detuvo con un pequeño toquecito en el hombro. Aodhan se quedó paralizado.

—Habla con Sam. —Puesto que conocía los demonios que atormentaban al ángel, Rafael apartó la mano—. Elena le regaló una daga. La leyenda dice que el rubí de la empuñadura fue un regalo de un dragón durmiente. Tal vez no sea nada...

—Pero tal vez haga referencia a un anciano. —Las alas de Aodhan resplandecieron bajo un rayo de luna mientras él vacilaba—. Estaría dispuesto a

regresar a esta ciudad, sire.

—¿Estás seguro?

—Me he comportado como un cobarde durante siglos. No lo haré más.

Rafael había estado presente cuando encontraron a Aodhan, había llevado al ángel en brazos durante las horas que tardaron en recorrer la distancia que los separaba de la Galena, de Keir.

—No eres ningún cobarde, Aodhan. Eres uno de mis Siete.

Aodhan echó un vistazo hacia la oficina, a las enormes estanterías de ébano que se alineaban en la pared.

—¿Por qué no has expuesto una de mis plumas? Mis alas son tan extraordinarias como las de Campanilla.

Rafael enarcó una ceja.

—Illium es un exhibicionista. —Jason y Aodhan, en cambio, preferían las sombras.

Mientras lo observaba, Aodhan se arrancó una de sus perfectas plumas brillantes y entró en la oficina para colocarla junto a la pluma azul de Illium. Rafael inclinó la cabeza cuando el ángel regresó.

—En cuanto hayas llevado a cabo esta tarea, te trasladarás aquí. —Manhattan aún no se había recuperado del regreso de Elena... Tal vez la presencia de Aodhan serenara la ciudad. Sin embargo, tendría que dejar aquel problema para otro día—. Si Naasir y tú conseguís limitar el área de búsqueda a una localización específica, llamadme y esperad. No os acerquéis.

—Crees que si es ella... empezará a matar.

—Mi madre es el espectro de la oscuridad, Aodhan, la pesadilla que pulula en el cerebelo. —Y él era su hijo, el hijo de dos arcángeles que se habían vuelto locos.

Tan solo cuando Zoe se fue a la cama y los adultos terminaron de cenar, Elena abrió la caja que le había dado Deacon y vio el arma que él había creado para una cazadora con alas.

—Oooh... —Ahogada de placer, cogió lo que parecía una ballesta modificada, tan pequeña y ligera que...—. ¿La has diseñado para que me la fije a la pierna?

—Sí. —Deacon cogió el arnés y le pidió que se levantara para poder ceñírselo al muslo—. Me pareció que el hombro te daría problemas, ya que tus alas estarían demasiado cerca y habría muchas posibilidades de que sufrieran daños.

Elena asintió para mostrar su acuerdo mientras examinaba el arma.

—El equilibrio no debería ser un problema durante el vuelo, dado su peso. Pero ¿qué demonios es esto? —Sacó una pequeña hoja circular cuyos bordes dentados estaban afilados como cuchillas de afeitar. Abrió bien los ojos—. ¿Dispara estas cosas? ¿Como el arma que tú tenías? —Un arma que ella había deseado desde el momento en que la vio, en medio de un desguace plagado de vampiros.

—Sí. También está diseñada para que puedas utilizarla con una sola mano si te hace falta. —Apretó el arnés—. Métela en la abertura.

Elena puso el seguro e hizo lo que le habían pedido antes de retroceder unos cuantos pasos.

—Ligera, portátil.

—La probó conmigo —dijo Sara, que estaba acurrucada en el sofá con un bol de helado de fresa en la mano—. Dado que yo soy más baja y menos fuerte, supuse que tú no tendrías problemas.

Elena acarició el arma y notó que sus instintos de cazadora suspiraban.

—Es perfecta. Deacon, ven aquí. —Cuando su amigo se acercó, Elena extendió los brazos y le dio un ruidoso beso en sus hermosos labios—. Eres maravilloso.

—Oye... —dijo Sara desde el sofá mientras sacudía la cuchara en el aire—. Es mío.

Elena esbozó una sonrisa y se subió un poco el arnés mientras Deacon se

sentaba junto a su esposa en el sofá para robarle un poco de helado. El momento fue tan «normal» que por un instante casi pudo creer que jamás se había marchado de Nueva York, que nunca había caído en los brazos de un arcángel.

Su teléfono móvil empezó a sonar.

Después de seguir a Illium hasta la localización indicada con el regalo de Deacon ceñido al muslo, Elena aterrizó con muchísimo cuidado. Era muy posible que cometiera errores estando tan cansada, y no era el momento más apropiado para romperse un brazo o una pierna. Por debajo de ella, el corazón verde de Manhattan estaba cubierto de una oscuridad que solo rompían las anticuadas farolas situadas en los caminos que atravesaban el parque.

—Uf. —Descendió con fuerza, con tanta potencia que le dolieron las rodillas, y luego recorrió la distancia que la separaba de otro de los Siete de Rafael, que estaba en pie junto a un bulto desmadrado en el suelo.

Ponzoña. El penetrante hedor de las tripas y los órganos eviscerados... y bajo todo aquello, un susurro de violetas enterradas en hielo.

Elena sintió la bilis en la garganta, pero se obligó a contemplar el cadáver. Al hombre (un vampiro, a juzgar por su esencia) le habían cortado la cabeza. Pero la decapitación, si no se equivocaba, se había perpetrado en último lugar, después de que le sacaran los órganos y volvieran a introducirlos en su cuerpo en los lugares equivocados. Aunque era un acto brutal, no se parecía ni de lejos a lo que había hecho Uram... pero lo cierto era que el arcángel nacido a la sangre había convertido el asesinato en todo un arte.

—¿Quién es? —le preguntó a Veneno.

El vampiro había estado a las puertas de la muerte poco tiempo atrás, pero nadie lo habría dicho por su aspecto actual. Ataviado con uno de sus acostumbrados trajes de negro sobre negro, con sus ojos de reptil cubiertos por unas gafas de sol envolventes que los protegían incluso en la oscuridad, parecía haber salido de las páginas de alguna revista exclusiva.

—El contable de Rafael, sentenciado a enterramiento.

Elena no necesitó que le dijera que alguien estaba tramando algo.

—¿Dónde está Rafael?

Por una vez, Veneno siguió dándole respuestas directas.

—En el lugar donde se suponía que este hombre sería enterrado esta noche. Puesto que es poco probable que este crimen haya sido una casualidad, el asesino debió de acechar en esa localización. Sin embargo, es más posible que encuentres una esencia aquí.

—Sí. —A juzgar por el patrón de la sangre y el revoltijo de tierra y de hierba, aquel era el lugar en el que la víctima había sido asesinada, lo que significaba que la esencia del asesino sería una mancha de violencia en toda la zona.

Tras filtrar la firma vampírica de Veneno, Elena percibió una vez más el aroma de las violetas en el hielo picado... pero con toda aquella carnicería, no

había forma de saber con seguridad si le pertenecía a la víctima. Tras apretarse el estómago, Elena se puso de rodillas, con cuidado de evitar las salpicaduras y se inclinó hacia delante. Sin embargo, no podía acercarse al cuerpo sin apoyar las manos en las pruebas cubiertas de sangre.

—Veneno, sujétame por la cintura.

Unas manos fuertes y frías le rodearon la cintura un instante después. Elena luchó contra el impulso instintivo de liberarse de aquellos dedos y confió (y sí, aquella confianza le costó mucho esfuerzo) en que el vampiro evitara que cayera sobre el cadáver. Se inclinó para olfatear una zona de piel desgarrada.

Violetas. Hielo. Y un matiz oculto subyacente. Un matiz suave, afrutado. ¿Sandía?

—Suficiente.

Las manos del vampiro se tensaron por un instante, y Elena casi deseó que intentara dejarla caer. No obstante, Veneno se portó bien y la ayudó a ponerse en pie.

—Tengo su esencia —comentó la cazadora al tiempo que señalaba el cadáver —, y ya he descartado la tuya. ¿Ha estado alguien más en la escena del crimen?

El vampiro señaló el cielo.

—Solo Illium, pero no ha aterrizado.

Bien, pensó ella. Aquello significaba que el vestigio de ponzoña debía de ser del asesino. Se concentró en aquel elemento y empezó a separar las notas para crear un perfil más detallado.

Adelfas, dulces e intensas, con un toque de la más oscura resina como nota discordante. Y por debajo, un matiz de jugosas bayas rojas recién abiertas. Sin embargo, la esencia de las adelfas en plena floración lo cubría todo; era muy, muy embriagadora.

Elena ya había empezado a seguir el rastro cuando aquella idea atravesó su mente, apenas consciente de que Veneno permanecía junto al cadáver o de que Illium la seguía desde lo alto. La esencia serpenteaba a través de Central Park, como si el asesino se hubiera dado un paseo. A juzgar por el aplomo que había mostrado, Elena casi esperaba perderlo cuando llegó al estanque, pero, para su sorpresa, el tipo no se había metido en el agua.

Lo siguió hasta la Quinta Avenida, donde el sensual rastro de las adelfas se desvanecía de una forma tan brusca que estaba claro que el asesino había cogido un taxi. Dejó escapar un suspiro y le hizo un gesto a Illium para que bajara.

—El rastro se enfría aquí —le dijo cuando aterrizó en medio de un elegante revuelo azul plateado—. Llévame hasta el otro lugar, por si acaso hay algo allí.

Solo cuando volaban sobre el Hudson se dio cuenta de que se dirigían hacia el territorio de Rafael. Supuso que el lugar del enterramiento estaría en algún punto más allá de sus propiedades, pero se quedó consternada al ver que Illium descendía para aterrizar junto a los límites del bosque que separaba la mansión

de la residencia de Michaela en Estados Unidos. El ángel permaneció inmóvil mientras ella se adentraba en el lugar.

¿Arcángel?

Estoy a tu derecha, unos cincuenta metros más adelante.

Rafael le ofreció una mano cuando ella llegó al lugar donde se encontraba, pero Elena no la aceptó. Contempló fijamente el agujero del tamaño de un ataúd rectangular que había en el suelo.

—¿Cuándo pensabas decirme que sería enterrado en las propiedades que rodean nuestra casa? —le preguntó. Entendía la necesidad de Rafael de controlar a sus vampiros de formas que podían parecer crueles, pero aquello...

Una mirada azul metálica se clavó en la suya, una mirada vívida a pesar de las sombras de la noche.

—Necesitaba que estuviera lo bastante cerca para poder mantener una vigilancia mental.

—¿Cuántos más hay? —susurró ella, con el estómago revuelto. Había paseado por aquellos bosques antes. Era posible que hubiese caminado sobre alguno de ellos.

—Ninguno, cazadora del Gremio.

El hielo de su voz debería haberla asustado, pero estaba demasiado furiosa.

—Sabes que esto está mal, Rafael, que deberías habérmelo comunicado. Y aun así, lo hiciste de todas formas. —La expresión de él no cambió, pero Elena supo sin lugar a dudas que ella tenía razón—. ¿Por qué?

—Porque tienes un corazón mortal. —Un comentario despiadado.

Elena se estremeció al recibir aquel ataque verbal.

—¿Tan malo es eso?

—No se trata de que sea malo o bueno —un azul metálico inhumano, completamente inhumano—, sino de que es así. Esto te habría perturbado tanto que te habría sido imposible seguir viviendo aquí.

Era una verdad como un templo, y el hecho de que él lo hubiera visto con tanta claridad no le restaba ni un ápice de acierto. La furia se mezcló con otras emociones más profundas, y Elena tardó casi un minuto en reunir el control necesario para poder hablarle:

—Quiero pedirte algo, arcángel. —Rafael le había entregado su corazón, le había dado poder sobre él, pero hasta aquel momento, Elena no había utilizado nunca ese poder.

—¿Qué quieres, cazadora del Gremio? —Tan formal, tan distante.

Esa parte de ella que era aún una niña abandonada tanto por su padre como por su madre, se sentía aterrada ante la posibilidad de presionarlo demasiado, de presionarlo tanto que también él la abandonara. Era una sensación nauseabunda, pero aquel era un riesgo que debía correr.

—Elimina este castigo de los libros. Estoy segura de que existen otras

maneras de escarmiento.

Rafael permaneció inmóvil como una estatua durante un momento muy, muy largo.

—¿Me estás pidiendo un favor, cazadora?

—No —replicó Elena con deliberada lentitud—. Te pido esto como tu consorte. No... no merece la pena estropear nuestra relación por algo así.

El arcángel de Nueva York cerró los dedos con suavidad alrededor de su garganta. El gesto no era una amenaza, sino una marca de posesión.

—¿Tan débil es nuestra relación?

—No. —Elena estaba dispuesta a luchar a muerte por aquella relación, por él—. Lo que tenemos es algo extraordinario... y debe ser protegido de todas las porquerías que el mundo arroja sobre nosotros.

Mientras ella lo observaba, el brillo metálico desapareció y fue sustituido por un tono penetrante similar al del cielo de las montañas a mediodía.

—Ay, Elena... Siempre tan elocuente.

—Hablo en serio. —Sentía el estómago tenso, como si tuviera un millón de nudos.

—Haré que Dmitri piense en otro escarmiento adecuado.

Elena sintió que el aire penetraba en sus pulmones cuando se permitió respirar de verdad por primera vez.

—Seguro que no le supondrá un problema. —Dmitri era uno de los vampiros más antiguos que había conocido jamás, y sentía cierta predilección por el dolor—. Aquí no hay ninguna esencia.

—En realidad no esperaba que encontraras nada. Se suponía que el condenado sería trasladado hasta aquí más tarde, una vez que hubiera puesto sus asuntos en orden. —Rafael deslizó el pulgar sobre el pulso de su consorte—. ¿Qué es lo que percibo en ti, Elena? —Miedo, un insidioso intruso que podría arrebatársela.

Ella realizó un leve movimiento negativo con la cabeza.

—No eres tú. —Una pausa—. Soy yo. Estoy hecha polvo. A veces, todo sale bruscamente a la superficie.

Rafael le acarició la nuca con la mano y la estrechó con fuerza antes de apoderarse de sus labios con una caricia lenta y profunda que pretendía recordarle que las pesadillas ya no tenían poder sobre ella. Ahora pertenecía a un arcángel.

Su cazadora se llevó los dedos a los labios húmedos cuando se apartaron. Sus ojos parecían enormes en la oscuridad.

—*Shokran*, arcángel.

—De nada, cazadora del Gremio. —Tras deslizarse las alas sobre las de su consorte, Rafael se dio la vuelta y regresó a la casa con ella—. Este asesinato es un mensaje. No puede ser otra cosa.

—La cuestión es quién... —Elena se quedó paralizada—. La esencia del asesino estaba impregnada de adelfas. Es una flor, pero la planta tiene un veneno muy tóxico.

—Neha.

Tras dejar a la exhausta Elena en la bañera —aunque la idea de reunirse con ella era muy, muy tentadora—, Rafael bajó a la biblioteca para iniciar una videoconferencia con Neha. La arcángel de la India tardó en responder, y su rostro, cuando apareció en la pantalla, era tan frío como el hielo del Ártico.

—Rafael. —Llevaba el cabello recogido en un moño tirante y prescindía de cualquier tipo de adorno. Su belleza era pura, absoluta.

Una belleza resaltada por los pliegues del sari de seda blanca que llevaba cuidadosamente recogido sobre su hombro, un blanco impoluto que solo se veía interrumpido por un finísimo ribete de pequeñas cuentas talladas. Alrededor del cuello llevaba un collar cuya forma imitaba la de una delgadísima serpiente negra con la boca abierta. Aunque, por supuesto, Rafael sabía que no era un collar.

—Neha —dijo mientras ella permitía que una cobra se le enroscara en el brazo—. Ya sabes por qué estamos manteniendo esta conversación.

Los vampiros, le había dicho Elena a Rafael mientras se sumergía en el baño, poseían esencias muy extrañas e inesperadas, de modo que la potencia del veneno podía no significar nada. De cualquier forma, tal y como demostraba Veneno, Neha tenía por costumbre marcar a aquellos a quienes Convertía.

En aquel momento, la Reina de las Serpientes, de los Venenos, curvó los labios en una sonrisa que mostraba una diversión tan fría como la sangre de sus criaturas favoritas.

—Esto no es más que un juego, Rafael.

Un mortal habría intentado apelar a su conciencia, habría intentado que se sintiera culpable por la muerte —o más bien muertes— sin sentido que había orquestado, pero él se concentró en su orgullo.

—No es propio de ti, Neha, actuar a través de semejantes estúpidos patéticos.

Titus habría estallado ante semejante insulto; Michaela habría resoplado de furia. Pero Neha... Neha suspiró y alargó la mano para cerrar la boca de la serpiente que tenía en el cuello, que empezó a retorcerse para liberarse. No obstante, siguió enroscada alrededor de su garganta.

—Tienes razón —murmuró—. Pero me arrebataron algo que amaba, Rafael, y tú colaboraste. —Tan inteligente y cruel, pensó Rafael, como las serpientes que tenía por mascotas—. Estoy segura de que tu cazadora se disgustará al saber que, al convertirse en tuya, ha puesto en peligro mortal a todos los que ama. —Deslizó los dedos sobre la piel resplandeciente de la cobra mientras confirmaba su implicación en los asesinatos del colegio. Luego lo miró con sus ojos castaño oscuro, unos ojos de lo más cuerdos—. En cuanto al otro... La traición siempre

es una píldora difícil de tragar. Era débil. Resultó ridículamente fácil derribarlo y controlarlo.

Rafael ya había encargado a Dmitri y a Veneno que se aseguraran de que Neha no introducía más serpientes entre ellos.

—¿Qué necesidad había de matarlo?

Neha alzó un hombro en un elegante gesto de despreocupación.

—Podría haber sabido algo, aunque la cuestión ahora carece de importancia. No era más que una herramienta, y no muy útil, por cierto... Estoy segura de que lo consideró una muestra de piedad. Jamás habría sobrevivido a ese castigo con la mente intacta.

Tal vez. Pero Rafael estaba seguro de que el hombre no habría elegido aquella forma de morir, que le arrancaran los órganos mientras aún estaba vivo.

—Sabes que lo que hizo Anoushka fue una abominación. —La hija de Neha había tomado parte en el brutal maltrato de un niño. Y eso iba en contra de una de las leyes más importantes de su raza.

—Soy madre, Rafael. —Una pausa, un instante de profundo pesar—. Era madre.

—¿Y ahora quieres que otras madres sientan el mismo dolor? —Neha era una de los pocos en el Grupo que siempre había considerado preciosa la vida de los niños mortales.

La arcángel india parpadeó de forma lenta y deliberada mientras lo observaba con aquellos ojos que habían hipnotizado a ángeles con menos poder.

—Creo que pronto tendrás problemas por los que preocuparte mucho más importantes que mis insignificantes juegucillos.

Rafael no dijo nada.

Con una sonrisa, Neha sacó la mano fuera del alcance de la cámara, y cuando volvió a aparecer en pantalla, sostenía con los dedos una orquídea negra.

—Me pareció que sería un toque elegante por mi parte. —Deslizó los pétalos del color del ébano sobre la piel de la cobra—. Me encantará ver lo que haces cuando ella despierte. Te dejó destrozado en un prado lejos de la civilización para que murieras, ¿no es así?

Puesto que ya esperaba aquel comentario, el arcángel no reaccionó.

—Neha... —dijo con suavidad—. Aunque no voy a perdonarlo, no me vengaré de ti por estas infracciones, ya que perdiste a tu hija... pero no vuelvas a jugar en mi territorio.

Neha se echó a reír. Y su risa fue un siseo amargo.

—¿Qué me harías, Rafael? Ya he perdido lo que más me importaba.

—Eso es mentira —murmuró él, y aguardó a que cesaran sus risotadas para dar el golpe de gracia—. No te gustaría perder tu poder.

La expresión de Neha se volvió fría, dura.

—¿Tan arrogante eres que crees poseer la fuerza suficiente para hacer mella

en mi autoridad?

—No olvides nunca que fui yo quien ejecutó a Uram cuando fue necesario hacerlo. —Acabar con la vida de otro arcángel había fracturado algo en su interior, pero Uram se había convertido en un monstruo y había que impedir que asolara el mundo—. No olvides nunca qué y quién soy, Neha.

La arcángel de la India enfrentó su mirada durante unos instantes muy, muy largos.

—Quizá tu mortal no te haya cambiado, después de todo.

Rafael no replicó; se limitó a finalizar la llamada. Sin embargo, cuando se dio la vuelta para recorrer el camino que lo llevaría de vuelta junto a su cazadora, supo que Neha se equivocaba. Elena había cambiado algo fundamental en él.

¿Me estás esperando, hbeebti?, le preguntó al contactar con su mente y descubrir que estaba despierta.

Cuando abrió la puerta del dormitorio, comprendió que nunca podría regresar a la vida que había llevado antes de conocerla... aquella vida en la que alimentaba la dureza de su corazón y en la que el amor se consideraba una debilidad.

—¿Estás cansada, Elena?

Su cazadora se incorporó en la cama y dejó que la sábana se deslizara hasta su cintura.

Elena se le secó la garganta ante la mirada penetrante de Rafael. De pronto, sentía la piel de los pechos demasiado tensa. Su necesidad de él era un anhelo profundo y doloroso, incentivado por un día que había reavivado sus miedos ocultos, sus más dolorosos secretos. Quería sentir su boca sobre ella, sus manos sobre la piel. Pero aquella noche su arcángel tenía un aspecto muy peligroso. Había algo en él que no se parecía en nada a la rabia que lo había convertido en hielo ardiente tras los sucesos en el colegio de las niñas, algo que no la ponía nerviosa... salvo en un sentido sensual.

—¿Piensas venir aquí en algún momento, arcángel? —le preguntó al ver que seguía acariciándola tan solo con aquellos ojos de un azul inhumano. El dolor de su interior empezó a convertirse en algo más oscuro, más caliente.

Rafael se apoyó en la puerta cerrada del dormitorio.

—Primero quiero disfrutar de las vistas.

Ella era una cazadora y nunca había sido una mojigata, pero Rafael consiguió que se sonrojara, que sus pezones se convirtieran en dos puntas de acero.

—Al menos, quítate la camisa —le pidió mientras frotaba los pies contra las sábanas—. Es lo justo.

—¿Por qué iba a hacer algo así cuando tengo a una cazadora desnuda en mi cama, dispuesta a someterse a todos mis caprichos?

Elena flexionó los dedos de los pies, porque en aquel instante los ojos del arcángel eran los de un conquistador, los de un hombre acostumbrado a las rendiciones. Sin embargo, no era eso lo único que mostraba su rostro. La más sutil de las sonrisas curvaba aquellos labios que conocían todos y cada uno de los puntos de placer ocultos. Sus hombros estaban relajados de una forma que evidenciaba que solo estaba jugando con ella. Pues de eso nada. Seguro que había una gran parte de él que experimentaba la misma satisfacción arrogante que cualquier otro conquistador delante de una mujer desnuda, una mujer que no tenía intención de negarle nada. No obstante, aquel conquistador en particular le había concedido el derecho de plantear sus propias exigencias.

Sin apartar la vista de él, Elena se pasó las manos por las costillas y luego se cubrió los senos. Sus ojos se convirtieron en fuego líquido, pero el arcángel no se movió de la puerta.

—Más, Elena. —Era una orden, una orden pronunciada con un tono de voz que ella solo le había oído en la cama. Un tono sexual, exigente y, en ocasiones, despiadado.

—Siempre órdenes... —susurró ella mientras acariciaba y pellizcaba sus pezones, que reclamaban unos dedos más firmes y atrevidos, aunque estaban tan sensibles que Elena supo que se quedaría hecha polvo en cuanto él le pusiera sus fuertes manos encima—. Quizá quiera ser yo quien da las órdenes en la cama.

—¿Y qué órdenes me darías? —Una pregunta íntima. El arcángel posó la mirada en sus labios sin ningún disimulo antes de bajarla hasta la mano provocativa que ella había introducido bajo la sábana.

Con los pechos ruborizados a causa del beso sensual de los ojos de Rafael, Elena contempló el increíble poder de aquel cuerpo magnífico que se apoyaba en la puerta.

—Te diría que vinieras aquí... —Deslizó los dedos entre sus piernas con la intención de darle un pecaminoso énfasis a sus palabras—... para poder mostrarte lo preparada que estoy. —La conexión física. Ambos necesitaban sentir la más profunda conexión física aquella noche, para desterrar los lugares fríos y oscuros del alma, para encerrarse juntos en un refugio terrenal de carne.

—Me encanta... —dijo Rafael—... que me hagas cosas perversas. —Era el eco de algo que ella le había dicho una vez.

Los recuerdos del calor aterciopelado de su pene sobre la lengua le hicieron apretar los muslos contra la mano intrusa.

—En ese caso, ¿por qué no te mueves? —preguntó al tiempo que cerraba la mano libre sobre la sábana. Todavía no la había tocado y ya estaba húmeda.

—Porque esta noche, cazadora del Gremio, soy yo quien va a hacerte cosas perversas.

Elena dejó de respirar. Cuando Rafael bajó la vista hasta la zona donde la sábana se plegaba en su cintura, la orden fue tan directa como si la hubiera pronunciado en voz alta. Una orden muy masculina. Tras tomar una entrecortada bocanada de aire, Elena utilizó una de sus manos para bajar la sábana hasta la parte superior de sus muslos, donde el tejido seguía ocultando la parte más íntima de su cuerpo... y se detuvo.

Elena...

Ella negó con la cabeza.

—La camisa tiene que desaparecer. —Cuando una bailaba con un arcángel, debía jugar sucio.

Rafael se apartó de la puerta, llevó sus dedos a los botones de la camisa negra y los desabrochó con tal rapidez y eficiencia que a ella se le hizo la boca agua. Aquellos dedos conocían su cuerpo a la perfección, la habían tocado con una ternura exquisita, y también con una siniestra posesividad. Estaba claro lo que recibiría aquella noche, pensó la cazadora cuando Rafael arrojó la camisa al

suelo y enarcó una ceja.

Dios, qué guapo era... Sus hombros y su pecho eran musculosos. El tono dorado de aquella piel suplicaba las caricias de su boca, de sus dedos. Pero aquel no era el trato que habían hecho. Tras apartar los dedos de la zona de su cuerpo que se había humedecido a causa del deseo, Elena alzó las rodillas contra el pecho y luego bajó la sábana hasta los pies de la cama.

—Ya está.

El arcángel cruzó los brazos.

—Baja las piernas.

Elena hizo un gesto negativo y se concentró en la orgullosa protuberancia que su erección marcaba contra los pantalones, del mismo color que la camisa. Sus músculos internos se tensaron.

—Quiero algo a cambio.

—No.

Elena iba a protestar por aquella negativa rotunda, pero él ya había atravesado la habitación y le había rodeado la nuca con una mano. Su boca, aquella boca letal y experimentada, estaba sobre la suya una fracción de segundo después. Elena alzó las manos para aferrarse a su cintura mientras Rafael se inclinaba sobre ella, y soltó un jadeo cuando él alzó una mano para agarrarle un pecho en un gesto confiado que decía a las claras que era suya y que él lo sabía. El apretón era posesivo, y la piel de sus dedos, lo bastante rugosa como para excitarle los pezones.

Fue entonces cuando Elena se dio cuenta de que estaba de rodillas.

—Supongo que crees que has ganado —dijo en un susurro ronco cuando él levantó la cabeza y aplastó la mano sobre su esternón para tenderla de espaldas en la cama. Quizá debería haberse resistido, pero lo cierto es que deseaba sentirlo sobre ella, dentro de ella. Deseaba sentir su miembro abriéndose camino en aquel lugar húmedo e hinchado que se contraía a modo de protesta.

—Esta ronda, sí. —Rafael se mantuvo inmóvil durante unos segundos eternos, disfrutando del aspecto de su consorte. Elena tenía el cuerpo de una guerrera. Fuerte, de músculos fibrosos. Un cuerpo que complacía todos sus sentidos.

Elena lo observaba con unos ojos cargados de lánguido deseo, y sus labios esbozaban la sonrisilla de una mujer que sabe que su amante la complacerá. Había flexionado una pierna mientras permanecía tendida, cálida y excitada, sobre la cama. Cuando se tumbó boca abajo para extender sus extraordinarias alas a los lados, Rafael no se lo impidió. En lugar de eso, se subió al colchón, situó una rodilla a cada lado de su cuerpo, apartó los sedosos mechones de cabello de su nuca y deslizó un dedo a lo largo de su columna.

Elena se estremeció.

—Arcángel...

A Rafael le gustaba su manera de pronunciar aquella palabra, y emitió un

sonido gutural de placer. Colocó las manos a ambos lados de su cabeza, y cuando se agachó para besarle la nuca, notó que la parte inferior del cuerpo de Elena se alzaba hacia él. Siguió dándole besos a lo largo de la espalda, acariciando con los dedos los bordes internos de sus alas. La respiración de la cazadora se volvió jadeante, y los pequeños movimientos de su cuerpo se hicieron más y más insistentes. El aroma terrenal de su excitación llenó el aire.

Sintió una sacudida en la entrepierna, pero aún no había terminado.

Acarició la base de su espalda trazando círculos con la lengua y se incorporó de nuevo.

—Ha llegado la hora del primer juego perverso, Elena. —Metió las manos bajo sus caderas y tiró hacia arriba.

—Desde mi posición, no lo parece. —Estaba sin aliento, pero acató la orden tácita de apoyarse sobre los codos y las rodillas, con los muslos separados.

Incapaz de resistirse, Rafael acarició con ambas manos la cara interna de sus muslos y oyó su gemido de placer, la quintaesencia de la feminidad. En aquella postura, estaba abierta a él; los pliegues de su sexo, hinchados y lujuriosos, resultaban una erótica invitación. Sin previo aviso, posó sus labios sobre ella. Elena se habría retorcido ante semejante ataque sensual, pero él tenía sus muslos bien sujetos.

Notó el estremecimiento que recorrió su cuerpo cuando la saboreó por primera vez. Necesitaba aquello, necesitaba a Elena. El día se había cobrado muchas víctimas, pero allí únicamente estaba su consorte, quien no solo no se había asustado al presenciar la cruda realidad de lo que había que hacer para que el Hudson no se tiñera de sangre, sino que además se había arrojado a sus brazos a pesar de la furia que sentía.

—Rafael, por favor... —Una súplica sensual.

Tras apartar sus labios de ella, Rafael bajó la mano para deslizar un dedo provocador a lo largo de aquella zona húmeda. Elena se aferró a las sábanas al tiempo que sus latidos se aceleraban... pero era una cazadora, una guerrera. Con un movimiento inesperado, se alejó y se tumbó de espaldas con tal elegancia que consiguió situar una de sus resplandecientes alas sobre él en un segundo. Lo primero que hizo fue apartarse los mechones enmarañados de la cara. Lo segundo, ponerse de rodillas y reclamar su boca con un beso que sabía a posesividad femenina, una posesividad que él no tenía intención de rechazar.

Rafael aprovechó la oportunidad para acariciar sus generosos pechos, las sensibles puntas de sus pezones, pero se detuvo cuando ella lo empujó para tenderlo de espaldas.

—No, cazadora del Gremio. Esta noche no.

Jamás lo habían amado con la ferocidad que su cazadora le prodigaba, pero en el instante en que ella pusiera sus manos y su boca sobre él, estaría acabado... y aquella noche deseaba algo más.

Yo te daré placer.

—Me torturarás, quieres decir. —A pesar de aquella suave protesta, Elena se tumbó y dejó que se situara sobre ella, que deslizara la mano desde su hombro hasta su cadera, pasando por el pecho. Rafael tironeó del pezón, frotó su clavícula con el pulgar, deslizó los labios sobre la curva de sus caderas. Y empezó de nuevo. Su boca era la promesa de un beso húmedo; el pulso de su cuello, una invitación a succionar, a marcar; y la pierna con la que le rodeó la cadera, tentación pura y dura.

Cuando Elena se alzó hacia él, Rafael la embistió con la parte inferior de su cuerpo, aun cubierta por los pantalones.

Dios...

La fricción de los pantalones de Rafael, la presión de la cremallera... hizo que Elena le clavara las uñas en los hombros.

—Me muero por tenerte... —susurró. La necesidad era una herida abierta en su corazón.

Rafael interrumpió las caricias lentas y alzó las manos para apartarle los mechones húmedos de la frente y cubrirle la mejilla.

—Soy tuyo, Elena. Para siempre.

Su beso fue un siniestro reclamo que la dejó sin aliento, que introdujo el sabor de Rafael en el interior de todas sus células.

—Ahora.

—No. —Cambió de posición para poder introducir los dedos entre sus piernas y luego le apretó el clítoris, haciéndola gritar—. Avisame si me muevo demasiado rápido —le dijo al tiempo que deslizaba dos dedos entre los pliegues húmedos hasta la entrada de su cuerpo.

Elena apretó las manos sobre sus hombros en el momento en que introdujo los dos dedos dentro de ella con deliberada precisión.

—Eres un provocador.

Ya en su interior, Rafael empezó a separar los dedos y logró que sus músculos internos se contrajeran... pero se detuvo justo antes de que ella llegara al orgasmo. La mantuvo al borde del abismo.

—No soy un provocador. —Unió los dedos antes de separarlos de nuevo—. Pero hay que reconocer que la paciencia tiene muchas virtudes. —Retiró los dedos y volvió a introducirlos en su interior con un movimiento brusco.

Rafael...

Aferrada a sus bíceps, Elena empezó a rotar las caderas en un intento por obligarlo a llegar hasta el final, pero Rafael volvió a atormentarla con movimientos indolentes mientras agachaba la cabeza para succionar uno de sus pezones y saborearlo con la misma lentitud.

El cuerpo de Elena tembló, al borde de la locura.

—Te comportas como un ser malvado.

Rafael sonrió contra su pecho mientras liberaba el pezón emitiendo un sonido húmedo y empezaba a besar la areola.

—Solo deseo disfrutar de mi consorte. Y tú lo permitirás.

Elena enterró la mano en su cabello y tiró de su cabeza hacia arriba.

—Esta consorte guarda una daga bajo el colchón que no dudará en utilizar si no le proporcionas un orgasmo enseguida.

Él sonrió. Una sonrisa radiante, cegadora. Aquellas sonrisas eran tan escasas en su arcángel que su corazón se detuvo por un instante.

Mío, pensó. Eres mío.

La sonrisa se hizo más amplia.

Sí.

Solo entonces se dio cuenta de que le había enviado aquel pensamiento. Y el hecho de que él no hubiera vacilado ni un instante a la hora de responder hizo que desapareciese la inquietud que había despertado en ella horas antes, el doloroso recuerdo del rechazo y la soledad. Elena sabía que reaparecería —la cicatriz era demasiado profunda, demasiado brutal para no hacerlo—, pero aquel ser, su arcángel, la protegería con la fuerza de su reclamo.

—¿Por qué te ríes? —También sonriente, Elena le robó un beso.

—Porque tengo a mi guerrera en la cama, tensa... —dos provocadoras embestidas con los dedos— caliente... —un mordisco en la mandíbula— y húmeda.

Rafael agachó la cabeza y se encargó del pezón desatendido. Los tirones, largos y fuertes, despertaron algo en su vientre que la hizo retorcerse, apretarse contra sus dedos. En respuesta a su reacción, Rafael estiró el brazo... y apretó por fin la carne palpitante de su clitoris de aquella manera que sabía que la volvía loca.

Estaba cerca. Tan cerca...

El arcángel apartó el pulgar.

—Te quedarás sin sexo oral. Para siempre —señaló Elena a modo de amenaza, con la respiración entrecortada.

Sintió las risas sobre la piel.

¿Y si te lo pido con amabilidad?

Tras decir eso, Rafael empezó a mover aquellos dedos expertos con rapidez e inclinó la cabeza para succionar con fuerza el pezón... antes de apretarlo entre los dientes.

El orgasmo la sacudió con tal fuerza que Elena no solo vio las estrellas... también presenció la explosión de un millar de constelaciones en un estallido blanco y dorado. Fue algo glorioso que la dejó hecha añicos. Cuando por fin pudo abrir los ojos, descubrió que Rafael se había levantado para deshacerse de lo que le quedaba de ropa. Su belleza la dejó aturdida una vez más. Un cuerpo poderoso y letal. Un miembro imponente. Unos ojos de un azul tan vibrante como el del

cielo de las montañas a mediodía. Unas alas con una amplitud excepcional que podían llevarlo por encima de las nubes a una velocidad sin parangón.

Mientras lo observaba, él bajó la mano y se la llevó al miembro. Lo movió de arriba abajo una vez. Y luego otra.

Las brasas del cuerpo de Elena se incendiaron de nuevo. En aquella ocasión, cuando alzó los brazos a modo de silenciosa invitación, él obedeció. Se habían acabado las provocaciones, las palabras. Su arcángel le separó los muslos y la poseyó con una embestida fuerte y caliente que avivó las llamas de la carne de su interior, ya hinchada por la potencia de su primer orgasmo.

—Tu boca —dijo él, y se apoderó de sus labios mientras se hundía en ella y volvía a salir a un ritmo exigente que inundó su cuerpo de múltiples y oscuras sensaciones. Aquel placer era algo primario, intenso y visceral. Un placer que le hizo doblar los dedos de los pies, que le hinchó los pechos e hizo temblar la delicada carne que había entre sus piernas.

Elena nunca se había sentido tan poseída, tan mimada. El orgasmo creció lentamente, pero duró más, la sacudió con más fuerza. Pero aquella vez sintió también la ardiente liberación del placer de Rafael, percibió el brusco despliegue de las alas de su arcángel y sintió la contracción de los músculos de su espalda.

Un instante después, todos sus pensamientos se desintegraron.

Aquella noche solo hubo placer, nada de pesadillas. Aun así, Elena no estaba de humor para reunirse con Jeffrey a la mañana siguiente.

—¿Alguna vez estoy de humor para eso? —masculló mientras aterrizaba frente a la distinguida residencia, situada en la parte más oriental de Central Park y protegida por unos portones de metal. Había supuesto que la reunión sería en la oficina de la Deveraux Enterprises, pero una hora antes había recibido un mensaje en el que se le informaba de que sería allí, en la casa.

Era una residencia encantadora, tan refinada y elegante como la mujer que había llegado a convertirse en la segunda esposa de Jeffrey. La pequeña zona de vegetación que la rodeaba —un lujo increíble en medio de Manhattan— había sido diseñada con una perfección exquisita rayana en la severidad. Elena no le encontraba ningún pero al gusto de Gwendolyn, pese a que una pequeña parte de ella detestaba a aquella mujer por haber ocupado el puesto de su madre al lado de Jeffrey. No obstante, Marguerite no habría reconocido al hombre en quien su marido se había convertido, así que en realidad daba igual.

Subió los tres amplios escalones de mármol con aquella idea en mente y apretó el timbre del hogar de su padre. Un hogar al que nunca había sido invitada, en el que nunca le habían dado la bienvenida, hasta aquel momento. El timbre resonó en el interior, como si la casa estuviera vacía. Pasó un minuto, y luego otro, sin que se oyeran pasos. Puesto que consideraba a Jeffrey muy capaz de dejarla esperando en el umbral, Elena ya se había dado la vuelta para marcharse cuando la puerta se abrió por fin.

Echó un vistazo por encima del hombro con una réplica cortante en la punta de la lengua. Pero aquella réplica murió en el instante en que vio la serena mirada azul de la belleza con la que su padre, veinte años mayor, se había casado un otoño, mientras ella estaba en el internado.

—Gwendolyn —le dijo con la educación que Marguerite le había inculcado. Se había encontrado con la segunda esposa de su padre una o dos veces a lo largo de los años, pero en ninguna de aquellas ocasiones se había tomado la molestia de llevar la relación más allá de una fría formalidad.

—Hola, Elena. Pasa.

Contenta por el hecho de que al menos Gwendolyn no insistiera en utilizar su

nombre completo, Elena entró en la casa, muy consciente de que la otra mujer realizaba un enorme esfuerzo para no observar sus alas.

—Esperaba que me abriera una criada —le dijo mientras examinaba el amplio vestíbulo, lleno de pequeños rincones iluminados que sin duda daban cobijo a obras de arte de valor incalculable.

—Este es un asunto familiar —dijo Gwendolyn al tiempo que se alisaba la falda de seda verde esmeralda.

Elena frunció el ceño, pero no por las palabras, sino por los incesantes movimientos de la otra mujer. Gwendolyn era una de las personas más equilibradas que había conocido, pero ahora que se fijaba bien, descubrió que tenía ojeras y unas manchas moradas que estropeaban el cálido tono crema de su piel.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó. Consideró de pronto la posibilidad de que aquello no fuera uno de los jueguecitos de poder de Jeffrey, después de todo.

Gwendolyn echó un vistazo al pasillo antes de acercarse.

—Sé que no las consideras tus hermanas —dijo en un tono grave e intenso—, pero necesito que salgas en defensa de mi niña.

Elena estaba a punto de preguntar qué demonios pasaba cuando se abrió una puerta al fondo del pasillo. La silueta alta de Jeffrey apareció un segundo después. Ataviado con unos pantalones grises con finísimas rayas azul marino y una camisa blanca con el cuello abierto, su padre vestía de manera informal, tal como Elena lo había visto durante su vida de adulta.

Antes... Recordó los sueños, recordó al hombre risueño cubierto de pintura que la había arrojado al aire y luego la había recogido, en un día soleado impregnado con los aromas del césped recién cortado, de los helados y de las hamburguesas. Mucho antes de la sangre, antes de la muerte. Antes del silencio... y de la sombra en la pared.

Enderezó la espalda para soportar el devastador impacto de aquellos recuerdos y enfrentó la mirada de Jeffrey, protegida como siempre por el cristal de sus gafas de montura metálica.

—¿Por qué estoy aquí, Jeffrey? —Sabía que Gwendolyn ya no le diría nada. Lo había visto en público y sabía muy bien quién llevaba las riendas.

Aquel matrimonio no se parecía en nada al que Jeffrey había tenido con la madre de Elena, una mujer que solía bromear con su marido tanto como lo besaba. Una mujer cuyo cuerpo había sobrevivido, pero cuyo espíritu había sido destrozado por un asesino en serie que se había visto arrastrado hasta su hogar a causa de Elena. Aquella era una culpa que amenazaba con transformar sus pies en plomo, con dejarla indefensa en lo que sin duda sería una confrontación aplastante; las reuniones con su padre nunca acababan de otra forma.

—Me alegra ver que aún te queda algo de respeto por las obligaciones familiares —dijo Jeffrey con aquella voz cortante como una hoja de afeitar—.

Supongo que tuviste que visitar a personas mucho más importantes cuando regresaste a la ciudad.

La furia, una furia salvaje y corrosiva, anuló la sensación de culpabilidad.

—Personas que cuidaron de mí cuando tú me echaste a la calle —le dijo, y se alegró al ver que el hombre daba un respingo—. No espero que entiendas esa clase de lealtad. —En realidad, no sabía qué había esperado... ¿Que su padre se sorprendiera al ver sus alas hasta el punto de quitarse su gélida máscara inexpresiva? ¿Que la mirara con asombro y admiración? Si eso era lo que había esperado, era una estúpida.

—Jeffrey ... —dijo Gwendolyn con voz dulce.

La mandíbula de Jeffrey estaba tensa y sus ojos brillaban tras la montura metálica, pero al final asintió de manera brusca.

—Pasad al estudio —dijo—. ¿Y las niñas? —Las últimas palabras iban dirigidas a su esposa.

—En la habitación de Amy, con órdenes estrictas de no salir.

Los tendones del cuello de Jeffrey se pusieron blancos a causa de la tensión, pero él no dijo nada mientras entraba en el estudio. Elena lo siguió más despacio, intrigada por las corrientes subyacentes que percibía. Tal vez se hubiese equivocado con Gwendolyn. Era evidente que la otra mujer estaba afilando sus garras.

Mientras le daba vueltas a aquella idea, observó con atención el lugar: una enorme habitación con estanterías de caoba llenas de libros encuadernados en piel, y un sólido escritorio ornamentado con la misma madera en la parte central. Aquello dejaba espacio de sobra para los amplios armarios situados en uno de los lados, cerca de las puertas correderas. No solo era una habitación masculina; en aquel lugar no había ni el más mínimo toque femenino.

Clic.

El sonido que hizo el pestillo de la puerta cuando Gwendolyn la cerró se oyó alto y claro en el silencio. Puesto que necesitaba espacio, Elena se acercó a las puertas correderas y las abrió de par en par antes de apoyarse en el marco en una postura que dejaba una de sus alas expuestas al aire fresco de la primavera y la otra, al frío emocional reinante en el interior de la biblioteca.

Jeffrey se situó al otro lado de la sala, contra la estantería, con los brazos cruzados.

—Así que eres un ángel...

—Me temo que pedirme que me prostituya por ti no va a conseguirte mejores resultados que la última vez que lo hiciste —le espetó Elena, cuya calma se había desvanecido bajo aquella mirada crítica.

Unas líneas blancas rodearon la boca de Jeffrey.

—Eres mi hija. No debería haber tenido que recurrir a tu Gremio para averiguar si seguías o no con vida.

—Por favor... —Elena soltó una risotada amarga—. ¿Desde cuándo te importa si estoy viva o no? —Ni una sola vez en los diez años que habían permanecido distanciados se había molestado en averiguar cómo estaba, ni siquiera cuando la hirieron de gravedad durante una caza y tuvo que pasar varias semanas ingresada en el hospital—. Dime de una vez por qué estoy aquí para que pueda regresar a mi vida normal.

Quien respondió fue Gwendolyn, que se encontraba junto a la puerta en una postura que Elena jamás habría esperado en la mujer que en sociedad representaba el papel de perfecta esposa.

—Se trata de Evelyn —dijo en voz baja y decidida—. Ella es como tú.

—No. —Fue Jeffrey quien pronunció aquella única palabra con los dientes apretados.

—Basta. —Gwendolyn se volvió hacia su marido—. ¡Negándolo no conseguirás que sea menos cierto!

La respuesta de Jeffrey se perdió en el zumbido que llenaba la cabeza de Elena, quien todavía intentaba asimilar el notición que Gwendolyn acababa de lanzarle.

—¿Como yo? ¿En qué sentido? —No pensaba dar nada por sentado. No en aquel lugar.

Gwendolyn frunció los labios en una mueca y apretó los puños a los costados mientras miraba fijamente a su marido. Al ver que Jeffrey no decía nada, la mujer de pelo negro se dirigió a Elena.

—Es una cazadora nata —dijo—. Mi niña es una cazadora nata.

De no haber estado apoyada en el marco de la puerta, Elena se habría derrumbado en el suelo; tenía la sensación de haber recibido una estocada mortal.

—Eso no es posible —soltó incrédula.

Los cazadores natos eran poco comunes, muy poco. Criaturas que nacían con la habilidad de rastrear la esencia de los vampiros. De todos modos, aquella habilidad tenía un componente hereditario, y Elena siempre había creído que sus aptitudes procedían de la desconocida rama materna de la familia.

—Hemos hecho algunas pruebas —señaló Jeffrey con brusquedad—. Hemos utilizado a Harrison y a algunos de sus amigos. Ella puede rastrearlos.

Harrison era un vampiro, y también el cuñado de Elena, ya que se había casado con la menor de las hijas de Marguerite, Beth. El hecho de que Evelyn pudiera rastrearlo...

—Tú... —susurró Elena con la vista clavada en Jeffrey—. Procede de ti... —Y él lo sabía, pensó al ver el destello de una emoción innombrable en sus ojos. Todo aquel tiempo, siempre que la había rechazado por trabajar en aquella ocupación «sucio e inhumana», había sabido que era su sangre la que le había transmitido el don.

La sien de Jeffrey empezó a palpar y su piel se tensó sobre aquella estructura ósea de porte aristocrático.

—Eso no tiene cabida en esta conversación.

Elena se echó a reír. Fuerte, con ganas. No pudo evitarlo.

—Menudo hipócrita...

Jeffrey volvió la cabeza hacia ella de inmediato.

—Cállate, Elieanora. Todavía soy tu padre.

Lo peor de todo era que una parte de ella seguía siendo la niñita que una vez lo había adorado, y esa parte deseaba obedecerlo. Elena luchó contra aquel impulso, y estaba a punto de replicar cuando vio el rostro de Gwendolyn con el rabillo del ojo. La mujer parecía destrozada y, de repente, lo furiosa que estaba con su padre o lo furioso que estaba él con ella dejó de tener importancia. Aquello seguiría igual. Había seguido igual durante casi una década.

—Necesitaré entrenamiento —le dijo a Gwendolyn—. Sin él, le resultará difícil focalizar y concentrarse. —La cacofonía de esencias en el aire, en especial en una ciudad llena de vampiros como Nueva York, podía causar un grave impacto en un cazador nato. Elena había aprendido por sí sola a filtrar los interminables «ruidos» con el paso de los años, hasta que alcanzó la edad necesaria para unirse al Gremio sin el permiso paterno, pero había sido un camino doloroso y solitario. Un camino que Evelyn no tendría que recorrer—. Tenéis que inscribirla en la Academia del Gremio...

—¡No! —La voz de Jeffrey destilaba furia—. No permitiré que otra de mis hijas se eche a perder en ese lugar.

—Es una escuela —dijo Elena, que logró mantener a raya su temperamento—. Tiene profesores especializados.

—Ella no será una cazadora.

—¡Ya lo es, pedazo de cabrón! —gritó Elena cuando la adulta razonable se vio superada por los ecos de la infancia—. Si no tienes cuidado, ¡la perderás igual que me perdiste a mí!

El ataque dio en el blanco. Y resultó de lo más evidente.

Jamás habría luchado para sí misma. Pero por Evelyn presionó más y aprovechó la ventaja.

—Ser una cazadora nata no es algo que se elija. Es parte de lo que somos. Si le pides que haga una elección, es probable que te elija a ti. —Antes de que Jeffrey pudiera agarrarse a eso, añadió—: Y si no se vuelve loca en los próximos años, lo hará en la próxima década.

El impulso de la caza era un latido en la sangre, un hambre que, si se refrenaba, podía llegar a consumir a una persona.

Gwendolyn emitió un sollozo breve y ahogado.

—Jeffrey, no pienso perder a mi hija. Puede que tú hayas sido capaz de alejarte de la tuya, pero yo no estoy dispuesta a hacer algo así. —Se volvió hacia

Elena y agregó—: ¿Puedes enviarme información sobre esa Academia? ¿Te importaría... hablar con Eve?

Conmovida por el amor maternal que había transformado a la fría y refinada Gwendolyn en una leona, Elena asintió.

—Estaré en el jardín, si quieres traerla. —Y para rubricar sus palabras con actos, salió al pequeño jardín y aspiró unas cuantas bocanadas de aire fresco. Puesto que el lugar estaba muy cerca de Central Park, el aire tenía matices procedentes de los abetos, el agua y los caballos, pero por debajo estaba el zumbido constante de la ciudad, un toque de humo y de metal, el apremio activo de la humanidad.

Elena se frotó los ojos con una mano y se quedó paralizada al sentir la presencia de Jeffrey junto a la puerta, a su espalda.

—¿Es posible que el vampiro que mató a las niñas del colegio se viera atraído hacia Evelyn?

Aquel comentario fue como un jarro de agua helada sobre sus sentidos. Porque significaba que él lo sabía. Jeffrey sabía que Slater Patalis se había visto atraído hacia su pequeña familia a causa de Elena. Una parte de ella, la parte que se aferraba a aquella niñita herida que había sido una vez, había esperado que su padre no lo supiera, que todavía hubiese cierta esperanza de poder relacionarse con él, pero si lo sabía...

—No —replicó en un susurro ronco—. Atrapamos al vampiro que mató a Celia y a Betsy. No era como Slater.

—Nosotros jamás mencionamos ese nombre, Elieanora. —Palabras tan firmes que parecían de acero—. ¿Lo entiendes?

Esta vez, Elena se volvió.

—Sí. —No podía culparlo por querer olvidar a aquel monstruo, pero sí por haber olvidado a sus hijas y también a su esposa—. Evelyn necesita que la entrenen lo antes posible. Sus habilidades serán una defensa contra cualquier ataque. —Se quedó callada un segundo. Hizo ademán de pasarse la mano por el pelo, pero recordó que se lo había trenzado—. Amy también debería recibir clases básicas de autodefensa.

—Porque tú las has convertido en objetivos.

Elena se encogió, pero no se echó atrás.

—Son tus hijas, Jeffrey —susurró a modo de contraataque, porque así solía contestar a Jeffrey. Era un ciclo de dolor y recriminaciones interminable—. A menos que quieras pasar página otra vez, debes saber que ahí fuera hay más de un rival al que le encantaría ponerle las manos encima a tu hija.

Jeffrey abrió la boca, pero volvió a cerrarla sin decir nada. Un momento después, Evelyn pasó a toda velocidad junto a su padre. No llegó muy lejos, porque él le puso una mano en el hombro para detenerla.

—Evelyn...

La niña de diez años, con aquellos ojos que eran un reflejo de los del hombre que la observaba, levantó la cabeza.

—¿Sí, padre?

—Recuerda quién eres. Una Deveraux. —Una gélida advertencia.

Elena deseaba decir que nadie pondría nunca en duda que Evelyn era una maldita Deveraux, pero se contuvo al contemplar la ansiedad que a la niña le resultaba tan difícil ocultar.

—Ven, Eve —dijo en cambio—. Vamos a hablar.

Rafael se reunió con Jason en el cielo que cubría Staten Island, donde la capa de nubes formaba un grueso manto de espuma blanca por debajo de ellas.

—Creí que ya habrías abandonado el país.

Su jefe de espionaje ya debería estar de camino hacia Europa.

—Tuve un encuentro inesperado.

Jason no dio más explicaciones, y Rafael no las pidió. Jason no sería tan buen espía si no pensara por sí mismo. Al igual que los demás miembros de los Siete, el ángel servía a Rafael no por obligación, sino por elección propia.

—Regresé a la Torre esta mañana antes del alba para recoger algo —continuó Jason—. Podría decir que... Estoy en posición de confirmar el nombre de quien mató a tu hombre anoche. Se hace llamar Belladonna, aunque también ha utilizado el nombre de Oleander Graves.

El nombre no era ninguna sorpresa. Ni tampoco el sexo de la asesina —las vampiras sufrían la sed de sangre igual que sus congéneres masculinos—, pero la velocidad con la que Jason había dado con ella sí lo era.

—¿Cómo la encontraste?

Jason recogió un poco las alas para protegerlas del viento.

—Elena podrá verificarlo gracias a la esencia, pero la asesina de Neha no es tan inteligente como ella se cree. Les comentó algunas indiscreciones a los bailarines de Erotique, así que relacionarla con los asesinatos fue un juego de niños.

Rafael enarcó una ceja.

—No sabía que ibas de vez en cuando a Erotique, Jason. —Era el club que prefería la mayoría de los vampiros de alto rango, donde tanto los bailarines como las chicas eran expertos y sofisticados.

—Illum —dijo Jason a modo de breve explicación—. Pasó algún tiempo allí después de ayudar a Veneno a vigilar el escenario. Cuando me vio llegar esta mañana, me preguntó si podía corroborar sus sospechas utilizando mis contactos. También he logrado localizar su residencia actual. —Le dio el nombre del bloque de apartamentos y el número.

Tras tomar nota mental de ambas cosas, Rafael dejó a un lado el asunto de la mascota vampírica de Neha para centrarse en el presente; sería fácil despachar a la asesina ahora que había sido localizada.

—Háblame de Illium. —La visita a Erotique podría no ser más que un medio para alejar su mente de la visita del Colibrí, pero dada la fascinación que aquel ángel de alas azules sentía por los mortales, también podía augurar algo mucho más peligroso.

—No hay por qué preocuparse —se apresuró a decir Jason—. De lo contrario, Galen nos habría avisado.

Rafael estaba de acuerdo. Galen e Illium se habían hecho amigos nada más conocerse, y lo habían sido durante siglos.

—¿Y qué hay de ti, Jason? ¿Quién me avisará en tu caso?

El jefe de espías se dio la vuelta para que la luz del sol incidiera de forma directa sobre su tatuaje, que ponía de manifiesto una dedicación que iba mucho más allá del dolor.

—Lo haré yo mismo, sire. Y entonces podrás ejecutarme, tal y como me prometiste cuando me convertí en uno de tus Siete.

Rafael enfrentó la mirada de Jason.

—Esa fue la promesa que te hice, y la cumpliré si es necesario, pero prefiero que sigas con vida. Eres el mejor jefe de espionaje del Grupo.

Los labios de Jason esbozaron la más sutil de las sonrisas. Una visión extraña.

—Todos han intentado reclutarme... sobre todo Charisemnon y Favashi.

—No habría esperado otra cosa.

Sin embargo, Rafael sabía que Jason no lo traicionaría. El ángel de alas negras le había jurado fidelidad en un prado cubierto de sangre que no le pertenecía, pese a que su espada estaba manchada. El siguiente objetivo de aquella hoja habría sido su propio cuerpo si el arcángel no hubiera intervenido.

Los vínculos forjados en semejante fuego negro no se rompían con facilidad.

—Le hablaré a Elena sobre la esencia —dijo Rafael para retomar el asunto que se traían entre manos. Su instinto le decía que debía protegerla de los aspectos menos agradables del mundo, pero lo cierto era que ella era una cazadora nata.

«No te atrevas a pedirme que deje de ser lo que soy. No te atrevas.»

Cuando Elena le dijo aquello estaba débil, ni siquiera era capaz de volar. Pero él jamás olvidaría la expresión de sus ojos. Si cruzaba aquella línea, si rechazaba esa parte de ella, la destrozaría. Se sabía capaz de semejante crueldad, pero también sabía que si destruía a Elena se destruiría a sí mismo.

—Sire... —dijo Jason, sacándolo de aquel hilo de pensamientos—, he regresado a la ciudad por otra razón. Me pediste que mantuviera los oídos atentos a cualquier señal de comportamiento inquietante en los demás arcángeles.

Rafael recordó la neblina roja que había enturbiado su visión, la rabia que le había robado todo salvo su voluntad.

—¿Quién?

—Astaad. —Jason nombró al arcángel de las islas del Pacífico en el mismo

instante en que una ráfaga de viento les azotó desde la izquierda—. Resulta muy difícil espiar dentro de su círculo interno. A su modo, su gente le es tan leal como los Siete lo son contigo.

Rafael acomodó sus alas sin darse cuenta y mantuvo la posición sobre las nubes.

—Gobierna con una mezcla de bondad y mano dura.

—También trata a sus mujeres como si fueran tesoros.

El harén de Astaad estaba formado por las más hermosas y exquisitas vampiras del mundo, criaturas a quienes mimaba y protegía. Aquel aspecto de su carácter era bien conocido, pero el hecho de que Jason lo pusiera de manifiesto...

—Le ha hecho algo a sus mujeres.

Un gesto de asentimiento que hizo que el cabello de Jason adquiriera un tono azul bajo la luz.

—La agente que conseguí introducir en su corte es una sirvienta de baja ralea, pero ha escuchado lo que dicen las mujeres que atienden el harén, y se ha enterado de que Astaad golpeó a una de sus concubinas favoritas hasta convertirla en una masa de carne sanguinolenta.

—Astaad consideraría una mancha en su honor algo semejante. —Rafael pensó una vez más en cómo había ejecutado a Ignatius. Sabía que si Astaad había caído presa de aquella misma furia, la concubina tenía suerte de seguir con vida —. Continúa vigilando la situación y avísame en cuanto tengas más información.

Rafael dejó a Jason y se dirigió de nuevo hacia Manhattan. Volaba lo bastante bajo para ver a otros ángeles que se dirigían a sus obligaciones sobrevolando el brillo del acero y el cristal de los rascacielos. Aquel día el sol brillaba con fuerza, y su ciudad resplandecía como una gema tallada bajo los rayos de luz; no era de extrañar que ciertos miembros del Grupo la miraran con ojos codiciosos. Lo que ellos no entendían era que para controlar aquella ciudad era necesario no sentir desprecio por la humanidad.

Arcángel.

Cuando Rafael inclinó la cabeza hacia aquella voz teñida de primavera y acero, pudo ver el brillo inconfundible del cabello de Elena a un lado de la Torre. Contempló a su consorte, que volaba hacia él batiendo sus alas con movimientos lentos y marcados. Solo llevaba despierta unos meses, pero ya volaba con fuerza y elegancia.

Ven aquí, cazadora del Gremio.

Elena cambió de dirección para seguir el camino que él mismo había tomado sobre los gigantescos edificios y aprovechó la corriente de aire del East River para elevarse hasta el tejado de un pequeño bloque de apartamentos. Tras situarse junto a las translúcidas aguas azules de la piscina que había en la parte central, Rafael se volvió para observar cómo su cazadora aterrizaba con suavidad

a escasos metros de distancia. Las puntas de sus alas tenían el brillo dorado del alba.

—Has practicado los aterrizajes.

—Ayer Illium no me dejó descansar hasta que conseguí nueve aciertos de diez. Y Montgomery había preparado una tarta de melocotón, nada más y nada menos. —El intento de bromear no logró ocultar del todo la expresión dolida de sus ojos.

La furia recorrió las venas de Rafael, una furia fría y despiadada que no encontraba nada malo en el dolor, en la muerte.

—¿Qué te dijo tu padre?

Elena se pasó una mano por el pelo y caminó más allá de los enormes macizos de flores, hasta el borde de la piscina. Se puso en cuclillas para hundir los dedos en el agua con aire abatido.

—Nada. Solo... las gilipolces habituales. —Luego le contó lo de su medio hermana con un tono airado—. Eso ha echado su jodida moral por los suelos, ¿no te parece?

—Me da la impresión de que tu padre es de ese tipo de hombres que nunca admiten sus errores. —Ciertamente, Jeffrey Deveraux estaba demasiado decidido a ganar a cualquier precio.

Elena se incorporó y se alejó del agua.

—Sí. —Y entonces hizo algo que Rafael jamás habría esperado. Dio un paso hacia delante y enterró la cara en su pecho.

Confianza, pensó el arcángel mientras la encerraba en la protección de sus brazos y sus alas; había mucha confianza en aquel gesto.

—Tengo una tarea para ti, cazadora del Gremio —dijo al tiempo que enterraba los dedos de una mano entre los sedosos mechones platino para deshacerle la trenza.

—Genial. —Un comentario seco.

—El vampiro que derramó sangre la pasada noche tal vez se encuentre en este edificio. Debes darle caza.

Rafael sintió un zumbido de energía en el cuerpo que tenía bajo las manos, y un instante después, Elena se apartó para encaminarse hacia la entrada del edificio.

—La esencia era intensa, inconfundible; y los matices, de lo más inusuales. Debería ser capaz de localizarlo muy rápido si ese tipo está, o ha estado, en algún lugar por aquí cerca.

No es él, sino ella, Elena, la corrigió Rafael, que recordaba que una vez había puesto a prueba a la cazadora con dos vampiros recién Convertidos. A Elena la había desconcertado su aspecto huido y animal, pero no había vacilado en su tarea. *La asesina de Neha es una mujer.*

—Mira tú por dónde... —Vaciló después de abrir la puerta—. Este sitio es

demasiado estrecho para las alas. No sería un buen movimiento táctico quedarse atrapado aquí, y además no es necesario. La esencia de las adelfas en flor... casi puedo tocarla. Demasiado intensa para que ella no esté dentro.

—No será difícil conseguir que salga —dijo Rafael en cuanto ella regresó a su lado. Sin embargo, cuando voló hacia la ventana de la habitación de la vampira, lo que vio hizo que suspendiera la cacería.

Está muerta. Tiene una soga alrededor del cuello... Estoy casi seguro que no es una soga, sino una serpiente.

Elena descendió hasta situarse a su lado.

Neha ha decidido limpiar lo que ensució.

Eso parece. Dmitri se encargará de recuperar el cuerpo.

Una vez que la saquen de ahí, quiero verificar la esencia. Solo por si acaso.

Voló por debajo de él y luego volvió a ascender con una elegancia que revelaba el increíble potencial de la criatura en la que se convertiría algún día. Elena se apartó los sedosos mechones de los ojos y le dijo: *¿Tienes tiempo para entrenar conmigo?*

¿Echas de menos a Galen?

A ella no le hizo gracia la pregunta.

Ese cabrón era bueno. Pero tú eres más mezquino cuando estás de humor.

Rafael no tenía claro si le gustaba el comentario.

Yo nunca te haría daño, Elena.

Por supuesto que no. Saludó a un joven ángel rubio que se había sentado en la barandilla de uno de los balcones más altos de la Torre, con las piernas colgando hacia fuera. El ángel sonrió de oreja a oreja y le devolvió el saludo. *Pero tampoco tendrás que preocuparte por la posibilidad de que un arcángel te haga pedazos si me sale un moratón. Podemos entregarnos a fondo, y lo cierto es que necesito unas cuantas sesiones sin trabas.*

Solo ella podía hablarle de aquella forma. Solo ella podía hacerle sentir como el jovenzuelo que no había sido en más de mil años.

Entrenaremos en casa. Adelantaron a un grupo de ángeles que se disponían a aterrizar en el tejado de la Torre mientras avanzaban hacia el Hudson. *Después, dijo mientras surcaba el aire sobre las aguas, podrás mostrarle tu agradecimiento al entrenador de la más antigua de las formas.*

Elena notó una oleada de calidez en el vientre al escuchar aquella orden, y tenía en mente fastidiar un poco a Rafael cuando una feroz ráfaga de viento apareció de la nada, le aplastó las alas y amenazó con enviarla de cabeza a las rápidas aguas que corrían más abajo.

¡Rafael! El grito mental fue instintivo, un grito que la desgarró por dentro. Percibió una extraña esencia a su alrededor, una esencia exótica y desconocida

tan sofocante para sus sentidos como una manta.

El viento y la lluvia inundaban su mente, una tormenta cargada de agua que eliminó todas las demás impresiones.

Mis disculpas, Elena. Rafael se hizo con el control y aplastó su voluntad con mano de hierro. Retorció el cuerpo de Elena de una manera que a ella le habría resultado imposible a fin de permitir que pudiera volver a extender las alas y estabilizarse momentos antes de estrellarse contra el agua.

La cazadora volvió a recuperar el control de su mente un instante después.

Todo había ocurrido tan rápido que Elena no había tenido tiempo de sentir nada más que la descarga de adrenalina que inundaba su cuerpo, pero en aquel momento, mientras sacudía las alas para adoptar una posición equilibrada, dejó escapar un suspiro. En una ocasión, cuando se conocieron, Rafael le había dicho: «Podría hacer que te arrastraras, Elena. ¿De verdad quieres que te obligue a postrarte ante mí?».

—Creí que ya no podías hacer eso —susurró en voz alta, consciente de que el arcángel seguía conectado a ella—. Creí que ahora tenía escudos.

Y así es, pero debes concentrarte para mantenerlos firmes. El pánico te deja expuesta.

—Mierda. —Sabía que él tenía razón. Le había entrado el pánico. Volar era todavía algo muy nuevo para ella, y el terror de la caída era tan visceral que resultaba difícil aferrarse al razonamiento lógico.

Rafael descendió para situarse a la misma altura que Elena, que a ella le costaba mantener ya que sus músculos aún estaban tensos a causa del shock, y voló a su lado en dirección a su casa. A Elena le pareció que el vuelo duraba una eternidad, pero al final realizó un vacilante aterrizaje en los terrenos que había bajo el dormitorio que compartían. Rafael se posó delante de ella un segundo después y sostuvo su tembloroso cuerpo sujetándola por los brazos.

—Gracias —dijo Elena, apoyando las palmas de las manos sobre sus muslos cuando él la soltó—. Y no solo por lo de ahora. —Alzó la vista—. También por lo de antes.

Los ojos del arcángel se llenaron de asombro.

—Esperaba un arranque de furia.

—No soy ninguna estúpida. Testaruda quizá sí, pero no estúpida. —Se enderezó y dejó escapar un suspiro—. No me gusta ser tan vulnerable ante ti, pero tengo que aceptar que eso no cambiará de la noche a la mañana. —Había tomado a un arcángel como amante conociendo la disparidad de fuerza que existía entre ellos—. Sabes que lucharía hasta mi último aliento si intentaras coaccionarme en una situación normal. Lo que ocurrió sobre el río —se le aceleró el corazón al recordar aquel instante— no fue una situación normal. —Una ráfaga de viento los atacó justo entonces, una ráfaga que se llevó las últimas palabras que salieron de sus labios y tiró de sus alas como si quisiera

arrancárselas.

Rafael la acurrucó contra su cuerpo para protegerla y extendió las alas sobre ellos mientras el viento los azotaba una y otra vez.

¿Lo notas?

Elena se quedó inmóvil ante aquella pregunta. El viento... transportaba una esencia. Leve. Muy, muy leve. Y tan inusual que no lograba identificarla. Solo sabía que era la misma que había percibido cuando se le aplastaron las alas mientras sobrevolaba el río.

¿Qué aroma es ese?

El de una rarísima orquídea negra que solo se encuentra en las profundidades de la selva amazónica.

Elena se estremeció.

—¿De verdad es ella?

Eso parece.

Cuando por fin se aplacó la furia del viento con una última ráfaga cortante, Elena alzó la vista y apartó los mechones azabache del rostro de Rafael para revelar aquella increíble belleza que tenía el poder de hacer llorar a los mortales.

—Todavía no es muy fuerte. —El viento solo había durado un minuto, como máximo.

—No. —Y añadió mentalmente: *Pero parece que ha distinguido a mi consorte.*

—Dios, hoy estoy lenta de entendederas... —Aquella ráfaga de viento sobre el Hudson no había sido casual. Había sido una flecha cuyo único objetivo era que se rompiera todos los huesos al caer sobre el agua a toda velocidad—. ¿Está consciente, entonces?

Rafael negó con la cabeza.

—Le he pedido a Jessamy que investigara un poco —dijo, refiriéndose a la depositaria de los conocimientos angelicales, a la guardiana de sus historias... y uno de los ángeles más amables que Elena había conocido jamás—. Ven, hablaremos de ello dentro.

Entraron en la casa y se dirigieron a la biblioteca, una estancia que despertaba la naturaleza curiosa de Elena. La primera vez que entró en aquel lugar, solo se había fijado en los libros dispuestos en las estanterías que cubrían las paredes, en la chimenea que había a la izquierda y en el maravilloso juego de mesa y sillas situado junto a la ventana.

Sin embargo, al igual que las demás habitaciones de los ángeles, aquella tenía un techo increíblemente alto... y aquel techo era una obra de arte: las vigas de madera habían sido talladas con una encomiable atención al detalle, y tenían incrustadas varias piezas de color más oscuro que encajaban a la perfección.

—¿Aodhan?

—No —dijo Rafael tras seguir su mirada—. Eso es obra de un humano, un

maestro en su trabajo.

—Asombroso. —Seguro que el hombre había sentido un inmenso orgullo después de construir semejante estancia para un arcángel.

Rafael acarició su cabello con la mano. Una caricia extrañamente tierna.

—¿Arcángel?

—Soy mucho más poderoso que cuando Caliane desapareció. —Sus palabras revelaban una atormentada sensación de agonía y muchos recuerdos—. Pero sigo siendo su hijo, Elena. Miles y miles de años más joven.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—También eras más joven que Uram. Y aun así lo venciste.

—Mi madre está por encima de Uram, por encima de Lijuan. —Elena sintió un escalofrío en la espalda al escuchar aquellas palabras—. Ha vivido como arcángel durante decenas de miles de años. No hay forma de saber en qué se ha convertido.

Al pensar en lo que Lijuan había hecho en Pekín, en la mancha de humo y muerte que, según se decía, aún sobrevolaba el cráter vacío que en su día había sido una ciudad vibrante y llena de vida, Elena notó que el miedo intentaba aferrarse a su corazón. Se negó a permitirlo, ya que el amor que sentía por aquel arcángel era mucho más fuerte que cualquier posible enemigo.

—Ella tampoco sabe en qué te has convertido tú, Rafael.

La expresión del arcángel no cambió, pero Elena sabía que la había oído.

—Jessamy —añadió él— me ha dicho que Caliane se encuentra ahora en un estado entre el sueño y la vigilia. Posee cierta conciencia, pero no tiene un conocimiento real de sus actos.

—¿Es posible que crea que todo es un sueño?

Rafael cerró la mano sobre su nuca y tiró de ella para acercarla.

—Sí. —Su beso fue algo más que peligroso. *Pero nosotros no hemos venido aquí a hablar de Caliane.*

Elena apretó los labios contra el marcado ángulo de su mandíbula, y la emoción convirtió en cenizas los últimos vestigios del miedo que había sentido mientras caía.

—A ver si sudamos un poco...

Una hora después, Elena, más que sudar, sufría un infierno. Rafael le había proporcionado el combate sin trabas que había pedido... y mucho más.

—¿Sabes qué es lo que más me cabrea? —le dijo mientras apoyaba las manos en las rodillas al otro lado del irregular círculo de prácticas que habían creado en el césped.

Rafael, cuyo torso desnudo brillaba a causa de una finísima capa de sudor, se echó hacia atrás el cabello.

—Basta de charlas —le ordenó—. Arriba.

Elena le enseñó los dientes.

—Pues que tú ni siquiera jadees cuando yo me siento como si hubiera acabado con una manada de vampiros.

Aun así, se enderezó, porque si lograba aprender cómo resistirse a Rafael aunque solo fuera por un segundo, sería invencible contra la mayoría de los vampiros y de los humanos.

El arcángel la atacó sin avisar, a toda velocidad. Elena se agachó para esquivarlo y se arrojó al suelo. Los entrenamientos previos con Galen evitaron que se dañara las alas al caer, pero las plumas quedaron aplastadas contra el césped cuando Rafael se abalanzó sobre ella para inmovilizarla.

—Galen no me enseñó eso —señaló Elena, cuyo pecho subía y bajaba debajo del arcángel, quien le sujetaba ambas manos por encima de la cabeza.

—¿El qué? —Su cuerpo desprendía calor, y sus ojos tenían un brillo que ella solo le había visto en la cama.

No pudo evitarlo. Elena se arqueó, lo besó y sacó la lengua para saborear la agresiva masculinidad que irradiaba su cuerpo.

—Eso que haces con las alas.

En lugar de responder, Rafael le separó más las piernas, y de pronto la posición fue mucho más íntima.

—Rafael... —Una ronca censura—. Lo más probable es que Montgomery nos esté vigilando.

—Mi mayordomo nunca sería tan maleducado. —Un beso ardiente en el cuello—. ¿Con las alas?

Elena luchó por lograr que su cerebro volviera a funcionar.

—Tú las utilizas. Galen me enseñó a mantenerlas fuera de peligro, para que no me las dañara con un cuchillo o con la espada corta, pero tú las usas para equilibrarte, e incluso te elevas un poco para esquivar los golpes. —Nunca había visto a nadie con aquella gracia letal. Galen era un tipo de luchador diferente, más brutal, de movimientos más bruscos.

Otro beso con un roce de dientes. Elena soltó un silbido y estaba a punto de rodearlo con una pierna cuando Rafael se apartó de ella y le tendió una mano para ayudarla a levantarse.

—Galen te enseñó lo necesario para sobrevivir —dijo una vez que ella se puso en pie—. Debía concentrarse en las tácticas que sabía que tú llegarías a dominar en el tiempo que quedaba hasta el baile de Lijuan.

Elena levantó los brazos para volver a hacerse la coleta y asintió con la cabeza.

—Imagino que sí. Supongo que me llevará mucho más tiempo aprender a utilizar las alas de la forma en que tú lo haces.

—Por el momento —dijo Rafael, alejándose para coger dos espadas cortas que Elena había dejado al borde del círculo de prácticas—, tus alas son poco más que un estorbo en el combate.

La cazadora cogió las espadas por la empuñadura y observó cómo Rafael recogía un juego de cuchillos mucho más pequeños.

—¿Vas a darme ventaja?

Una sonrisa cargada de arrogancia.

—Todavía eres un bebé de pecho, Elena. —Se concentró en ella con los cuchillos a los costados—. No sería justo vencerte de nuevo tan pronto.

Elena se puso en cucullas, con las alas bien pegadas a la espalda.

—Vamos, entonces, angelito. —Mantuvo la vista clavada en los músculos de sus hombros y percibió el instante en que se tensaban.

Una fracción de segundo después, ambos se movían en una danza peligrosa y perversa de aceros y cuerpos. En realidad jamás había tenido la oportunidad de enfrentarse a Rafael de aquella forma y, a decir verdad, era lo más divertido que había hecho en su vida. El arcángel era bueno. Mejor que bueno. Aquello no era ninguna sorpresa, pensó mientras bloqueaba los cuchillos y atacaba con la espada en pleno giro. Ninguno de los Siete le habría prometido lealtad a un arcángel a quien no respetara en el campo de batalla.

Un susurro metálico en el aire.

—Para.

—Joder... —Elena bajó las manos y contempló el fino arañazo que tenía en el brazo—. ¿Eso me habría costado el brazo en un combate real?

Rafael vio la expresión de disgusto de Elena y contuvo una sonrisa de orgullo. El cabello recogido a la manera práctica de un guerrero, el cuerpo brillante a causa del sudor, una musculatura flexible y elegante... así era su consorte.

—Ha sido un error táctico —respondió él, pues sabía que Elena poseía el potencial de convertirse en alguien invencible con aquellas espadas. Lo único que necesitaba era un poco de tiempo para desarrollar su inmortalidad, y más instrucción experta—. Aprovechaste una oportunidad —señaló—, y bajaste la guardia por la izquierda porque pensaste que yo no podría girar tan rápido, pero no puedes juzgar la agilidad de otros ángeles, ni siquiera la de los vampiros antiguos comparándola con la tuya.

Elena era ángel desde hacía menos de medio año. El hecho de que ya fuera tan buena, de que sus instintos de cazadora empezaran a destacar, no era motivo para ponérselo fácil. Todo lo contrario, necesitaba que la presionaran más aún.

La cazadora alzó las espadas.

—Una vez más.

—Vamos.

El estrépito del acero, los movimientos de los cuerpos sudorosos, la experiencia salvaje de todo aquello, entusiasmaba a Rafael. Entrenaba con sus Siete de vez en cuando, pero siempre eran ejercicios prácticos destinados a mantener las habilidades físicas en plena forma. Elena luchaba como si la batalla formara parte de su ser, y él se había contagiado tanto de su euforia que la sentía como un latido bajo la piel.

«Entonces ella te matará. Te convertirá en mortal.»

Lijuan no tenía ni idea, pensó mientras esquivaba la hoja de una de las espadas cortas y deslizaba el cuchillo bajo el tirante de la camiseta de Elena para cortarlo con un único movimiento. Tal vez se curara más despacio y pudiera sufrir daños con más facilidad, pero estaba vivo de una forma que Lijuan no había conocido nunca ni conocería jamás... porque ella había matado al humano que una vez, mucho tiempo atrás, amenazó con convertirla en mortal.

Elena hizo caso omiso del tirante cortado, retrocedió y arrojó las dos espadas. Desprevenido, Rafael se echó hacia atrás y aplastó las alas contra el suelo. Aun así, una de las espadas pasó a un centímetro escaso de su rostro. La otra le rozó la mejilla y se clavó en la tierra, por detrás de él.

—¡Maldita sea, Rafael! —Elena le había cubierto la cara con las manos antes de que pudiera recordarle que no era una buena idea arrojar las únicas armas que se poseían—. Se supone que no puedes sufrir heridas. Esa es la única razón por la que utilizamos espadas de verdad.

Por primera vez en su vida, Rafael se quedó mudo. No por las palabras de Elena, sino por la ternura de sus manos, la preocupación de sus ojos. Él era un arcángel. Le habían infligido heridas mucho, muchísimo peores y no les había prestado la más mínima atención. Sin embargo, nunca había habido una mujer con la piel bañada por el sol del atardecer y unos ojos grises como las tormentas que lo regañara por atreverse a resultar herido.

—¿Me estás escuchando? ¡Podría haberte hecho daño! —Otra vez.

Rafael se deshizo de su estado de aturdimiento para responder a ese comentario que no había dicho en voz alta.

—Podría haber desviado las espadas utilizando mi poder. Pero entonces no habría sido una pelea justa.

Esta situación no se parece en nada a la de la noche que me disparaste, Elena. En aquel momento, yo era peligroso para ti.

En respuesta, ella le giró la cabeza hacia la luz y se puso de puntillas para examinar el corte.

—Es mucho más profundo que esa picadura de mosquito que tú me hiciste cuando cometí un error.

Rafael sujetó los cuchillos en una sola mano para cubrir con los dedos la mejilla de su cazadora.

—Esto es menos que una picadura de mosquito para mí. No te preocupes, no tendrás que buscarte otro consorte.

—No se te ocurra bromear con esas cosas. —Acto seguido se relajó, y apoyó las manos en sus caderas—. Vale, ¿cómo hice eso?

—Me lanzaste tus armas. Galen debería haberte enseñado que no debes hacer eso nunca.

—Estabas a punto de alcanzarme. Pretendía distraerte para poder coger mis cuchillos... o mis pistolas, si esto hubiera sido una lucha real. —Bajó la vista hacia su ala izquierda, dejando claro que se refería al arma diseñada para dañar las alas de los ángeles.

A Rafael no le hacía ninguna gracia haberla obligado a defenderse con tanta violencia aquella noche, pero lo cierto era que le gustaba la estrella de plumas doradas que había quedado como cicatriz en su ala. En lo que a él se refería, era una marca de posesión de Elena, igual que el anillo de ámbar que llevaba en el dedo.

—Tal vez sea una buena estrategia en ciertas situaciones —dijo, intentando ver las cosas desde el punto de vista de ella—. Trabajaremos en ello.

Cuando Elena hizo ademán de volver a coger las espadas, Rafael negó con la cabeza.

—Hoy no. Tus movimientos empiezan a ser más lentos.

Elena compuso una mueca.

—Tienes razón. Me relajaré, me ducharé y luego haré algo que tengo pendiente. —Hizo una leve pausa que Rafael solo logró captar porque no le quitaba los ojos de encima—. Podría pedirle a Illium que me diera unas cuantas lecciones fáciles de vuelo más tarde; lo del despegue vertical se me resiste, pero no pienso darme por vencida.

Rafael no dijo nada mientras recogían las armas y se desvestían para tomar una ducha.

—¿Por qué esa tarea pendiente ha llenado tus ojos de pesar, Elena?

Su espalda desnuda se tensó y entonces se estremeció.

—Hay algo que no te he contado —dijo con palabras apresuradas mientras Rafael le rodeaba la nuca con los dedos y le frotaba la piel con el pulgar—. ¿Recuerdas la primera vez que enviaste a Illium a vigilarme?

—Sí. Fue después de una reunión con tu padre... Fuiste a un banco.

—En ese banco había una caja de seguridad para mí. Jeffrey... No sé por qué, pero había guardado... —Resultaba difícil hablar, pensar en los desconcertantes actos de su padre. Él la había echado de su casa, le había dicho que era una abominación, y no podía hablar con ella sin que una furia amarga fluyera entre ellos como vino derramado. Sin embargo...—. Las cosas de mi madre. Las había guardado. Están en una unidad de almacenamiento en Brooklyn. —Elena había volado sobre el complejo aquella mañana temprano, pero no había sido capaz de aterrizar—. Me aterra la idea de entrar en ese lugar. Porque cuando lo haga... tendré que admitir de nuevo que ella me abandonó, que no me quería lo suficiente para quedarse a mi lado.

Las lágrimas brillaban en sus ojos, pero se negaba a dejar que se derramaran. Había llorado mucho por su madre, y ahora estaba enfadada.

—A veces la odio. —Aquel era su mayor secreto y su mayor pecado.

Rafael se inclinó para apoyar la frente sobre la de ella.

En ocasiones, lo que yo siento por Caliane va mucho más allá del odio... La odio por lo que hizo, por las atrocidades que cometió. Y aun así...

—Sí. —Elena enterró la cara en su cuello—. Aun así...

Tal y como resultaron las cosas, Elena no tuvo que arrancar la costra de aquella herida en particular ese día. Su teléfono móvil daba la señal de un mensaje recibido cuando salió de la ducha. Lo cogió y frunció el ceño.

—Es del Gremio. —Un alivio teñido de culpabilidad le recorrió la espalda cuando devolvió la llamada y le dijeron que debía prepararse para una caza—. Estaré ahí tan pronto como pueda.

Rafael terminó de abrocharse la camisa, cuyas ranuras para las alas encajaban a la perfección sobre su espalda.

—¿Para qué te necesita el Gremio?

Ella empezó a vestirse.

—Hay un vampiro sediento de sangre en Boston.

—El ángel de mayor edad de ese territorio debería haberme enviado un informe. —Cogió su propio teléfono móvil y descubrió que también tenía un mensaje—. Ya hay dos personas muertas.

Una vez que se puso las botas, Elena comenzó a fijar las armas, incluida la que le había regalado Deacon. No tenía armas con chip de control, pero puesto que Ransom —que ya estaba cerca de Boston— llevaría alguna, eso no suponía un problema. Los chips de control anulaban la voluntad de los vampiros durante un corto período de tiempo, lo que le daba al cazador la oportunidad de

inmovilizarlo porque, en circunstancias normales, la gente del Gremio no mataba.

Las ejecuciones eran tarea de los ángeles.

No obstante, ya que aquel caso estaba relacionado con la sed de sangre, tenían vía libre para ejecutar si el rescate se ponía demasiado peligroso.

—Ransom está a punto de llegar, pero no cuenta con refuerzos.

Elena siempre decía que el cazador era su «casi amigo» porque un día se chinchaban el uno al otro y al siguiente reían juntos, pero derramaría su sangre por él sin pensárselo dos veces. Y él haría lo mismo por ella.

—Entiendo.

Elena apretó la mandíbula al escuchar aquel frío comentario y terminó de fijar el lanzallamas en miniatura al otro muslo.

—He dejado pasar otros casos, pero no puedo hacer lo mismo con este. —Se acercó al tocador y comenzó a trenzarse el pelo húmedo con rapidez para que no le estorbara. Su pelo, fino y suave, conseguía escapar hasta de la trenza más apretada, pero quizá la humedad consiguiera mantenerlo sujeto—. Elegiste a una cazadora como consorte, Rafael.

—Ese ya no es el único factor a tener en cuenta. —Una respuesta pronunciada con el tono de un inmortal acostumbrado a conseguir todo cuanto deseaba—. A más de un arcángel le gustaría tener tu cabeza como trofeo.

—¿Se puede considerar vida si vives en una jaula? —Una pregunta tensa. Cuando terminó de hacerse la trenza, empezó a ceñirse las fundas de las dagas a los antebrazos—. Yo no pienso vivir así.

Rafael se situó detrás de ella, se enrolló la trenza en la mano y apretó los labios contra su nuca.

—Utiliza el helicóptero. No hay necesidad de que te agotes volando hasta allí.

Elena se apartó un poco y se dio la vuelta para mirarlo. Era tan vulnerable emocionalmente ante aquel hombre que a veces llegaba a asustarse.

—¿Quién pilotará el helicóptero?

—Veneno.

—¿Es tu última oferta?

Al ver que el arcángel se limitaba a mirarla con aquellos ojos de un azul inhumano, supo que esa era su respuesta.

—Está bien. —La frustración provocó que sus músculos se tensaran—. Pero asegúrate de que se mantiene fuera de mi camino.

Elena llamó a Sara en cuanto estuvo en el aire, muy consciente de la presencia del vampiro que controlaba el helicóptero. Dios, estaba muy enfadada con Rafael. Siempre había sabido que aquella pelea llegaría, pero no por ello resultaba más fácil; en especial porque el arcángel se negaba a ceder terreno.

No había negociaciones. No había nada salvo la arrogancia de un arcángel que esperaba obediencia absoluta.

Si creía que el asunto se había acabado...

—¿Ellie? —Por lo lejos que se oía su voz, parecía que Sara estuviera en la Luna—. ¿Dónde estás?

—A medio camino de Boston, más o menos —contestó antes de ir al grano y preguntar el motivo por el que la habían llamado—. ¿Por qué me has asignado este caso? —No era que no se alegrara de volver al trabajo, pero el Gremio tenía un buen número de cazadores a su disposición.

La voz de Sara dejó de escucharse un segundo y luego regresó.

—... en todas partes. Necesitamos todos nuestros efectivos.

—¿Qué? —Elena se apretó los auriculares—. Repite eso.

—Los vampiros están infringiendo sus contratos en todas partes —dijo Sara—. Es como si algo extraño... —Un chasquido, y después la llamada se cortó.

Pero Elena había escuchado suficiente: un caos de semejante envergadura solo podía estar relacionado con una cosa... con un ser.

Caliane.

Ransom la esperaba cerca del desértico muelle de cemento de Boston; allí era donde le había pedido que aterrizara el helicóptero cuando Elena lo llamó para decirle que se acercaban a la ciudad. El cazador la levantó del suelo en cuanto llegó hasta él para darle un ruidoso beso en los labios.

—Ellie, esas alas son de lo más sexy.

Dios, qué alegría volver a verlo.

—Déjame en el suelo, guaperas.

—¿El arcángel es de esos tíos celosos? —No la soltó, y eso hablaba mucho de su fuerza, ya que Elena tenía una masa muscular considerable, a la que había que añadir el peso de las alas.

Lo empujó por los hombros para liberarse.

—¿No teníamos que capturar a un vampiro?

—Sí, vamos. —Su rostro, una asombrosa mezcla de la piel del característico nativo americano con la estructura ósea y los ojos verdes de los irlandeses adquirió de repente una expresión de absoluta concentración—. El rastro conduce hasta una sección particular de almacenes que se encuentra a unos cinco minutos de aquí a pie. Por eso os pedí que aterrizara en este lugar.

—Si estás tan cerca —dijo ella—, ¿por qué me has esperado? —Ransom estaba como un tren, sí, pero también era uno de los mejores cazadores del Gremio, alguien a quien ella querría siempre a su lado.

—No se trata de un solo individuo, Ellie. —Empezó a guiarla más allá de un enorme cobertizo para barcos, hacia los almacenes que se veían a lo lejos—. Y se ayudan los unos a los otros.

—Mierda. —Aquello era raro, muy raro. Los vampiros no solían cazar juntos, pero cuando lo hacían...—. ¿Cuántas víctimas hay?

—Veintidós la última vez que pregunté. —El cabello largo de Ransom, que colgaba en una brillante coleta sobre su espalda, se agitó bajo la brisa mientras él la ponía al día—. Pero eso fue hace una media hora.

—No pueden alimentarse si se mueven tan rápido. —Lo que significaba que mataban por el placer de hacerlo, y eso los convertía en una plaga—. Has dicho que se ayudan entre sí... ¿Acaso actúan como si pensarán?

—No parecen capaces de un razonamiento complejo, pero está claro que

tienen algo en la cabeza. ¿Raro, eh?

Elena pensó en Ignatius y se preguntó si Neha no había captado el mensaje, después de todo.

Hierro en el aire. Denso, fresco.

Ransom levantó la mano en el mismo instante en que ella captó la esencia.

Elena alzó las alas y las apretó contra la espalda —algo que por fin había aprendido a hacer a voluntad—, y luego tomó una profunda y silenciosa bocanada de aire.

Aceite de motor y pescado.

Sangre, grasa rancia, aguas residuales.

Arándanos abiertos derramando su jugo sobre la tierra.

Cualquiera de aquellas esencias podía ser vampírica, pero aquel día a Ransom no le hacía falta el olfato de Elena. Solo necesitaba un buen apoyo. Tras sacar el arma que Deacon había diseñado para ella, a la que le había puesto el nombre de «ballesta de aspas», se situó tras su compañero mientras este los guiaba a Veneno y a ella a través de los pasillos laberínticos que había entre los almacenes.

El día se había vuelto oscuro una hora antes, cuando las nubes cubrieron el sol, y en aquel momento, una gruesa gota de lluvia cayó sobre la mejilla de Elena. La cazadora se tragó una maldición. Si los vampiros decidían huir, la lluvia sería una buena cómplice, ya que borraría el rastro de esencias. Y aquello significaba que debían neutralizar a los objetivos allí mismo: el rescate no era una opción, no si los vampiros cazaban en manada.

Su ala rozó algo afilado, dentado. Se mordió el labio inferior para ahogar una exclamación y se detuvo solo el tiempo suficiente para apartar su ala del clavo oxidado. La sangre manchó las plumas del color de la medianoche que había junto a la parte central de su ala derecha, pero a Elena le preocupaba más el tétanos. Un instante después recordó que ya no era vulnerable a las enfermedades... aunque, de todas formas, no pensaba volver a agujerear su cuerpo con púas oxidadas.

Se situó junto a uno de los lados del pasillo mientras Ransom se apoyaba en el otro y luego echó un vistazo a Veneno. El vampiro estaba pegado a ella, aunque guardaba la distancia suficiente para no ser un estorbo en la lucha. Con todo, por lo que sabía de sus habilidades, sería más una ventaja que un estorbo.

Arándanos. Arándanos muy, muy maduros.

Silbó por lo bajo a Ransom. Cuando él se volvió, le señaló un almacén que se encontraba unas tres puertas más allá de donde se encontraban. Lo vio asentir con la cabeza justo antes de que las nubes entraran en acción y empezara a llover, como si alguien hubiera abierto un enorme grifo en el cielo.

—Joder... —murmuró por lo bajo.

Abandonó cualquier posible esperanza de pasar desapercibidos y corrió hacia

la parte posterior del almacén mientras Ransom lo rodeaba para ir por delante. Estaba tan solo a medio metro de la puerta de madera cuando percibió un matiz agudo y áspero de menta en el aire. Un instante después, algo la aplastó contra el asfalto mojado. Se rascó la piel de la mejilla, y su mano derecha se había apoyado en tan mala posición que se habría roto la muñeca de no haber empezado a girar en el momento en que entró en contacto con el suelo. Aun así, una de las alas quedó aplastada bajo su cuerpo y le produjo un estallido de dolor, aunque esperaba que aquello no significara que se había roto alguno de los finísimos huesos que había bajo las plumas.

El peso que sentía sobre la espalda desapareció un segundo después, y no le hizo falta mirar para saber que Veneno se estaba enfrentando al vampiro que la había atacado. Echó una mirada rápida para asegurarse de que su acompañante tenía las de ganar (y así era, cómo no) antes de alejarse hacia la puerta. En aquel instante oyó ruidos fuertes y contundentes de la lucha, y también una carcajada espeluznante procedente del interior, lo que significaba que también le habían tendido una emboscada a Ransom.

Sus dedos se tensaron sobre la ballesta de aspas.

—Espera —le susurró Veneno al oído mientras la sujetaba del brazo—. Ve arriba, entra desde el tejado. A juzgar por el estado en que se encuentra este lugar, lo más seguro es que ya esté medio podrido.

Aquello le daría una enorme ventaja, pero...

—No sé hacer un despegue vertical.

Veneno apoyó una rodilla en el suelo. Había perdido las gafas de sol en la pelea, y sus ojos tenían un aspecto sobrenatural bajo la lluvia. Cuando enlazó las manos, Elena comprendió lo que pretendía y se colgó la ballesta del hombro.

—¿Preparado? —Colocó un pie sobre las manos del vampiro y apoyó las suyas en los músculos de sus hombros. Cuando él asintió, dijo—: Adelante.

Veneno bajó las manos y luego la lanzó hacia arriba. Los vampiros eran rápidos y fuertes, pero Elena jamás habría imaginado la potencia que había demostrado al ayudarla. Se retorció en el aire y consiguió aferrarse al borde del tejado. El metal se hundió en las palmas de sus manos, lo bastante como para que la sangre empezara a manar, densa y cálida. Pero aquello carecía de importancia, ya que Ransom estaba allí dentro solo.

Utilizando los músculos propios de una cazadora nata, logró alzarse hasta el tejado. Una de sus alas protestó un poco, pero no parecía rota. Era evidente que Veneno no se había equivocado con respecto a las condiciones del tejado. Puesto que sabía que a Ransom no le quedaba mucho tiempo, cogió la ballesta y corrió por la estructura agrietada y medio podrida del tejado hasta que llegó a una parte que se hundía. Y se hundió con ella.

Se dejó caer y extendió las alas para aminorar el impacto del aterrizaje mientras examinaba el ambiente cálido del interior del almacén. Unos rostros

sorprendidos y cubiertos de sangre, tanto masculinos como femeninos, se alzaron hacia ella. Tenían los ojos rojos. Sed de sangre. Una vez que confirmó aquel dato, empezó a disparar sin previo aviso. Las pequeñas hojas giratorias cortaron cuellos, rebanaron cerebros, atravesaron corazones... Joder —pensó—, Deacon era muy, muy bueno.

Cuando los pies de Elena entraron en contacto con el suelo produjeron un ruido sordo.

—¡Ransom!

—¡Aún no estoy muerto! —fue la respuesta, procedente del interior de una catarva de vampiros.

Fue entonces cuando Elena vio los ojos de las paredes. Los vampiros estaban agachados en las repisas, listos para arremeter. Se dio la vuelta justo a tiempo para librarse de dos que la atacaron por la espalda. Pero ¿cuántos había allí?

Después ya no tuvo tiempo para pensar. Sus alas la convertían en alguien muy vulnerable en el suelo, así que no podía permitir que se le acercaran. Utilizó la ballesta con una mano y con la otra encendió el lanzallamas en miniatura. No era un arma muy útil en pleno vuelo, pero funcionaba a las mil maravillas en los combates en tierra.

Los gritos, agudos y estridentes, llenaron el almacén cuando la carne empezó a crepitar y a chamuscarse, despidiendo un hedor nauseabundo similar al de una barbacoa en el jardín trasero. Y no eran solo Ransom y ella los que hacían daño. Atisbó a Veneno con aquellos cuchillos curvos que tanto le gustaban (¿De dónde los había sacado?), rebanando cabezas vampíricas a una velocidad reptiliana que la fascinaba y la horrorizaba a un tiempo. La sangre empezó a manar como una fuente cuando ejecutó a un vampiro rubio que estaba a punto de arañarle la cara, y salpicó su piel canela de gotas rojas como rubíes.

—¡Cuidado, Ransom! —gritó cuando vio que uno de los vampiros agachados en las repisas se había abalanzado sobre su amigo.

Ransom alzó una pistola y disparó en el mismo momento en que una de las aspas de la ballesta de Elena taladraba el cráneo del vampiro. La criatura cayó al suelo y su cuerpo empezó a retorcerse como si intentara levantarse, a pesar de que la masa cerebral se desparramaba por sus sienes. No obstante, estaba lo bastante herido como para no tener que preocuparse por él durante un rato.

Sintió unos dedos fríos y resbaladizos en la punta del ala.

No.

Sus alas eran muy sensibles y odiaba que las tocara un ser maligno. El impulso de volverse, de actuar sin pensar, fue casi cegador, pero lo contuvo. Giró la ballesta de Deacon hacia atrás y calculó la posición del vampiro por el aroma a miel y caléndulas que llenaba su olfato.

Se oyó un gorgoteo. Notó los espasmos de unos dedos que empezaron a apartarse de ella y que le confirmaron que había dado en el blanco. Apuntó el

lanzallas hacia una vampira que corría hacia ella como una fiera y achicharró a la morenita en pleno salto antes de darse la vuelta para concentrar las llamas en el vampiro que le había tocado el ala y que intentaba clavarle sus dientes cubiertos de sangre en las plumas.

El monstruo la miró a los ojos y sonrió.

—Ella despierta. —Fue un susurro sibilante, ya que Elena casi le había destrozado la garganta con una de las hojas. Aun así, sus ojos tenían un perverso brillo de alegría—. Ella despierta.

Elena hizo caso omiso del escalofrío que le recorrió la espalda.

—Sí, vale, me alegro por ti. Ahora, di buenas noches —dijo, y dirigió las llamas hacia el chupasangre.

Cuando volvió a girarse, el lugar se había convertido en una carnicería, y solo quedaban dos personas en pie. Ransom sujetaba dos pistolas humeantes, una a cada lado de su cuerpo, y permanecía erguido con las piernas separadas mientras examinaba el lugar para ver si alguno de los vampiros que estaban cerca seguía respirando. Tenía la cara llena de arañazos, la camiseta negra desgarrada casi por completo y el cabello, que se había soltado durante la lucha, formaba una cascada negra a su espalda.

Veneno se encontraba cerca de la puerta donde la habían atacado, con los sables en las manos. La chaqueta del traje y la corbata habían desaparecido, y su camisa blanca estaba llena de sangre. Por una vez, su pelo no tenía el aspecto impecable del de un modelo de *GQ*: varios mechones le caían sobre la frente y encajaban a la perfección con una sonrisa feroz que lo volvía increíblemente atractivo, aunque de una forma muy perturbadora.

Sus ojos, aquellos ojos inhumanos de pupilas verticales, se clavaron en los de Elena en aquel preciso instante.

—No oigo ningún latido.

—Los examinaremos uno a uno para estar seguros —respondió ella, cuyo pecho, al igual que el de sus compañeros, subía y bajaba con respiraciones cortas y superficiales—. Este grupo estaba demasiado bien organizado; no podemos permitir que se levanten.

Llevaron a cabo la tarea en silencio, recorriendo cada centímetro del almacén.

—He contado quince —dijo Ransom cuando volvieron a reunirse en la parte central.

—Sí, yo también —comentó Veneno—. Hay uno fuera, así que son dieciséis en total.

Ransom observó al vampiro por primera vez, sacudió la cabeza y volvió a mirarlo.

—Joder, pero si tienes los ojos de una víbora...

Veneno enarcó una ceja.

—Y tú tienes el pelo más bonito que las concubinas de Astaad.

Ransom le hizo un gesto obsceno con el dedo. Veneno esbozó una sonrisa.

Convencida de que todo iba bien en el universo masculino, Elena se metió la mano en el bolsillo, sacó una goma del pelo y la arrojó a Ransom.

—Si no estuviera aquí para verlo con mis propios ojos, diría que esto es imposible. ¿Qué es lo normal? ¿Tres vampiros renegados al año, quizá?

—Renegados, sí —señaló Ransom mientras se recogía de nuevo el pelo con el descuido propio de los hombres—. ¿Sed de sangre? Quizá uno de ellos, como máximo, estuviese tan jodido.

—Nuestro sire mantiene un control férreo sobre sus vampiros —dijo Veneno, que se agachó para limpiar sus sables con la camisa de uno de los vampiros muertos—. Esto no debería haber ocurrido.

Al recordar lo que le había dicho el último vampiro, Elena supo que había muchas probabilidades de que Caliane estuviera detrás de aquello, pero mantuvo la boca cerrada. Por más que le doliera ocultarles aquella información a Ransom y al Gremio, había accedido a convertirse en la consorte de Rafael, y su lealtad para con él estaba en primer lugar. No traicionaría aquella confianza... Además, no servía de nada compartir la poca información que tenía cuando no se podía hacer nada al respecto.

—Tenemos que identificar a los vampiros —dijo al tiempo que se agachaba para sujetarse la ballesta a un muslo y el lanzallamas al otro—. Y dar parte a las autoridades.

—Yo me encargaré de las autoridades —dijo Ransom, que ya había sacado el teléfono móvil—. Sabían que yo les seguía el rastro.

—Conozco al menos a dos de los vampiros —señaló Veneno, que guardó las espadas en las fundas cruzadas que llevaba a la espalda, ahora visibles gracias a la desaparición de la chaqueta del traje—. Dadme unos minutos para averiguar a cuántos más puedo identificar.

Mientras el vampiro se encargaba de aquello, Elena se paseó por el lugar en busca de billetteros que no hubieran quedado achicharrados por el lanzallamas o destruidos de cualquier otra forma. Al final encontró siete. Veneno identificó a cuatro más, por lo que les quedaban cinco desconocidos. De aquellos cinco, la mayoría tenían el rostro tan achicharrado que resultaba imposible reconocerlos, y los disparos de la pistola de Ransom habían volado la cara de los demás.

—El ángel que está al cargo de esta región viene de camino con las autoridades —les dijo Ransom al tiempo que cerraba el teléfono—. Se encargará de identificar a los que faltan. Me da la impresión de que necesitará el equipo de reconocimiento de ADN con unos cuantos.

Elena alzó la mirada hacia el agujero del tejado por el que había entrado en el almacén y descubrió que aún llovía.

—Me parece que todos necesitamos una ducha.

Los hombres no dijeron nada mientras la seguían fuera del almacén para adentrarse en la lluvia torrencial. El agua que los rodeaba tomó primero el color del óxido, luego un tono anaranjado que pasó a sepia y, por fin, se transformó en agua clara. Elena parpadeó para deshacerse de la lluvia que le llenaba los ojos y retrocedió de nuevo hasta la puerta.

—Ellie. —Era la voz de Ransom—. Hemos hecho nuestro trabajo. Deberíamos limitarnos a vigilar el escenario hasta que lleguen los polis.

Elena asintió.

—Lo sé, pero quiero comprobar sus esencias. Esta especie de epidemia masiva... Por lo que sabemos, podría tratarse de un virus mutante.

Como era de esperar, los dos entraron con ella, a pesar de que ya habían comprobado que todos y cada uno de los vampiros estaban muertos y bien muertos. En realidad, los vampiros no eran seres inmortales. No solo podían matarlos los vampiros y los ángeles, sino también los humanos. La decapitación y el fuego eran los métodos más efectivos, aunque sacarles el corazón también servía si luego les cortabas la cabeza para asegurarte, o se la volabas de un tiro, como en el caso de Ransom.

Elena dejó a los hombres hablando en susurros junto a la puerta y examinó cuerpo a cuerpo, buscando... buscando...

Lujuria, siniestra y lírica.

Allí estaba de nuevo aquella inolvidable e intrincada esencia, oculta bajo los olores más penetrantes de los vampiros caídos. Estaba casi convencida de que había percibido esa misma esencia cuando el viento estuvo a punto de derribarla sobre el Hudson. No obstante, había algo que no encajaba, una nota discordante que no lograba identificar.

—Mierda... —Sabía con certeza que tendría que buscar la esencia de aquella rara orquídea negra en cuanto regresara a la ciudad.

En las profundidades del corazón de Manhattan, Rafael le rompió el cuello a un vampiro sediento de sangre después de penetrar en su mente para averiguar todo lo que necesitaba saber. Aquella información resultó repulsiva y triste al mismo tiempo. Algunos habrían dicho que el arcángel de Nueva York carecía de piedad, pero lo cierto era que no le hacía ninguna gracia dilapidar vidas. La mayoría de aquellos vampiros se habían vuelto locos de remate y no tenían ninguna posibilidad de recuperación.

No debía permitirse que un vampiro demente siguiera con vida, ya que, capitaneado por el impulso de consumir mucha más sangre de la que necesitaba para sobrevivir, aquel vampiro podría matar a centenares de personas inocentes.

—Tenía menos de cinco décadas de edad —le dijo a Dmitri cuando el líder de sus Siete se situó junto a él después de despachar a su propia presa. Alrededor de ellos, la ciudad estaba cubierta por un manto de miedo y peligro; las luces de los rascacielos eran una precaria defensa contra la oscuridad que había caído una

hora antes.

—El mío también —informó Dmitri mientras el bajo de su largo abrigo negro flotaba suavemente al compás de la brisa—. Veneno acaba de enviarme un mensaje: todos los vampiros a los que identificó en Boston eran jóvenes. Ninguno superaba los sesenta años.

—Es cierto que ella aún no está consciente del todo. Su fuerza es débil —dijo Rafael—. Aun así, es capaz de hacer algo como esto. —Provocar una carnicería a una escala que no se había visto en siglos, convertir a vampiros cuerdos en máquinas de matar.

—Sire... ¿Han conseguido localizarla ya Aodhan y Naasir?

Rafael alzó la vista para contemplar el trozo de luna que se atisbaba en el cielo cubierto de nubes.

—Mi madre —le dijo a uno de los poquísimos hombres en los que confiaba— conservó su inteligencia aun en el punto más álgido de su demencia. No la han encontrado en más de un millar de giros de la tierra alrededor del sol. Aun cuando lográramos hacerlo, no sería tarea fácil contenerla.

Pero tenía que intentarlo.

Porque ella estaba viva gracias a que él había fracasado.

«Chist... Calla, cariño. Calla.»

Las últimas palabras que le había dicho antes de marcharse, antes de que sus pies se alejaran casi flotando sobre la hierba cubierta de rocío. Un rocío en el que resplandecían gotas carmesí, un súbito estallido de color que había salpicado el prado cuando él cayó desde las alturas. Sus alas quedaron aplastadas; su cuerpo golpeó la tierra a tal velocidad que algunas partes de su anatomía se habían desprendido; su boca estaba llena de sangre; las costillas le habían atravesado el corazón y los pulmones; la pierna que aún seguía unida a su tronco se había roto al menos por quince sitios.

Mientras yacía tendido allí, más indefenso de lo que lo había estado desde que era un niño, ella se había agachado a su lado y le había apartado el pelo ensangrentado de la frente con dedos delicados y maternales.

«—Ay, mi pobre cielito. Mi pobre Rafael... Ahora duele, pero había que hacerlo. —Sus ojos azules estaban llenos de ternura—. No morirás, Rafael. No puedes morir. Eres inmortal. —Un beso en el pómulo roto, suave como las alas de una mariposa—. Eres el hijo de dos arcángeles.

Él no dijo nada. No podía hablar, ya que tenía la garganta destrozada. Pero ella entendió lo que vio en sus ojos: los inmortales podían morir. Él mismo había visto morir a su padre. A manos de su madre.

—Él debía morir, amor mío. De lo contrario, el infierno habría caído sobre la tierra. —Esbozó una sonrisa lánguida mientras él seguía observándola, diciéndole un millar de cosas en silencio—. Y también yo debo morir... Por eso has venido a matarme, ¿no es así? —Risas. Risas suaves llenas del orgullo que una madre

siente por su hijo—. Tú no puedes matarme, mi dulce Rafael. Tan solo otro de los miembros de la Cátedra de Diez podría destruir a un arcángel. Y ellos nunca me encontrarán.

Sus pies se movían con elegancia y ligereza sobre la hierba, con las plantas manchadas con el color rojo del fluido vital de su hijo. El polvo de ángel se desprendía de sus alas, reflejando un brillo de pureza que parecía burlarse de él.»

—Vamos, Dmitri —le dijo a su compañero mientras empujaba aquellos recuerdos hasta el rincón donde habían permanecido ocultos durante la mayor parte de su vida adulta—. Debemos continuar.

Desde que se adueñó de la ciudad, Rafael nunca había tenido que colaborar en aquel tipo de patrullas. Era un arcángel. Tenía que concentrarse en asuntos más importantes.

Sin embargo, aquel día, mientras la tarde se convertía en noche, necesitaba volar, barrer su ciudad y eliminar la maldad que Caliane había desatado. Su madre no conseguiría apoderarse de su territorio. Y él no volvería a fallar... aunque eso significara matar a la mujer que una vez lo había acunado en sus brazos con un amor infinito. Un amor cuyo eco aún lo atormentaba.

Elena y Veneno ayudaron a Ransom a barrer las resbaladizas calles de Boston cuando las autoridades les pidieron que abandonaran el almacén. Solo encontraron a otro vampiro, pero estaba tan hundido en la sed de sangre que ni siquiera apartó la boca del cuello destrozado de su víctima cuando Ransom se situó tras él. La cabeza del monstruo rodó por la calle un instante después, y Ransom se manchó de sangre una vez más.

—Joder... —murmuró con voz cansada. La llovizna solo consiguió que la sangre se impregnara aún más, y a que no era lo suficiente intensa para limpiarla —. Toma, llama a los polis.

Cuando le lanzó el móvil, Elena pulsó el botón de rellamada para marcar el número que él había utilizado momentos antes.

Una vez dado el aviso, se sentó en los escalones de una de las elegantes casas antiguas alineadas en aquel tranquilo tramo de calle. En aquel momento todas estaban cerradas, y las luces resplandecían a través de las ventanas. Al parecer, los medios informativos habían difundido la noticia de que había una oleada de vampiros sedientos de sangre, y todos los que tenían un poco de sentido común se habían escondido a esperar a que pasara el estallido de violencia.

Para su sorpresa, Veneno se sentó a su lado, aunque dejó espacio suficiente entre ellos para no rozar sus alas por accidente. Elena no creía que aquel detalle fuera un gesto de cortesía hacia ella, sino más bien una costumbre, dado que el vampiro pasaba mucho tiempo con ángeles. Con todo, se lo agradecía.

De Ransom aceptaba aquel tipo de contacto, pero ¿de Veneno? Quizá trabajaran juntos en ocasiones, y tenía que reconocer que el vampiro había demostrado que había un corazón tras aquellos inquietantes ojos cuando dio su vida para proteger a los niños de la Galena poco tiempo atrás, pero con ella era mucho menos caritativo.

—Es una lástima lo de tu traje —le dijo mientras echaba un vistazo a las mangas enrolladas de su camisa blanca, llena de manchas de sangre.

—Era uno de mis favoritos. —Aquellos ojos verdes de pupilas alargadas se clavaron en ella.

Sin embargo, Elena había aprendido la lección. Volvió la vista hacia Ransom. Oyó la risa suave y provocadora de Veneno, pero no mordió el anzuelo. Si la

hipnotizaba, sería una presa fácil, y no tenía claro que la criatura que moraba en el interior de Veneno fuera capaz de resistir la tentación de aprovechar la ventaja.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

El vampiro se inclinó hacia atrás y apoyó los codos en el escalón que había a su espalda mientras ambos observaban a Ransom, que estaba examinando a la víctima y a su asesino para intentar identificarlos.

—Esos ojos... —dijo Elena—, ¿cuánto tiempo tardaron en desarrollarse después de Convertirte? —Todos los vampiros habían sido humanos una vez, incluso Veneno.

El serpenteante encogimiento de hombros puso de manifiesto ante Elena la magnífica flexibilidad muscular que se ocultaba bajo los trajes elegantes que le gustaba llevar al vampiro.

—No hay acuerdo sobre eso. Neha dice que empezó en el momento de mi Conversión, que ella misma pudo ver cómo mis pupilas empezaban a cambiar de forma.

A Elena se le erizó el vello de todo el cuerpo al escuchar aquel nombre. La arcángel de la India nunca había sido miss Simpatía, pero tal y como demostraban los asesinatos de Celia y de Betsy, había llegado a convertirse en una pesadilla espeluznante cuyo único objetivo era vengar la muerte de su hija.

—¿Tú no estás de acuerdo? —le preguntó en un intento por librarse de aquella inquietante sensación.

Veneno alzó la vista hasta el cielo nocturno cubierto de nubes. En sus pestañas brillaban unas cuantas gotas de lluvia.

—Yo noté los cambios alrededor de un año después de mi Conversión. Eran cambios sutiles, pero me di cuenta de que el iris de mis ojos ya no tenía los bordes castaños, que había tomado un tono verde muy oscuro.

Elena se preguntó cómo habría afectado aquello al joven que Veneno era en aquel entonces. Quería averiguar si se había asustado, pero sabía que él no le confesaría algo así.

—¿Cuántos años duró todo el proceso? —preguntó en cambio, y a que supuso que el vampiro se mostraría mucho más dispuesto a responder a aquella cuestión.

—Diez —contestó él, que seguía contemplando el cielo mientras la lluvia caía sin cesar—. Fui el único de los Convertidos de Neha que sufrió un cambio tan radical, aunque creo que ella se sintió un poco decepcionada al ver que la transformación se limitaba a los ojos.

Al recordar la forma de moverse de Veneno durante la única vez que habían luchado juntos, Elena negó con la cabeza.

—Pero no es así, ¿verdad?

Su respuesta fue una sonrisa lánguida que la cazadora pudo atisbar por el rabillo del ojo.

—Ellie —dijo en aquel instante Ransom, que se había apoyado en la barandilla de metal que había junto a los escalones—. ¿Necesitas un lugar donde pasar la noche?

—No. Veneno me llevará de vuelta a Nueva York —Junto a su arcángel. Con discusión o sin ella, no podía negar que lo echaba de menos. Por primera vez en su vida, tenía a alguien a quien podía considerar «suyo», y para su sorpresa, había descubierto que era tremendamente posesiva.

El rostro de Ransom se llenó de perversa alegría.

—Vives por todo lo alto, Ellie. Pronto te olvidarás de tus amigos.

—Ya te he tachado de mi lista de invitados a la fiesta.

El cazador echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Me muero de ganas de verte ejerciendo de anfitriona con los jefazos.

—Eres la consorte de un arcángel —dijo Veneno, que se puso en pie con una elegancia sensual que procedía del mismo lugar que sus ojos—. Tendrás que aprender los rudimentos básicos del comportamiento civilizado.

Elena se aferró al hierro empapado de la barandilla y se levantó justo en el instante en que dos policías doblaron la esquina.

—¿En serio? Pues ser un gilipollas no parece haberte supuesto un problema a la hora de conseguir un puesto en la plantilla de Rafael.

Veneno sonrió y mostró aquellos colmillos de los que Elena había visto salir ponzoña.

—Puedo llegar a ser encantador, pero contigo no merece la pena el esfuerzo.

—Vaya... Está pidiendo que le den una buena patada en el culo —ronroneó Ransom—. Es una pena que ese baño de sangre tenga que esperar. —Se dio la vuelta y se acercó a los oficiales de policía. Elena y Veneno lo siguieron.

Tardaron solo quince minutos en cumplir con las formalidades (los polis estaban más que dispuestos a concederles unas medallas después de la nochecita que había tenido la ciudad) y luego se marcharon. Ransom había dejado su moto cerca del lugar donde había aterrizado el helicóptero, y Elena le dio un abrazo cuando llegaron hasta allí.

—¿Cómo está tu bibliotecaria? —le susurró al oído.

Los labios del cazador se curvaron contra la piel de su cuello.

—Me hace papilla el cerebro.

Asombrada por el hecho de que Ransom tuviera una relación estable, Elena se apartó un poco.

—¿Cuándo piensas presentármela?

—No quiero ahuyentarla todavía.

Lo había dicho en broma, pero en sus palabras había una pizca de verdad: los cazadores a menudo tenían problemas para conservar a las personas a quienes amaban por la misma razón que los policías. El miedo incesante a coger el teléfono o a abrir la puerta para recibir las peores noticias desgastaban los

vínculos emocionales hasta dejarlos en nada.

Elena lo abrazó de nuevo.

—Si ha conseguido aguantar tanto, creo que la base es sólida.

—Sí, y yo también quiero pensar así. —Ransom la estrechó con fuerza—. Pero no pienso dar nada por sentado, y mucho menos a Nyree.

Nunca le había oído hablar tan en serio de una mujer. Esperaba de verdad que esa tal Nyree no le rompiera el corazón. Observó cómo su compañero se subía en la moto antes de alejarse hacia el helicóptero con Veneno.

De repente se dio cuenta de que aquella noche no solo había mantenido una conversación bastante razonable con el vampiro, también habían conseguido no amenazarse de muerte ni una sola vez. Lo más probable era que aquello fuera un efecto colateral de la adrenalina, de la camaradería que surge al luchar juntos en una batalla sangrienta...

La tierra se estremeció bajo sus pies.

Con fuerza.

Elena plegó las alas contra la espalda cuando el movimiento la arrojó de costado sobre el cemento, el mismo costado sobre el que había caído frente al almacén. Se hizo otra rascada en la cara y más cortes en las palmas de las manos.

Unas manos le aferraron los tobillos.

Bajó la vista y descubrió que Veneno la sujetaba con fuerza, con los pies enlazados en la base del helicóptero.

—¿Qué cojo...?

Al seguir la dirección de su mirada, se quedó sin respiración. El otro lado del muelle de cemento había desaparecido sin más. No había más que un agujero en la tierra, un agujero cuyos bordes dentados le destrozarían las alas... y se encontraba a menos de cinco centímetros del abismo. Tras hacerle un gesto de asentimiento a Veneno, dejó que el vampiro tirara de ella mientras la tierra se sacudía.

En cualquier otra situación habría resultado perturbadoramente íntimo sentir sus manos en las pantorrillas, en los muslos y en las caderas, mientras tiraba de ella hasta que pudo ponerse de pie en el helicóptero y extender las alas sobre ambos.

—¡El helicóptero podría caer! —le gritó cerca de la oreja para que la oyera sobre el rugido del terremoto.

El cabello de Veneno voló hacia atrás.

—¡Ya he presenciado otros terremotos! ¡Me da la sensación de que este acabará pronto! —Al cobijo de su ala, el vampiro le agarró la cadera cuando empezó una nueva sacudida.

Y con aquella sacudida llegó también un aroma siniestro y familiar.

En aquel instante, con tanta rapidez como habían comenzado, los temblores

cesaron y se llevaron la esencia consigo antes de que Elena hubiera tenido tiempo de descifrarla. No obstante, sabía que era la misma que había percibido sobre las aguas del Hudson.

Se alejó a gatas tan rápido como pudo, aunque sus alas protestaron ante aquella sensación, y se puso en pie.

Veneno hizo lo mismo un instante después con aquella elegancia de serpiente que lo caracterizaba, aunque no realizó ningún comentario sobre la torpe escapada de Elena.

—Tenemos que marcharnos antes de que se produzca otro terremoto. —Ya había estirado el brazo hacia la puerta de la cabina del piloto.

—Espera. —Elena sintió que se le helaba la sangre y echó a correr mientras gritaba las instrucciones por encima del hombro—: ¡Pon el motor en marcha! ¡Tengo que encontrar a Ransom!

Veneno ya estaba a su lado antes de que terminara de hablar. Elena no se molestó en maldecir por lo bajo. Siguió la familiar esencia de Ransom, que aunque no era tan evidente como el rastro de un vampiro, era más intensa que la de la mayoría de los humanos. Aceleró el paso hasta el estrecho camino que él había tomado para salir a la carretera principal.

—¡Allí!

La moto se había estrellado contra el muro de contención que había al otro lado del camino, y el cuerpo de Ransom permanecía inmóvil sobre el asfalto. Elena se agachó a su lado para buscarle el pulso.

—Gracias a Dios...

Ransom soltó un gruñido.

—¿Ellie?

—¿Puedes moverte? —preguntó, mientras recorría su cuerpo con las manos —. ¿Algún hueso roto? ¿Algún problema en la espalda?

Ransom apretó los puños y se arrodilló sobre el suelo.

—Estoy bien, solo un poco aturdido. No había llegado muy lejos cuando empezó el terremoto. —Abrió los ojos de par en par, unos ojos que parecían enormes en su rostro.

—Vendrás con nosotros —le dijo Elena al tiempo que tiraba de él para ayudarlo a ponerse en pie. Luego se pasó el brazo de su compañero por encima del hombro.

—Mi moto... —Aún sobrecogido, el cazador echó un último vistazo a aquella cosa con ruedas que había llegado a convertirse en su orgullo y su alegría.

Veneno se situó al otro lado del cazador.

—Llamaré a uno de los vampiros de la ciudad en cuanto estemos en el aire. La recogerán.

No hubo más palabras mientras trotaban hacia el helicóptero llevando a Ransom medio a rastras. Apenas habían entrado en el aparato cuando la tierra

comenzó a sacudirse de nuevo.

Sin molestarse en ponerse los auriculares, Veneno gritó:

—¡Agarraos! —Y acto seguido hizo volar al pájaro.

Dieron unos cuantos bandazos debido a la insuficiente acción del rotor, pero Veneno, con la mandíbula apretada y las manos firmes, logró mantenerse en el aire. Elena bajó la vista cuando comenzaron a ascender.

—Joder...

La ciudad se sacudía literalmente por debajo de ellos. Ciertas partes de la carretera se alzaban en una ola arrolladora, y los edificios se derrumbaban hacia los cañones recién creados. Lo único bueno era que el terremoto no parecía afectar a toda la ciudad, sino solo a aquella localización: a una zona de un radio de unos cincuenta metros alrededor del lugar donde habían aparcado el helicóptero.

Un fenómeno que no tenía nada de natural.

«Ella despierta.»

Y si podía hacer aquello mientras dormía...

Después de obligar a Ransom a ir al hospital para hacerse un chequeo, Elena se negó a marcharse hasta que llegó su bibliotecaria. Nyree fue toda una sorpresa, porque Elena no tenía ni idea de lo que debía esperar. La mujer no llegaría al metro sesenta de estatura, y tenía unas curvas tan letales que resultaba evidente que el jersey de color ciruela que llevaba abotonado hasta el cuello no era más que un intento de camuflaje que no funcionaba; ni siquiera combinado con una falda larga que parecía salida de los años cincuenta y unos zapatos planos, ambas prendas de color negro.

Mientras Nyree se acercaba al cubículo de Ransom, Elena descubrió que su piel tenía un ligero tono marrón. Sus rasgos eran tan inusuales que resultaba difícil encajarlos en una raza. Sin embargo, eran sus ojos lo que más llamaba la atención. Enormes y de color chocolate oscuro, rezumaban preocupación.

Estaba tan concentrada en su hombre que ni siquiera se había dado cuenta de la proximidad de Elena.

—¡Ransom! —Apartó el cabello de la cara del cazador, que se había sentado en la cama, y examinó sus heridas con toquécitos muy tiernos y delicados—. Te han hecho mucho daño, cariño.

Para sorpresa de Elena, Ransom, por lo general duro como una piedra, no apartó las manos de su amante. Todo lo contrario: se inclinó hacia ellas. Era la primera vez que lo veía permitir que alguien lo atendiera... y aquello hizo que sintiera muchísima curiosidad por la mujer que había atrapado su corazón. Con todo, tendría que satisfacer aquella curiosidad otro día. Sin salir de las sombras, los dejó allí abrazados y se alejó del lugar.

Cuando saltó del helicóptero hacia la hierba verde que rodeaba su casa y a era más de medianoche.

—¿Pasarás la noche aquí? —le preguntó a Veneno.

El vampiro negó con la cabeza y le cerró la puerta en las narices.

—Vale —murmuró ella—, yo también te deseo unas buenas noches. —Con las alas a rastras como las de un exhausto niño angelical, caminó directamente hacia los brazos de su arcángel, que la aguardaba junto a la casa. Aquellos brazos se tensaron a su alrededor mientras Rafael se giraba un poco para protegerla del viento generado por el helicóptero que despegaba.

Al inhalar el aroma de él a través de la lluvia, Elena soltó un suspiro, y luego repitió el gesto hasta que logró sentir que algo en su interior suspiraba también y bajaba la guardia.

—¿Cómo te ha ido la noche, arcángel? La mía ha sido de lo más interesante.

Tienes la piel marcada, Elena. Un comentario que exigía una explicación.

Lo más probable era que Elena se hubiera enfadado ante una orden semejante cuando se conocieron, pero ahora le parecía bastante agradable regresar a un hogar en el que alguien se tomaba la molestia de notar que había recibido unos cuantos golpes en el trabajo.

—Te lo contaré si me alimentas y me permites utilizar esa bañera tan lujosa que tienes. —La bañera fue el lugar donde se habían tocado el uno al otro por primera vez, con tanta pasión que aún se quedaba sin aliento cada vez que lo recordaba.

—Ven.

Elena sintió un escalofrío al percibir el matiz sexual de aquella orden y le dio la mano para permitir que su arcángel la arrastrara por la casa hasta su habitación. Fue entonces cuando vio su camisa manchada de sangre.

—¡Oye! —Frenó en seco. O más bien intentó hacerlo.

Al ver que Rafael no se detenía, decidió abordarlo en el dormitorio.

Tan pronto como se cerró la puerta, se soltó y puso los brazos en jarras. Los cortes de las palmas ya se habían cerrado, aunque no tenían muy buen aspecto.

—Quítate la camisa.

Rafael enarcó una ceja y se sacó la camisa por la cabeza. Las ranuras para las alas se deslizaron por sus gloriosas plumas con un suave susurro apagado. Un segundo después, arrojó la camisa al suelo con una expresión divertida que hizo que Elena deseara tumbarlo sobre la cama y cabalgar sobre él hasta que a ambos les estallara la cabeza. Resistió el impulso y lo rodeó para contemplar su espalda.

—¡Estás herido!

Tenía tres enormes cortes en la piel.

Parpadeó perpleja, se acercó para verlos más de cerca, y se quedó boquiabierta.

—Se están curando ante mis propios ojos.

Eso significaba que o bien las heridas eran recientes, o bien que los daños

habían sido mucho peores. Contempló su camisa, evaluó las manchas de sangre y decidió que las heridas habían sido peores.

—Soy un arcángel, Elena. Eso son poco más que arañazos. —Se dio la vuelta y la estrechó contra su cuerpo—. Quitate la camiseta.

De repente, a Elena le resultaba difícil pensar, pero respiró hondo y consiguió hacerlo.

—¿Cómo es posible que estés tan malherido?

Tras colocar la mano sobre el hombro de su camiseta negra de manga larga, Rafael tiró y la desgarró. La camiseta de Elena estaba hecha jirones un instante después, y sus pechos quedaron desnudos, ya que la prenda llevaba el sujetador incorporado. Con el abdomen tenso a causa de la necesidad y el pecho subiendo y bajando a un ritmo irregular, la cazadora se lamió los labios.

—¿Te sientes mejor?

La respuesta de Rafael fue agachar la cabeza, apoyar a Elena sobre su brazo y meterse uno de los pezones en la boca para lamerlo.

Sin dejar de temblar, Elena enterró las manos en su cabello y tiró. Rafael empezó a utilizar los dientes y ella soltó un soplido.

—Rafael... —Pretendía ser una advertencia, pero sonó como un gemido mientras el cubría el otro pecho con la mano para apretarlo y acariciarlo de una forma tan experta que le flaquearon las rodillas.

A la mierda con todo, pensó entonces y arqueó el cuerpo para disfrutar el hambre voraz de la boca de su arcángel. No se sorprendió ni lo más mínimo cuando Rafael apartó la mano de su pecho para situarla en la parte delantera de sus pantalones vaqueros. Los desgarró. Y las bragas fueron lo siguiente. Un segundo después, cuando la arrojó sobre la descomunal cama, Elena extendió las alas sobre la suavidad del edredón mientras él le sujetaba las rodillas para alzarle y separarle las piernas, para dejarla expuesta ante sus ojos.

Un azul abrasador acogió la mirada de Elena cuando esta alzó la vista. Las alas del arcángel empezaron a brillar. Elena no le había visto quitarse los pantalones, pero soltó un grito cuando su erección comenzó a separar la carne de la zona más delicada de su cuerpo.

—Rafael...

Un beso que exigía. Todo el cuerpo del arcángel era piel dorada y músculos encima de ella.

—Más rápido —ordenó Elena, y al ver que él continuaba penetrándola con embestidas lentas y profundas, lo rodeó con las piernas y utilizó su propia fuerza para hacerlo caer hacia la cama.

—¡Elena! —Rafael se sujetó antes de aplastarla, pero ella gritó al notar cómo su pene se hundía hasta el fondo en su interior.

Por un instante, ambos se quedaron inmóviles, conectados por una intimidad que Elena no había conocido antes.

¿Te he hecho daño?

Nunca. Deslizó las manos por la piel de su espalda y acarició con los nudillos aquella zona sensible que había bajo las alas.

—Bésame, arcángel. —Y en aquel mismo momento, tensó los músculos internos sobre la barra de acero que estaba enterrada en ella.

Rafael hundió una mano en su cabello y se apoderó de sus labios mientras utilizaba la otra mano para sujetarle la cadera. La primera embestida hizo que Elena arqueara la espalda y que soltara un grito en el interior de la boca del arcángel. Con la segunda, los espasmos internos de placer se cerraron sobre su miembro mientras el orgasmo la convertía en un millón de añicos iridiscentes.

Consorte, pensó Rafael mientras Elena temblaba bajo su cuerpo, su compañera.

Una vez más, cazadora.

Apretó los dientes para resistir el impulso de embestir, y cuando cambió la inclinación de su pene dentro de ella, obtuvo el placer de oírla gemir.

Sin embargo, Elena no se rindió. Con los ojos vidriosos, le besó la mandíbula y el cuello antes de darle un empujón en el pecho.

—Es mi turno.

Rafael le permitió intercambiar posiciones y se tendió de espaldas. Sus alas cubrían la cama de lado a lado. Con las palmas apoyadas sobre su torso, Elena se alzó sobre él como una visión de pechos enardecidos por la pasión, con el cabello del color del invierno enmarañado por la acción de sus manos, unas asombrosas alas de medianoche arqueadas sobre los hombros, y unos muslos musculosos y tersos. El resto de sus piernas aún estaba cubierto, y a que no había podido esperar el tiempo suficiente para quitarse del todo sus pantalones vaqueros. En cuanto a sus pies...

Botas. Todavía llevaba las botas puestas.

Su consorte, pensó Rafael una vez más. Magnífica, salvaje y suya.

Cuando Elena se inclinó para besarlo su suave cabello cayó en cascada y los encerró en una celda de lujuriosa intimidad; Rafael se rindió y dejó que ella lo poseyera. El cuerpo de la cazadora se movía al ritmo de las provocadoras caricias de su lengua, y Rafael supo que aquella mujer estaba a punto de arrojarlo al abismo.

No sin ti.

Dejó caer sus escudos para intentar algo que jamás había probado antes. Elena era una inmortal joven, no conocía las reglas, no sabía cómo mantener sus defensas en momentos como aquel. Él nunca habría invadido su mente, aquella era una intimidad que debía ser otorgada, no arrebatada. Así pues, dejó que la mente de Elena se extendiera y penetrara en la suya.

Su consorte se sacudió sobre él y sus hermosos ojos se convirtieron en mercurio cuando gritó y se abandonó a un estallido de calor líquido. Y eso fue lo único que hizo falta. Rafael cayó al abismo con ella y alzó de nuevo sus escudos, porque el impacto de una sensación tan abrumadora podría hacerle daño... y ni

siquiera en aquel punto extremo de pasión le haría daño a aquella cazadora de corazón mortal que tenía en sus manos su propio corazón.

Elena no dijo una palabra cuando Rafael la estrechó entre sus poderosos brazos (después de que ella se quitara a patadas las botas, los calcetines y lo que quedaba de sus vaqueros) y la llevó a la bañera, donde el agua estaba a la temperatura justa para derretir los huesos. Tras sumergirse con un suspiro, Elena notó que su trasero entraba en contacto con una de las pequeñas repisas y, dando por hecho que tenía suficiente apoyo, echó la cabeza hacia atrás, casi segura de que, incluso cerrados, aún tenía los ojos en blanco.

Sintió una oleada de agua sobre la piel y supo que su arcángel se había unido a ella.

La tentación fue imposible de resistir, así que abrió los ojos y recorrió con la mirada sus musculosas piernas, los marcados surcos de su abdomen. Era un placer muy, muy íntimo, y ella pensaba disfrutar de él tan a menudo como le fuera posible.

—¿Cómo está tu espalda?

—Curada. —El arcángel se sumergió en el agua y colocó los brazos sobre los bordes de la bañera—. Calculé mal... Volé demasiado cerca de las vigas de acero de un edificio en construcción.

Obligándose a moverse, Elena flotó hasta situarse a su lado, apoyó la cabeza en unos de sus hombros y colocó una mano sobre su corazón. Nunca había estado en aquella posición con otro hombre, pero Rafael, a pesar de lo mucho que la desquiciaba con lo de los guardaespaldas, comprendía quién era ella, comprendía que aquella pequeña rendición no podía extrapolarse a otros asuntos.

—Tú no cometes errores de ese tipo.

El arcángel la rodeó con el brazo y empezó a trazar líneas sobre su piel con los dedos.

—Hubo un huracán alrededor de una hora antes de que el terremoto sacudiera Boston. Conseguí compensar el empuje del viento, pero no lo bastante rápido.

Aquello tenía mucho más sentido.

—Ese terremoto fue de lo más extraño, Rafael. Estaba muy localizado. —Se incorporó un poco y recorrió el arco de su ala con los dedos con delicada precisión.

Elena...

Ella esbozó una sonrisa al escuchar la advertencia. Luego inclinó la cabeza para rozarle la mandíbula con los labios.

—Me estabas hablando del terremoto...

Aquel azul infinito existente solo en las partes más profundas del océano enfrentó su mirada antes de que ella agachara la cabeza para besarle el cuello. Rafael enterró los dedos en su cabello, pero los dejó relajados. Aquel cuerpo

enorme era el de un arcángel que se encontraba a gusto en brazos de su consorte.

—¿Me estás diciendo que los vampiros se vieron atraídos hacia esa misma zona? —El pecho de Rafael subía y bajaba a ritmo sereno, al compás de las caricias. Los latidos de su corazón eran fuertes y firmes.

—Sí —respondió Elena, que usó los dientes para mordisquear los tendones que acababa de besar—. Incluso el que encontramos después parecía dirigirse hacia esa misma dirección. —Pero había sucumbido a la sed de sangre, que borró cualquier otro pensamiento—. Pero la cuestión es que el epicentro del terremoto parecía ser el helicóptero.

No era el helicóptero, sino tú.

Ella compuso una mueca.

—Intentaba evitar esa conclusión.

La mano enterrada en su pelo dio un tirón para levantarle la cabeza, pero en aquella ocasión no hubo beso.

—Tienes la cara muy magullada. —Rafael levantó la mano libre, le sujetó la barbilla y le inclinó la cabeza hacia un lado para evaluar los daños—. Has perdido algo más que la capa de piel superficial.

Elena no protestó. Después de todo, ella le había ordenado que se desnudara para poder examinar sus heridas.

—Casi no me molesta. —De hecho, tenía la impresión de que la piel ya había empezado a regenerarse, mucho más rápido que cuando era humana.

Sintió un vuelco en el corazón al recordar aquello, al recordar que ya no era una mortal.

—Tardará al menos dos días en sanar —dijo Rafael al tiempo que le soltaba la barbilla—. También tienes cardenales en las costillas y en las caderas.

—¿Y cuándo te has dado cuenta de eso? —Se sentó a horcajadas sobre él y le rodeó el cuello con los brazos antes de hundir la cabeza y besar su yugular. Ante otro que no fuera él, jamás habría sido capaz de mostrarse tan cariñosa—. Me pareció que estabas mucho más interesado en otras partes de mi anatomía.

Unas manos fuertes y mojadas se cerraron en torno a su cintura.

—¿Te duele mucho? —Sus labios eran sensuales y sus ojos estaban cargados de oscuras promesas masculinas, pero su expresión decía a las claras que no harían nada interesante hasta que ella confesara.

Elena dejó escapar un suspiro y señaló una de sus costillas.

—Esta duele, pero no tanto como para molestarme mientras hacíamos ejercicio en el dormitorio. —Aquel anhelo irresistible de acariciar, de tomar y ser tomada, había eliminado cualquier otra sensación, cualquier otra necesidad—. Mi ala izquierda aún está sensible... Debo de haberla forzado demasiado. —Levantó las palmas de las manos—. Y parece que estos cortes ya se están curando.

Rafael alzó una mano cuya palma estaba cargada de fuego azul. Elena notó

que se le tensaba el vientre al recordar el increíble poder que aquel arcángel albergaba en su interior. Pero aquella llama no era de las que hacían daño. Cuando él le colocó la mano sobre las costillas, lo único que notó fue un calor tan profundo que penetró hasta sus mismos huesos.

—¡Vaya! —El suave grito escapó de sus labios cuando la sensación se extendió en un estallido de calor eléctrico para dirigirse a los lugares que más le dolían. No obstante, una pequeña corriente recorrió también el resto de sus venas y arterias... y aquella corriente poseía un matiz sexual que nada tenía que ver con la curación—. Arcángel, si haces que todo el mundo sienta esto cuando los sanas —le dijo con voz ronca—, empezaré a considerarlo un problema.

Rafael no sonrió, pero había un pecaminoso deje en su voz que llegó hasta la mente de Elena.

Se trata de una mezcla especial, Elena. Solo para ti.

La última vez que le había dicho aquello, la había cubierto con polvo de ángel. Un polvo erótico, exótico, diseñado para llenar cada centímetro de su piel de insoportable excitación.

—Vale —respondió ella, y se inclinó hacia delante para morderle el labio inferior—. En ese caso, también puedes curar a los demás.

Té agradezco que me des permiso.

Elena esbozó una sonrisa al combinar la solemnidad del comentario con la sensualidad que se adivinaba en su mirada. Aquella expresión aún le resultaba rara. Rafael no permitía a menudo que el ángel joven que fue en su día —un ángel temerario, salvaje y engreído— saliera a la superficie. Pero cuando lo hacía...

—¿Has acabado? —murmuró Elena contra su boca.

La respuesta del arcángel fue deslizar las manos hasta sus caderas y empujarla hacia delante, hacia la rígida manifestación de necesidad de su cuerpo.

—Vamos, cazadora —dijo él, y con los dientes recorrió la piel de su hombro hasta el cuello—. Tómame.

Y ella lo hizo.

A la mañana siguiente, Elena entró en el comedor y encontró un montón de cosas deliciosas entre las que elegir. Cogió dos cruasanes y una enorme taza de café, y salió al exterior para disfrutar del aire fresco. Siguió sus instintos hasta que dio con Rafael, que se encontraba al borde del acantilado con vistas a las aguas del Hudson.

—Toma —le dijo al tiempo que le pasaba un cruasán—. Come si no quieres herir los sentimientos de Montgomery.

El arcángel aceptó lo que le ofrecía, pero no se lo llevó a los labios.

—Mira el agua, Elena. ¿Qué es lo que ves?

Al bajar la vista hacia aquel río que había formado parte de su vida desde el

día en que nació, de una forma u otra, Elena vio las aguas agitadas, llenas de barro.

—Hoy no está de buen humor.

—Cierto. —Rafael le robó el café y dio un sorbo—. Parece que el agua está de mal humor en todo el mundo. Un tsunami masivo acaba de golpear la costa oriental de África, y según las noticias, no ha sido producido por ningún terremoto.

Después de recuperar su café, Elena le dio un mordisco al cruasán y saboreó la textura de la mantequilla antes de tragar.

—¿Hay ya alguna prueba definitiva que demuestre que ella es la durmiente?

—No. Pero es posible que Lijuan haya descubierto algo... Ya veremos. —Rafael acabó con el cruasán que ella le había dado y cogió el café—. Hoy debes volver a reunirse con tu padre.

A Elena se le indigestó la comida.

—No, no me reuniré con él. Voy a visitar a mi hermana Eve. Ella me necesita. —No permitiría que Jeffrey tratara a Evelyn como la había tratado a ella, como si fuera algo horrible y sin valor—. Aún no puedo creer que me haya mentido durante tanto tiempo sobre nuestro linaje de cazadores. —Había sido una mentira por omisión, pero no por ello era menos terrible.

—Tu padre nunca ha sido un hombre de los que valoran la honestidad. —Realizó aquella incisiva declaración antes de volverse hacia ella—. Dentro de cinco días se requerirá tu presencia en este lugar. Avisa en el Gremio que no estarás disponible.

Elena se estremeció la espalda al escuchar lo que sin duda era una orden. Le arrebató el café, y no le hizo ni pizca de gracia descubrir que no quedaba nada.

—¿Puedo conocer los motivos de esa citación real?

El arcángel enarcó una ceja mientras la brisa procedente de las aguas revueltas del Hudson le apartaba el cabello azabache de la cara.

—El Colibrí ha solicitado conocer a mi consorte.

Todo el enfado de Elena se desvaneció, aplastado por una dolorosa oleada de emociones. Después de lo ocurrido en Pekín, cuando se vio obligada a descansar para que su cuerpo pudiera recuperarse, se había acurrucado muchas veces en uno de los sillones de la oficina de Rafael en el Refugio. Sin embargo, en lugar de leer los libros de historia que Jessamy le había dado, había charlado con él acerca de muchas cosas.

Algunas veces, durante aquel período de tiempo, Rafael le había contado ciertas cosas que la madre de Illium había hecho por él en uno de los momentos más vulnerables de su vida. Como resultado, Elena albergaba un profundo sentimiento de lealtad hacia una mujer ángel a la que ni siquiera conocía.

—Hay una cosa que me intriga... ¿Fue por eso por lo que Illium empezó a trabajar para ti? —preguntó—. ¿Porque es hijo suyo?

—Al principio, sí. —Rafael cerró los dedos sobre su nuca y tiró de ella para acercarla—. El Colibrí contaba con mi lealtad, y me pareció una insignificancia aceptar a su hijo en mis filas cuando llegó a la edad apropiada.

A pesar de todo lo que él le había contado, Elena siempre había tenido la sensación de que Rafael se callaba algo de vital importancia cuando hablaba del Colibrí, y aquel día no fue diferente. Había algo en su tono, una sombra oculta que no lograba descifrar. Y aquello, sumado al aspecto apagado que Illium había mostrado dos días antes, hacía que se preguntara si...

Sin embargo, algunos secretos solo pertenecían a otros, como ella misma había podido comprobar.

—No obstante, Illium no tardó en demostrar su valía —continuó Rafael—. Ahora, mi relación con el Colibrí no tiene nada que ver con eso.

Después de haber visto a Illium en acción, a Elena no le costaba ningún trabajo creerse aquello.

—Estaré en casa. ¿Es necesario que me vista de gala?

—Sí. El Colibrí es un ángel de edad.

—¿De cuánta edad estamos hablando?

—Conoció a mi madre. Conoció a Caliane.

Las olas que había a sus pies se alzaron y golpearon la pared de roca con furia, como si Caliane intentara reclamar de nuevo a su hijo.

Media hora más tarde, Elena observaba a Rafael, que volaba sobre el Hudson hacia la Torre del Arcángel para enfrentarse a lo que sin duda sería un día muy complicado.

—Los ángeles de mi territorio han recibido órdenes de enviar informes sobre todos los altercados y las víctimas recientes —le había dicho antes de elevarse hacia los cielos—. Boston no fue la primera ciudad con problemas, ni tampoco una casualidad. Solo fue la más grande.

—¿Puedo hacer algo para ayudar?

—Hoy no, pero tengo la corazonada de que necesitaremos de nuevo tus habilidades dentro de poco.

Era una predicción de lo más agorera, pero puesto que preocuparse no la llevaría a ningún sitio y aquel era el primer momento de calma —al menos para ella— desde que llegó a Nueva York, Elena decidió utilizar parte de su tiempo para establecerse mejor en su nueva casa. El primer lugar que visitó fue el invernadero. Aquel día, el cristal resplandecía bajo los intensos rayos del sol.

Cascadas de color y fragancias llenaban el recinto acristalado. Había muchas cosas que investigar, pero Elena se dirigió hacia el rincón que ocupaban sus begonias favoritas. Sintió una punzada de tristeza al deslizar el dedo por uno de los perfectos capullos de un tono rojo dorado, al pensar en las plantas de su antiguo apartamento, que sin duda habían perecido cuando ella acabó destrozada y cubierta de sangre en los brazos de un arcángel.

—Pero las plantas vuelven a crecer —murmuró mientras se concentraba en la belleza de la vegetación que la rodeaba—. Echan raíces nuevas y crean su propio espacio en tierra desconocida.

Y ella también lo haría.

Satisfecha por haber tomado una decisión consciente, cogió una de las begonias más pequeñas y débiles, le cambió con cuidado la tierra por otra mucho más rica, y luego acunó con delicadeza la maceta entre sus manos mientras regresaba a la casa. Montgomery la recibió con una sonrisa cuando atravesó la puerta principal.

—El solárium de la tercera planta es el lugar que más luz del sol recibe —dijo el mayordomo.

¿Tenían un solárium?

—Gracias. —Subió las escaleras y vagabundeo por la segunda planta hasta que encontró el tramo oculto de escalera que conducía hasta la tercera y empezó a subir.

Dejó escapar una exclamación ahogada en cuanto se adentró en la sala que había al final del pasillo. La luz penetraba a través de dos paredes de cristal y de una gigantesca claraboya para llenar la habitación de rayos de sol. Una de aquellas paredes, comprendió Elena al ver el asiento que había junto a ella, podía abrirse.

—Por supuesto. —A ningún ángel le preocuparía la posibilidad de caer desde aquella altura. Y proporcionaba además otra salida, murmuró su instinto de cazadora, una salida que aseguraba que nunca se quedaría atrapada.

En lo que se refería a muebles, la habitación estaba casi vacía. Una alfombra de un precioso color crema con diminutas hojas doradas estampadas; una delicada mesita de madera con las patas talladas en una elegante forma de coma; y varios cojines de seda de los colores de las piedras preciosas sobre el asiento de la ventana. Aquello era todo. Tras dejar la maceta sobre la repisa que había junto al asiento, Elena bajó a la segunda planta.

—Montgomery —llamó por encima de la barandilla cuando vio al hombre más abajo.

El mayordomo alzó la vista e hizo lo posible por no mostrarse escandalizado por el hecho de verla actuar de una forma tan poco civilizada.

—¿Sí, cazadora del Gremio?

—¿El solárium le pertenece a alguien?

—Creo que usted acaba de reclamarlo.

Elena esbozó una sonrisa y le lanzó un beso. Le pareció ver que Montgomery se ruborizaba. Estaba a punto de volver a subir cuando frunció el ceño. Había captado una inesperada caricia de pieles, de chocolate y de muchas otras cosas tentadoras.

—¿Por qué está aquí Dmitri?

El vampiro apareció de la nada al oír su nombre. Iba vestido con un traje negro combinado con una camisa verde esmeralda, y llevaba un montón de papeles en la mano.

—Hoy no tengo tiempo para jugar, Elena. —No obstante, la envolvió con una bocanada de humo y champán—. Tengo que regresar a la Torre.

Al ver que Montgomery se había marchado, Elena contuvo el impulso de clavar una daga en la pared junto a la cabeza de Dmitri, ya que estaba casi convencida de que él la estaba provocando a propósito.

—No des un portazo al salir.

Aquella bocanada de humo se coló en lugares en los que no pintaba nada.

—Si quieres confirmar la esencia del asesino de Neha —dijo el vampiro—, en el depósito mantendrán el cadáver tal y como está hasta las once.

El beso del almizcle en sus sentidos, denso y embriagador.

—¡Joder!

La esencia se desvaneció mientras Dmitri contemplaba el delgado cuchillo plateado que temblaba en la pared de madera, a un centímetro escaso de su sensual rostro de pómulos eslavos. Luego, quién lo iba a imaginar, se echó a reír. Y fue quizá la primera vez que Elena oyó una risa auténtica de sus labios.

Era potente. Más sexy que ninguno de sus trucos aromáticos.

El vampiro alzó la vista y le dedicó una extraña y anticuada reverencia, con la risa aún dibujada en sus mejillas.

—Me voy ya, cazadora del Gremio. —Sin embargo, se detuvo en la puerta y su expresión se volvió seria—. He dejado una copia del último informe sobre Holly Chang en la biblioteca.

Elena apretó la mano sobre la barandilla al escuchar el nombre de la única víctima de Uram que había sobrevivido. La mujer (casi una niña, en realidad) había sido contaminada con la sangre tóxica del arcángel muerto. Una inocente que, como insulto final, podía llegar a convertirse en un monstruo.

—¿Cómo está? —La última vez que Elena había visto a Holly, la chica estaba desnuda y cubierta con la sangre de las demás víctimas de Uram, y casi se había vuelto loca.

La respuesta de Dmitri tardó bastante en llegar.

—Parece encontrarse en una situación estable, pero está... cambiada. Es posible que al final tenga que ejecutarla.

Las escalofrías palabras de Dmitri seguían rondando la cabeza de Elena cuando se pasó por el depósito de cadáveres para asegurarse de que la muerta era realmente quien había asesinado al vampiro en el parque. Solo necesitó respirar hondo una vez: el olor dulzón de las adelfas estaba impregnado en la piel de la asesina. Una vez confirmado, Elena se escabulló hasta la Torre para darse una ducha rápida. Le parecía mal reunirse con Evelyn justo después de pasar por el depósito de cadáveres.

—Vamos allá —dijo veinte minutos más tarde, mientras atravesaba con su hermana las sólidas puertas de acero de la Academia del Gremio. Era muy consciente de la tensión de su pequeño cuerpecillo—. Eres demasiado joven para ingresar como miembro con todos los privilegios, y nadie espera que vivas aquí, pero te diseñarán un plan de ejercicios para después de las clases que te ayudará a controlar y perfeccionar tus habilidades.

Evelyn echó un vistazo por encima del hombro para mirar a Amethyst, que caminaba con la espalda recta junto a Gwendolyn.

—¿Amy puede venir conmigo?

—Sí, si eso es lo que quieres. —Por raro que pareciera y pese a que Eve era la cazadora nata, era Amy, con su furia feroz y su aguda desconfianza, quien más le recordaba a sí misma. Eve, pensó, era todavía lo bastante joven como para ver el mundo como deseaba verlo. Amy se había quitado las gafas de color rosa hacía mucho tiempo, como si comprendiera la penosa verdad de la relación que parecía existir entre Gwendolyn y Jeffrey.

El fantasma de Marguerite las acosaba a ambas.

Elena se deshizo de aquella sensación cuando llegaron a las puertas de cristal de la sala de espera. Para su sorpresa, el hombre que las recibió en el interior iba en una silla de ruedas de alta tecnología. Aunque no fue aquello lo que la sorprendió, por supuesto.

—¡Vive! —Acortó la distancia que los separaba, cubrió su cara con las manos y le besó ambas mejillas. No se había dado cuenta de lo mucho que lo había echado de menos hasta aquel mismo momento.

El hombre se ruborizó, pero no apartó la silla de ruedas.

—Vaya, mira esas alas... Creí que todo el mundo me tomaba el pelo, incluso

después de ver las noticias. —Movi6 la silla utilizando un sensor de presi6n e hizo caso omiso de Evelyn, Amethyst y Gwendolyn mientras inspeccionaba las plumas—. ¿Estarías dispuesta a permitirme que...?

—Después —dijo Elena, y coloc6 las manos sobre los om6platos de Eve, impulsada por el deseo de «hacer las cosas bien», de asegurarse de que su hermana pequeña nunca llegara a pensar que lo suyo era una maldici6n y no un don—. He traído a una nueva estudiante al Gremio.

El foco de atenci6n de Vivek cambi6 de inmediato. Sus ojos castaños eran duros, incisivos.

—Una cazadora nata —señal6 con lac6nica certeza—. Ni de lejos tan fuerte como t6, pero lo bastante para meterse en problemas si no tiene cuidado.

Evelyn se acerc6 m6s a Elena al escuchar aquel rudo resumen, casi frío. Elena di6 un tironcillo a su coleta.

—No le hagas caso. Vivek habla con los ordenadores la mayor parte del tiempo... En su opini6n, los humanos dan demasiados problemas. —Era muy raro verlo lejos de los t6neles subterráneos que conformaban su ambiente habitual.

Con un gruñido, el genio informático del Gremio señal6 con la cabeza la ajetreada oficina que había un poco m6s adelante.

—Id para all6. Yo me encargaré del papeleo.

Elena entr6 con Evelyn, pero cuando qued6 claro que Gwendolyn estaba m6s que dispuesta a ayudar a su hija durante el proceso, sali6 para hablar con Vivek.

—Me alegro mucho de verte, V.

—¿Recibiste la pistola que te envié por medio de Sara? —pregunt6 con un toque de envidia en la mirada, que no se apartaba de sus alas.

Elena no se molest6. Él tambi6n era un cazador nato, pero había perdido la movilidad en un accidente cuando era niño y no sentía nada de hombros para abajo. Su silla de ruedas era un diseño de tecnología vanguardista desde el que Vivek gobernaba en sus dominios: los S6tanos.

Elena entendía muy bien por qu6 el hombre prefería quedarse en el escondite secreto y centro de documentaci6n que había bajo el edificio principal del Gremio: debía de ser una pesadilla sensorial para él estar arriba en el mundo y carecer de los medios necesarios para utilizar sus instintos de caza. Que hubiera conseguido conservar la cordura a pesar de aquel tipo de presi6n, y convertirse adem6s en un activo de valor incalculable para el Gremio, era una prueba de su increíble fuerza de voluntad.

—¿Te refieres a esta pistola? —La extrajo de la funda que llevaba en la parte interna del muslo y luego volvi6 a guardarla para que no la echaran de all6 por haber sacado un arma.

Vivek sonri6, y aquella sonrisa hizo que su rostro resultara impactante. Estaba demasiado delgado, as6 que sus huesos se marcaban demasiado sobre aquella piel

un tono más oscura que la de Veneno, pero era un hombre guapo. Con todo, nunca le había sacado provecho a esta ventaja... Desde que Elena lo conocía, siempre había sido un tipo asexual. Y de forma intencionada, pensó ella.

—Bueno, ¿qué quieres hacer con mis alas?

Su frente se llenó de arugas.

—Iba a pedirte que entraras para escanearlas y así poder hacernos una idea de su estructura interna, pero eso podría hacerte vulnerable. —Trasladó su silla con una inclinación casi imperceptible de la cabeza y se alejó de la oficina para salir al porche que recorría toda la parte frontal del edificio.

Elena lo siguió y se apoyó contra la barandilla.

—Sí. —Cruzó los brazos mientras pensaba en la lealtad—. Él es el dueño de mi corazón, V. Nunca lo traicionaría.

Vivek la miró fijamente durante un buen rato.

—Siempre me pregunté quién sería capaz de romper esa armadura, pero jamás me imaginé que sería un arcángel aterrador de cojones. —Esbozó una sonrisa e inclinó la cabeza hacia la oficina—. Así que...

—Sí...

Vivek sabía más sobre la complicada relación que Elena mantenía con su familia que cualquier otro miembro del Gremio, a excepción de Sara, por supuesto. Dado que había sido repudiado por su propia familia tras el accidente, él la comprendía incluso mejor.

En aquel momento contemplaba el camino asfaltado que desembocaba en las gigantescas puertas de hierro que protegían la entrada de la Academia del Gremio.

—Estaba observando los monitores de vigilancia antes de que aterrizaras. Fue tu padre quien trajo aquí a tus hermanas. Está ahí fuera, sentado en su Mercedes.

Elena sintió que se le agarrotaban los hombros. Fue una respuesta instintiva que no pudo evitar. Sabía sin necesidad de que se lo dijeran que Jeffrey estaba allí por Gwendolyn. De algún modo, aquella hermosa mujer que siempre le había parecido un objeto decorativo había encontrado la fuerza de voluntad suficiente para obligar a su recalcitrante marido a apoyar a sus hijas.

«No soy lo bastante fuerte. Perdonadme, pequeñas mías.»

El recuerdo de la voz de su madre, perdida y cargada de dolor, apareció en su mente y le hizo apretar los puños. A diferencia de Gwendolyn, Marguerite no había estado allí para defender a sus hijas frente a un Jeffrey que se había ido convirtiendo poco a poco en un desconocido. Pero claro, Gwendolyn nunca se había visto obligada a oír cómo dos de sus hijas eran torturadas hasta la muerte sin poder acudir en su ayuda porque tenía los brazos y las piernas rotas; no había sufrido una degradación que la había hecho gritar durante días después de lo ocurrido.

—Ellie...

Elena parpadeó al oír el tono brusco de Vivek. Se enderezó y se dio la vuelta para echarle un vistazo a la oficina.

—¿Cuidarás de ella, Vivek? —Paralizado o no, él tenía ojos en todas partes—. Mientras esté en la academia, ¿cuidarás de ella... de las dos?

—Sabes que no hace falta que me lo pidas. —La mirada del hombre estaba cargada de dolor cuando Elena volvió a concentrarse en él—. ¿Alguna vez desaparece? Me refiero al dolor.

El primer impulso de Elena fue decirle que no, pero vaciló. Se lo pensó.

—No —contestó al final mientras le apretaba el hombro con la mano—. Pero puede aplacarse gracias a la intensidad de otras emociones. —Como la furia cegadora que ataba a una cazadora a un arcángel.

—¿Tienes miedo alguna vez? ¿Miedo a que te lo arrebaten todo? —A que te lo arrebaten todo otra vez, era lo que quería decir en realidad.

—Sí —admitió Elena, ya que él había tenido el coraje de preguntárselo—. Pero ya no soy una niña indefensa. Si por alguna razón Rafael decidiera dejarme, lucharía por él hasta mi último aliento. —Porque ahora aquel arcángel era suyo.

Vivek esbozó una sonrisa pequeña, solemne.

—Espero que lo consigas, Elena. Por todos nosotros.

El timbre del teléfono rompió el silencio que había seguido a aquel deseo sincero. Tras comprobar la pantalla, Elena le dijo a Vivek que era Sara antes de que él pudiera preguntárselo.

—Hola, jefa.

—Acabo de recibir una petición de ayuda de la policía. —El tono de Sara era brusco. El tipo de tono que Ransom calificaba de «dictatorial». El cazador solo había utilizado una vez la palabra «dictatorial» cuando le asignaron una caza en un pueblo perdido de la mano de Dios en el que los lugareños miraban su pelo y su chaqueta de cuero con extrañeza y lo llamaban «el moderno».

Elena esbozó una sonrisa al recordar que Ransom había tenido que huir después de la caza, para escapar de las bellezas locales y de las armas de sus padres.

—¿Sí? —le dijo a Sara.

—Sé que ayer tuviste un día difícil, pero eres la única que no está de servicio hoy, así que mueve el culo.

Elena estaba más que dispuesta a recuperar el ritmo de trabajo, pero...

—¿De verdad no tienes a nadie más? —Sara disponía de una enorme red de cazadores en los cinco distritos municipales.

—Quiero que Ransom descanse después de lo que ocurrió —replicó Sara mientras Vivek le susurraba que se marchaba—. Otros muchos sufrieron heridas similares en el caos de ayer. Ashwini anda por aquí, pero se arrastró hasta los Sótanos a las cinco de la madrugada, así que estará dormida como un tronco.

Los cazadores dormían en los Sótanos por un sinfín de razones, pero sobre todo cuando necesitaban esconderse.

—¿Tengo que preguntarlo? —Se despidió de Vivek con un gesto de la mano mientras él se dirigía a la rampa para sillas de ruedas.

—Está trabajando en algo relacionado con Janvier, un símbolo escrito a mano y una enorme cantidad de miel. Eso es todo lo que te puedo decir.

Elena rió por lo bajo cuando le vino a la mente el vampiro cajún al que Ashwini se había pasado media vida persiguiendo.

—Bueno, ¿adónde quieres que vaya? —le dijo a su amiga.

—A la calle Delancey, que está justo debajo del puente de Williamsburg. Un cadáver, tal vez con múltiples mordiscos de vampiros, pero los polis dicen que está tan destrozado que no pueden estar seguros. Debería ser una tarea fácil.

La columna de Elena se convirtió en una barra de acero.

—No necesito que me mimen, Sara.

—No me vengas con idioteces. —Palabras secas—. Todavía no estás en plena forma, y si hubiera tenido a alguien más disponible, no te habría enviado a Boston ayer. Utiliza el tiempo libre para recuperar las fuerzas o te encargaré trabajos insignificantes relacionados con imbéciles que creen que pueden romper sus contratos después de un par de años.

Elena dio un respingo.

—Eres cruel.

—Por eso me gano bien el sueldo.

Al echar un vistazo a la zona de la oficina, Elena vio que Gwendolyn y las niñas parecían haber acabado.

—Estaré allí dentro de unos veinticinco minutos.

—Los polis vigilarán el escenario.

Los policías no solo habían vigilado el escenario, sino que habían puesto tanta cinta amarilla alrededor que parecía una valla.

—Joder... —El agente de uniforme que estaba más cerca de Elena se quitó la gorra y contempló cómo aterrizaba sobre la verde hierba de la zona ajardinada que había bajo el puente—. ¿Son de verdad?

Elena no pudo evitarlo.

—No... Solo despojos de una tienda de disfraces.

El hombre entrecerró los párpados y la contempló durante un rato hasta que un detective de hombros anchos y ropa sencilla se situó entre Elena y él.

—Me alegro de que ya estés de vuelta, señora Deveraux.

—Es un placer volver al trabajo, detective Santiago. —Tras dirigirle al veterano policía una sonrisa genuina, Elena señaló con la cabeza la cinta amarilla—. Un poco excesivo, ¿no te parece?

Santiago se frotó la mandíbula, tan fuerte como la de un boxeador y cubierta de una incipiente barba medio canosa que resultaba aún más evidente debido al

color de su piel, del tono de las hojas de tabaco secas.

—Un novato. —Levantó una sección de cinta que tenía la holgura suficiente para que ella pudiera pasar sin preocuparse por las alas—. Se asustó. Es su primer cadáver. No está tan mal como otros que he visto.

Elena tuvo que esforzarse para evitar que las palabras del detective la hundieran en un pasado en el que se negaba a enterrarse. Ella también se había asustado cuando vio su primer cadáver. La única diferencia era que ella tenía diez años y que la víctima era su hermana, Mirabelle. Belle, con sus piernas largas, capaz de jugar a la pelota y bailar con la misma elegancia atlética. Belle, a quien Slater le había partido las piernas por tantos sitios que jamás podría haber vuelto a jugar o a bailar si hubiera sobrevivido.

—Podría ser cosa de un psicópata humano... —La voz profunda de Santiago la trajo de vuelta al presente—. Pero después de las cosas que he visto a lo largo de mi carrera, he aprendido que es mejor asegurarse.

Elena se acercó con cuidado a la pequeña pendiente y siguió el aroma de la sangre casi hasta el borde del agua. Había esperado que la víctima estuviera mojada o semisumergida, pero la adolescente yacía seca sobre las largas briznas de hierba que crecían en aquel rincón sombreado bajo el puente. Seca... salvo por la sangre. La sangre la empapaba de la cabeza a los pies, y solo dejaba entrever de vez en cuando trozos de una piel tan pálida que casi parecía de papel.

Santiago, que había bajado la cuesta con mucha menos elegancia, y a que sus mocasines negros resbalaban sobre la hierba, dejó escapar un suspiro.

—Solo era una cría.

Elena intentó restarle importancia a la juventud de la chica, intentó no ver a sus hermanas Belle y Ariel en el cuerpo lozano de la muchacha. Fue difícil. Con aquel cabello oscuro y grueso y el vestido veraniego con estampado de nomeolvides, parecía una especie de sacrificio pagano acariciado por las briznas de hierba, que se mecían al compás de la brisa. En aquel instante, el viento cambió, y la esencia de muerte que trajo consigo hizo añicos aquella imagen.

—Sí.

—¿Lista para olfatear como un sabueso?

—Sí. —Puesto que le habían dado pie para empezar, Elena respiró hondo. Y frunció el ceño—. Hay un número inusual de esencias vampíricas en la zona. —Toda la sección estaba impregnada con matices tan diversos como el álamo americano y la lima, el té negro amargo con rociaduras de sal marina o los intensos vestigios de melaza. Y aquello no fue lo único que distinguió en el ambiente. Vaya, pensó—. Algo me dice que este lugar era una especie de picadero.

Santiago levantó la cabeza.

—¡Oye, Brent! ¡Me debes diez pavos!

—Pues... Mierda.

Elena sintió que se le curvaban los labios. Y luego se sintió culpable. ¿Cómo era capaz de sonreír cuando había una niña muerta a sus pies? Sin embargo, luchó contra aquella vocecilla interior. El hecho era que había que distanciarse de algún modo de aquellas escenas para que no acabaran con uno.

—¿Ahora se hacen apuestas a mi costa?

Santiago le guiñó un ojo.

—Otro novato. Ha sido como robarle el caramelo a un niño. —Apoyó las manos en las caderas, echándose la chaqueta hacia atrás de esa forma en que suelen hacerlo los hombres, y dijo—: Muchos chupasangres jóvenes vienen aquí con sus parejas humanas. Controlamos esas cosas, pero la mayor parte de las veces se trata de reuniones inofensivas... organizan algunas fiestas y, sí, se lo montan un rato.

—Ah. —Elena se dio cuenta de que no se había relacionado con vampiros jóvenes desde que despertó del coma—. Bueno, eso supondrá un problema, a menos que el asesino, si es que era vampiro, haya dejado un rastro lo bastante intenso en ella para permitirme distinguir su esencia de las demás.

Se puso los guantes de látex que había cogido en la Academia del Gremio (quizá fuese inmune a las enfermedades, pero no le hacía ninguna gracia mancharse los dedos de sangre u otros fluidos corporales) y se agachó junto al cadáver. Porque el cadáver no era una joven a quien le gustaban los nomeolvides y los vestidos veraniegos a pesar del ambiente fresco. No era alguien con piernas de bailarina. Solo era un cadáver.

—¿Puedo tocar? —preguntó mientras luchaba por mantener a raya las emociones.

—Adelante. Ya lo he hablado con los técnicos criminalistas.

La hierba le hacía cosquillas en la parte inferior de las alas. Colocó una mano al lado de la cabeza de la chica muerta para apoyarse y luego se inclinó para olisquear su cuello destrozado.

Hierro. Antiguo. Seco.

Jabón.

Perfume sintético.

Sintió un vuelco en el corazón.

Lujuria lírica y sensual, una esencia tan extraordinaria que resultaba única.

—Orquídeas negras... —susurró para sí, pero había algo... Estaba segura de haber notado trazos de un sutil matiz subyacente cuando el viento los azotó a Rafael y a ella fuera de la casa. Sin embargo, aquella esencia era muy pura. Total y absolutamente pura. Con todo, dada la naturaleza errática de su habilidad para rastrear a los ángeles, no era una prueba concluyente ni nada por el estilo.

—¿Qué? —Santiago se agachó junto a ella—. ¿Crees que podría ser cosa de un grupo de vampiros?

Elena tragó saliva, casi segura de que aquello era mucho, muchísimo peor, y

levantó un dedo para acallarlo. Luego se puso de rodillas y se acercó aún más al cuerpo para poder examinar las heridas que no estaban cubiertas por sangre reseca.

—No hay marcas de mordiscos —dijo, sorprendida—. Cortes. Cortes diminutos. —Repartidos por todo el cuerpo de la víctima. Realizados por alguien que sujetaba una hoja. Pero la verdadera cuestión era: ¿qué o quién había guiado aquella mano?

—Sí. Fue torturada. —El corpulento detective se puso en pie soltando un gruñido—. ¿El caso es del Gremio o nuestro?

—Del Gremio. —No era del todo cierto—. Esto no lo hizo ningún humano. —Se quitó los guantes y los cogió con una mano antes de aceptar la que le ofrecía Santiago para ayudarla a levantarse—. Gracias.

—De nada. El contenedor de residuos biológicos está allí arriba. —Señaló el lugar moviendo el pulgar por encima del hombro.

Elena regresó con él, se deshizo de los guantes y utilizó el teléfono móvil para llamar a Rafael.

—Hay algo que tienes que ver.

Rafael echó un vistazo al cuerpo y se quedó muy, muy quieto.

—La llaman la muerte de los mil cortes.

Mientras su mente racional consideraba las implicaciones de aquel comentario, Elena mantuvo los ojos fijos en los bonitos nomeolvides y en las anticuadas pulseras de la amistad de la muñeca de la chica. Resultaba obsceno hablar sobre antiguos métodos de tortura mientras ella yacía tumbada en la hierba con expresión inocente... pero claro, aquella expresión no era más que un espejismo.

—¿No implicaba desmembramiento?

—No cuando era Caliane quien la llevaba a cabo.

Aquella confirmación provocó un escalofrío en la nuca de Elena.

—No estoy segura del origen de la esencia —dijo, puesto que ya le había hablado de la presencia de las orquídeas negras—. Solo he percibido el aroma de tu madre un par de veces, y nunca en una situación en la que tuviera la oportunidad de evaluar los matices.

La respuesta de Rafael no fue la que habría esperado.

—Estaba hablando con Michaela cuando me llamaste.

Elena apretó el puño al oír el nombre de la arcángel. Hermosa y sensual, Michaela la detestaba desde el primer momento que la vio. Y el sentimiento era mutuo. Salvo que ya no le resultaba tan fácil tratar a Michaela como Su Alteza la Zorra Real, no ahora que sabía que había perdido a un hijo. Elena jamás olvidaría la expresión de abatimiento que había adoptado el rostro de la arcángel aquella terrible noche, en el elegante hogar de Michaela en el Refugio.

—¿Qué te dijo?

—Detecto compasión en tu voz, Elena. —Los ojos de Rafael se oscurecieron a modo de advertencia cuando se clavaron en los suyos—. No cometes nunca el error de mostrarte débil ante Michaela. Ella ha elegido su camino a seguir, y es un camino que podría haber llevado a la muerte a otro arcángel.

Ya le había dicho aquello con anterioridad, y a pesar del hecho de que su corazón humano deseaba encontrar algo bueno en Michaela, sabía que Rafael tenía razón.

—No bajaré la guardia con ella, no te preocupes.

Satisfecho al parecer con aquella promesa, volvió a concentrarse en el cadáver.

—Anoche hubo otro asesinato similar a este en su territorio.

Y si había dos...

—Mierda.

—En ese caso, atraparon al asesino. Un demente delirante.

—Ese parece ser el patrón. —Alzó la mirada al oír a los criminalistas y señaló hacia abajo—. El cadáver es todo vuestro.

Cuando se acercaron, pusieron mucho cuidado en no mirar fijamente a Rafael mientras se encargaban del cuerpo. El arcángel de Nueva York se apartó un poco, hasta colocarse justo al borde del agua.

—No puedo identificar la esencia del asesino aquí. —La frustración era como un desasosiego en las entrañas de Elena mientras lo seguía—. La zona está...

—Tal vez no sea significativo —dijo Rafael—, pero hace un rato, Dmitri me habló de un vampiro que, a juzgar por las pruebas, anoche se prendió fuego y permaneció inmóvil mientras se quemaba. Eso no lo hace un hombre cuerdo.

Elena dejó escapar un suspiro.

—Ya. Menos mal que no se lo hizo a otro. Si Dmitri conoce su nombre, puedo examinar su piso, reconocer la esencia allí y descubrir al menos si estuvo en esta zona.

—La identificación puede llevar semanas. El fuego redujo su cuerpo a cenizas, así que depende de si alguien informó o no de su desaparición. —Extendió las alas y, más arriba, todos los polis se quedaron paralizados.

Elena entendía muy bien su fascinación. Ella había tocado aquellas alas, había sentido aquel cuerpo cálido, poderoso y exigente sobre ella, y aun así se le encogió el corazón.

—Hablaré con Jason —dijo Rafael, que no se había percatado de la reacción de los humanos—. Le pediré que pregunte a sus informantes sobre otros asesinatos que podrían guardar alguna relación. —Desplegó las alas hasta lo imposible y remontó el vuelo. *Ponte en contacto conmigo en el instante en que percibas cualquier posible rastro de su presencia... Ella te aplastaría, Elena, y sin pensárselo dos veces.*

Lo sé.

Con eso, Elena dejó que se marchara. Algunas pesadillas, como ella sabía muy bien, no desaparecían en un día. Ni siquiera en un año.

Dada la crueldad del asesinato de la chica, el grotesco suicidio de su supuesto asesino y los demás estallidos de violencia repartidos por la ciudad, a Elena casi la sorprendió que los cuatro días siguientes transcurrieran en paz. Aunque se trataba de una paz tensa como la cuerda de un arco, ya que todo el mundo esperaba que sucediera algo.

Como sabía que a caballo regalado no hay que mirarle el dentado, dedicó

unas cuantas horas a colocar plantas en el solárium, y también otros de sus tesoros: la delicada máscara tallada de Indonesia terminó en la pared que había junto a la puerta; los diminutos caramelos de cristal de Murano acabaron en un cuenco situado sobre un pequeño escritorio; y el pañuelo de cachemira con bordados de seda hechos a mano colgaba de la otra pared, como si fuera un tapiz. Sus tonos azul medianoche con toques dorados resplandecían a la luz del sol.

—¿Te estás fabricando un nido, cazadora del Gremio? —le había preguntado Rafael la noche anterior, apoyado en el marco de la puerta.

Ella estaba colocando sus libros favoritos en una maravillosa estantería fabricada con madera restaurada que Montgomery le había conseguido. Cuando levantó la cabeza y lo vio, se sintió sofocada por la virilidad que irradiaba... sobre todo allí, en un lugar que ella había convertido en un exquisito refugio femenino.

—Eso es lo que hacen los cazadores. —Tenía la corazonada de que la típica sensación de hogar sería aún mucho más importante para ella en aquella nueva vida—. Pero tú y ya habías creado el nido —concluyó.

Aquella casa, a pesar de su enorme tamaño, carecía por completo de la fría elegancia de la Torre. Allí había calidez y belleza. Era un lugar donde podía desplomarse en la cama y acurrucarse bajo las mantas.

—Entonces, ¿qué es esto?

—Estoy demarcando mi territorio dentro de la casa.

Una pausa fría.

—No pienso permitir que pongas distancia entre nosotros, Elena.

Puesto que había previsto algo así, estaba más que preparada para responder.

—Necesito un lugar en el que pueda cerrarte la puerta en las narices cuando me cabreo. Me consta que ambos preferiríamos que ese lugar estuviera aquí, y no en otro sitio.

—¿Y me invitarás a esta parte del nido?

—Tal vez. —Por la expresión del arcángel, la broma no le había hecho ni pizca de gracia. Elena sonrió y estiró el brazo para coger una cajita del tamaño de un taco de notas que tenía al lado—. Tengo algo para ti.

Al igual que la anterior vez que le había dado un regalo (el anillo con ámbar de fuego), Rafael pareció sorprendido y encantado a un tiempo.

—¿Qué es esto?

—Es para la suite de la Torre. —Y en aquel momento, Elena le había ofrecido la caja con la esperanza de que él lo entendiera.

Rafael le había quitado el envoltorio para descubrir un pedazo de roca negra resplandeciente, llena de lo que parecían depósitos de oro.

—Pirita —murmuró al identificar el mineral, que brillaba con reflejos de fuego a la luz del sol—. *Shokran*, Elena.

Había vuelto a robarle el corazón al sujetar el regalo con tanto cuidado.

—Hay una segunda parte —añadió ella—. Esta noche te hablaré de la

extraña mina encantada donde conseguí ese trozo de roca. Puede que haya involucrado un antiguo sacerdote vudú Convertido en vampiro.

La expresión de Rafael había cambiado, y la intimidad de su mirada había dejado a Elena sin aliento.

Me regalas un recuerdo, consorte mía. Me siento honrado. Una inclinación de aquella cabeza de cabello oscuro. Luego volvió a guardar la roca con delicadeza en la caja.

Por supuesto, Elena se había arrojado de cabeza a los brazos de aquel ser que trataba sus regalos como si fueran joyas preciosas. No fue hasta mucho tiempo después, cuando se durmió cubierta por la calidez de sus alas, cuando comprendió que Rafael jamás había cuestionado su derecho sobre una casa en la que él había vivido durante siglos. Y eso aumentaba su sensación de hogar, creaba una nueva raíz en aquella nueva vida, en aquella nueva existencia.

Pero trabajar en el solárium fue algo que hizo en su tiempo libre... por lo general, cuando tenía los músculos hechos polvo. Porque la mayor parte de aquellos cuatro días los había pasado en el gimnasio que descubrió en el descomunal sótano situado bajo la casa; o en el aire, con unos cuantos instructores angelicales; o entrenando en el círculo de prácticas, casi siempre con Rafael y, en ocasiones, con Dmitri.

Aquel día, su oponente no era ni el arcángel ni su segundo al mando.

—La última vez que luchamos, acabaste inconsciente en el suelo. —Unos ojos verdes de pupilas verticales la observaban sin pestañear.

Elena le enseñó los dientes.

—Y también estuve a punto de arrancarte las pelotas.

—Me habrían vuelto a crecer.

—Pues te aseguro que no parecías dispuesto a perderlas en aquel momento. —Alzó la espada corta—. ¿Jugamos ya?

Veneno realizó una breve inclinación de cabeza. Su torso reflejaba un tono moreno cálido e incitante bajo la luz del sol. Sus piernas estaban cubiertas por aquellos pantalones negros holgados que parecían preferir casi todos los hombres que trabajaban allí.

—Puesto que lo pides con tanta amabilidad...

Mientras se atacaban y esquivaban el uno al otro —Veneno intentando golpear sus alas y ella tratando de arrojarlo al suelo—, Elena se aseguró de no mirarlo nunca a los ojos. Había aprendido bien la lección la última vez, cuando había estado a punto de hipnotizarla. Aquella lección le había salvado la vida en Pekín, pero no había disfrutado nada aprendiéndola y no tenía intención de repetir la experiencia. Su espada corta chocó con fuerza contra la hoja curva que él utilizaba, y sintió cómo la vibración ascendía por su brazo hasta los dientes.

Veneno levantó la segunda hoja para bloquear el cuchillo que Elena había estado a punto de clavarle en el abdomen.

—Tablas. —Aquellos ojos de víbora intentaron atrapar su mirada mientras él relajaba los músculos.

Pero Elena no era ninguna estúpida. Veneno tendría unos trescientos años y eso significaba que poseía una descomunal ventaja física.

—No te contengas. —Fue una orden pronunciada con los dientes apretados mientras se ponía fuera de su alcance.

—Debo hacerlo —replicó él, que movía en círculo los sables como si no pesaran nada. El sol arrancaba reflejos a las hojas de una forma que no tardaría en volverse hipnótica—. Acéptalo, Ellie, no puedes ganar si la cosa se reduce a fuerza bruta.

—No me llames Ellie. —Ese nombre estaba reservado a sus amigos.

El vampiro siseó y escupió veneno.

Elena se agachó, rodó y estiró los pies para derribarlo antes de que Veneno pudiera cambiar de posición con uno de sus rapidísimos movimientos serpenteantes.

—¡Alto! —gritó Illium al tiempo que se adentraba en el círculo. A Elena la había sorprendido verlo aquella mañana, ya que se suponía que el Colibrí había llegado la noche anterior. No obstante, según Illium, su madre se había retrasado debido a una tormenta y no aterrizaría hasta pasadas unas horas—. En pie, los dos.

Tras levantarse, Elena vio que Veneno hacía lo mismo y se sintió tentada de derribarlo de nuevo.

—Podrías haberme dejado ciega.

Un encogimiento de hombros sinuoso.

—Te habrías recuperado, aunque habrías sufrido muchísimo... y la próxima vez lo recordarías.

Elena cerró los ojos y contó hasta diez.

—Sí, tienes razón —dijo en cuanto abrió los ojos.

Veneno pestañeó, y sus pupilas verticales se contrajeron cuando abrió los ojos de par en par.

—Me has dejado sin palabras. —Pero no sin movimientos, al parecer, porque se inclinó para dedicarle la más elegante de las reverencias antes de enderezarse y lanzarle un beso—. ¿Otra ronda?

Illium, que tenía una expresión tan apagada como siempre aquellos últimos días, se volvió hacia ella.

—¿Te importa que lo intente yo?

—Dale una buena patada en el culo.

Illium se quitó la camisa y las botas, y extendió una mano para solicitar una de las espadas de Veneno. Sonriente, el vampiro se la entregó.

—¿Estás seguro de que podrás soportarlo, hermosísima Campanilla?

—¿Te he hablado alguna vez de mis botas de piel de serpiente? —lo desafió

Illium con una sonrisa salvaje, y Elena supo que Veneno estaba a punto de pagar los platos rotos de lo que atormentaba al ángel de alas azules.

Veneno hizo girar el sable en la mano.

—Creo que necesito unas cuantas plumas nuevas para mi almohada.

Illium adoptó una postura de combate.

—Saluda al vencedor, Ellie.

Elena se acercó a la zona del círculo donde había dejado una botella de agua, bajó las armas y se sentó sobre la hierba.

—¿Preparados? ¡Ya!

Menos de diez segundos después, tenía el corazón a punto de estallar y había olvidado por completo el agua. Porque ni Veneno ni Illium se contenían, y se movían a una velocidad letal. La punta de una hoja pasaba a escasos milímetros de un ojo; un pie estaba a punto de golpear una columna vertebral, un filo de acero a un tris de cercenar un cuello. Era como ver una pelea a cámara rápida. Las alas de Illium eran brillantes borrones azules y su cabello una masa negra salvaje con zafiros incrustados. La piel morena de Veneno reflejaba un brillo dorado, ya que el sudor que la cubría reflejaba la luz del sol.

Elena se puso en pie y los observó detenidamente en un intento de captar sus movimientos, de descubrir sus vulnerabilidades.

—¡Alto!

Ambos se separaron para mirarla, jadeantes... dos seres medio desnudos cubiertos de sudor con peligrosas espadas curvas a los costados. Illium era hermoso; y Veneno tan «diferente» que resultaba extrañamente atractivo. Juntos, pensó Elena en un rincón de su mente, formaban una pareja deslumbrante. Como habría dicho Sara: estaban para lamerlos de arriba abajo.

—Veneno ha ganado el asalto —dijo.

—De eso nada —repuso Illium, cuyo leve acento británico fue de lo más evidente.

—Tenía los dientes en tu yugular.

Elena estaba al tanto de que, si bien el veneno del vampiro no era letal para los ángeles, causaba un dolor increíble y habría roto la concentración de Illium.

Veneno se mecía sobre los talones y esbozó una sonrisa lánguida que consiguió que Illium amenazara con desmembrarlo. El comentario solo logró que la sonrisa de Veneno se hiciera más amplia... Y así empezaron de nuevo, moviéndose con una fluidez y una elegancia que los convertía en obras de arte vivientes.

Resultaba tentador limitarse a mirar, pero Elena empezó a distinguir movimientos bajos y contraataques que creyó que podría utilizar, porque de una manera o de otra, pensaba conseguir que su nombre apareciera en la lista de cazadores en activo del Gremio.

Rafael se encontraba al borde de la azotea de la Torre, contemplando

Manhattan. La ciudad tenía unas cuantas cicatrices debidas a la destrucción causada durante su batalla con Uram. Había permanecido firme y orgullosa a pesar de los terremotos y los huracanes que la habían atacado la semana anterior, y ahora brillaba con fuerza bajo los rayos de sol.

«Calla, cariño. Calla» .

Las imágenes del cadáver ensangrentado de la joven, rodeado de altas briznas de hierba, se mezclaron con la voz de su madre, pero los recuerdos no lo hundieron. Aquel día no. Aquella era su ciudad. Él la había construido y él la gobernaría, sin importar lo mucho que su madre deseara arrebatársela.

—¿Y Boston? —le preguntó a Dmitri—. ¿Algún otro problema?

—No —respondió el vampiro, que se hallaba a su lado—. Se ha mantenido en calma desde el terremoto.

Aquello no era calma, pensó Rafael. Se trataba más bien de la calma sobrenatural que se extiende por un lugar antes de que se desate el infierno.

—Yo... —Se quedó callado cuando sus sentidos percibieron algo tan inesperado que parecía imposible—. Dmitri, tendremos que continuar esta charla más tarde.

Cualquier otro miembro de su personal, incluidos los demás componentes de sus Siete, se habría retirado, pero Dmitri clavó la mirada en la manta azul brillante del cielo.

—¿Quién es?

—Lijuan.

La arcángel de China... y de la Muerte.

Dmitri soltó un juramento.

—Pondré la Torre en alerta.

Rafael extendió las alas y se elevó en el aire sobre aquella ciudad caótica y hermosa formada por acero, cristal y humanidad; una ciudad que había sido el centro desde el que había reclamado todo el territorio que ahora poseía. Lijuan lo aguardaba en las alturas, donde el aire estaba lo bastante enrarecido como para matar a un mortal. Con la silueta recortada contra el intenso resplandor del sol, tenía un aspecto tan espeluznante e inhumano como siempre, un aspecto resaltado por sus extraños ojos iridiscentes y su cabello blanco impoluto.

Se detuvo frente a ella y se dio cuenta de que aquel día se había presentado en carne y hueso.

—Me siento honrado. —Después de la destrucción de Pekín y de su «evolución», nadie había visto a Lijuan más que en los estanques de agua, que parecía preferir para establecer contacto.

—Tenía que venir a verte, por supuesto —murmuró con aquella voz que gritaba a los cuatro vientos la verdad de su ascendencia—. Ninguno de los demás me interesa en absoluto.

Elena, ¿dónde estás?

De camino a la Academia del Gremio para ver a Eve. ¿Me necesitas?

Mantente alejada de la casa hasta que te diga lo contrario. No quiero que Lijuan te vea.

La cazadora se quedó callada, pero al final no protestó, aunque Rafael sabía muy bien que no le gustaba que se relacionara con la arcángel de China.

Tén cuidado, arcángel.

Puesto que había mantenido aquella conversación al mismo tiempo que intercambiaba galanterías triviales con Lijuan, inclinó el cuerpo hacia las serenas aguas del Hudson, que convertían la luz reflejada en la superficie en un millar de esquiras brillantes.

—Ven, hablaremos en mi casa.

—Qué civilizado por tu parte, Rafael. —Lijuan se echó a reír, y el sonido resultó incongruentemente dulce en una mujer que había reanimado a los muertos y cuyo poder estaba mancillado por una pútrida oscuridad—. ¿Y todavía

te sorprende que te prefiera a los demás?

Rafael no dijo nada, y tampoco ella, al menos hasta que Montgomery cerró las puertas de la biblioteca al salir, después de servir el té. Lijuan había elegido uno de los sillones que había frente a la chimenea, y Rafael optó por el que había enfrente para actuar como un buen anfitrión. Con Lijuan, se observaban hasta las más mínimas normas de cortesía. Si las cumplían, ella se atendería a su particular código de conducta. No habría derramamiento de sangre, no mientras fuera una invitada en su hogar.

Lijuan dio un sorbo al té y dejó escapar un suspiro.

—Está claro que la forma física posee ciertas ventajas.

La última vez que se vieron en Pekín, ella le había dicho que ya no necesitaba alimentos para mantenerse con vida.

—¿Acaso tus necesidades han cambiado?

Una pequeña sonrisa que parecía inocente... si uno no se fijaba en las sombras retorcidas que había debajo.

—Mis necesidades no. Mis deseos. —Otro sorbo—. Hay cosas que el poder por sí solo no puede duplicar. —Alzó la taza de té con sus elegantes dedos y lo miró a los ojos—. ¿Cómo lo soportas, Rafael?

El arcángel enarcó una ceja y aguardó.

—La presencia de los mortales. —Agitó una mano en dirección a Manhattan—. Te rodean siempre, allí adonde vas. Como hormigas.

Aunque Aodhan le había formulado una pregunta similar, el tono del ángel estaba cargado de curiosidad, mientras que en la voz de la arcángel de China solo había desprecio.

—Yo siempre he vivido en el mundo, Lijuan.

Un suspiro.

—Lo había olvidado. Todavía no has visto tantos milenios como yo. También yo viví una vez entre los mortales.

Rafael pensó en las historias que Jason había descubierto sobre el pasado de Lijuan, en los horrores que la arcángel había perpetrado.

—Tú siempre has sido una diosa.

Un asentimiento majestuoso.

—¿La matarás?

La pregunta no lo pilló desprevenido. Supo por qué se había presentado allí Lijuan en cuanto la vio.

—Si mi madre no ha recuperado la cordura, debe ser detenida.

Dados los informes que había recibido de Nazarach, Andreas y Nimra aquella mañana, que decían que los vampiros jóvenes seguían volviéndose locos y matando de una forma que llevaba el sello de Caliane, la locura de su madre parecía, cada vez más, un hecho consumado.

—¿Y no sería mucho mejor matarla mientras duerme? —Lijuan dejó la taza

de té y soltó un suspiro de placer—. Todavía no ha recuperado todas sus fuerzas. Una vez despierta, tal vez sea imparable.

La idea de Caliane desatando una lluvia de fuego y dolor en el mundo era una pesadilla, pero...

—No es así como hacemos las cosas. —Los ángeles tenían muy pocas leyes. La única que se tenía en cuenta la mayor parte del tiempo era la prohibición absoluta de hacer daño a los niños angelicales. La hija de Neha, Anoushka, había perdido la vida por violar aquella ley.

Sin embargo, había una segunda ley importante, una ley aún más antigua. Matar a un ángel dormido se consideraba un acto de asesinato tan aborrecible que el castigo era una muerte instantánea y absoluta. Porque incluso un arcángel podía morir, pero solo a manos de otro arcángel.

—No me portaré como un cobarde. No la atacaré mientras descansa.

—No puede decirse que tu madre esté indefensa —señaló Lijuan—. Ya has visto los efectos que su poder ha causado en todas partes... La muerte ha cubierto el paisaje, e incluso en estos mismos instantes, el núcleo de lava de la tierra ha comenzado a hervir de furia.

Rafael recordó la rabia letal que lo había embargado mientras el poder de Caliane sacudía el mundo. Recordó a Astaad, que le había dado una paliza a su concubina. Y a Titus, que según el más reciente informe de Jason, había ejecutado a un inocente.

—Sí. —Su madre nunca había estado indefensa.

—En ese caso, estás de acuerdo: debe ser asesinada antes de que despierte y aterrorice al mundo.

—No, debe estar despierta.

Quizá hubiera dentro de él un pedazo del niño que había sido una vez, pero su decisión era la de un arcángel: aquella ley no podía quebrantarse, sin importar quién fuera el objetivo. Porque una vez rota, no podría restituirse. El camino se volvería cada vez más resbaladizo, y todos aquellos que dormían se convertirían en presas accesibles.

—Si podemos despertarla antes de que esté lista, se levantará débil. Eso nos dará ventaja mientras intentamos averiguar si está cuerda o no. —Si debía morir o no.

La expresión de Lijuan siguió siendo serena, pero en sus iris apareció un anillo de color negro, un negro aceitoso e intenso que Rafael no había visto jamás. Algo en él hablaba de los renacidos, de los cadáveres a los que Lijuan había animado a cobrar una vida enmudecida y hambrienta.

—Ya escapó una vez, hace muchísimos años —comentó la arcángel de China, y el anillo negro cambió... casi como si hubiera cobrado vida propia—, porque ni siquiera el poder combinado de los miembros del Grupo fue suficiente para contenerla.

—Pero entonces no contaban contigo. —Rafael halagó de forma deliberada la vanidad de Lijuan.

La mirada de la arcángel se volvió distante.

—Sí. Caliane no ha evolucionado tanto como yo. —Una leve sonrisa de satisfacción—. Y tú me acompañarás hasta la puerta, Rafael.

—No soy tu mascota, Lijuan. —Un sutil recordatorio—. Y nunca lo seré.

El cabello de Lijuan se agitaba con aquella brisa espectral que parecía afectarla solo a ella.

—Las mascotas se sustituyen con facilidad, Rafael. Para ti tengo algo en mente mucho más grande. —Un halo de poder le rodeó el rostro—. Podrías gobernar el mundo.

Lo único que debía hacer para ello, pensó Rafael mientras observaba cómo se alzaba Lijuan en el cielo azul que cubría su ciudad, era renunciar a su alma.

La lluvia empapó la ciudad aquella noche. Caía con tanta fuerza y rapidez que Elena se rodeó con los brazos mientras permanecía en pie junto a la chimenea del estudio privado de Rafael, contemplando el desolado paisaje.

—¿La madre de Illium ha llegado sin problemas?

—Sí. Cenaremos con ella mañana por la noche.

—Supuse que esta noche querría descansar. —Se estremeció cuando una ráfaga de lluvia particularmente fuerte azotó las ventanas, aunque no supo con seguridad si el escalofrío se debía a la tormenta. Tenía la piel de gallina desde que Rafael le había informado de su reunión con Lijuan.

—¿Podrías volar con este tiempo?

El arcángel, que no había apartado la vista de los documentos situados sobre el sólido escritorio que ocupaba la parte central de la sala, asintió con la cabeza. Sus alas emitían un resplandor de color ámbar.

—Tú también podrías hacerlo, aunque solo durante un rato. Tus plumas están diseñadas para repeler el agua, pero la presión de la lluvia y el viento te obligaría a sacudir las alas con mucha más fuerza para mantenerte en lo alto.

Antes, cuando observaba a los ángeles despegar desde los altísimos balcones que rodeaban la Torre, sentía un asombro reverencial. No la adoración enfermiza de aquellos que sufrían el shock angelical, sino una sencilla y profunda admiración por la belleza y la gracia sobrenatural de los de su raza.

—Nunca me paré a pensar en los entresijos del vuelo hasta que me salieron las alas. —Alas que le habían otorgado una libertad que la mayoría de las personas jamás llegaría a conocer.

El arcángel de Nueva York la siguió con la mirada cuando avanzó para situarse a su lado frente al escritorio. Las llamas que ardían en la chimenea ribeteaban de amarillo anaranjado el tono azul cristalino de sus ojos.

—¿Qué es lo que te ronda la mente, Elena?

—¿El vampirismo cura la parálisis? —Obcecada con los imbéciles a los que

daba caza en el trabajo, jamás había entendido por qué la gente estaba dispuesta a firmar un contrato que le garantizaba un siglo de esclavitud tan solo para vivir más. Pero la insolente observación de Veneno sobre que sus pelotas volverían a crecer le había hecho devanarse los sesos, tanto que había investigado un poco en la biblioteca de la academia—. Sé que el proceso cura muchas otras enfermedades, pero ¿sana las lesiones de columna?

—No es un proceso instantáneo —dijo Rafael—. Dependiendo de la gravedad de la lesión, el vampirismo puede tardar hasta cinco años en desarrollarse lo suficiente en las células para poder reparar los daños. No muchos ángeles están dispuestos a esperar tanto.

Elena se mordió el labio inferior.

—Tendrás que conseguir su sangre.

Sabía que él no se lo negaría, pero aun así... tenía el corazón en un puño.

—Tendré que robársela. No le hablaré de esa posibilidad a menos que esté cualificado para entrar en la lista de Candidatos. —Vivek ya había sufrido bastante—. Dame un tiempo para descubrir cómo puedo hacerlo.

El cabello de Rafael reflejó la luz de las llamas cuando él asintió.

—Te oí hablar antes con Sam.

—Es un parlanchín. —El niño tenía un don para conmovérlo—. Dice que Jessamy lo obligó a hacer más deberes porque se portó mal, pero no quiso contarme qué había hecho.

Había sido un placer para ella notar que el niño volvía a ser el de siempre. Los recuerdos del trauma que había sufrido, según le habían dicho a Elena, resurgirían muy despacio, y eso le daría tiempo para adaptarse.

—¿Sus padres ya han empezado a hablar con él? —preguntó Rafael, que había adivinado el hilo de sus pensamientos con una precisión increíble.

Elena se apoyó en él para disfrutar de la calidez de sus músculos.

—A veces me hace preguntas de lo más extrañas, pero la mayor parte del tiempo solo quiere que le confirme que todo el mundo del Refugio salió en su busca. Cree que eso es algo alucinante.

—Muy inteligente por parte de sus padres... —murmuró Rafael, que apoyó un ala sobre las de ella cuando las desplegó—. De esa forma, cuando los recuerdos vuelvan, esa búsqueda, el hecho de saberse tan amado, será lo que más destaque, no el dolor y el terror.

—Sí. —En aquel instante, Elena se fijó en los papeles que había sobre el escritorio—. ¿Qué es esto? —Cogió lo que parecía ser una carísima invitación. El papel pesaba mucho, y tenía grabadas una «E» y una «H» entrelazadas.

—Abre el sobre.

Consciente de que él la observaba con una expresión misteriosa, Elena levantó la solapa, sacó una tarjeta y leyó las palabras que habían sido escritas con una delicada caligrafía y una tinta negra impecable.

Os invitamos a ti y a tu consorte a nuestro hogar, Rafael. Será una delicia poder compartir las comidas con otra pareja que entiende que el amor no es una debilidad. No faltéis.

El mensaje finalizaba con una firma de lo más elegante, en la que la «H» del nombre se curvaba con delicadeza hasta convertirse en una obra de arte. Elena sonrió con deleite mientras seguía con el dedo la sinuosa forma de una serpiente mítica.

—Hannah —murmuró, y se acercó el papel a los ojos para poder observar todos los detalles ocultos en aquella única letra—. Asombroso.

—Hannah es una artista. —Y la consorte de Elijah, otro de los arcángeles.

Elena levantó la vista para mirarlo; con aquella luz, los ojos de Rafael reflejaban el color del amanecer.

—¿Hay en el Grupo otras parejas que lleven tanto tiempo?

—Eris es el marido de Neha, no su consorte. —Rafael no había vuelto a verlo desde hacía trescientos años, y ya antes de eso, Eris no era más que una de las criaturas de Neha.

Elena volvió a meter la invitación en el sobre y lo dejó encima del escritorio.

—Me gustaría conocer a Hannah.

—Elijah es el único arcángel —señaló él, apartando los documentos y rodeándole la cintura con las manos para sentarla sobre la sólida superficie— en quien podría llegar a confiar. —Se acomodó entre sus muslos y apoyó las manos a ambos lados de sus caderas—. Pero no te llevaré al corazón de su territorio. Todavía no.

La expresión de su cazadora cambió, se volvió pensativa.

—No —murmuró ella—. Todavía no. Eso te volvería demasiado vulnerable. Pero doy por sentado que Hannah es lo bastante poderosa a estas alturas para que a Elijah no le importe traerla al tuyo, ¿verdad?

Rafael cerró los dedos en torno a los fuertes músculos de su muslo.

—Nunca se lo he preguntado.

Puesto que antes de que llegara Elena Hannah era la única consorte entre los arcángeles, siempre había sido considerada como algo intocable, algo que debía protegerse. No se había tratado con la misma cortesía a Elena, y no solo porque hubiera sido mortal, sino porque era una cazadora nata, una guerrera.

Su consorte le rodeó el cuello con los brazos.

—Envíale una invitación. Quiero hablar con ella... Podría aprender muchas cosas a su lado.

Rafael colocó la mano libre sobre sus costillas, justo por debajo de la curva del pecho.

—No puedo pedírselo, Elena. La invitación la envió la consorte de Elijah, y debe ser respondida por la mía. Hay que seguir el protocolo.

Elena frunció el ceño hasta unir las cejas.

—¿Cómo es posible que exista un protocolo si solo hay dos consortes?

—¿Me estás llamando mentiroso? —Antes de conocer a su cazadora, nunca le había gustado bromear.

Elena enterró los dedos en el cabello de su nuca y comenzó a mordisquearle la mandíbula.

—No sé cómo se hacen esas cosas elegantes...

—Eres mi consorte. —Le dio un beso en la mejilla—. Puedes hacer las cosas como te plazca.

Aquellos ojos grises, ribeteados por un finísimo aro de la más pura plata, lo miraron fijamente mientras ella le presionaba la nuca con los dedos.

—¿En serio? En ese caso, creo que lo que más me «placería» en estos momentos sería distraerte un poco.

Rafael le permitió que se acercara e inclinó la cabeza para poder apoderarse de aquella boca testaruda, de aquellos labios suaves. Elena sabía a fiera apenas contenida, a brillante y cegador fuego mortal. Preparado para la llamarada, Rafael se sorprendió al sentir que ella alzaba las manos para encerrar su rostro y sujetarlo con una ternura que echó por tierra todas sus defensas.

—Déjame amarte esta noche —susurró.

Hipnotizado, Rafael no protestó cuando ella se bajó del escritorio, apagó las luces y se dio la vuelta para abrazarlo al amparo del cálido resplandor de la chimenea. Mientras la observaba, Elena desanudó las correas que mantenían su top negro ceñido al cuerpo y luego lo arrojó a la alfombra... dejando al descubierto esos pechos maravillosos que él había marcado con sus besos más de una vez. Aquella noche era el fuego lo que la marcaba, un fuego que oscilaba sobre su piel y le daba un resplandor rojo y dorado. Un fuego que creaba sombras tórridas que él deseaba explorar con su boca, con su cuerpo.

Elena suspiró de placer cuando deslizó la mano por la curva de su cintura, pero empezó a desabrocharle la camisa. Rafael arrojó la prenda al suelo en el instante en que ella acabó, ya que quería sentir sus manos sobre la piel. Y Elena le dio justo lo que quería. Apoyó las palmas sobre su pecho y acarició sus pectorales, sus costillas, su abdomen.

—Podría hacer esto durante horas —murmuró mientras exploraba las colinas y los valles de su cuerpo con una lentitud que hizo que su miembro empezara a palpar.

Tras cubrirle los pechos con las manos, Rafael se inclinó para darle un beso en el hombro.

—Mucho me temo que tu consorte no posee tanta paciencia. —Él utilizó los pulgares para frotarle los pezones cuando ella le enredó los dedos en el cabello y tiró de su cabeza para seducirlo con su boca.

Cuando se apartó para dejar un reguero de besos en su cuello, su pecho y... más abajo, Rafael lo permitió. La noche aún era joven, y había descubierto que

le encantaba que Elena lo amara.

¿Qué perversidades tienes planeadas para esta noche, cazadora del Gremio?

Elena, que estaba arrodillada delante de él con las alas extendidas (un extraordinario despliegue que empezaba con el brillante tono de la medianoche, seguía con el añil, pasaba después a aquel azul mágico que precede al amanecer y terminaba en un resplandeciente blanco dorado bañado por la luz del fuego), alzó la cabeza para mirarlo con una sonrisa provocativa.

—Tendrás que esperar para averiguarlo. —Alzó una mano para desabrocharle los pantalones y rozó la rigidez de su pene con la yema de los dedos.

Rafael, sin el más mínimo reparo, la ayudó a quitar lo que le quedaba de ropa y permaneció desnudo y excitado delante de ella.

Era tan orgulloso, pensó Elena, tan hermoso... Rodeó su erección con los dedos y lo acarició una vez, con suavidad. La mano del arcángel se aferró a su cabello, y cuando Elena levantó la mirada, vio que Rafael había echado la cabeza hacia atrás. Los tendones de su cuello estaban tan tensos y marcados que deseó levantarse para mordisquearlos. Y luego estaban sus alas, magníficas en todo su poder.

Aquel ser era como una adicción. Y era suyo. Para tomar. Para dar. Para el placer.

Colocó la palma de la mano libre sobre los impresionantes músculos de su muslo y se inclinó para lamer el extremo de su miembro.

Elena...

Una advertencia. No quería bromas.

Otra noche cualquiera habría hecho caso omiso de su advertencia, pero aquella noche deseaba amarlo con dulzura y pasión. Deslizó la mano hasta la base de la erección y cerró la boca sobre el extremo. Rafael soltó un grito entre dientes y le tiró del pelo mientras los músculos del muslo se ponían duros como una piedra. Y su sabor... Elena gimió alrededor de la rígida vara cubierta de suave piel aterciopelada y bajó un poco más. Succionó con fuerza.

Un tirón más fuerte del pelo.

Ahora, Elena.

Ella aún no estaba satisfecha, ni de lejos, pero había otras formas de saciar su hambre. Deslizó la lengua por la gruesa vena que recorría su pene y luego se puso en pie. Lo empujó hasta que las rodillas de Rafael golpearon el respaldo de uno de los sillones que estaba cerca del fuego.

—Siéntate.

Una ceja enarcada. Pura arrogancia masculina.

Aunque ciertas partes de su cuerpo ya habían empezado a palpar con el más oscuro de los anhelos sexuales, Elena sonrió y se apartó un poco para quitarse los vaqueros y las braguitas. Esta vez, cuando se apretó contra la suavidad musciosa

del torso de Rafael, él se sentó y deslizó las manos sobre sus costillas antes de apoyarlas en sus caderas. En lugar de tirar de ella, como Elena esperaba, se inclinó hacia delante para besarle el ombligo.

Eres mía, cazadora.

Con el corazón henchido de emociones, Elena le pasó los dedos por el pelo.

—Te amo, arcángel.

Su cuerpo empezó a temblar al sentir su aliento cálido sobre la piel, la áspera caricia de su mandíbula. Cuando el arcángel levantó la cabeza, ella no esperó. No pudo esperar más. Se sentó a horcajadas sobre él y ajustó su posición a fin de guiarle hacia la ultrasensible entrada de su cuerpo. Un instante después, comenzó a descender muy lentamente mientras él le sujetaba las caderas con fuerza.

Cuando logró enterrarlo por completo en su interior, un súbito estremecimiento la recorrió de arriba abajo. Lo sujetó dentro de ella y lo acarició con los músculos internos hasta que Rafael empezó a susurrarle promesas de compensación. Entonces, colocó las manos sobre sus hombros y le dio un apretón.

—Sujétame bien, arcángel.

¿Quieres cabalgar esta noche, hbeebti? Unas manos fuertes se deslizaron sobre sus muslos para agarrarla justo por debajo de las rodillas mientras Rafael le succionaba el labio inferior para incitar una perezosa batalla de lenguas.

Desde luego que sí. Y mientras la tormenta rugía con furia al otro lado de la ventana, Elena enterró al arcángel en su interior lenta y profundamente, una y otra vez, hasta que un cegador estallido de placer los lanzó a ambos al abismo.

Al día siguiente, puesto que había recibido un mensaje por la mañana temprano, Elena aterrizó frente a una casa de la zona de Palisades. Alejada de la calle y cubierta de una vegetación muy bien cuidada, denotaba dinero a raudales. Incluso la arquitectura —antigua, elegante y eterna— le decía a gritos que estaba contemplando algo que había costado millones.

Yo podría permitirme algo así, pensó.

Era una idea sorprendente. No dejaba de olvidar que ahora era rica, que el Grupo (a través de Rafael) le había pagado los honorarios que habían acordado cuando «aceptó» la misión de Uram. Soltó un resoplido al recordar con exactitud cómo había acabado inmersa en aquel maldito embrollo sangriento. Plegó las alas contra la espalda y contempló la brillante puerta negra del hogar que se encontraba a tan solo unos pasos de distancia.

Estrecha. Demasiado estrecha para las alas angelicales.

Era una estupidez sentirse rechazada. Su hermana Beth había vivido allí con su marido, Harrison, desde el día en que se casaron. Por entonces ambos eran humanos. Más tarde, Harrison había rellenado la solicitud para Convertirse en vampiro, había sido aceptado... y había roto el contrato de servicio de un siglo que había firmado como condición para ser Convertido. Elena fue la cazadora que lo capturó para que se enfrentara a su castigo. Harrison no entendía que no podía esconderse durante toda la eternidad, que cuanto más tardara su ángel en recuperarlo, peor sería el precio que tendría que pagar.

Como resultado de la antipatía de Harrison, a Elena nunca la habían invitado al hogar de Beth. No estaba resentida con su hermana por apoyar a su marido, y había hecho lo posible para que Beth lo supiera. De igual modo, se negaba a desaparecer de la vida de su hermana pequeña. Sin importar lo que ocurriera, Beth sabía que podía coger el teléfono para llamarla y que Elena acudiría.

La puerta se abrió de par en par en aquel instante y dejó al descubierto a una despampanante mujer con el cabello rubio rojizo, ataviada con lo que parecía un suéter de cachemira color crema y una falda de lunares hasta la rodilla. Tenía un cuerpo lleno de curvas, muy femenino.

—¡Ellie! —Su hermana echó a correr—. ¡Ellie!

Cuando atrapó el cuerpo de Beth, más menudo y delicado, Elena sintió que el

tiempo volvía atrás, hasta la infancia. Beth siempre había sido la pequeña, y no dejaba de perseguirla, igual que ella perseguía a Ari y a Belle. Ahora, solo quedaban dos de las cuatro hijas que Marguerite había dado a luz... y Elena se había convertido en la hermana mayor.

—Hola, Bethie.

Beth siguió rodeándola con los brazos, con el rostro húmedo enterrado en su cuello.

—No viniste a verme a mí primero. ¡Se suponía que debías venir a verme a mí primero!

Otro amargo recordatorio de la infancia, la insistencia de Beth en ser lo primero en la vida de Elena.

—¿No has vuelto hoy mismo? ¿No estabas en las islas Caimán?

Su hermana sorbió por la nariz.

—Tienes alas. Podrías haberme traído volando. —Tras apartarse por fin, Beth extendió los brazos y acarició la parte superior de una de sus alas.

Era una zona sensible, un lugar que solo le permitía acariciar a Rafael.

—Más abajo, Beth —dijo con deliberada dulzura.

Beth cambió la posición de las manos de inmediato. Siempre la hermana pequeña, acostumbrada a recibir órdenes.

—Son tan bonitas, Ellie... —Palabras dulces. Ojos brillantes de un azul turquesa transparente heredado de Marguerite. Un momento único que nada tenía que ver con las decisiones que ambas habían tomado—. Me alegra que tengas alas. Siempre quisiste volar.

Un recuerdo súbito. Elena con su capa casera, « volando » detrás de una Beth que se partía de risa. Resultaba imposible no sonreír.

—¿Cómo estás?

Su hermana encogió los hombros y bajó la mano.

—Bien.

Preocupada por la respuesta apagada de una hermana que siempre había sido enérgica, casi histérica, Elena le apartó el pelo de la cara.

—Sabes que puedes hablar conmigo. ¿Alguna vez te he dado la espalda?

—Devolviste a mi marido a su ángel. —Petulancia sin disimulos.

—Beth...

Harry había elegido su destino cuando solicitó la Conversión... y, a diferencia de Vivek, era un humano sano que podría haber tenido una larga vida mortal. Si la servidumbre que había acordado ahora le resultaba molesta, no podía culpar a nadie más que a sí mismo.

La expresión resentida de Beth desapareció, y su rostro pareció desmoronarse cuando empezó a llorar entre grandes y ruidosos sollozos. Conmovida por el dolor de su hermana, Elena la estrechó entre sus brazos y comenzó a mecerla.

—Habla conmigo, Bethie. Dime qué pasa. —Para que pueda solucionarlo.

Eso era lo que hacía siempre. Una especie de obligación autoimpuesta.

Incluso después de que Jeffrey la echara del Caserón, Elena se había puesto en contacto con Beth todas las semanas para asegurarse de que su hermana estaba bien. Beth también había permanecido ligada a ella, a su manera. Cuando Jeffrey había arrojado sus cosas a la calle, había sido la dulce y obediente Beth quien había salido para salvar los tesoros más preciados de Elena de las inclemencias del tiempo. Lo había hecho en secreto, pero lo había hecho.

«—Yo no soy tan fuerte como tú, Ellie. —Palabras susurradas mientras permanecían escondidas a la sombra del Caserón—. Lo siento.

—No llores, cielo. —Elena había abrazado a su hermana y la había estrechado con fuerza—. No pasa nada. Yo tengo bastante fuerza para las dos.»

En aquel momento, Elena apretó los labios contra la sien de su hermana.

—¿Beth?

—Ay, Ellie... —Se apartó con un hipido. Utilizó un pañuelo para limpiarse la cara y consiguió seguir pareciendo hermosa a pesar de los ojos hinchados y de que la punta de la nariz se le había puesto roja—. No van a Convertirme, Ellie. Ese era el plan que teníamos Harry y yo: ambos nos convertiríamos en inmortales y viviríamos juntos para siempre. Pero me han dicho que no me Convertirán.

A Elena se le heló la sangre. Le había preguntado a Rafael sobre Beth, y había descubierto que su hermana no era biológicamente compatible. Si le inyectaban la toxina que convertía a los humanos en vampiros moriría o se volvería loca sin remedio.

—Lo siento...

—Ahora eres un ángel, Ellie. —Beth la agarró por los hombros, y sus ojos tenían el brillo de un faro en la oscuridad—. Puedes Convertirme. O pedirle a tu arcángel que lo haga. Por favor, Ellie. Por favor...

Magullada y abatida por la discusión que había tenido lugar después de decirle a Beth que no había nada que ella pudiese hacer, Elena no estaba de humor para realizar la siguiente tarea de la lista. Pero...

—Ya he sido una cobarde durante bastante tiempo.

Metió la llave en el enorme candado amarillo y la giró. La primera vez que vio aquella llave, dio por hecho que Jeffrey había alquilado un pequeño almacén para guardar las cosas de la niñez de ella... de su madre. Sin embargo, aquel lugar tenía el tamaño de una habitación grande y contaba con una puerta metálica enrollable.

Sara, que estaba apoyada en el guardamuebles contiguo con los brazos cruzados sobre la chaqueta de su traje color ciruela, negó con la cabeza.

—No es cuestión de ser cobarde o no. Ya lo sabes. Esto duele que te mueres.

Sí, dolía. Muchísimo.

« Perdonadme, pequeñas mías.»

La furia, la tristeza y el amor formaban una mezcla cáustica en su interior. Se trataba de una sensación familiar: lo que sentía por Marguerite nunca había sido algo sencillo.

—Gracias por acompañarme. Sé que estás muy ocupada.

—Si me lo agradeces otra vez, tendré que darte una patada en el culo. —Sara bajó el brazo para ajustarse la tira de sus zapatos de tacón de ocho centímetros—. Con todo, debo admitir que me sorprende que ese arcángel alto, omnipotente y peligroso no esté contigo.

—Te necesitaba a ti. —A la mujer que era más de su familia que la gente con la que compartía lazos de sangre—. Rafael entiende la amistad, aunque él no lo crea. —Había forjado vínculos de acero con sus Siete, sobre todo con Dmitri.

Una vez que el candado se abrió, Elena lo sostuvo en una mano mientras utilizaba la otra para empujar la puerta hacia arriba. La luz iluminó primero el suelo del interior y, un instante más tarde, la caja que se encontraba más cerca de la puerta.

Una deshilachada manta naranja colgaba del borde.

Con el corazón en un puño, Elena intentó seguir empujando la puerta, pero no pudo. Su cuerpo se había quedado paralizado.

—Sara...

Su mejor amiga colocó la mano en la puerta.

—¿Hacia dónde, Ellie? ¿Arriba o abajo?

«—Vamos, bebé... —Palabras risueñas pronunciadas con una voz ronca de acento marcado—. Sube a bordo.

Trepó a la cama con la manta sobre los hombros para acurrucarse entre su madre y Ari.

—¡Oye! —Protestó Ari antes de llenar de besos el rostro sonriente de Elena—. Pequeño mono grasiento...»

—Ellie.

En cuanto regresó al presente, Elena bajó la puerta y volvió a ponerle el candado con dedos temblorosos.

—No puedo hacerlo. —Notaba un nudo en la garganta y tenía las palmas de las manos húmedas—. Dios... No puedo. —Se desplomó sobre el suelo, de espaldas a la puerta.

Sara se agachó a su lado, sin preocuparse por las medias.

—Esto ha esperado todo este tiempo. Puede esperar un poco más. —Colocó la mano sobre el brazo de Elena para darle un apretón—. Tienes un motón de cosas que asimilar, todo lo sucedido durante el último año y medio. Esto no corre prisa.

—No sé por qué me afecta tanto. Ahí hay muy buenos recuerdos. —Salvo excepciones, comprendió de repente, incluso los mejores recuerdos podían

cortar como cuchillos—. Sara... —Pronunció el nombre de su amiga a toda prisa —. Tengo que contarte algo sobre mi pasado.

—Aquí me tienes.

Al escuchar aquella sencilla frase de aliento, Elena respiró hondo... y le habló por fin a su mejor amiga del monstruo que había destrozado a Ari y a Belle hasta convertirlas en muñecas macabras en una cocina empapada de sangre; hasta que su madre se convirtió en una mujer que gritaba, gritaba y gritaba; hasta que su padre fue un desconocido que odiaba a la mayor de las hijas que había sobrevivido.

—No pude contártelo antes —susurró—. Ni siquiera era capaz de pensar en ello.

Las lágrimas surcaban el rostro de Sara.

—Por eso te despertabas gritando.

Habían sido compañeras de habitación en la Academia del Gremio, y también después de graduarse.

—Sí. —Una parte de ella no había dejado de gritar desde aquel sangriento día ocurrido dos décadas atrás.

A pesar de la amistad inquebrantable de Sara, a pesar de la liberación física proporcionada por los entrenamientos de vuelo que realizó más tarde, Elena no pudo deshacerse de la melancolía que la había sumido en un negro abismo emocional. Mientras se duchaba antes de la cena, los sucesos del día cayeron sobre ella como una lluvia implacable. Peor aún que la crisis nerviosa que había sufrido en el almacén había sido la expresión de Beth de mujer traicionada cuando se alejó de ella.

«Moriré, Ellie. Moriré y tú seguirás viva.»

Intentó que el agua se llevara el dolor que le oprimía el corazón, pero no tuvo éxito. Cuando sintió un escozor en los ojos, pensó que se le había metido champú en ellos e inclinó la cabeza hacia el chorro de agua. No podía ignorar el hecho de que, con el paso de los años, tendría que ver arrugas en un rostro que siempre había sido más joven que el suyo. Y que un día contemplaría la tumba de Beth.

Incapaz de soportar aquella idea, cerró el grifo y salió de la ducha... para caer en los brazos de un arcángel.

—Estoy mojada. —Las palabras brotaron de sus labios sin más.

Rafael estrechó su cuerpo empapado.

Senti el eco de tu dolor, Elena.

Sabía que, alterada como estaba, él podría haber leído los motivos de aquel dolor en su mente sin que ella se hubiera dado cuenta. Seguro que había tenido que luchar contra el impulso de hacer exactamente eso.

—No es nada —dijo. El dolor era demasiado intenso para compartirlo—. Nada nuevo.

Una ráfaga de viento y lluvia en su mente, una ráfaga cargada con la furia

desatada de la tormenta.

¿Tu padre otra vez?

—No. —Era lo único que podía responder sin romperse en mil pedazos—. No puedo hablar de ello todavía, Rafael.

Una pausa cargada de poder.

Una pausa que pretendía recordarle que el ser a quien ella consideraba su amante, su consorte, no era humano en ningún sentido. Aun así, Elena no se apartó, no se puso en guardia. Aquello también resultó duro, pero Rafael la había recogido mientras caía, dispuesto a dar su vida inmortal por ella, por una cazadora, una hija repudiada... y ahora también una hermana odiada.

Sintió una mano enorme y cálida en la parte baja de la espalda.

—En ese caso, hablaremos en otro momento. Pero hablaremos.

Al notar que sus instintos se liberaban del dolor que la ahogaba, Elena alzó la cabeza.

—Creí que ya habíamos discutido el asunto de darme órdenes...

Un azul infinito, despiadado.

—¿En serio? —preguntó él. Elena notó una mullida suavidad a su alrededor cuando el arcángel la envolvió con una toalla, alas incluidas—. Hoy he tenido una visita.

—Estás cambiando de tema. —Y parecía tan poco dispuesto a pedir disculpas por ello que Elena supo que estaba a punto de dejar que la arrastrara hacia otros pensamientos.

Una sonrisa lánguida.

—Lijuan.

Una intensa preocupación se izó por encima de cualquier otro sentimiento.

—¿Otra vez? —El hielo ascendió por su espalda al recordar la devoción y el dolor que había visto en el rostro de uno de los renacidos que había amado a su señora... y también cómo aquel mismo renacido había destrozado a un hombre con sus manos hasta que las vísceras quedaron a la vista.

—Sabía que se había quedado en mi territorio —dijo Rafael—, pero aun así fue una visita inesperada.

Elena le permitió que le frotara el pelo con una segunda toalla mientras ella se sujetaba la primera entre los pechos. Luego le acarició el torso cálido con los dedos.

—¿Y bien? ¿Qué quería esta vez?

Rafael dejó la toalla en el suelo y enterró los dedos en su cabello húmedo. Su mirada se tiñó de un color cobalto oscuro, impenetrable.

—Lo mismo. Convencerme de que asesine a mi madre.

Elena seguía desconcertada media hora después, mientras terminaba de secarse el pelo. Se volvió para coger el vestido que había aparecido sobre la cama y miró a Rafael.

—Tenemos que encontrar a tu madre antes de que lo haga ella, ¿verdad?

—Sí. —Rafael, que solo llevaba encima los pantalones negros del traje, se apoyó en la pared con los brazos cruzados mientras la recorría de arriba abajo con la mirada—. No has formulado la cuestión más obvia, Elena. Y tampoco has preguntado por su visita anterior.

Elena se había quitado la bata para ponerse el vestido (de un vibrante tono azul, por supuesto), así que solo llevaba unas medias finas de color verde menta que tenían una flor blanca de seda a un costado, justo por debajo de la cadera. Estaba claro lo que su arcángel pensaba sobre su estado de desnudez.

—Creo que deberías poner en marcha el aire acondicionado —murmuró.

Una sonrisa lenta cargada de pura seducción.

—Ven aquí, cazadora.

Elena negó con la cabeza, cogió el vestido y se lo puso por las piernas. A diferencia del vestido que se había puesto para el baile de Lijuan, aquel no era largo hasta los tobillos, sino que acababa unos centímetros por encima de las rodillas. La tela se ajustaba a sus caderas antes de abrirse en una falda suelta. El bonito corpiño sin espalda proporcionaba el soporte adecuado para sus pechos, una consideración que una cazadora siempre debía tener en cuenta, pero se cerraba con un resplandeciente botón de cristal.

Elena no habría elegido un vestido semejante ni en un millón de años, pero tenía que reconocer que resultaba sexy y elegante a un tiempo.

—¿Cuál es la cuestión más obvia? —preguntó después de insertar el botón en el ojal.

—Si sería o no adecuado unirse a Lijuan para buscar a Caliane y ejecutarla mientras duerme.

—Es tu madre, Rafael. Es evidente que no puedes destruirla sin saber si se ha curado, si ha recuperado la cordura. —Se volvió hacia el tocador, se recogió el pelo y lo retorció para hacerse un moño suelto que Sara le había enseñado—. Vuestras leyes existen por una razón. Seguro que hay otros ángeles que despertaron del sueño en mejores condiciones que cuando se durmieron.

Bajó la vista para coger una horquilla, así que no estaba preparada para la abrasadora caricia del beso que el arcángel le dio en la nuca, ni para sentir el peso de sus manos sobre las caderas.

—Estoy casi convencido de que despertará tan loca como cuando empezó a dormir, pero...

—... es tu madre. —Elena, mejor que nadie, entendía las emociones contrarias que lo desgarraban por dentro.

—Sí.

Elena notó el roce de sus dientes sobre la piel y sintió un escalofrío.

—Llegaremos tarde.

Rafael alzó las manos para cubrirle los pechos. Y se los apretó. Antes de

apartarse, le dio otro beso en aquel lugar sensible situado en la curva del cuello.

—Haces bien en recordármelo, Elena. Le debo respeto al Colibrí.

Cuando terminó de hacerse el moño, Elena se aplicó un poco de color en los labios y se volvió hacia Rafael cuando este cogía la camisa. La prenda, de un blanco deslumbrante, tenía bordados negros a juego con el diseño de sus alas a ambos lados de las ranuras de la espalda y destacaba la escabrosa pureza de su belleza masculina.

—Sé que el Colibrí fue quien te encontró al final —le dijo, y sintió un vuelco en el corazón al imaginárselo tendido y destrozado en aquel desolado prado en el que su madre lo había abandonado—. Pero los vínculos entre vosotros... no se deben solo a eso, ¿verdad?

La luz del atardecer se reflejó en las alas del arcángel cuando este respondió.

—No solo me salvó. También se comportó como una madre siempre que se lo permití.

—Aunque no se lo permitiste muy a menudo, ¿no es así?

—No.

La tierra tembló en aquel preciso instante, lo suficiente para que Elena se aferrara al hombro de Rafael en busca de equilibrio.

—Un pequeño temblor —dijo el arcángel cuando cesó—. Los informes aseguran que el clima se está calmando en todo el mundo.

Elena se hundió en el azul de sus ojos cuando él terminó de recorrerla con la mirada y levantó la vista.

—¿Y eso son buenas o malas noticias?

—Eso significa que está a punto de despertar.

Elena echó un vistazo al Colibrí cuando esta entró en el salón del brazo de Illium... y se quedó sin aliento.

Michaela era hermosa, quizá la criatura más hermosa que hubiera vivido alguna vez sobre la tierra, pero aquella mujer era radiante. Era la única palabra que se le ocurría para describirla. Tenía los ojos de un chispeante color champán, el cabello negro azabache con puntas de oro, la piel apenas bronceada del sol... y las alas de un añil salvaje e inesperado, con plumas veteadas de un dorado tan claro como la luz solar.

Cuando sonrió, sus pestañas descendieron por un instante y Elena pudo ver que también tenían las puntas doradas.

—Hola —dijo la madre de Illium—. Me llaman el Colibrí, pero tú puedes llamarme Sharine.

Elena tomó las manos que Sharine le ofrecía, incapaz de negarse. Eran pequeñas, delicadas, y guardaban una proporción perfecta con su metro cincuenta de estatura.

—Soy Elena.

—Oh, lo sé. —Una risa formada por polvo de diamante suspendido en el aire—. Mi niño me lo ha contado todo sobre ti.

Cuando miró a Illium, Elena esperaba verle con el ceño fruncido en plan jugueteón, pero el ángel de alas azules observaba a su madre con una tristeza silenciosa que borró la sonrisa de la cazadora.

—Su niño —le dijo al final al Colibrí— es muy hermoso.

—Sí, debo tener cuidado... La niñas comenzarán a perseguirlo en cuanto crezca un poco más. —La mujer clavó la vista en un punto situado por detrás de Elena—. Rafael... —Sonrió con tanto amor que a Elena se le encogió el corazón y luego caminó hacia los brazos del arcángel—. ¿Cómo está mi otro niño? No, tú nunca fuiste mi niño. Pero sí mi hijo.

Elena observó con fascinación cómo Rafael agachaba la cabeza y permitía que Sharine le alisara primero el pelo y luego la camisa. Jamás le había visto inclinar la cabeza ante ningún otro ser, hombre o mujer, pero trataba al Colibrí con el mayor de los respetos... y de los cuidados. Con el mismo cuidado con el que se maneja un objeto roto.

Cuando volvió a mirar a Illium, Elena no pudo soportar lo que vio en aquel rostro que era un sueño de belleza. Acortó la distancia que los separaba y cerró los dedos alrededor de uno de sus musculosos brazos ya que, al igual que en el Refugio, iba desnudo de cintura para arriba. Sin embargo, aquella noche su pecho mostraba un dibujo de un gigantesco pájaro en pleno vuelo.

—Es asombroso... —Le bastó una mirada rápida para darse cuenta de que el pájaro era una versión estilizada de Illium.

—Mi madre —explicó él con una voz solemne que Elena nunca le había oído — fue quien enseñó a Aodhan a dibujar y a esculpir. Servirle de lienzo se considera un gran honor entre los ángeles.

Elena miró a Rafael y vio que Sharine había apoyado una mano en su pecho para alisarle una arruga inexistente.

—Hace muchos días que no nos vemos —dijo ella—. Cinco o seis, por lo menos.

Elena frunció el ceño. Sabía que Rafael no había tenido contacto físico con ella desde hacía más de un año, pero las palabras de Sharine no tenían el más mínimo rastro de humor, nada que indicara que lo estaba regañando sutilmente por haber dejado que pasara tanto tiempo. De repente, sus palabras anteriores, lo de referirse a Illium como su « niño » , tomaron un matiz más sombrío.

—Sí —dijo Rafael con una sonrisa lánguida—. Sabía que vendrías a verme antes de que llegara el séptimo.

Sharine se echó a reír, y el sonido fue como cálidas gotas de lluvia sobre la piel de Elena.

—Ella está...

—Lo sé. —Los músculos de Illium se tensaron bajo sus dedos—. Ellie...

—Chist. —Elena se inclinó hacia él y le rozó las alas con las suyas—. Ella te ama, y ama a Rafael. Eso es lo único que importa.

—Sí. —Esbozó una sonrisa cuando el Colibrí se dio la vuelta hacia él con la mano extendida, y se acercó a ella para ayudarla a sentarse.

La cena fue mágica. Elena ya había oído a Rafael utilizar su voz de esa forma que más bien parecía una caricia física, pero Sharine había convertido aquella habilidad en un arte. Oírla era como estar rodeado de un millar de sensaciones, miles de brillantes serpentinatas destellando.

Y las historias que contó sobre la infancia de Illium y de Rafael... Maravillosas historias de valentía y locura, narradas con el orgullo que una madre siente por sus hijos. Sharine no había dado a luz a Rafael —pensó Elena más tarde mientras se encontraba en su terraza privada contemplando cómo se alejaba el Colibrí con Illium a su lado—, pero lo quería como si fuera su hijo.

—Me recuerda a una espléndida flor de invernadero.

—Una flor marchita —comentó Rafael desde detrás. Le apoyó las manos en los hombros y la acercó hasta tenerla contra su pecho. Luego deslizó un brazo por

delante de su cintura para mantenerla en aquella posición—. Si quieres saber el resto de la historia, tendrás que preguntárselo a Illium.

Elena apoyó una mano sobre su antebrazo y negó con la cabeza.

—No puedo. No después de ver lo mucho que le duele. —Creía conocer las mayores tragedias ocurridas durante la vida del ángel de alas azules: había amado a una mortal a la que había perdido debido a las leyes angelicales y a la escasa duración de la existencia humana. Sin embargo, el dolor que había visto aquella noche era más antiguo, más profundo. Un dolor vivo, inmemorial y furioso—. ¿Cuánto tiempo se quedará en la ciudad?

—Se marchará en menos de una hora. Le resulta difícil estar lejos de su hogar.

Mientras permanecían allí en silencio, se produjo un destello de fuego en el cielo. Y luego otro. Y otro.

Las estrellas estaban cayendo.

No hubo magia al día siguiente. Incluso el sol primaveral que había prometido el asombroso amanecer se vio apagado por un escalofriante horror que rompió la calma de la forma más contundente.

Elena descendió y luego volvió a elevarse hacia la parte inferior del puente de Manhattan. Enganchó la descomunal estructura metálica con los dedos y contempló los cinco cuerpos que colgaban de su vientre. Habían sido descubiertos al alba por uno de los artesanos que trabajaba en aquella sección del East River; al parecer, el testigo aún seguía echando las tripas.

Elena se tragó las náuseas que sintió cuando los cadáveres empezaron a mecerse en las cuerdas.

«Se mecía muy despacio. Un pie descalzo, y el otro con un brillante zapato de tacón.»

—Nada de sombras —se dijo para luchar contra la pesadilla—. Aquí no hay sombras. —Era demasiado temprano, y daba gracias por ello—. Uno, dos y tres... —Sus dedos se negaron a soltarse.

Otra ráfaga de viento procedente del río. Los cuerpos se balancearon de nuevo.

Sintió un retortijón en el estómago y la bilis le subió por la garganta.

—Oye, ¿has encontrado algo útil? —La inconfundible voz de Santiago procedía del dispositivo inalámbrico que tenía dentro de la oreja.

—No —logró responder Elena con los dientes apretados—. Deja que me acerque más. —Y pueda hacer mi trabajo. No permitiría que el pasado le robara el futuro.

Respiró hondo, se soltó del puente liberando un dedo tras otro y descendió lo suficiente para poder volar en espiral por encima del agua. Luego sacudió las alas para ascender y acercarse un poco más. Mientras se elevaba sobre la corriente agitada, mantuvo los ojos fijos en la zona bajo el puente que pretendía

enganchar con los brazos para sujetarse.

—Esto sería más fácil si todavía fuese humana —murmuró.

—¿En serio?

Elena se sobresaltó, ya que había olvidado que Santiago podía oírla en todo momento.

—Un arnés habría sido de gran utilidad —dijo—. Sin embargo, es imposible utilizarlos con las alas.

—Me encargaré de que fabriquen uno especial para ti.

No había nada en su tono que indicara que estaba bromeando.

—Gracias. —Por aceptar sus alas de una forma tan abierta como aceptaba un abrigo nuevo.

Ya está.

Se sujetó con fuerza al metal con un brazo y enganchó la viga con una pierna. Solo cuando alcanzó una posición estable se atrevió a bajar la vista hasta la cuerda gruesa y marrón que habían atado a la viga. Echó un vistazo rápido: cada uno de los cinco cadáveres había sido colgado del puente de la misma forma, con cuerdas de la misma longitud.

—Alguien se ha tomado su tiempo.

No era la fractura del cuello lo que los había matado; la mayoría de los vampiros con más de diez años habría sobrevivido después de algo así a menos que la rotura fuera casi una decapitación, y sus instintos de cazadora le decían que todos aquellos hombres tenían más de cincuenta años, aunque no muchos más. No, lo que parecía haberlos matado era que les habían arrancado también el corazón; sus camisas se pegaban a la parte delantera del torso mediante manchas que solo podían ser de una cosa. A aquella edad, la suma de ambas agresiones habría sido suficiente para matarlos sin necesidad de separar del todo la cabeza del cuerpo.

—Debe de haber sido ese puto... ¿Cómo se llama? Sí, ese tipo con un traje rojo y azul que lleva una araña en el pecho.

—No eres muy cinéfilo, ¿verdad, Santiago?

—Soy un hombre. Veo los partidos de fútbol y de hockey, como debe ser.

Aunque le hizo gracia el comentario, Elena pensaba en los vampiros a los que había visto reptar por las paredes con la misma fuerza y velocidad que las arañas, y supo que la respuesta era a la vez mucho más prosaica y aterradora que un superhéroe de cómic, a juzgar por la esencia que se detectaba en el aire.

Exuberante. Sensual. Exótica. Susurros de lluvia en la selva, en un claro escondido.

Con las alas bien pegadas a la espalda para evitar los roces con el metal oxidado que la rodeaba, cambió de sitio para situarse justo encima del primer vampiro. Se dio cuenta de que desde aquella posición no lo pasaba tan mal, ya que no había estado en el piso de arriba cuando su madre decidió...

Le cerró la puerta a aquel recuerdo, respiró hondo para calmarse y empezó a diseccionar las esencias. La sal y el mar eran una constante, así que borró esos matices de la ecuación de inmediato. También eliminó la desconcertante fragancia pura de las orquídeas negras, la firma de Caliane.

Hierba, cortada en un día de verano.

Era una de las esencias más delicadas que había percibido jamás en un vampiro, y le pertenecía al que colgaba de aquella cuerda. Aquello significaba que o bien la esencia del asesino era mucho más tenue, o bien que no estaba presente. Elena sabía que debía acercarse más a la víctima, así que se retorció un poco y consiguió quedarse colgada de la viga anclando ambos brazos y extendiendo las alas a los lados para mantener el equilibrio.

Apretó los dientes y cambió de posición hasta que quedó colgada del metal sujetándose con los dedos. Pero aun así no estaba lo bastante cerca.

—Aquí no puedo hacer nada —dijo al final, furiosa y frustrada—. Tendré que realizar un último rastro de esencias cuando los cuerpos sean... ¡Joder!

—¡Elena! ¡Háblame!

El corazón de Elena dio un triple salto mortal. Estiró el brazo y consiguió rozar la frente del vampiro con la yema de los dedos. Parecía de plástico y estaba fría a causa del aire. Pero...

—Ay, Dios... —Esta vez lo había visto con claridad: el temblor de un párpado, como si el vampiro se esforzara por abrirlo—. ¡Está vivo! ¡Llama al equipo de rescate!

—¡Mierda! Estoy en ello.

Santiago era de lo más eficiente, pero Elena sabía que tardaría. Si aquel vampiro... Por Dios, si todos aquellos vampiros seguían conscientes, debían de estar sufriendo una tortura. Se dejó caer, voló bajo el puente y se elevó de nuevo para mirar en todas direcciones.

—¿Buscas a alguien, Ellie?

Sorprendida, cayó varios metros antes de controlar el impulso de la inercia. Illium voló a su lado cuando volvió a elevarse y se aferró al borde del puente una vez más para poder hablar con él.

—Al menos uno de ellos sigue con vida. ¿Puedes bajarlos? —Era el único ángel que conocía que podría maniobrar en semejantes condiciones.

Illium extendió una mano.

—La daga.

Contenta de que ya no pareciera tan atormentado como la noche anterior, Elena le puso uno de sus cuchillos en la mano y lo observó. El ángel ejecutó un giro increíble para, acto seguido, ascender y cortar la cuerda. El vampiro cayó. Pero Illium fue más rápido. Cogió al hombre en brazos antes de que el peso muerto de su cuerpo chocara contra el agua. Elena lo siguió hasta la parte superior del puente (el mismo puente que los policías habían acordonado en

ambos extremos, lo que les había hecho muy populares entre los transeúntes) y aterrizó.

Tan pronto como Illium dejó al vampiro sobre la carretera y salió disparado para encargarse del resto de las víctimas, ella sacó otra daga y comenzó a cortar la camisa del herido. Separó el tejido manchado y puso cara de asco al ver que había varios trozos de carne pegados a la tela. Pero tenía que ver la herida. Santiago, que se había agachado a su lado, la observó en silencio mientras ella terminaba de destapar el pecho del vampiro.

Parecía claro que había sufrido daños importantísimos en la zona que rodeaba el corazón, pero había tanta sangre seca pegada a los gruesos rizos oscuros del pecho que no podía asegurarlo con certeza. Se sacó el dispositivo de audio de la oreja y se lo entregó al detective. A continuación metió la mano en el bolsillo del chaleco con forro polar que se había puesto para protegerse del viento y sacó un par de guantes de látex.

Santiago aprovechó la oportunidad para inclinarse hacia delante y colocar la pantalla de su teléfono móvil a un centímetro escaso de la boca del vampiro.

—Mierda —murmuró al ver que el cristal se empañaba con el aliento—. Por un instante creí que habías perdido la chaveta allá abajo, pero... Joder. —Echó un vistazo por encima del hombro para observar a Illium, que aterrizaba por segunda vez.

Elena estaba casi completamente segura de que podría haber perdido la chaveta de verdad si no se hubiera asustado tanto.

—Necesito algo para limpiar la sangre. —No pasó por alto la ironía de que el East River fluyera por debajo de ella.

—Espera. —Santiago regresó momentos después con dos botellas de agua y un paquete de pañuelos de papel—. Son del coche patrulla. Los médicos están de camino.

Los vampiros no necesitaban a los médicos para curarse, pero durante el proceso de curación, sus cuerpos sufrían tanto dolor como el de los mortales. El personal sanitario podría administrarles algunos fármacos que los dejaran inconscientes durante un buen rato.

—Bien. —Empapó un trozo de pañuelo para limpiar el pecho del vampiro con movimientos rápidos y cuidadosos mientras Santiago comprobaba los demás cuerpos.

La carne del vampiro presentaba enormes cortes bajo la costra negra de sangre seca, como si alguien hubiera intentado escarbar a través de su piel.

Un destello de recuerdos.

«La mano de Rafael atravesando el esternón de un vampiro para sacarle el corazón, aún palpitante.»

—Pero él lo hizo... —murmuró Elena, que intentaba mantener las cosas en un plano práctico, lógico... de un solo golpe. —Rápido, eficiente, brutal.

Aquello, por el contrario, había sido realizado por alguien que no contaba con la fuerza de Rafael, porque, si bien el pecho del vampiro tenía el aspecto de haber pasado por una trituradora, su corazón latía a salvo en la cavidad torácica.

—Están vivos. —Santiago parecía horrorizado—. Joder,... Es como si alguien hubiera intentado meter sus jodidas garras dentro de estos tipos.

Lo mismo que pensaba Elena.

—La cuestión es... ¿Quién?

Un extraño silencio.

Elena siguió la mirada del detective cuando este volvió a agacharse. El viento sacudía la corbata por encima de su hombro mientras Santiago sujetaba la mano de la víctima con la suya enguantada. Los dedos y las uñas del vampiro estaban llenos de sangre y de lo que podrían ser trozos de carne.

—Se lo hizo él mismo.

Un frío mucho más intenso que el de los vientos que azotaban el puente recorrió las venas de Elena.

Santiago contempló la hilera de cuerpos que Illium había dejado.

—Todos lo hicieron.

Elena sabía, gracias a las lecciones que había aprendido en el Refugio, que muy pocos ángeles poseían el poder de obligar a un vampiro a hacerse daño a sí mismo. Para obligarlo a suicidarse, sí. Pero ¿para mutilarse y torturarse? No. Aquel poder estaba reservado a los miembros del Grupo... y a los durmientes que en su día habían formado parte de él.

Esto que estaba fuera de la ciudad cuando recibió el mensaje de Elena, Rafael aterrizó en aquel momento al lado del estanque de Central Park, donde la cazadora observaba a los patos.

—Hemos estado aquí antes. —En aquel entonces, ella era mortal, una cazadora que él deseaba someter a su voluntad.

No apareció sonrisa alguna en su expresivo rostro. El murmullo de las hojas dejaba susurros secretos en el aire.

—Me preguntaba si lo recordarias.

—Dime lo que has descubierto.

Elena contempló aquella zona tranquila aunque no desierta.

—Aquí no.

Rafael la cogió en brazos y remontó el vuelo. El trayecto sobre el Hudson solo le llevó unos minutos. Aterrizó cerca de la casa de cristal que su consorte tanto adoraba, y no dejó de observarla mientras ella extendía las alas para descender.

Tu control está mejorando.

—Pero no estoy al nivel que necesito si quiero ser efectiva en una caza. —Tras retirarse el pelo por detrás de las orejas, caminó hacia la cálida humedad del invernadero—. Percibí orquídeas negras. Es una esencia única, imposible de confundir. —Acaricié con los dedos un capullo rosado y sacudí la cabeza—. Su pureza me incomoda por alguna razón... Mi contacto en el mundo de los perfumes está intentando conseguirme una muestra para descubrir por qué. —Ojos grises serios y llenos de preocupación. Unos ojos que se clavaron en los de Rafael cuando este cerró la puerta.

El instinto y la experiencia le decían que debía rechazar su preocupación, su cariño. Un arcángel no sobrevivía siendo débil. Él había sobrevivido siendo más letal que cualquier otro.

Ven aquí, Elena.

Cuando ella se situó a escasos centímetros de distancia, Rafael cerró los dedos en torno a su nuca y le frotó el cuello con el pulgar, justo donde más se apreciaba el pulso.

—No muchos conocen ese castigo en particular. —Pero él sí. Lo había

presenciado de niño, pero ya entonces comprendió que debía impartirse justicia —. Mi madre no deseaba ser una diosa, como Lijuan o Neha. Tampoco deseaba gobernar un imperio, como mi padre.

El cabello de Elena cayó en una sedosa cascada plateada sobre su brazo cuando él le alzó la cabeza para que pudiera observarlo mientras hablaba. Ella no hacía preguntas, pero le prestaba toda su atención, sin asustarse ante la oscuridad que se acercaba cada vez más.

—Sin embargo, era tratada como una diosa, y gobernaba como tal —murmuró—. Igual que yo. —Había aprendido todo lo que sabía sobre gobierno de su madre; había aprendido que existía una forma de gobernar que inspiraba a un tiempo respeto y asombro sin causar el miedo debilitador que rodeaba a tantos otros arcángeles—. Reinó en Sumeria, pero había una ciudad en particular a la que ella consideraba su hogar. Se llamaba Amanat.

La mano de su cazadora se apoyó en su cintura, y su frente se llenó de arrugas.

—He oído hablar de esa ciudad. En un especial televisivo sobre ciudades perdidas.

—Amanat y su gente desaparecieron cuando Caliane se desvaneció. —*Algunos dicen que ella hizo que su pueblo durmiera a su lado para que pudiese darle la bienvenida cuando despertara. La mayoría piensa que los mató a todos antes de quitarse la vida, ya que los amaba demasiado para dejarlos en manos de otro, y que Amanat es su tumba.*

Colocó a la cazadora en el ángulo formado por sus muslos y la abrazó de una forma que le permitiera a Elena tener las manos libres.

—Mi madre —continuó— adoraba las cosas bellas. ¿Recuerdas el rubí que hay en la estantería de mi oficina en la Torre? —Una piedra preciosa de valor incalculable, por sus múltiples facetas y su extraordinaria pureza—. Me lo regaló cuando cumplí diez años.

—Tenía un gusto impecable.

—Amanat —prosiguió Rafael— era la joya entre sus joyas. Amaba esa ciudad, la amaba de verdad. Pasé muchos de los años más felices de mi infancia corriendo como un loco por sus calles.

—Los ángeles se muestran muy protectores con sus hijos —murmuró Elena, que no dejaba de acariciarle la parte interior de las alas con esas manos que ya tenían callos por el entrenamiento con las armas. Las manos de una guerrera. Rafael no quería sentir otras manos sobre su piel.

—Mi madre —dijo mientras recordaba los albores de su existencia— confiaba en el pueblo de Amanat de una forma en que los arcángeles rara vez confían. —Recuerdos de días cálidos de verano en los que sobrevolaba antiguos edificios excavados en la roca; en los que jugaba con amigos mortales y era mimado y consentido por los adultos—. Y el pueblo también la adoraba. No era

la clase de adoración que inspiran Lijuan o Neha. Era una adoración pura, imaculada; imposible de describir.

—Acabas de hacerlo —murmuró Elena—. Amor. Lo que su pueblo sentía era amor.

Rafael inclinó un poco la cabeza y levantó la mano para jugar con los mechones de cabello que caían sobre la sien de su cazadora.

—Era una buena soberana. Antes de volverse loca, era lo que todo arcángel debería ser.

Los ojos de su consorte se volvieron cálidos, líquidos como el mercurio.

—Las historias que Jessamy me dio para leer dicen lo mismo. Que fue la más amada de los arcángeles, que incluso los demás miembros del Grupo la respetaban.

Rafael cambió de posición para que ella pudiese enterrar la cara en su hombro y rodearle el cuello con una mano mientras con la otra acariciaba el sensible arco de su ala izquierda.

—La razón por la que las gentes de Amanat la amaban tanto —inhaló el aroma a primavera y acero de su cazadora—, era que ella también los amaba.

Ecos apagados de las risas que su madre compartía con las doncellas que trabajaban en su templo; de la luz de su sonrisa cuando regalaba una dote de oro y sedas preciosas a una doncella a punto de casarse.

—Así que cuando un grupo de vampiros extranjeros llegó a la ciudad e hirió a dos de las mujeres de Amanat, ella no lo pasó por alto. Le dio igual que las mujeres fueran simples mortales y los vampiros tuvieran más de cuatrocientos años.

El cuerpo de Elena se puso rígido, y pudo sentir su aliento cálido en el hueco del cuello.

Rafael la sujetó con más fuerza para protegerla de las pesadillas que la atormentaban.

Elena...

—No pasa nada, arcángel. Sigue hablando.

Nunca le había contado a nadie esos sucesos, pero habían moldeado su carácter tanto como la desaparición de Caliane.

—Los vampiros retuvieron a las mujeres durante tres días. Y tres días en la vida de un mortal pueden parecer tres décadas. —Palabras textuales de su madre—. Puesto que las mujeres fueron devueltas con vida, decidió no ejecutar a los vampiros. En lugar de eso, los sentenció a sufrir el mismo tipo de terror que ellos habían infligido.

Elena respiró hondo.

—Los colgó, pero de tal manera que no murieran.

—No, Elena. Ella no los colgó. Hizo que se colgaran ellos mismos.

Elena apretó los dedos sobre su nuca, y sus uñas se le clavaron en la piel

como pequeños besos.

—Eso explica por qué no pude detectar ninguna otra esencia en la cuerda o en los cuerpos que colgaban del puente. Esos vampiros fueron obligados a hacer lo que hicieron.

—Sí.

—Los vampiros de Amanat debieron de pasar tres días...

—No, cazadora del Gremio. Recuerda: tres días de terror en una vida mortal pueden parecer tres décadas. —Habló con los labios pegados a su piel. Su calidez, la vida que latía en su ser, alejaba el frío que había albergado en su interior durante tanto tiempo—. Los vampiros viven mucho más que los humanos.

—¿Tres décadas? —Un suspiro de incredulidad—. ¿Cómo aguantaron tanto?

—Se les alimentaba con la frecuencia suficiente para garantizar que siguieran con vida, y colgaban de un patíbulo construido con ese mismo propósito en un prado que a los cuervos les gustaba frecuentar.

Elena se estremeció al visualizar la imagen que había aparecido en su mente.

—Los pájaros les sacaban los ojos, y atacaban cualquier otra zona blanda —susurró—. Esas partes se regeneraban, y los cuervos volvían a desgarrarlas. —Un ciclo sin fin—. ¿Durante cuánto tiempo sobrevivieron?

—Las tres décadas al completo. Mi madre se aseguró de ello.

—Tu madre era una mujer temible —dijo ella—. Pero si esos tipos hicieron lo que supongo que hicieron, la sentencia fue justa. —Tres días no habrían significado nada para un vampiro de cuatrocientos años. Les había dolido en el momento, pero pronto lo habrían olvidado. Aquellas mujeres habrían soportado las cicatrices durante el resto su vida.

—Sí. Acabaron igual que habían dejado a sus víctimas.

Elena lo acarició con la nariz al darse cuenta de que estaban entrelazados. Ella tenía los brazos alrededor de su cuello, y Rafael la rodeaba por todas partes: tenía las piernas a ambos lados de las suyas; una mano estaba enredada en su cabello, y la otra situada en la parte baja de su espalda; su boca le rozaba la sien; y su torso, duro y sólido, estaba apretado contra el de ella. Elena jamás se había sentido más protegida, más segura, a pesar de que hablaban sobre algo horrible, gélido y letal.

—Entiendo que se haga justicia. Los vampiros que colgaban hoy del puente... ¿Sabes algo sobre ellos?

—Dmitri me ha dicho que son jóvenes, de menos de setenta años. Ninguno ha hecho nada que mereciera semejante castigo. Dos de ellos tienen una familia estable; otro es un escritor que prefiere su propia compañía cuando no cumple algún servicio de su contrato; los otros dos trabajan en los niveles inferiores de la Torre.

—Menos de un siglo... débiles, fáciles de controlar. —Sobre todo para una arcángel que despertaba después de un milenio de sueño. Pero no dijo aquello en

voz alta, ya que no deseaba herir a Rafael.

No pasa nada, Elena. Si mi madre hizo esto, y existen muchas razones para creer que así fue, entonces ha perdido todo lo que la convirtió en su día en la amada soberana de Amanat.

Un silencio vacío.

Elena lo estrechó con fuerza, con tanta fuerza que sus corazones parecieron fundirse. Era lo único que se le ocurría hacer, lo único que podía darle. Si Rafael se veía obligado a derramar la sangre de su madre, ella permanecería a su lado, sin importar cuántas veces le ordenara que guardara las distancias. Porque su arcángel y ella estaban vinculados, eran dos partes que poco a poco se convertían en un solo ser.

El resto del día transcurrió sin incidentes y Elena pasó bastante rato con Evelyn. El entusiasmo inocente de su hermana, la creciente confianza en sus habilidades, fue un agradable respiro ante la oscuridad que se cernía en el horizonte. Estaba bastante satisfecha con el curso de las cosas... hasta que Santiago apareció de repente en su casa.

—¿Te importaría contarme lo que ocurre? —la interrogó el policía—. ¿Qué pasó esta mañana en el puente?

Con un nudo en las entrañas, Elena cruzó los brazos.

—Ya sabes que no puedo contártelo todo.

Santiago enfrentó su mirada perspicaz con una de cosecha propia y se apoyó en el coche patrulla que lo había llevado desde el puente hasta el Enclave del Ángel.

—¿Es que ahora ya no eres uno de nosotros, Ellie?

—Eso ha sido un golpe bajo. —Siempre había sabido que llegaría, pero no lo había esperado tan pronto, y menos de él. Nunca de Santiago—. Pero vale, si quieres trazar una línea en la arena... debo decir que ya no soy solo una cazadora. Soy la consorte de un arcángel. —Le parecía raro escuchar esas palabras de sus labios, pero había hecho ciertas elecciones y aceptaría las consecuencias.

El detective se enderezó y dejó caer los brazos.

—Supongo que eso me ha puesto en mi lugar.

A Elena le entraron ganas de zarandearlo.

—¿Por qué te muestras tan poco razonable? Siempre te alegraste de dejar al Gremio los asuntos vampíricos.

—Hay algo en esto que apesta. —Una línea testaruda en su mandíbula, cubierta de una incipiente barba canosa que destellaba bajo el sol—. No quiero que la ciudad se convierta en un campo de batalla, como la última vez.

—¿Y crees que yo sí?

—Tú ya no eres humana, Ellie. No sé cuáles son tus prioridades.

Aquello le dolió, y no solo porque eran amigos desde hacía años, sino porque

él la había aceptado sin problemas desde que regresó. Elena apretó los puños y lo miró con expresión vacía.

—Supongo que ahora estamos empatados... porque y o tampoco sé quién eres ahora.

Le pareció que el detective daba un respingo, y estaba casi segura de que iba a decir algo, pero al final, Santiago se metió en el coche patrulla y cerró la puerta de un portazo. Tan solo cuando se alejó en el vehículo, Elena se dobló en dos, como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Respiró hondo para superar el golpe, se enderezó y caminó hasta la casa para llamar a Veneno. Necesitaba descargar su agresividad con alguien, y el vampiro conseguía hacerle perder el control. Justo lo que necesitaba aquel día.

Veneno no solo estaba libre, también estaba de un humor de perros. Como resultado, aquella noche Elena cayó en la cama exhausta y llena de moratones. Rafael enarcó una ceja al verla en semejantes condiciones cuando se reunió con ella.

—¿Por qué estuvo el mortal aquí?

Cómo no iba a saberlo...

—Quería hablar sobre el caso.

Un silencio ominoso que decía mucho más que las palabras.

Elena dio un puñetazo a la almohada y se colocó de costado.

—Carece de importancia, sobre todo si se tiene en cuenta lo que está ocurriendo.

—Siempre podría preguntárselo al mortal.

Elena frunció el ceño, se dio la vuelta y se quedó mirándolo. Rafael se había tumbado de espaldas en la cama.

—El chantaje no funciona conmigo.

Con los brazos cruzados bajo la cabeza, la miró con esos ojos azules que tenían una expresión peligrosamente calmada.

—No era una amenaza.

Elena apretó los puños con tanta fuerza que no circulaba la sangre.

—¡No pasa nada!

Una mirada expectante.

—Está bien. —Apoyó la espalda sobre el colchón y contempló el techo—. Es solo... que resulta difícil estar dividida entre dos mundos. —Una vez pronunciadas aquellas palabras, la furia desapareció y fue sustituida por una emoción mucho más dolorosa que le oprimía y le abrasaba el pecho.

Rafael se incorporó para apoyarse sobre un codo a su lado, movimiento que hizo caer su cabello sobre la frente. A Elena le resultó imposible contener el impulso de levantar la mano y deslizar los dedos entre los sedosos mechones del color de la medianoche.

—No te lo había contado —empezó a decir, ansiosa por hablar de ello—, pero

Beth me dijo una cosa. Que ella moriría y yo seguiría viva. —Las emociones ardían en el fondo de sus ojos—. No debería vivir más que mi hermana pequeña, Rafael.

—Cierto. —Una respuesta solemne—. Pero ¿cambiarías esto? ¿Cambiarías algo de lo que tenemos?

—No. Jamás. —Una verdad sin tapujos—. Aun así, duele saber que un día estaré de pie frente a su tumba. —Una lágrima escapó a su control y se deslizó por su mejilla.

Rafael se inclinó para rozarle los labios.

—Tu corazón mortal te causa mucho dolor, Elena... pero te hace ser quien eres. —Un beso que le robó el aliento—. Te daré la fuerza que necesitas para soportar el precio de la inmortalidad.

Rafael la había acariciado de muchas formas, pero esa noche la acarició con una ternura que le partió el corazón. Enjugó con besos la sal de sus lágrimas, rozando con labios firmes y suaves sus mejillas, su mandíbula, su boca. Y sus manos, aquellas manos letales y poderosas...

Nunca la habían tratado con tan exquisito cuidado. Nunca se había sentido tan apreciada.

Yal final, aquel arcángel que había presenciado sus momentos de mayor debilidad, la había llamado «Guerrera mía». Aquellas palabras la habían sumido en un sueño profundo y sin pesadillas, amparado por el latido fuerte y firme del corazón de Rafael bajo su palma.

Rafael...

Elena se despertó de golpe al oír aquel susurro. Se volvió y descubrió que su arcángel dormía bocabajo, con las alas extendidas sobre la cama y sobre ella. Se había acostumbrado a colocarse así en la cama, pensó ella, cuyo corazón se encogió al recordar la ternura que le había mostrado esa noche. No obstante, mientras acariciaba las plumas blancas y doradas con una mano, utilizó la otra para coger la daga que guardaba junto a la cama.

Si era Lijuan la que susurraba en la oscuridad de su dormitorio, una daga no serviría de mucho, pero Elena se sentía mejor al notar el roce del acero sobre la piel. Se apartó el pelo enredado de la cara con la otra mano y recorrió la habitación con la mirada. No había ningún intruso, nada que no debiera estar allí. Sin embargo, su corazón seguía latiendo con fuerza, como si...

Rafael...

Con la sangre helada, clavó la mirada en una zona de aire fluctuante situada a los pies de la cama. Parecía un espejismo, pero no lo era. Daba la impresión de que el tejido del mundo se retorcia, como si alguien intentara cobrar forma sin conseguirlo. Con la garganta seca y sin apartar los ojos de esa cosa, extendió el brazo y zarandeo el musculoso hombro de Rafael. La desconcertaba que no se hubiera despertado: solía hacerlo en el instante en que ella abría los ojos, y a que

en realidad no necesitaba dormir.

Músculos firmes bajo su mano. Pero Rafael no despertó.

Arcángel, le dijo a su mente, despierta. Hay algo en la habitación.

Silencio. Vacío.

Elena se puso rígida, con la mano apretada sobre su hombro. Nada, nada en absoluto, había impedido jamás que Rafael respondiera a una súplica mental suya. La había encontrado en mitad de Nueva York cuando Uram la mantuvo cautiva en una sala convertida en un matadero. Había seguido su rastro a lo largo del Refugio cuando Michaela se convirtió en una bomba nuclear en la Galena. Había interrumpido una reunión del Grupo para salvarle la vida en Pekín. Era imposible que no despertara al oír su llamada, sobre todo cuando estaba sentada a su lado.

Sin desviar los ojos de aquel extraño espejismo, Elena apretó la mandíbula y levantó el acero que tenía en la mano.

—Vete al infierno —susurró con un hilo de voz al tiempo que arrojaba la daga.

El cuchillo atravesó el aire y se clavó en la pared opuesta. La empuñadura empezó a vibrar a causa del impacto. Sin embargo, el espejismo no desapareció... solo se «fracturó». Fue entonces cuando Elena captó el vestigio de una esencia que no debería estar allí.

Exuberante. Sensual. Exótica.

Orquídeas negras, pero distintas a las que había percibido en el cuerpo de la niña asesinada y en el de los hombres que colgaban del puente.

Sin embargo, no tuvo tiempo para procesar los matices, ya que una fracción de segundo después de que el espejismo se fracturara, un ala se alzó bajo su mano. Rafael se movió tan rápido que no pudo seguirlo con la vista y al momento siguiente se encontraba de pie junto a la cama. Su cuerpo brillaba con un resplandor tan intenso que difuminaba las líneas de su silueta y lo convertía casi en una antorcha. Aturdida, Elena se cubrió los ojos con la mano y agachó la cabeza a fin de prepararse para salir de la cama; quería recuperar las armas que había escondido debajo, hacer algo para ayudar.

Pero, en un abrir y cerrar de ojos, el resplandor de poder había desaparecido.

Mientras palpaba el suelo con los dedos en busca de un arma, alzó la vista y vio que la «cosa» que estaba en el centro de la habitación había desaparecido. No quedaba el menor rastro de orquídeas negras en el aire. Con todo, no bajó la guardia hasta que Rafael dijo:

—Mi madre ya no está aquí, Elena. —Se percibía un tono distante en su voz que a la cazadora no le hizo ninguna gracia.

Apartó las mantas y se bajó de la cama.

Rafael ya había cubierto su magnífico cuerpo con unos pantalones.

—Regresaré antes del amanecer. Ella no volverá esta noche.

—¡Espera!

Ni siquiera se detuvo ante las puertas de la terraza, que abrió de par en par de un empujón. Elena consiguió llegar al balcón justo a tiempo para verlo desaparecer en el cielo estrellado de la noche. Volaba a tal velocidad que lo perdió de vista en cuestión de segundos. Sintió el agujonazo de una furia ardiente y decidida. Maldito fuera por hacerle aquello... En especial después de los momentos de intimidad que habían compartido no solo aquella noche, sino desde

que despertó del coma; después de los vínculos que habían fraguado.

Regresó a grandes zancadas a la habitación, se puso unos pantalones y uno de esos tops que se ceñían con correas alrededor de las alas; luego metió los brazos en las suaves mangas forradas que se ajustaban con suavidad a sus brazos y le dejaban las manos libres. Unos minutos después de que Rafael se marchara, se encontraba de nuevo en la terraza, muy consciente del olor a chocolate negro y a pieles que se colaba por debajo de la puerta del dormitorio; un olor que indicaba que el hombre que desprendía aquella esencia se acercaba cada vez más. Dmitri se había reunido con Rafael a última hora y había decidido pasar la noche en una de las habitaciones reservadas para los Siete.

Era evidente que Rafael le había pedido que la vigilara.

Y aquello también se iba a acabar, pensó Elena con los dientes apretados.

Bajó la vista y comprendió que no podría remontar el vuelo desde aquella posición, no cuando su concentración estaba hecha añicos. Así que en lugar de intentarlo, saltó desde el balcón y utilizó las alas para descender lentamente. Luego corrió entre los árboles hasta el borde del acantilado y se lanzó en picado hacia el Hudson. Sacudió las alas (más fuertes, más resistentes) con rapidez para alejarse de las aguas turbulentas y ascender hacia el hermoso cielo nocturno, cuyas estrellas brillaban como el hielo sobre una manta de terciopelo negro.

Sentía el viento frío sobre la piel, sobre las alas. Por debajo de ella, Manhattan era un mar azabache salpicado de joyas brillantes. Nueva York Podía ser un lugar despiadado, una ciudad difícil. Igual que el arcángel que la gobernaba.

Pero era su hogar.

Y el arcángel también era suyo.

Rafael.

Se esforzó por dirigirle sus pensamientos solo a él, tal y como habían ensayado en los últimos días para agudizar las habilidades mentales que ya tenía. Según Rafael, adquiriría otras con el paso del tiempo. Ella esperaba que pasara bastante tiempo, porque ya tenía bastantes dificultades para manejar algunos de los inesperados superpoderes que poseía.

No obtuvo respuesta, pero la intuición le hizo girar la cabeza en dirección a Camden, New Jersey. Rafael estaba vinculado a ella a un nivel más profundo que el del corazón. La cazadora que había sido una vez se habría reído de semejante idea. Pero aquella antigua cazadora no había saboreado el placer dorado de la ambrosía que Rafael había depositado en su boca cuando le dio el beso de la inmortalidad a su cuerpo moribundo.

¿Quién podría haberse imaginado que un acto así tendría consecuencias tan profundas?

Vete a casa, Elena.

Sorprendida, descendió y echó un vistazo por encima del hombro. Rafael surcaba el cielo nocturno sobre ella.

Volveremos a casa juntos.

No puedes seguir mi ritmo. Palabras teñidas de arrogancia, pero muy ciertas.

En lugar de responder, Elena siguió volando. Cabalgó los vientos nocturnos para concederse un respiro de vez en cuando. Al cabo de un rato dejaron atrás los límites de la ciudad, y las farolas que brillaban abajo mostraban vecindarios tranquilos que ya descansaban en los brazos de Morfeo.

Sintió una ráfaga de viento en la cara cuando su arcángel descendió por delante de ella a una velocidad sobrecogedora. Ya había presumido delante de ella antes. Pero aquello no era ningún juego. Aquel arcángel pretendía demostrarle lo insignificante que era.

Tengo noticias de última hora para ti, arcángel. Ya sé que soy tan débil como un bebé en comparación contigo. Pero eso todavía no ha impedido que baile contigo.

En cuanto dejó de comunicarse mentalmente, recordó otra cosa, una sensual promesa que él le había hecho en el Refugio.

Dijiste que me enseñarías cómo danzan los ángeles.

No estoy de humor para gentilezas, cazadora del Gremio.

Elena enarcó una ceja.

Consorte.

Té estás agotando. Puedo ver que tus alas empiezan a fallar.

Elena soltó un juramento por lo bajo, y a que tenía razón. Buscó un lugar para aterrizar. Cuando divisó una rama gruesa que se elevaba a bastante altura sobre el suelo, la rama de un árbol situado en lo que parecía un parque desierto, descendió sin pensárselo dos veces. Tal vez se rompiera unos cuantos huesos... pero, qué diablos, había entrenado duro por una razón, y no para apostar sobre seguro.

En el último instante, justo cuando ya tenía claro que iba a romperse varios huesos, Rafael se coló en su mente y corrigió su ángulo de descenso para que pudiera agarrarse a la rama y sentarse sobre ella sin sufrir daños. Elena lo fulminó con la mirada.

No puedes controlar mi mente siempre que te apetezca.

Una pausa peligrosa.

¿Preferirías haber pasado las próximas semanas escayolada?

Preferiría aprender a hacer esto sin ayuda.

Intentas atravesar las nubes cuando apenas sabes volar en línea recta.

Elena hervía de rabia.

Baja y dime eso a la cara.

Una ráfaga de viento le sacudió el cabello, y un instante después Rafael flotaba cerca de su rama. Los ángulos de su rostro eran severos y masculinos, y sus ojos resplandecían con aquel tono metálico que nunca auguraba nada bueno.

—No deberías recorrer distancias tan largas volando, y mucho menos cazar —le dijo con la arrogancia de un inmortal que había vivido mucho más de mil

años—. Tienes que pasar otros cuantos años en el Refugio, como mínimo.

Elena resopló.

—Los ángeles pasan tanto tiempo en el Refugio porque son niños, en el sentido literal de la palabra. Yo ya soy adulta.

—¿Estás segura?—Una pregunta cortante—. A mi parecer, intentar romperse la crisma en un aterrizaje que queda fuera del alcance de uno es propio de alguien de cinco años.

Elena cambió de posición para dejar las dos piernas colgando a un lado de la rama y extendió las alas para mantener el equilibrio. Luego cerró los dedos en torno a la madera viva en un intento por calmarse.

—¿Sabes una cosa, Rafael? —le dijo mientras hundía las uñas en la madera—. Creo que estás buscando pelea. —El inmortal que estaba delante de ella no dijo nada. Mantenía una expresión tan severa que Elena casi llegó a creer que jamás se habían amado, que jamás habían reído juntos—. Y yo también —añadió mientras se inclinaba hacia delante.

Las alas de Rafael empezaron a resplandecer, algo que Elena se había acostumbrado a esperar cuando el arcángel se cabreaba. Pero se mantuvo en sus trece. Porque aquel hombre era suyo, y o bien lo aceptaba tal cual, o bien se alejaba de él. Y lo último no era una opción.

—Te vas a casa. Llamaré a Illium para que te guíe.

—Se acabaron las niñeras —replicó ella, cuya furia era como una espada afilada—. No voy a consentirlo. Y tampoco pienso volver a casa como si fuera una niña buena.

Harás lo que yo te diga.

—Ajá. ¿Qué tal te ha ido con esa actitud hasta ahora?

El arcángel avanzó un poco y apoyó las manos en la rama a ambos lados de Elena. Su enorme cuerpo la presionaba entre los muslos.

Siempre obedeces con mucha dulzura.

Oooh... No estaba buscando pelea, se dijo Elena, sino una guerra.

—Yo soy una de las cazadoras más fuertes del Gremio —le dijo en un intento por mantener la calma—. Y no solo eso, también he sobrevivido a un arcángel y a un arcángel psicópata. Me he ganado los galones.

Anoushka estuvo a punto de matarte.

Elena recordó el veneno que la hija de Neha había introducido en su cuerpo, recordó el pánico que le había atenazado el corazón y le había helado la sangre.

—¿Sabes cuánta gente ha estado «a punto» de matarme en todos estos años? —Al ver la gelidez que cubría el azul de los ojos de Rafael, aquel azul tan puro que no había nada en el mundo que pudiera igualarlo, comprendió que quizá hubiera sido mejor no haber sacado aquello a colación. No obstante...—. Yo te acepto tal y como eres —dijo. No quería, ni podía, dar marcha atrás—. Tal y como eres.

La ferocidad de aquel comentario atravesó la tormenta de rabia que lo embargaba. Y Rafael también había captado las palabras que ella no había pronunciado.

Yo te acepto tal y como eres. Acéptame tal y como soy.

—Siempre te he considerado una guerrera.

Incluso cuando cayó rendida en sus brazos, él siempre supo que aquello había sido una rendición consciente por parte de Elena, que había sido ella quien decidió colocarse en una posición vulnerable.

La cazadora apretó los labios y negó con la cabeza, y los finos mechones de su cabello se deslizaron sobre los hombros.

—Eso no es suficiente, Rafael. Las palabras no bastan por sí solas.

En el Refugio, ella le había pedido que dejara de introducirse en su mente. Al arcángel le había costado mucho hacerlo, ya que mantener la vigilancia mental era la mejor forma de asegurarse de que estaba a salvo.

—Te he concedido una libertad sin precedentes.

—¿Con quién nos comparas, arcángel? —preguntó ella, que lo miraba con aquellos ojos claros que brillaban en la oscuridad como si tuvieran purpurina.

Aquel brillo era una señal del desarrollo de su inmortalidad, comprendió Rafael. Se preguntó si Elena habría notado alguna mejora en su visión nocturna. Una cazadora valoraría mucho un rasgo como ese, porque el beso de la inmortalidad solo podía asentarse sobre cualidades preexistentes.

—Nosotros creamos nuestras propias reglas —añadió Elena—. No tenemos por qué seguir ningún modelo.

La mente de Rafael volvió al momento en que la sujetaba destrozada entre sus brazos, a aquel momento en que la vida se escapaba de su cuerpo gota a gota. Y luego, cuando perdió la consciencia, había llegado el silencio. Un silencio eterno y despiadado.

—Elijah y Hannah llevan juntos cientos de años —repuso él—. Y ella hace lo que él le pide.

Una sonrisa trémula se dibujó en los labios de su cazadora de corazón mortal.

—¿Es eso lo que realmente deseas? —Un susurro ronco.

Rafael supo entonces que podía herirla de muerte en aquel instante. Igual que su padre, podía decirle que no era lo que debería ser; que no podía ser quien era y lo que era, porque eso era motivo de vergüenza para él. Y al hacerlo, clavaría una flecha en su punto más vulnerable y ganaría aquella guerra entre ellos.

Él era un arcángel. Había tomado decisiones crueles, una tras otra.

—No —respondió. Porque ella era exactamente quien debía ser. Su compañera, su consorte—. Pero las cosas serían mucho más fáciles si fueras como Hannah.

Una risotada que sonó algo falsa.

—Y también lo serían si tú cumplieras todo lo que te ordeno.

Se miraron el uno al otro durante un instante muy largo. Larguísimo. Y luego Rafael extendió la mano para cubrirle la mejilla.

—Te daré tu libertad —dijo, luchando contra todos sus instintos— con una condición.

Se formaron unas cuantas líneas entre las cejas de Elena.

—¿Qué condición?

—¿No confías en mí, cazadora?

—Ni lo más mínimo, al menos cuando intentas salirte con la tuya. —Con todo, inclinó la cabeza para disfrutar de su contacto y enterró los dedos en su cabello.

Rafael deslizó la mano hacia su mandíbula y la sujetó con fuerza.

—Me llamarás. Sin vacilaciones, sin pensar, sin esperar hasta el último momento. Si estás en peligro, me llamarás.

—Siempre que sea razonable —señaló ella—. Que me persiga un chupasangre sediento de sangre no es lo mismo que verme acosada por un ángel hambriento de poder.

—No estoy acostumbrado a negociar. —La mayoría de la gente le daba todo lo que exigía.

Una sonrisa lenta, muy lenta. Una sonrisa que barrió los vestigios de la ira que el arcángel albergaba en su interior.

—Creo que vamos a aprender muchas cosas en los próximos siglos, ¿eh?

Rafael no pudo evitarlo. La besó. Se apoderó de aquella risa cálida para guardarla en su interior, donde también pudiera templarlo a él.

Si provocas a un arcángel, alla tú.

Unos brazos fuertes le rodearon el cuello mientras los dedos le acariciaban el arco de las alas.

No sé... Lo cierto es que me gustan bastante los resultados de las provocaciones.

Elena separó los labios bajo los suyos y Rafael aprovechó el momento para reclamarla con una necesidad que ya había dejado de sorprenderlo. Daba la impresión de que el vínculo que existía entre ellos se fortalecía con cada hora que pasaba.

Me llamarás.

Siempre que sea razonable.

Rafael lo consideró y sonrió con satisfacción.

Está bien. Pero siempre que no me llames, tendrás que darme explicaciones sobre todas y cada una de las heridas que presentes.

Elena interrumpió el beso y lo miró echando chispas por los ojos.

—¡Esa es una exigencia ridícula para una cazadora!

Rafael la rodeó con los brazos y la apartó de la rama. Utilizó su fuerza y su poder para alzarse con ella hasta el cielo cuajado de estrellas.

—Rafael... —dijo Elena cuando la soltó muy por encima de las nubes—. Hablo en serio. No puedes esperar que... que...

Él cambió de dirección.

—¿Que respondas ante mí?

—¡Sí! —exclamó ella, que también varió el ángulo de vuelo para seguirlo.

—¿Y tampoco yo debo responder ante mi consorte?

Las palabras que Elena había estado a punto de decir murieron en su garganta.

—Bueno... —murmuró dejando que la atrapara por la cintura—. Si pones así las cosas, no puedo discutir las, ¿verdad? —Era un regalo inesperado y sobrecogedor: Rafael aceptaba que le pertenecía.

El arcángel, con un fuego azul en los ojos, rozó sus labios con diminutos mordiscos provocadores.

¿Danzarás conmigo entonces, Elena?

Ella abrió los ojos de par en par y notó un cosquilleo en el estómago.

—¿Aquí? ¿Ahora?

Las manos de Rafael jugueteaban sobre sus costillas, y los pulgares acariciaban la curva inferior de sus pechos.

Aquí. Ahora.

—Pero... —Se quedó sin aliento cuando él le mordió el labio inferior y, al mismo tiempo, le apretó uno de los pezones por encima del tejido de la camiseta.

Espera. Espera...

Tenía que preguntarle algo antes de que se le derritiera el cerebro.

El viento y la lluvia alrededor de ella... frescos, salvajes, desatados. La mano del arcángel se cerró en un gesto posesivo sobre su pecho.

No quiero esperar.

Dios, era como arcilla en sus manos. Tan solo la inquietud que le provocaba la pregunta que le rondaba la mente le dio la fuerza necesaria para interrumpir el beso y tomar aliento, instante que él aprovechó para agachar la cabeza y morderle aquella zona del cuello donde el pulso latía frenético.

—¡Vigilancia! —exclamó Elena de pronto—. ¡Hay satélites por todas partes! ¿No nos verá alguien? —Era demasiado posesiva, demasiado reservada, para compartir aquel momento con nadie.

Una mano le recorrió la espalda hasta abajo.

Soy un arcángel, Elena. Tengo poder suficiente para volar por los aires todos los satélites del mundo.

—No me refiero a es... —Soltó un grito cuando él le dio un mordisco en el cuello y luego empezó a lamérselo para aliviar aquel dolor sensual. Elena agarró el cabello negro con los dedos.

Nadie nos verá. Un beso se apoderó de su boca. *Utilicé mi poder para ocultarnos en cuanto salimos de Manhattan.*

Fue Elena quien le mordió el labio esta vez.

—Gracias por decírmelo...

Una mano fuerte se aferró a su cadera.

—Morder no está bien, Elena.

Ay... Cuando Rafael empezaba a bromear, ya podía olvidarse de la arcilla; más bien se estaba convirtiendo en puro merengue. Se apartó un poco a modo de autodefensa e intentó revolotear, aunque sin éxito. No obstante, sí consiguió transformar el descenso en un barrido que acabó en un ascenso vertical.

Muéstrame cómo bailan los ángeles, Rafael.

Un segundo después, el arcángel estaba a su lado. Trazaba espirales a su alrededor mientras ascendía a una velocidad y con una agilidad tan asombrosa que todo lo femenino que había en Elena reaccionó al verlo. Mía, pensó. Esta magnífica criatura de alas de oro e imposibles ojos azules es mía.

Vio algo por el rabillo del ojo y después... sexo. Puro sexo, tentación y pasión en su lengua.

¿Me has cubierto de polvo otra vez, arcángel? Se lamió los labios para saborear la deliciosa mezcla especial de polvo de ángel que Rafael había creado

para ella y voló entre las finísimas partículas para sentir la perversa caricia de las chispas doradas sobre cada centímetro expuesto de su cuerpo, incluyendo las alas.

La próxima vez, lo haré cuando no lleves puesto más vestido que tu piel.

Elena apretó los muslos ante el impacto visual de aquella imagen. Un nivel de sensación semejante la volvería loca, pensó. No obstante, siempre había sabido que amar a un arcángel no sería tarea fácil. Sonriente, plegó las alas y descendió en picado hacia el suelo sin avisar.

Atrapó las motas de nuevo a medio camino y realizó unos cuantos barridos en distintas direcciones. No veía a Rafael por ningún sitio. El orgullo que sentía por haber conseguido despistarlo se desvaneció en cuanto el polvo de ángel comenzó a caer de nuevo a su alrededor y llenó el cielo nocturno de centellas doradas. Se apartó el cabello de la cara y echó un vistazo por encima del hombro.

Su arcángel volaba por encima de ella con sus espléndidas alas extendidas, como una sombra azabache.

No es justo, se quejó Elena. Tú has tenido un milenio y medio para aprender esos trucos.

Tiró del cuello de su camiseta, ya que de pronto tenía muchísimo calor. El polvo de ángel había penetrado en sus poros a través del tejido, y ahora corría por su torrente sanguíneo para concentrarse en el pulso que latía entre sus muslos.

Sintió un ligero toque en el cuello que hizo que primero el cuerpo de la camiseta y luego las mangas se desintegraran literalmente en sus manos.

—¡Rafael! —*No puedo ir dejando la ropa esparcida por todo el estado!*

Incluso mientras hablaba, vio diminutos destellos de luz azul en la noche y comprendió que él había destruido los fragmentos de sus prendas. Sin embargo, aquella no era su preocupación principal, sino el hecho de que estaba desnuda de cintura para arriba. Estar así hacía que se sintiera muy vulnerable.

Nadie puede verte, Elena. Te lo prometo.

Solo Rafael podía lograr que creyera algo así, que confiara. Respiró hondo, dejó caer los brazos que había cruzado sobre el pecho y miró a su alrededor. No tenía ni la menor idea de dónde estaban, pero abajo todo estaba oscuro como un pozo, tan oscuro que debía de ser...

—El mar.

Mientras sobrevolaban las nubes, Rafael los había guiado hacia el Atlántico, tan lejos que, sin importar la dirección en la que mirara, no veía ni rastro de luz, de civilización humana.

La euforia inundó su torrente sanguíneo. Qué demonios, se dijo.

Haz tu magia, arcángel.

Se quitó el calzado con la punta de los pies y consiguió librarse también de los pantalones y las bragas... aunque su vuelo seguramente habría parecido el de un abejorro borracho. Las prendas desaparecieron en medio de foganazos azules y

su piel respiró con alivio. Extendió las alas al máximo, se rindió al hambre que la atenazaba y cabalgó sobre las corrientes de aire con manifiesta alegría.

Jamás se había sentido tan libre, tan despreocupada.

Rafael se situó sobre ella batiendo las alas con movimientos fáciles y lentos, casi perezosos, y a Elena le dio la impresión de que estaba dejando que jugara. Aquella idea le provocó una sonrisa, y en ese mismo momento saboreó el polvo de ángel que lanzaba destellos en el aire. Puro sexo. Aquel maldito arcángel traicionero había volado en círculos a su alrededor hasta que no quedó ningún lugar al que pudiera huir para escapar de aquella invasión exótica y afrodisíaca.

¿Te das cuenta de que esto es la guerra?, le dijo Elena mientras se lamía el polvo de los labios, muy consciente de las caricias que le hacían las motas en todos los rincones secretos de su cuerpo.

No obtuvo ninguna respuesta.

Sus instintos entraron en juego.

Gracias a sus recientes entrenamientos de vuelo, realizó un difícil giro hacia la izquierda y ascendió. Rafael pasó a su lado como un rayo un milisegundo después y no la alcanzó de milagro. Cuando el arcángel se detuvo y giró la cabeza hacia arriba, Elena realizó un barrido a la derecha y se dejó caer en picado justo cuando él ya había tomado demasiado impulso para detenerse. Pero estaba jugando con un arcángel, que consiguió rozarle las alas con los dedos a modo de provocación mientras ella descendía.

Unas manos fuertes y cálidas se cerraron alrededor de su cintura desnuda.

Demasiado rápido, cazadora.

Le dio un beso en el cuello mientras ascendía con ella y luego la liberó. Sin embargo, cuando Elena hizo ademán de virar en otra dirección, volvió a sujetarla y estrechó su cuerpo desnudo.

Elena sentía un hormigueo en cada milímetro de su piel. Le rodeó el cuello con los brazos y apretó los pechos contra los músculos de su torso mientras Rafael subía aún más alto.

—Bésame, arcángel.

Después.

Demasiado hambrienta para atender aquella orden, le mordió, succionó y besó el cuello hasta que sintió que sus dedos se clavaban en su cintura. Su erección era como un hierro al rojo entre los cuerpos de ambos.

Todavía no, Elena. El tono de su voz mental tenía un matiz ronco, y el resplandor que rodeaba sus alas despedía chispas de color azul eléctrico.

Verlo así activó algo en el interior de Elena, que enroscó las piernas alrededor de su cintura y apretó las alas contra la espalda, confiando en que él la sujetaría. Luego se concentró en lograr que Rafael agachara la cabeza.

Mordiscos a lo largo de la mandíbula, pellizcos en el cuello, chupetones en la zona donde más se notaba el pulso. Al comprender que aquello no iba a

funcionar, deslizó una mano hacia abajo para rodear uno de los pezones masculinos. Rafael le sujetó los dedos y bajó la otra mano hasta la parte inferior de su espalda. Por un momento, Elena creyó que lo había atrapado. Pero él apretó la mandíbula...

Y voló aún más alto.

Y más.

Hasta que estuvieron muy por encima de la capa de nubes, a una altitud en la que hacía un frío gélido. Sin embargo, el resplandor que irradiaba el cuerpo de Rafael parecía haber creado un capullo a su alrededor, aunque lo cierto era que Elena no lo necesitaba, no cuando todos sus poros y sus células estaban llenos de polvo de ángel.

—Rafael. Ahora. —Era una orden impulsada por una necesidad casi dolorosa.

Él se detuvo.

Alto. Muy alto. A una distancia increíble de la tierra. Luego se apoderó de su boca y la dejó sin aliento.

¿Estás lista?

¡Sí!

Cerró los brazos alrededor de Elena y se inclinó de manera que ambos quedaran con la cabeza hacia abajo, en dirección al agua. Y acto seguido empezaron a caer.

Elena gritó sin dejar de besarle. Notó de repente un estallido eléctrico de calor y después la calidez de los músculos de Rafael, cuyo cuerpo ahora estaba desnudo. El arcángel giró con ella una y otra vez mientras caían. Elena debería haberse desorientado durante el primer giro, pero él la sujetaba con tanta firmeza que no sentía miedo. Solo lo sentía a él: duro y exigente mientras se hundía en aquella zona secreta y húmeda de su cuerpo.

Diminutas descargas de placer estallaban desde la más íntima de las uniones.

Elena interrumpió el beso para coger aliento y vio que el agua se acercaba a ellos a una velocidad vertiginosa.

—¡Rafael!

Un solo latido de miedo, y él efectuó un giro tan brusco que lo enterró dentro de ella.

Una sobrecarga de sensaciones. El chasquido de la electricidad sobre su piel.

Sin luchar contra la agonizante dentellada de placer, Elena reclamó sus labios mientras él volvía a elevarse por encima de las nubes. El cuerpo del arcángel cambiaba de posición con cada sacudida de las alas y la acariciaba con atormentadora intimidad. Elena enterró los dedos en su cabello y se frotó contra el sólido calor de su pecho. Anhelante. Ansiosa. Hambrienta.

Baila conmigo, Elena.

Rafael le mordió los labios cuando ella apretó los músculos internos en una

caricia sexual, y dejó un reguero de besos en su mejilla y en su cuello antes de volver a la boca.

Y entonces comenzaron a caer de nuevo.

Elena lanzó un grito a medio camino del agua. Todas y cada una de las terminaciones nerviosas de su cuerpo estallaron de placer, de sensaciones, con la salvaje euforia que provocaba bailar con un arcángel. Comenzó a ver estrellitas azules y doradas, mezcladas con el perverso brillo del polvo de ángel. Y a su alrededor solo notaba unos músculos duros y cálidos, de tal forma que no sabía dónde acababa su cuerpo y empezaba el de Rafael.

Tú también, arcángel.

Una exigencia saturada de placer.

Aún no he acabado contigo, cazadora.

Volvió a alzarse, aunque pasó tan cerca del agua que Elena sintió las salpicaduras frías del mar sobre la piel ardiente.

Los músculos de sus muslos temblaban como si fueran de gelatina, así que enlazó los tobillos tras la parte baja de la espalda de Rafael y enterró la cabeza en la curva de su cuello.

Es una pena... porque creo que estoy muerta.

Una carcajada ronca y masculina. Una carcajada que rezumaba sexo. Una carcajada que avivó algo en su interior, que le dio oxígeno a las brasas de una pasión que acababa de saciarse. El deseo volvió a apoderarse de Elena, que empezó a besarle el cuello, a acariciarlo de todas las formas posibles. Con la boca. Con los dedos. Con las partes más íntimas de su cuerpo.

Elena. Rafael la sujetó con más fuerza. *Una vez más.*

—Una vez más. —Tras decir eso, apretó los labios contra los de él mientras ambos caían en una vertiginosa espiral colmada del erótico polvo dorado de ángel.

Estaba tan concentrada en el dueño de su corazón y de su alma que no vio que el mar se alzaba hacia ellos hasta que fue demasiado tarde.

¡*Rafaell*!, gritó cuando estaban a punto de chocar. Pero no hubo dolor. Empezó a dar vueltas y más vueltas con su arcángel mientras el agua se mantenía a raya gracias a un escudo de luz cegadora llena de vetas azules.

Aferró el rostro de Rafael con el corazón en un puño.

—Darme un susto de muerte no me parece un buen juego preliminar para el sexo.

Mientras frenaba con suavidad, Rafael estiró el brazo para introducir la mano entre sus cuerpos y acarició el húmedo y sensible núcleo de placer que había entre las piernas de Elena. La cazadora estuvo a punto de desvanecerse, pero apretó los músculos internos y clavó la mirada en sus ojos, muchísimo más azules que el Atlántico.

Muévete.

Con una mano bajo sus nalgas y la otra en su espalda, el arcángel decidió obedecer por primera vez una orden suya.

Y luego se acabaron los pensamientos.

A la mañana siguiente, Rafael se apoyó sobre un antebrazo para contemplar a su consorte dormida. El cansancio la había dejado desmadrada. Estaba tumbada boca abajo, abrazada a la almohada. El arcángel sonrió y deslizó un dedo por la línea central de su espalda.

Elena dejó escapar un gemido, pero como no era una queja, él siguió con la exploración.

La noche anterior había estado magnífica. Más fuerte, más rápida, más dispuesta de lo que jamás habría podido llegar a imaginar él. No pretendía que su introducción en la más íntima de las danzas tuviera un carácter tan sensual, pero al ver que ella lo seguía sin vacilar, se había rendido a la tentación y la había tomado como jamás había tomado a ninguna otra mujer.

Porque, inmortal o no, todas se habrían sentido aterrorizadas.

—Hola... —dijo ella con voz adormilada. Se acercó más a él, hasta que chocó contra su rodilla. Luego extendió las alas y le cubrió la cadera y los muslos con una de ellas.

Rafael deslizó la mano por las plumas de color añil con posesivo placer.

—Buenos días.

Elena posó una mano sobre su muslo, bajo las sábanas, muy cerca de aquella parte de él que nunca lograba saciarse de ella.

—Cuidado, cazadora del Gremio.

Una sonrisa soñolienta se dibujó en los labios de Elena, pero sus ojos estaban muy despiertos.

—Bueno, ¿piensas decirme qué ocurrió anoche?

Rafael sabía que ella iba a presionarlo. Así era Elena. Tal y como le había dicho, todo habría sido más fácil si ella fuera una persona maleable... pero en ese caso jamás la habría elegido como consorte.

—Ya te he dicho que mi madre y yo siempre compartimos un fuerte vínculo mental. —Luchó contra el despertar de los recuerdos de una época en la que Caliane había sido justo eso: su madre—. Parece que ese vínculo ha sobrevivido. Ella ha logrado contactar conmigo incluso entre los últimos vestigios del sueño.

Elena le acarició el muslo con la mano y lo ancló a la tierra, al presente.

—¿Qué viste?

—El pasado y el futuro.

«—Rafael. —Un susurro tan silencioso que apenas era un sonido—. Rafael...

Un agujonazo de conciencia, de reconocimiento.

—¿Madre? —Al abrir los ojos se descubrió de pie en un prado verde. En lo alto, el cielo tenía el tono brillante de las alas de un arrendajo azul, y el aire estaba perfumado con un millar de flores sin nombre.

Frunció el ceño. Ese lugar le resultaba terriblemente familiar, incluso las gotas de rocío que brillaban como joyas sobre las briznas de hierba, de color verde jade. Pero su mente jugaba con él y se negaba a decirle el nombre del prado en el que se encontraba.

Se puso en cuclillas y cortó una brizna de hierba para tocar el rocío con el dedo.

Un suspiro en el viento... y luego vio sus pies, finos y delicados, caminando a través de la hierba que acariciaba el largo vestido blanco que le llegaba a la altura de los tobillos.

Sintió un vuelco en el corazón al ver cómo se acercaba. Su increíble belleza había engendrado leyendas, había causado la caída de varios imperios. Su cabello era una cascada de ébano sobre su espalda, denso y salvaje, con rizos de seda en los que a su padre le había encantado hundir las manos mientras la besaba. Sus ojos poseían un color penetrante que él había visto en el reflejo del espejo todos los días de su vida.

Caliane le había dado sus ojos, su poder. Y quizá también su locura.

Sin embargo, había heredado la altura de su padre.

Se puso en pie y vio cómo sonreía cuando se detuvo frente a él. La mujer apenas le llegaba al esternón.

—Mi Rafael... —susurró—. Mi querido hijo. Cuánto has crecido...

Rafael era mucho más alto, pero aun así se sentía como un niño. Cuando ella apoyó los dedos en su pecho, no pudo apartarse. Su corazón lloraba una pérdida que lo había acompañado a través del tiempo.

—Me destrozaste en este mismo prado. —Por fin lo había recordado. Había recordado la sangre y la agonía. Había recordado la imagen de Caliane mientras se alejaba de él.

Los ojos de su madre se llenaron de un pesar que transformó el azul en el negro de la medianoche.

—Estaba loca, Rafael —dijo con una claridad que le recordó el asombroso poder de una canción que había hipnotizado al mundo una vez—. Pero luché por ti.

Rafael pensó en sus huesos hechos añicos, en su cuerpo aplastado, roto en tantos pedazos que habían tardado mucho, muchísimo tiempo en unirse de nuevo.

—¿De veras?

Ella alzó la mano y le recorrió la mandíbula con los dedos en una caricia maternal que amenazó con hacerlo regresar a la infancia.

—La locura me susurraba que debía matarte, que llevabas en tu interior el potencial de superar mi poder.

Rafael conocía su propia fuerza, pero sabía que la arcángel que tenía delante tenía muchos milenios más que él. Sus habilidades no tenían rival.

—Eres una anciana, madre. Yo todavía soy joven.

—El ángel que se convirtió en arcángel a más tierna edad. —El orgullo de su voz fue como un puñal en el corazón de Rafael—. Te he observado incluso mientras dormía, querido hijo. Y he visto un futuro en el que volarás más alto de lo que Nadiel o yo nos atrevimos siquiera a imaginar.

Era el hijo de aquella mujer. Había llorado a la madre que fue una vez, incluso mientras trataba de ejecutarlo. Le resultó imposible no dar un paso hacia delante y estrechar ese cuerpo esbelto entre sus brazos, enterrar la cara en su cabello e inhalar el dulce aroma del hogar.

—Estás dormida.

—No, he despertado. —Rafael notó humedad en su mejilla. La humedad de las lágrimas de su madre, que le acariciaba el cabello con los dedos—. Noto una vena de mortalidad en ti, Rafael.

Rafael parpadeó y se apartó mientras negaba con la cabeza. Elena. Había olvidado a Elena. ¿Cómo era posible, si ella era lo más importante en su vida?

—¿Qué me estás haciendo, madre?

Los ojos de Caliane resplandecieron con la intensidad de un sol abrasador.

—Recordarte quién eres. El hijo de dos arcángeles. El niño más poderoso nacido jamás.

Rafael sacudió la cabeza y enfrentó aquella mirada brillante y cegadora.

—Soy un hombre que se ha hecho a sí mismo. Jamás seré tu juguete.

El fuego parpadeó y se llenó de llamas azules.

—No permitiré que ella sea tu dueña. Eres demasiado magnífico para pertenecer a una inmortal con un débil corazón mortal.

Rafael supo entonces que Caliane mataría a Elena si podía.»

Cuando Rafael terminó, Elena no logró disimular que tenía toda la piel de gallina, pero en aquel momento sus prioridades eran otras.

—Te liberaste —le dijo, consciente de que él necesitaba oírlo en voz alta—. No pudo retenerte en ese sueño, o visión o lo que fuera.

Sombras oscuras en el rostro del arcángel.

—Fue difícil... Quizá habría sido imposible si tú no me hubieras arrastrado de vuelta. Es mi madre, y como tal, me conoce desde que nació. Sabe cómo evitar todos mis escudos.

—Quizá fuera así antes —Elena se puso de rodillas y se apartó el pelo de la cara con un gesto impaciente—, pero ha estado dormida durante mil años. Puede que conociera al niño que eras, pero no conoce al hombre en quien te has convertido. Y no entiende los vínculos que nos unen.

La expresión de Rafael volvió a cambiar, y Elena supo que estaba considerando los problemas con aquella lógica inhumana que exhibía a veces.

—Sí —dijo al final—. Quizá esa sea su única debilidad.

Elena tuvo que contener una negativa instintiva al ver su expresión, al escuchar sus palabras. Él nunca había sido humano, y esperar que lo fuera sería mentirse a sí misma.

—¿Necesitas conocer sus debilidades?

—Ella te amenazó, Elena.

No hizo falta que dijera nada más. Ella sabía muy bien lo que Rafael haría para protegerla y si bien sus instintos de cazadora protestaban ante la idea de ser protegida, su corazón comprendía que amar a aquel ser era aceptar su necesidad de mantenerla a salvo.

—Hay muchas mujeres que tienen problemas con sus suegras.

La mirada que le dirigió Rafael no tuvo precio.

—Mi madre es una arcángel demente.

Elena estuvo a punto de echarse a reír... O tal vez fuera la histeria, que luchaba por salir a la superficie.

—Lo era. Puede que esos estallidos de violencia fueran el resultado de un estado de semiconsciencia. Quizá el sueño la haya curado. Por lo que me has contado, en el sueño se comportó con normalidad, o al menos con la normalidad

propia de alguien de su edad y poder.

No sabes lo mucho que me gustaría que eso fuera cierto.

—Lo sé. Sé lo que es aferrarse al más ínfimo rayo de esperanza —susurró Elena mientras luchaba contra el nudo de emoción que le cerraba la garganta—. Todos los días pienso en cómo podría haber llegado al núcleo del pesar de mi madre para convencerla de que merecía la pena vivir. Todos los días.

Rafael la acurrucó entre sus brazos.

—Hablas muy rara vez de esas cosas, pero sigues llamándola en tus pesadillas.

En la cocina, pensó Elena. En sus sueños siempre estaban en la cocina. Cada vez que soñaba concebía esperanzas... y luego la sangre comenzaba a chorrear por las paredes, a inundar el suelo. Su madre siempre permanecería atrapada en aquella sala, sin importar las veces que Elena le rogara que huyera.

—La encontré —dijo, hablándole de una pesadilla que seguía dejándola temblorosa a causa del pánico en las frías profundidades de la noche—. Volví a casa desde el colegio y entré. —Fue entonces cuando lo vio, cuando vio el zapato de tacón tumbado de costado sobre las brillantes baldosas blancas y negras del suelo.

Debería haberse dado la vuelta en aquel mismo instante, pero se sentía feliz. Su madre no se había puesto los zapatos de tacón en mucho tiempo, y la niña que era pensaba que quizá aquello significara que Marguerite ya estaba mejor, que quizá pudiera recuperar a su madre. La ilusión solo había durado unos segundos preciosos.

—La sombra... —le dijo. Respiraba de forma rápida y superficial—. En la pared. Pude ver cómo se balanceaba suavemente. No quería mirar hacia arriba, no quería verlo. —Incluso en aquel momento, el terror inundaba su ser—. Sentí que mi corazón se congelaba y se convertía en una bola diminuta. Luego alcé la vista y todo se hizo añicos. —El mundo se había convertido en un millar de esquirlas afiladas que se le habían clavado en la piel para arrancarle la sangre—. No dejaba de mirarla, de observar la forma en que... —No le salían las palabras, no se le ocurrían—. La sombra —dijo al final— no dejaba de balancearse. Durante todo el tiempo que mi corazón sangraba por debajo de ella, la sombra se meció sin parar.

Rafael pudo sentir cómo se derrumbaba su cazadora entre sus brazos, y no pudo soportarlo.

—Fue un acto egoísta por su parte.

—No, ella...

—Perdió a dos hijas —la interrumpió—. Fue torturada. Pero tú también. Tú viste cómo asesinaban a tus hermanas delante de tus ojos, cómo sufría tu madre.

—No es lo mismo.

—No. Porque tú eras una niña. —La estrechó con fuerza y deseó poder

volver atrás en el tiempo, zarandear a Marguerite Deveraux hasta que saliera de la neblina de sufrimiento y viera los tesoros que estaba a punto de dejar atrás—. Es muy normal enfadarse con ella, Elena. No es una deslealtad por tu parte.

Un sollozo entrecortado, tan amargo que pareció desgarrarla. Elena le golpeó el pecho con el puño.

—¿Por qué no nos quería tanto como a Ari y a Belle? —Una pregunta infantil—. ¿Por qué nos abandonó cuando vio en lo que Jeffrey se estaba convirtiendo? ¿Por qué? —El puño que golpeaba su pecho se detuvo cuando ella susurró—: ¿Por qué?

Más tarde, Elena le pidió que entrenara con ella para poder descargar su angustia, su dolor, mediante el combate físico. Sin embargo, estaba distraída y no daba lo mejor de sí misma. En lugar de pasarlo por alto, Rafael no le dio cuartel.

—Si no aceptas la protección que te asigno —dijo cuando la tumbó de espaldas por segunda vez en un par de minutos—, tienes que ser mejor que los mejores.

Un gruñido, algo que Rafael prefería con mucho a la agonía que había aplastado su espíritu.

—Que me arrojes al suelo no me ayuda mucho. —Elena volvió a ponerse en pie.

Rafael atacó de nuevo.

En esta ocasión, la cazadora se abalanzó sobre él hecha una furia; su pesar se había convertido en una ira letal.

Rafael bailó con ella. Sus espadas se movían como relámpagos de fuego, y no pudo contener la sonrisa orgullosa que se dibujó en sus labios.

—Magnífico —dijo cuando ella estuvo a punto de rozarle el ala con una de aquellas espadas cortas que llevaba.

Elena masculló algo por lo bajo y trazó un movimiento con el brazo que él no le había enseñado. Tuvo que agacharse para esquivarlo; de lo contrario, habría sufrido un profundo corte en el costado.

Eso está mucho mejor.

Le dio un beso en la mejilla cuando desarmó su mano izquierda y luego se puso fuera de su alcance.

Elena entornó los párpados y utilizó el pie para recoger la espada que había perdido. Un instante después, empezó a moverse en círculos a su alrededor, de forma parecida a como lo hacía Veneno. Aprendía muy, muy rápido, pensó Rafael. En aquel momento, Elena hizo un movimiento que él consiguió esquivar tan solo porque había entrenado con el vampiro serpiente más de una vez. Con todo, la espada pasó a menos de un centímetro de su nariz.

Sin embargo, Elena había quedado expuesta. Rafael se situó tras ella y colocó la daga contra su cuello un instante después.

—Eso ha sido una estupidez —le espetó. Lo enfurecía que ella hubiera

permitido que la ira la llevara a realizar un movimiento que la había dejado expuesta y vulnerable—. Ahora estás muerta.

Elena alzó un brazo y le sujetó la muñeca.

—Me has puesto furiosa a propósito.

Rafael se apartó.

—Pero te has dejado llevar demasiado por la furia.

Ella se volvió, jadeante.

—Sí, es cierto. —Se frotó la cara con una mano—. No cometeré el mismo error otra vez.

Rafael asintió con la cabeza.

—Terminaremos esto más tarde. Me necesitan en la Torre.

Mientras caminaban juntos, con las alas rozándose, Elena tomó una honda bocanada de aire para tranquilizarse.

—¿Algo nuevo sobre el paradero de tu madre? —Recogió el teléfono móvil del lugar donde lo había dejado mientras luchaban y vio que tenía un mensaje de texto nuevo.

—Todavía no. —Palabras tensas—. Si no conseguimos dar con ella antes de que esté lista, despertará por sí sola con todo su poder.

No había necesidad de explicar lo que ocurriría si despertaba tan loca como cuando se sumió en el sueño.

—¿Me contarás más cosas sobre ella? —La desaparición de Caliane lo había marcado tanto como a ella la muerte de su madre.

—Son recuerdos antiguos. Resurgirán a su debido tiempo. —Rafael deslizo el dorso de la mano por su mejilla—. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Voy a reunirme con el perfumista del que te hablé. —No tenía ninguna intención de dejar que su arcángel se enfrentara a los recuerdos a solas, pero ambos habían tenido una mañana muy dura, así que se olvidaría del tema por el momento—. ¿Sabes lo difícil que resulta conseguir el aroma de esa orquídea negra en particular? Se lo pedí justo después de volver de Boston, y acaba de recibirlo. —Le mostró el teléfono móvil.

—Ah. Buscas la esencia.

—Quiero conocer todos los matices, asegurarme de que no he pasado nada por alto —dijo mientras se aseaban y dejaban las armas en la taquilla situada en la parte posterior de la casa—. ¿Arcángel?

Los ojos de Rafael eran claros, de un azul cristalino, cuando se volvió hacia ella.

—¿Qué es lo que quieres de mí, cazadora del Gremio?

—Un beso de despedida.

Una hora y media después, Elena salió de la —en apariencia— tienda de mala muerte que cobijaba al mejor perfumista de la ciudad (llevaba el frasquito de la esencia envuelto en múltiples capas de material protector y guardado en

una pequeña caja) y descubrió que, al parecer, la mitad de Nueva York tenía de repente algo que hacer en el Bronx. Nadie se acercó a ella mientras caminaba por la calle, pero oía los susurros que crecían a su paso como una onda expansiva.

Comprendió de pronto que aquella era la primera vez que pasaba tanto tiempo en las calles. No era de extrañar que todo el mundo la mirara fijamente. El escrutinio la incomodaba un poco, pero era comprensible: la gente necesitaría tiempo para acostumbrarse a ella, y tendría que dejarse ver para que aquello ocurriera. Siempre que se mantuvieran a distancia, no se preocuparía demasiado.

No obstante, no había tenido en cuenta un sencillo factor que formaba parte de la ecuación: el asombro que impedía a la mayoría de los individuos acercarse a un ángel, en su caso se veía reducido casi a la nada. Había sido mortal una vez, igual que ellos. De modo que la seguían, y el gentío que iba tras ella era cada vez mayor.

—Mierda... —murmuró por lo bajo.

«Me llamarás. Sin vacilaciones, sin pensar, sin esperar hasta el último momento. Si estás en peligro, me llamarás».

Evaluó la situación por el rabillo del ojo. Vio admiración en los rostros encandilados de la gente y supo que nadie pretendía hacerle daño. Sin embargo, había demasiadas personas. Si cualquiera de ellas intentaba tocarle las alas, después lo haría otra, y otra. Se abalanzarían entusiasmados sobre ella y la matarían.

Arcángel, dijo, con la esperanza de que Rafael la oyera. *Te necesito.*

El viento y la lluvia inundaron sus sentidos.

¿Dónde estás, Elena? Cuando ella le indicó la localización, Rafael añadió: *Estoy solo a unos minutos de distancia.*

Una mezcla de alivio y frustración le revolvió las entrañas.

Es probable que sea una reacción exagerada por mi parte. Aquel era su hogar, y aquellas personas eran su gente... Detestaba darse cuenta de que podría haberlos perdido. En cuanto aquella horrible idea pasó por su mente, deslizó una daga hasta la mano libre y empezó a jugar con ella entre los dedos en un gesto aparentemente distraído.

La multitud vaciló y retrocedió un paso al ver el brillo del acero.

Bien, pensó ella. Necesitaban recordar que no era solo una mujer con alas. Era una cazadora nata, alguien que podía acabar con vampiros que le doblaban el tamaño sin pestañear. La muchedumbre podría avasallarla, pero no sin que antes derribara a un porcentaje significativo de sus miembros.

Al percatarse de que la muralla humana había bloqueado el tráfico en ambos extremos de la calle, caminó hasta situarse en el medio y alzó la vista hacia el cielo. Y allí estaba. La envergadura de sus alas creó una sombra descomunal mientras descendía para aterrizar a su lado.

—¿Estás bien, consorte?

El silencio subyugó a los espectadores. Su admiración se había teñido de terror.

—Solo sienten curiosidad. —Vio el peligro en los ojos de Rafael y supo que sería capaz de ejecutar a todos los humanos que se encontraban en la calle—. Debería haber considerado esta posibilidad, pero me olvido de que las cosas ya no son como antes.

El viento agitó el cabello de Rafael cuando el arcángel le puso las manos en las caderas. Elena guardó la daga y colocó una mano sobre su hombro, mientras sujetaba la caja con la otra. Esperaba que él se alzara, pero en lugar de eso, Rafael giró la cabeza para recorrer con la mirada a la multitud que se había reunido en la calle. A juzgar por los gemidos y la rapidez con la que todo el mundo empezó a dispersarse, se hizo una idea de lo que la gente había visto.

Cuando se elevaron por fin, fue con movimientos lentos y elegantes, destinados a impresionar.

Tan solo cuando estuvieron a mucha altura, Elena le dijo:

—Esto va a sonar un poco desagradecido... pero detesto que hayas tenido que rescatarme. —La sensación de pérdida era como un ácido corrosivo en sus entrañas—. No soy de esas mujeres que necesitan que las rescaten. No soy así. —No era aquella la mujer a quien él había elegido como consorte.

—Hablaré con Illium. Los entrenamientos de despegue vertical deben tener prioridad sobre todo lo demás. —Palabras pragmáticas y manos cálidas sobre ella—. Una vez que controles eso, será imposible que quedes atrapada en una situación así.

La cazadora sintió un doloroso estallido de sensaciones en el pecho. Incapaz de hablar, dejó que él viera lo que había en su corazón a través de sus ojos.

Gracias.

No solo por devolverle la ciudad, su gente... También por calmar el terror oculto que le provocaba la idea de que él pudiera dejar de quererla.

Con la tierna ferocidad del beso de despedida de Elena grabado en la piel, Rafael iba de camino hacia la Torre cuando la mente de Dmitri rozó la suya.

Sire, Favashi desea hablar contigo. Una declaración carente de entonación.

Llegaré en unos minutos.

El rostro de la arcángel persa ya había aparecido en el monitor cuando entró, y por primera vez, Rafael pudo entrever una grieta en la serenidad de su expresión.

—Favashi, ¿esto tiene que ver con Neha?

—No. En estos momentos Neha parece mantenerse ocupada con los problemas de su territorio. —La voz de Favashi sonaba distraída. Estaba claro que su atención estaba puesta en otra parte—. Tenemos un problema, Rafael.

A diferencia de los demás miembros del Grupo, Rafael nunca había

subestimado a la arcángel de Persia. Aunque gobernaba con guante de terciopelo, bajo aquel guante había una mano de acero.

—¿Quién?

—Elijah. Su comportamiento se ha vuelto errático.

Rafael jamás habría esperado aquella respuesta.

—¿Errático en qué sentido? —Elijah era uno de los miembros más estables del Grupo.

—Según los informes, se ha vuelto violento. Eso no me sorprendería en Charisemnon o en Titus, pero ¿Elijah?

Rafael frunció el ceño.

—¿Le ha hecho daño a Hannah?

La posibilidad de que Elijah le hiciera daño a Hannah era una idea tan imposible como la de que él le pusiera la mano encima a Elena. Si el arcángel había cruzado aquella línea, Caliane estaba más cerca de despertar de lo que todo el mundo creía... y su poder también empezaba a librarse del sueño. El impacto sobre el resto del Grupo podía ser una consecuencia colateral debida a que ella todavía no tenía sus inmensas capacidades bajo un control consciente, pero también podía ser un jueguecito cruel propio de una arcángel demente.

—No hay informes que aseguren que ha tocado a Hannah —respondió Favashi, interrumpiendo los pensamientos de Rafael con su voz elegante—. Lo único que tengo son rumores e insinuaciones. Tus fuentes son mucho mejores que las mías.

El comentario llevaba implícita una pregunta.

—¿Buscas poder, Favashi?

—Si te soy sincera, Rafael, me gusta ser reina en mi territorio. Es una zona vasta y me tratan como a una diosa. —Una gruesa capa de pestañas descendió sobre sus suaves ojos castaños cuando ella negó con la cabeza—. En este momento, tener más tierras solo me ocasionaría problemas.

Rafael no sabía si creerla, pero hizo un breve gesto de asentimiento.

—Te informaré si me entero de algo importante sobre Elijah. —Rafael puso fin a la llamada y se dirigió al vampiro que se había mantenido apartado en un rincón—. ¿Qué piensas?

—Creo que esa mujer es un veneno dulce. —Dmitri se acercó. Su rostro estaba surcado de profundas arrugas—. Solo es poder. Y solo conoce el poder.

—No eres imparcial en lo que se refiere a Favashi.

Una contracción muscular en la mandíbula de Dmitri.

—Era un joven estúpido y ella jugó conmigo. Pero no puedes decir que yo no aprendo de mis errores.

—Es una mujer hermosa. Y, al parecer, tú eres un gran amante.

El vampiro lo miró con expresión siniestra.

—Creo que tu cazadora te está contagiando. Y no es una queja.

Rafael notó que se le curvaban los labios.

—Averigua si alguno de los hombres de Jason sabe lo que está ocurriendo con Elijah.

Rafael tenía intención de hablar con el otro arcángel en persona, pero por honorable que pareciera, Elijah era miembro del Grupo y, como tal, era un maestro en el arte del engaño.

Dmitri ya había sacado el teléfono móvil.

—Favashi... Una vez vi cómo le arrancaba el corazón palpitante a un vampiro y lo sostenía delante de él hasta que murió... y solo porque se había atrevido a desobedecer una orden. No es una princesa indefensa, por más que le guste dar esa imagen.

—El vampiro desafió su poder, Dmitri. Sabes tan bien como yo que no podía tolerarlo.

El teléfono de Dmitri sonó en aquel instante, y el vampiro se lo acercó a la oreja. Al igual que todos, el líder de los Siete tenía un pasado. Ni siquiera Rafael sabía todo lo que había ocurrido entre Favashi y el vampiro quinientos años atrás, varios siglos antes de que Favashi se convirtiera en parte del Grupo.

Lo que sí sabía era que Dmitri le había pedido que lo liberara de su servicio. Rafael, que por aquel entonces acababa de convertirse en arcángel, no podía permitirse el lujo de prescindir de él, y le había pedido que esperara un año más. No se lo había ordenado (Dmitri se había ganado lo que había solicitado), pero el vampiro había accedido.

«Favashi —había dicho con una sonrisa que mostraba muy poco antes de conocer a la mujer persa— es demasiado dulce para maldecir tu nombre, pero según me han dicho, en el instante en que ese año termine, seré suyo.»

Sin embargo, cuando llegó el momento acordado, la sonrisa de Dmitri había vuelto a desaparecer y, aparte de una única conversación en la que Rafael le había preguntado si deseaba marcharse y el vampiro le había contestado con un categórico «No», no habían vuelto a hablar del tema.

En aquel instante, Dmitri terminó de hablar y cerró el teléfono.

—Es posible que tengamos un problema: se ha visto a Elijah volando en tu territorio. Ahora se encuentra sobre Georgia.

Después de lo que le había contado Favashi, solo podía haber una respuesta posible. Rafael se puso en contacto con Nazarach para pedirle que interceptara a Elijah y que le invitara a su hogar en Atlanta.

—Yo me reuniré con vosotros en breve. —Aunque podía recorrer volando una distancia semejante, y lo había hecho en ocasiones, decidió conservar sus fuerzas por si acaso Elijah tenía en mente algo más que una conversación—. Dile a Veneno que prepare el helicóptero —le dijo a Dmitri después de colgar.

—Sire.

—Dmitri... —Esperó a que el vampiro se diera la vuelta para añadir—. Quiero que la vigiles.

—Hice un juramento. Y no lo romperé. —Sin embargo, la expresión de Dmitri decía que no las tenía todas consigo... no cuando lo ocurrido en Pekín había dejado claro que el vínculo entre Rafael y Elena lo hacía más débil: tardaba más en curarse y era más fácil herirlo; semejante desventaja podía ser letal para un arcángel.

—Es posible... —le dijo Rafael a su segundo— que un arcángel necesite una debilidad.

Dmitri hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No si quiere sobrevivir al Grupo.

Sara charlaba con otra cazadora cuando Elena, que sujetaba la caja de la esencia bajo el brazo, asomó la cabeza por la puerta abierta de la oficina de la directora del Gremio.

—¡Ash!

La cazadora de ojos oscuros levantó la cabeza y sonrió como lo habría hecho una artista de cine.

—Hola, Ellie.

—¿Debo entender que ya es seguro que te aventuras fuera de los Sótanos?

Ashwini, que tenía las piernas enfundadas en vaqueros y estiradas por delante de ella, empezó a limpiarse las uñas con su camiseta blanca.

—Sin comentarios.

Al otro lado del escritorio, Sara dejó escapar un gruñido muy poco elegante.

—Están coqueteando.

Elena se quedó boquiabierta.

—No... —Se volvió hacia Ashwini—. ¿Janvier y tú? No me lo creo.

—¿Quién es Janvier? —Una expresión angelical tan falsa que Elena estalló en carcajadas.

—¿De verdad le hiciste lo que creo que le hiciste? —preguntó. Los vestigios de la ansiedad y la frustración comenzaban a desaparecer. Porque aquel lugar y aquella gente también eran su hogar y su gente.

Los labios de Ashwini se curvaron en una sonrisa feroz.

—Lo único que voy a decir es que ese maldito vampiro se lo pensará dos veces antes de tontear conmigo a partir de ahora.

El teléfono de Sara sonó en aquel instante. Mientras ella respondía a la llamada, Ashwini dijo en voz baja:

—Esas alas son alucinantes... —Agitó los dedos—. ¿Puedo tocarlas o te resultaría demasiado incómodo?

Elena sabía que Ashwini no se ofendería si le decía que no; la otra cazadora tenía sus propios dones y cargaba con sus propias pesadillas.

—Por un toquecito en las plumas externas no pasa nada.

Ashwini deslizó un dedo sobre las largas plumas blancas y doradas del borde de sus alas.

—Vaya... Tienen vida. Están... calientes. Supongo que en realidad nunca me había parado a pensarlo.

—Ni te imaginas lo mucho que he tenido que aprender —dijo Elena en el momento en que Sara colgaba el teléfono.

—Ash —dijo Sara—. Tengo un trabajo para ti. —Una sonrisa lenta.

Ashwini entrecerró los párpados.

—Ni de coña...

—Cuida ese lenguaje. —Los ojos de Sara echaban chispas—. Al parecer, Janvier se ha metido de nuevo en problemas. Está en Florida, en algún lugar de Everglades.

—Allí hay pantanos. —Ashwini apretó los dientes—. Yo odio los pantanos. Él sabe que odio los pantanos. Se acabó... Esta vez lo mataré. Me da igual perder la paga extra. —Cogió el trozo de papel que Sara le ofrecía y salió a grandes zancadas de la oficina.

Elena esbozó una sonrisa.

—¿Sabes? Esto es justo lo que me hacía falta después de la mañana que he tenido. —Le contó a Sara lo que había ocurrido en el Bronx.

Su mejor amiga no le dio demasiada importancia.

—La fascinación no durará mucho, Ellie. No eres lo bastante guapa.

—Vaya, muchas gracias.

—Oye, yo no tengo la culpa de que vayas por ahí con tíos despampanantes.

—Su expresión se volvió más seria—. Pase lo que pase, siempre podrás contar

con el apoyo de todos los cazadores del Gremio. No lo olvides nunca.

—No lo haré. —Rafael era su hogar, pero Sara y el Gremio eran la base sobre la que había construido su vida adulta, sobre la que había afianzado sus pies, pensó Elena—. ¿Cómo te has convertido en una persona tan sabia y perspicaz?

—Espero que Zoe piense lo mismo que tú cuando tenga quince años y quiera salir con algún imbécil del último curso. —Sara enarcó una ceja—. Me da la impresión de que has venido aquí a hablar de otra cosa.

—¿Tienes sangre de Vivek en el almacén? —El Gremio almacenaba la sangre de los cazadores para utilizarla en casos de emergencias médicas, pero Vivek no era un cazador en activo.

Sara la observó con detenimiento.

—No, pero el mes que viene le toca el chequeo anual. —Una pausa—. ¿Cuánta necesitas?

—Un vial.

—Me aseguraré de que lo consigas.

Diez minutos después, tras superar con éxito la carrera de obstáculos de los Sótanos situados bajo el Gremio (y el enfado de Vivek, que estaba molesto porque no lo había visitado antes), Elena se adentró en la cámara de esencias.

Era una estancia sin muebles pintada de blanco. Y tenía el tamaño de una caja de zapatos. Apretó los dientes para mantener a raya la sensación de claustrofobia e inhaló con fuerza para asegurarse de que la sala no contenía esencias externas (aparte de las que ella traía consigo) antes de destapar el frasquito de líquido que le había costado una considerable suma de dinero.

Exuberante. Sensual. Intensa... Adictiva.

Parpadeó, retrocedió mentalmente un paso y lo intentó de nuevo.

Oscura, con matices ocultos de luz solar... de todos los impulsos femeninos. Nada peligroso para una mujer.

Una esencia compleja, pensó Elena, muy apropiada para un arcángel.

Sin embargo, aunque ahora tenía la certeza de que había detectado aquella misma combinación de matices en los cuerpos que colgaban del puente y en la chica con el vestido de nomeolvides, no era la que había percibido sobre el Hudson, ni la que había sentido en el dormitorio cuando Caliane susurró el nombre de su hijo.

Frunció el ceño.

Era muy posible que le fallara la memoria, dada la cantidad de adrenalina que tenía en el cuerpo en aquellas dos últimas ocasiones. Además, tanto el cadáver destrozado de la chica como los vampiros del puente habían quedado expuestos a la intemperie, así que era probable que los matices más sutiles se hubieran desvanecido mucho antes de que ella apareciera en escena.

Aun así...

Cuando Rafael llegó, Elijah se encontraba de pie junto al río que pasaba tras

la casa de la plantación desde la que Nazarach controlaba Atlanta. Tras aterrizar a poca distancia, caminó a la sombra de los frondosos árboles que se alineaban junto a la orilla, al borde de la tranquila corriente de agua. Las ramas de un sauce llorón acariciaban la superficie transparente en el otro lado, y Rafael oía los trinos de los pájaros ocultos en el follaje.

Era un lugar hermoso y nada en él evidenciaba los actos violentos que Nazarach había cometido. Cada ángel tenía su propia forma de gobernar. Nazarach utilizaba el miedo. Sin embargo, no era al ángel de alas de color ámbar a quien Rafael quería ver.

—¿Por qué estás en mi territorio, Elijah?

El arcángel que reinaba en Sudamérica alzó la cabeza. Sus ojos, entre castaños y dorados, parecían angustiados, y su cabello estaba enmarañado, como si hubiera enterrado los dedos en él.

—He venido a pedirte refugio, Rafael.

—Pero no para ti. —Elijah era mayor que él, y poderoso por derecho propio.

Su compañero tenía la mirada perdida en el agua, y sus alas se arrastraban sobre el suelo cubierto de musgo.

—Para Hannah.

—¿Crees que podrías hacerle daño? —Rafael había temido eso mismo después de ejecutar a Ignatius, cuando había tratado a Elena con tanta dureza.

—Yo nunca le haría daño —respondió Elijah con un tono de voz apagado—, pero no siempre soy yo mismo.

—¿Una furia cegadora nubla tu visión?

Elijah alzó la cabeza de inmediato.

—¿Tú también la has sentido?

Rafael meditó su respuesta mientras las grandes ramas de los árboles que había sobre ellos y a su alrededor susurraban en silencio. Aquello podría ser una especie de actuación; era posible que Elijah buscara un punto débil. Sin embargo, el arcángel de Sudamérica era también uno de los que siempre había apoyado a Rafael en el Grupo, el único que le había dicho que poseía el potencial necesario para convertirse en el líder.

—Sí, aunque no en las últimas semanas.

Una rápida negativa sacudió aquella cabeza dorada que había inspirado a muchos escultores y poetas.

—Pero una vez es suficiente. No confío en mí mismo... Actué con una crueldad que me atormentará durante los siglos venideros. Los vampiros en cuestión sobrevivieron solo gracias a la intervención de Hannah. —Elijah convirtió sus manos en puños—. Podría haber atacado a Hannah con la misma violencia.

Rafael había aprendido a localizar y aprovechar las fisuras en las armaduras de sus oponentes mucho tiempo atrás. Había tenido que hacerlo para sobrevivir al

Grupo. No obstante, también conocía a Dmitri desde hacía casi mil años, y algo sabía sobre la amistad.

—Sin embargo no lo hiciste, Elijah. Esa es la línea. Y no la cruzaste.

Elijah guardó silencio durante un buen rato. El agua fluía con serena paciencia sobre los guijarros y las rocas mientras ellos permanecían inmóviles en la orilla. Al otro lado, las hojas del sauce llorón se mecían con lentitud, impulsadas por la corriente de agua. Pero los pájaros se habían quedado callados, y de repente, el mundo parecía un lugar mucho más siniestro.

—Si ella es capaz de hacer esto mientras duerme, Rafael —dijo Elijah al final—, ¿qué hará cuando despierte?

Una vez que se duchó y se cambió tras el entrenamiento con Illium (en el que todos los ejercicios estaban dirigidos a otorgarle la fuerza necesaria para un despegue vertical), Elena entró en la biblioteca, donde Montgomery le había preparado una cena informal, y se quedó paralizada.

—Aodhan... —El ángel se encontraba junto a la ventana, observando la tormenta que se había desatado sobre Manhattan una vez más. La oscuridad que reinaba en el exterior resaltaba el intenso brillo de su cuerpo.

El hecho era que Aodhan nunca conseguía encajar. No encajaba entre los ángeles, y mucho menos en el mundo de los mortales. Sus ojos se agrietaban desde la pupila hacia afuera en esquirlas de un verde vívido y un azul transparente. Sus alas fraccionaban la luz. Su cabello estaba formado por mechones brillantes llenos de polvo de diamantes. La suma de todas aquellas características debería haberle dado el aspecto de un ser frío formado por hielo y mármol, pero su piel poseía una connotación dorada que resultaba cálida y acogedora.

—Elena. —Inclinó la cabeza en una leve reverencia. Su voz aún le resultaba extraña, ya que Elena la había oído en muy pocas ocasiones.

—Rafael llegará enseguida. —Se acercó a la mesa y se sirvió una humeante taza de café. El vino le habría provocado sueño después de la dura sesión de entrenamiento—. Regresó de Atlanta hace diez minutos. —Del territorio de un ángel que a Elena le ponía la piel de gallina antes incluso de que Ashwini la pusiera en antecedentes. «Gritos. Las paredes están llenas de gritos», le había dicho Ash al describirle el hogar de Nazarach.

Aodhan no dijo nada, se limitó a contemplar la lluvia una vez más. Elena sabía que aquel aislamiento era deliberado. El ángel la fascinaba. Era una especie de obra de arte, algo que uno podía admirar sin llegar a entenderlo en realidad. Pero había mucho más en él. Dolor, sufrimiento y una herida que lo mantenía encerrado en sí mismo, como la mayoría de los animales heridos.

Elena no conocía los detalles de lo que le habían hecho, pero sabía lo que se sentía cuando uno estaba tan malherido. Dejó el café a un lado y sirvió una copa de vino.

—Aodhan.

Con las alas replegadas sobre la espalda, el ángel recorrió la distancia que los separaba para coger la copa de vino.

—Gracias.

—De nada.

Asegurándose de no tocarlo, Elena se sentó a la mesa y comenzó a preparar un bocadillo. Montgomery se habría horrorizado al ver el uso que le daba a los platos que había situado sobre la mesa, pero un buen bocadillo le parecía el alimento perfecto en aquel momento. Preparó también uno para Rafael, solo para ver la cara que ponía.

Después de casi un minuto de silencio, Aodhan se acercó para tomar asiento en la silla que había frente a ella y apoyó las alas con elegancia sobre el respaldo diseñado para los ángeles. No comió, pero bebió vino, y cuando Elena levantó la vista, descubrió que aquellos extraños y hermosos ojos estaban clavados en ella.

—Eres un artista —le dijo, preguntándose qué veía él—. ¿Te has fijado en mi jarrón, el que está en el vestíbulo principal?

Una chispa de interés.

—Sí.

Elena se tragó el trozo de bocadillo que había mordido.

—Pues no puedes llevártelo. —Compuso una expresión seria—. Montgomery te lo robaría para traerlo de vuelta.

Aodhan inclinó la cabeza hacia un lado, como si intentara entender sus palabras. Sin embargo, no dijo nada, así que Elena decidió no bromear más. No era como Illium, que habría replicado al instante con algún comentario perverso. A Aodhan había que tratarlo con mucho más cuidado... porque en realidad era igual de letal. Lo había visto en la lucha y sabía que podía ser muy peligroso con aquellas dos espadas que llevaba en unas fundas paralelas sobre su espalda; por algo formaba parte de los Siete de Rafael. No obstante, era una criatura destrozada al más profundo de los niveles.

Oyó el susurro de unas alas a su espalda y notó la esencia del mar en su mente.

—Hola, arcángel. —*Eso sí que ha sido una ducha rápida.*

No había tentaciones que me impulsaran a demorarla. Un contacto firme sobre la parte superior del ala de Elena, un contacto que le provocó un hormigueo por todo el cuerpo. Delante de ella, Aodhan se puso en pie.

—Sire.

—¿Qué tienes para mí, Aodhan? —Tras inclinar la cabeza para indicarle al ángel que se sentara, Rafael se acomodó en su propia silla. Esbozó una sonrisa al ver lo que Elena le había puesto en el plato—. Creo que esto no es lo que Montgomery tenía en mente cuando trajo los bollos de pan. —Con todo, le dio un mordisco al bocadillo.

—Están hechos con amor —replicó Elena, y vio que en los ojos de Aodhan había una chispa de... ¿sorpresa?

Su voz, no obstante, no revelaba nada.

—Como sabes, el mundo entero ha padecido el azote de la lluvia, el viento y la nieve. El Lejano Oriente sufrió daños considerables a causa de las inundaciones, los tifones y los terremotos. Japón también se vio afectado, salvo una región que ha salido indemne del terremoto que sacudió el resto de la isla.

A Elena se le erizó el vello de la nuca, y dejó la taza de café vacía sobre la mesa en el momento en que Rafael abandonó su cena y se puso en pie.

—¿No ha sufrido ninguna alteración? —preguntó mientras se acercaba a la chimenea apagada.

—Ninguna. —Aodhan también se levantó, y aquellas alas compuestas por luz y fragmentos de cristal se desplegaron un poco, como si se sintiera lo bastante cómodo para confiar en que nadie intentaría tocarlo.

—¿Dónde?

—Se trata de un área localizada en el interior de una prefectura montañosa denominada Kagoshima.

Elena se levantó también y se apoyó sobre una de las estanterías para poder hablar más fácilmente con ambos hombres, aunque sus siguientes palabras iban dirigidas a Rafael.

—Vas a ir allí.

—Debo hacerlo. —Con una expresión vacía, el arcángel contempló la oscura tormenta a través de la ventana—. Ahora que hemos logrado reducir el marco de búsqueda hasta una localización tan específica, es posible que sea capaz de percibir el lugar donde duerme.

Elena formuló su siguiente pregunta en privado.

¿Qué harás si la encuentras?

Lo que tenga que hacer.

La cazadora sintió una opresión en el pecho ante la frialdad de aquellas palabras, porque sabía lo que significaban. Había sentido el poder del corazón de Rafael, sabía lo mucho que sangraría si resultaba que Caliane seguía estando loca.

—Iré contigo.

Unos ojos del color de la medianoche se clavaron en ella.

—Tienes responsabilidades aquí.

—Tu gente vigila a mi familia, y si existe alguna posibilidad de que se repita lo de Boston... lo mejor es dirigirse a la fuente del problema y solucionarlo. —No podía hacerlo por él, no tenía poder suficiente para matar a un arcángel, pero sí podía estar a su lado. Y allí estaría.

—Ella es mucho peor que Uram, Elena.

Se le hizo un nudo en el estómago y su corazón empezó a latir a mil por hora.

El arcángel nacido a la sangre, con el cuerpo inundado de veneno, había matado a centenares de personas, y habría asesinado a miles si no se lo hubieran impedido.

—Conseguimos detenerlo —señaló ella, que hablaba tanto para él como para sí misma—, y ahora somos más fuertes de lo que lo éramos entonces.

Tal vez.

Rafael se dirigió a Aodhan antes de que ella pudiera cuestionar aquel comentario tan ambiguo.

—Habla con Dmitri. Organizad todo lo relacionado con el transporte. Volaremos hacia allí en cuanto cese la tormenta.

Elena esperó a que Aodhan saliera de la biblioteca para recorrer la distancia que los separaba.

—Rafael... —dijo, con el estómago convertido en un dolorosísimo nudo—, tu fuerza... ¿Sigues siendo más susceptible a las heridas? ¿Todavía tardas más en curarte?

—Sí.

La culpabilidad clavó sus garras en ella. Era por su culpa. De algún modo, era la culpable de que le ocurriera aquello.

—¿Es grave?

—Mi capacidad para curar a otros no ha dejado de aumentar, cazadora del Gremio. No me parece un mal negocio.

Sí lo era en el Grupo. Sí lo era si quería sobrevivir.

—Cuéntamelo.

Rafael esbozó una pequeña sonrisa, una peligrosa señal de que al inmortal aquello le había hecho gracia.

—Importa poco, Elena. Incluso aunque mi poder estuviera al máximo de sus capacidades, mi madre sería una adversaria letal. Es posible que tenga cien veces más poder que Lijuan.

A Elena se le heló la sangre.

—Yo...

—Quédate aquí, Elena. Esto no será como dar caza a un inmortal recién nacido.

Eso lo sabía muy bien. Pero también sabía otra cosa.

—La lógica no tiene nada que ver con esto, arcángel. Me estás pidiendo que me quede aquí a salvo mientras tú te adentras en una pesadilla. No. —Un movimiento negativo de la cabeza—. No puedo hacerlo. No soy así.

—¿Y si te dejo atrás?

—Conoces la respuesta a esa pregunta. —Se limitaría a seguirlo y punto.

Rafael le apartó el pelo de la cara con una mano y sonrió. Una sonrisa diminuta.

—¿Estás segura de que no deseas parecerte más a Hannah?

—Si me lo pides con amabilidad, tal vez acceda a aprender algo de caligrafía.
—Sin embargo, las risas se apagaron pronto—. ¿Los demás miembros del Grupo te ayudarán a luchar contra ella?

—Elijah y Favashi sí, pero los demás... no lo sé. El comportamiento de Astaad sigue siendo errático. Michaela ya no responde a nadie, y acabo de enterarme de que Titus y Charisemnon muestran arrebatos de violencia. Favashi dice que Neha permanece estable, pero la Reina de los Venenos posee la habilidad de atacar sin previo aviso.

Elena escuchó las siguientes palabras en su mente: *Mi madre es el monstruo que asusta a los demás monstruos.*

La tormenta continuaba siendo un aguacero salvaje a la mañana siguiente, pero las predicciones meteorológicas aseguraban que pasaría en un par de horas.

—Tengo que hablar con Evelyn —dijo Elena cuando aterrizaron en la azotea de la Torre. La lluvia le había dejado la ropa pegada a la piel. Rafael podría haberlos protegido a ambos utilizando sus habilidades, pero ella le había pedido que conservara sus fuerzas para la posible batalla que tendrían que librar.

—Tu hermana vive en el hogar familiar —señaló él al tiempo que alzaba las alas para protegerla de las afiladas gotas de lluvia—. Es inevitable que te encuentres con tu padre.

—Lo sé —respondió Elena, alzando la voz para hacerse oír sobre el estruendo de las gotas que azotaban el metal y el cemento de Manhattan.

—No irás sola.

—Debo hacerlo. —Su padre intentaría aplastarla y desmoralizarla, y no quería que su arcángel la viera herida y destrozada.

Rafael captó el dolor en los ojos de su consorte antes de que ella lograra ocultarlo, y su furia se convirtió en una espada desenvainada.

—No.

Elena sacudió la cabeza y apoyó las manos sobre su pecho.

—Le harías daño en cuanto él me lo hiciera a mí —comentó con total sinceridad mientras parpadeaba para retirar las gotas de agua de sus pestañas—. No serías capaz de contenerte. Y, a pesar de todo, sigue siendo mi padre.

Rafael cubrió su mejilla con una mano y enredó los dedos en los mechones húmedos de su cabello.

—No se merece tu protección.

Jeffrey no se merecía nada salvo el desprecio de la mayor de las hijas que le quedaban.

—Tal vez no —admitió Elena, inclinando la cabeza hacia su mano—. Pero también es el padre de Beth, de Evelyn y de Amethyst... y ellas lo aman.

—Pides lo imposible.

—No, pido lo que necesito. —Se mantuvo firme en el momento en que otros ángeles habrían cedido—. Solo lo que necesito, arcángel.

Rafael le había concedido más libertad de la que jamás habría creído posible,

pero no le concedería aquella petición.

—Iré contigo. —Le sujetó la barbilla cuando ella hizo ademán de protestar—. No aterrizaré. Y esa es la única concesión que estoy dispuesto a hacer.

Elena cruzó los brazos. Sus ojos se habían vuelto plateados en aquel ambiente tormentoso.

—No sé si puede considerarse una concesión, pero no tenemos tiempo para discutir.

Rafael le habló mentalmente mientras volaban en medio de la tempestad de viento y lluvia una vez más.

Escucha esto, Elena: si él cruza la línea, lo haré pedazos. Yo no tengo tanta paciencia.

Menos de quince minutos después, y muy consciente de la presencia de Rafael en el cielo, Elena echó a andar hacia las escaleras que conducían hasta el hogar de su padre. Una vez más, no fue una criada quien abrió la puerta.

—Gwendolyn —dijo mientras se sacudía el agua de las alas—, solo he venido a charlar con Evelyn antes de marcharme de la ciudad. —No quería que su hermana pequeña creyera que se había olvidado de ella. Esa era una herida que jamás infligiría a nadie de los suyos.

—Pasa —dijo Gwendolyn, con la preocupación pintada en aquel rostro maquillado con tanta elegancia—. Debes de estar helada.

Elena se quedó en el pasillo, chorreando.

—Lo siento, estoy empapada.

—Dame un momento. —Gwendolyn desapareció y regresó con una toalla que ofreció a Elena.

La cazadora se secó la cara e hizo cuanto pudo para escurrir el agua de su coleta.

—Me quedaré en el pasillo... No quiero estropear la alfombra.

—Puedo limpiarla.

Mientras se secaba las partes de las alas que podía alcanzar, Elena se dio cuenta de que Gwendolyn la miraba fijamente.

—Debo de estar hecha un asco —dijo entre risas.

Esperaba una réplica educada, pero jamás habría podido predecir la que obtuvo.

—Siempre me he preguntado —dijo la otra mujer con voz ronca— qué tenía de maravilloso esa mujer para que él no pudiera olvidarla, qué era lo que le hizo elegir un amante que le recordaba a ella.

Elena sintió que el suelo se abría bajo sus pies. No quería mantener aquella conversación con la segunda esposa de su padre.

—Gwen...

—Ahora lo veo —añadió Gwendolyn, que mostraba profundos surcos blanquecinos alrededor de la boca—. Hay algo en ti, algo que debiste de heredar

de ella... y es algo que yo nunca tendré jamás. Por eso se casó conmigo.

Incómoda como pocas veces en su vida, Elena no pudo quedarse de brazos cruzados ante tan intenso dolor.

—Ya sabes cómo reaccionó cuando yo quise asistir a la Academia del Gremio. —El hecho de que se matriculara en la academia sin su permiso (un permiso que jamás le habría dado) fue lo que les condujo a la discusión en la que él había acabado llamándola «abominación» antes de echarla de casa—. Sin embargo, ha permitido que Eve asista. Y eso ha ocurrido gracias a ti. Él te escucha.

Gwendolyn se rodeó con los brazos, y en las comisuras de sus ojos aparecieron diminutas líneas.

—Lo peor de todo es que lo amo. Siempre lo he amado. —Se dio la vuelta y comenzó a avanzar por el pasillo—. Está en su estudio.

—Espera... Yo solo quiero hablar con Eve.

La esbelta mujer se puso tras la oreja un mechón de cabello, negro como el ala de un cuervo, cuando miró hacia atrás.

—La traeré aquí abajo, pero no puedes evitar hablar con él. Ya lo sabes.

Tal vez no, pero sí podía retrasar aquel momento el mayor tiempo posible. Así pues, esperó a que Eve bajara y pasó más de media hora con su hermana. Respondió las preguntas sobre la caza que Eve había acumulado desde su último encuentro y le hizo saber que podía llamarla siempre que quisiera.

Después hablaron de otras cosas. Cosas mucho más dolorosas.

—Echo de menos a Betsy —susurró Eve, que había apretado la mano hasta convertirla en un pequeño puño—. Era mi mejor amiga.

—Lo sé, pequeña.

Los ojos de Eve se llenaron de lágrimas mientras se arrojaba a los brazos de Elena. Parecía mucho más joven de la edad que tenía. Era el bebé de la familia.

—Mamá cree que no lo sé, pero sí que lo sé. Éramos iguales. Todo el mundo lo decía.

Elena no supo qué decir, cómo curar aquella herida, así que se limitó a abrazar con fuerza a Evelyn y a mecirla hasta que las lágrimas cesaron.

—Chist... Calla, cielo. No creo que a Betsy le gustara verte tan afectada.

—Era tan buena, Ellie... —Un sollozo—. La echo de menos todos los días.

Elena lo entendía en lo más profundo de su alma. Ella echaba de menos a Ari, a Belle y a Marguerite cada segundo de cada día.

—¿Por qué no me hablas sobre ella?

Evelyn tardó un buen rato en tranquilizarse un poco y poder hablar, pero cuando lo consiguió, fue como si se hubiera roto una presa. Le habló no solo de Betsy, sino también de Celia, la chica que «tocaba el clarinete mejor que nadie» y que no se reía cuando ella cometía un error durante la clase.

Elena permaneció sentada, escuchando. Llegó a la conclusión de que Eve no

le había hablado a nadie más sobre aquello, de que había reprimido su dolor. Podía entenderlo en lo que se refería a Jeffrey, pero el amor que Gwendolyn sentía por sus hijas era palpable.

—¿Por qué no le has hablado a tu madre sobre Betsy y Celia?

—Ella está triste todo el tiempo. —Palabras sabias de una niña con unos ojos grises muy serios—. ¿A ti no te importa que te lo cuente?

—No, por supuesto que no.

Una mirada directa, ya sin lágrimas.

—Antes creía que eras mala, y que por eso padre nunca te invitaba a quedarte con nosotros.

Elena sintió una punzada de dolor en el corazón.

—¿En serio?

—Sí. Pero no eres mala. Eres buena. —Un abrazo de oso de unos bracitos sólidos—. Puedes quedarte en mi casa cuando tenga una —le susurró al oído.

Elena aún albergaba aquel regalo emocional en su corazón unos minutos después, cuando empujó la puerta del estudio de su padre sin molestarse en llamar primero. Lo encontró de pie junto a las puertas correderas de la terraza, contemplando la lluvia. Sin saber muy bien por qué no se daba la vuelta y se largaba de allí, cerró la puerta al entrar y se adentró en la habitación para apoyarse en la jamba opuesta. Había alrededor de un metro de distancia entre ellos.

Fuera, la lluvia caía como una cortina plateada que empapaba el mundo. No sabía si se debía a la conversación que había mantenido con Gwendolyn o a alguna otra cosa, pero al final fue la primera en hablar.

—A mamá le encantaba la lluvia.

» —Ven, *chérie*, baila con tu mamá.

» Sentía la hierba húmeda y esponjosa bajo los pies. Su pecho se sacudía de tanto reír mientras corría hacia fuera con Beth a su lado.

—¡Mamá!

Risas, ternura y despreocupación mientras Marguerite giraba bajo la lluvia, con las faldas volando a su alrededor como un remolino de colores.

—Mamá. Bonita. —La voz suave de Beth, que apretaba la mano de Elena mientras ambas saltaban en los charcos alrededor de la figura danzante de su madre.»

—Sí. —Una palabra seca—. Le gustaba la lluvia, pero no pudo sobrevivir a la tormenta.

Desconcertada por el hecho de que Jeffrey hubiera respondido, Elena no supo qué hacer ni qué decir. Se frotó el puño contra el pecho, como si con aquello pudiera eliminar años de dolor.

—No era fuerte. No era como tú. —Marguerite había sido la luz y las risas, el fuego de sus vidas.

Una risa amarga.

—No habría necesitado serlo si ese día yo hubiera estado allí.

Aquella conversación no era la que ella había previsto, y se sentía asustada, perdida, una niña de nuevo. Se aferró al marco de la puerta y pensó en aquel fatídico día en el que todo se había derrumbado. Recordó que su padre no estaba.

—Fuiste a recoger a Beth a casa de su amiga, donde había pasado la noche. —Siempre se sentiría agradecida por aquella pequeña concesión del destino que había evitado que su hermana pequeña sufriera las atenciones del asesino.

Una mirada gris y fría tras los cristales de las gafas.

—Me peleé con Marguerite y salí a despejarme la cabeza. Recogí a tu hermana mucho más tarde de lo que debía.

El universo de Elena comenzó a dar vueltas.

—Nos peleamos porque a mí me parecía que era demasiado frívola. Quería que fuera la esposa de un hombre de negocios...

—... y ella era una mariposa —susurró Elena. Sabía que, pese a la dureza de sus palabras, su padre había amado de verdad a su primera esposa. La había amado como no había vuelto a amar a nadie nunca más.

« —Cielo, este pastel tiene un aspecto delicioso.

Marguerite riendo y tirando de la corbata de seda de Jeffrey para que se agachara un poco y ella pudiera darle un apasionado beso.

—El pastel tiene un aspecto horrible y tú lo sabes, *mon mari*.

Una sonrisa que convertía a su padre en el hombre más apuesto del mundo.

—Ya, pero la cocinera es sin duda deliciosa.»

Mientras aquel fragmento de recuerdo se proyectaba en su mente desde algún rincón secreto, Jeffrey se enderezó y se metió las manos en los bolsillos de los pantalones. Elena supo que aquel extraño instante había pasado antes incluso de que hablara.

—¿Estás aquí para decirme que vendrán algunos de tus nuevos amigos a hacerles daño a tus hermanas?

Elena dio un respingo.

—Están bajo vigilancia constante.

Jeffrey ni siquiera la miró.

—Me aseguraré de que se sepa que no eres un miembro bien recibido en esta familia.

Era una estupenda medida de precaución, pero le dolía como si fuera un atizador al rojo vivo clavado en su corazón.

—De acuerdo. —Se quedó sin voz, pero no dejó que se notara. Se negaba a desmoronarse delante de aquel hombre; un hombre que no podía ser el mismo que le había sujetado la mano en el depósito de cadáveres de aquel hospital hacía veinte años—. De ahora en adelante, cada vez que quiera reunirme con Eve, lo haré en el Gremio. No hay razón para que nadie se cuestione mi presencia aquí.

Jeffrey no dijo nada.

Elena se dio la vuelta para marcharse.

—Eleanora.

Se quedó paralizada con la mano en el picaporte.

—¿Sí?

—De todas mis hijas, tú siempre has sido la que más se parece a mí.

Tras negar aquella posibilidad con todas las fibras de su ser, salió de la casa sin mirar atrás. Rafael ya estaba allí, y la elevó hacia los cielos hasta que se encontró a la altura suficiente para volar sin ayuda. Y volaron... mientras ella intentaba enterrar las palabras de su padre bajo una montaña de verdades.

Elena...

¡No soy como él! Yo jamás le haría a mi hija lo que él le hizo a la suya.

Rafael no se mostró de acuerdo de inmediato, y cuando habló, sus palabras no fueron las que ella deseaba oír.

Ambos sois supervivientes, Elena. Tú elegiste métodos distintos para conseguirlo, pero ambos lo sois.

Le temblaba el labio inferior, y le frustraba tanto aquel signo de debilidad que se lo mordió con fuerza hasta que sangró.

Él sobrevivió destruyendo todos los recuerdos de nuestra familia. Yo los guardo aquí. Se dio un puñetazo en el pecho mientras parpadeaba para sacudirse la lluvia de los ojos.

Yo no soy el defensor de tu padre. Lo mataría si después no me odiaras por ello, pero la existencia de su amante contradice lo que piensas.

Tras librarse de nuevo de las gotas de lluvia —y darse cuenta de que aquellas gotas saladas no caían del cielo después de todo—, Elena recordó a la pobre mujer a quien Uram había destrozado en plena orgía de violencia por Nueva York. Aquel cabello rubio pálido y aquella piel dorada habían sido una pobre imitación de la belleza de mariposa de su madre... pero una imitación al fin y al cabo.

No puedo, dijo. Sentía un doloroso nudo en el centro del pecho. *No puedo verlo de esa manera.*

Llegaron a la Torre y Rafael esperó a que aterrizaran para empezar a hablar. La estrechó entre sus brazos y alzó las alas para protegerla de la lluvia que caía una vez más.

—Tal vez seas la hija de Jeffrey —le susurró al oído—, pero también eres la hija de Marguerite.

La cazadora se aferró a su espalda y hundió los dedos en sus músculos mientras enterraba la cara en su cuello.

—Esa es la cuestión —murmuró. Casi deseaba que él no pudiera oír sus palabras bajo el estruendo de la tormenta—. Detesto a ese hombre por lo que

es... pero al menos él sigue aquí.

Un solitario zapato de tacón rojo sobre el frío suelo de baldosas blancas y negras. Una delgada sombra que se balanceaba sobre la pared del Caserón. Aquellos eran los últimos recuerdos que tenía de su madre.

—Al menos, él no se rindió cuando todo se fue a la puta mierda. ¡Fue muy duro para todos nosotros! Pero ella se marchó. ¡Decidió abandonarnos!

Su arcángel no dijo nada. Se limitó a cobijarla entre sus brazos y bajo la protección de sus alas mientras la tormenta desataba una implacable furia a su alrededor.

Rafael sabía que su cazadora necesitaba tiempo, pero no podía concedérselo. Aquel día no.

Debemos irnos, Elena, le dijo demasiado pronto. El cielo comienza a despejarse.

Un gesto de asentimiento contra su pecho.

—No te preocupes, arcángel. Estoy bien.

No, pensó él, no lo estaba. Pero sobreviviría, igual que había sobrevivido a las pérdidas de su infancia, a la maldad de Uram y a la asombrosa transformación de mortal a inmortal.

Vamos.

El vuelo sobre el Hudson fue relativamente rápido, puesto que ya no tenían el viento en contra. Una vez en casa y con ropas secas, Elena dijo:

—Voy a averiguar si mis compañeros han sido capaces de conseguir algo más de información desde Japón.

Mientras Elena indagaba, Rafael habló con el líder de sus Siete en la biblioteca.

—¿Crees que habrá algún problema en mi ausencia? —Lijuan no era la única que se había percatado de que era más vulnerable a las heridas, y eso podía animar a otro ángel necesitado de conquistas.

Dmitri negó con la cabeza.

—El hecho de que yo permanezca aquí desanimará a cualquiera que albergue ideas extrañas. Saben que no soy un vampiro recién Convertido.

—Si se produce algún ataque, mata sin miramientos. —Solo los más despiadados podrían mantener la ciudad a salvo—. Voy a dejar a Veneno contigo, y a Jason preparado para volar hasta aquí si resulta necesario. Galen cuidará de la zona del Refugio. Illium vendrá conmigo, y Naasir ya está en Tokio. —El vampiro se reuniría con ellos en Kagoshima.

—¿Qué pasa con Aodhan?

—Voy a enviarlo de vuelta al Refugio. —El ángel ya había indicado la posible localización de Caliane en el mapa del satélite—. No quiero dejar a Galen solo. —Era posible que algún miembro del Grupo intentara asestarle un golpe eliminando a uno de sus Siete.

—Yo también habría optado por Aodhan —dijo Dmitri—. Si no tenemos cuenta a Galen, es él quien más veces se ha encargado de tus asuntos en el Refugio. —El vampiro se volvió un poco cuando Elena entró en la estancia, y Rafael tuvo la certeza de que le había enviado una descarga de su esencia para fastidiarla. Estaba a punto de decirle a Dmitri que aquel día no estaba para bromas cuando vio que Elena sonreía.

—¿Te resulta difícil conseguir una cita, querido Dmitri? —susurró—. Tengo un número al que puedes llamar.

Dmitri entrecerró los ojos, y en aquel instante desapareció todo rastro del hombre sofisticado que había llegado a ser el segundo al mando de Rafael. De pronto volvió a ser un guerrero forjado a fuego.

—Pareces débil. —Una crítica—. No estás en forma para entrar en batalla junto a Rafael.

Ten cuidado, Dmitri. Una advertencia suave... Rafael permitía que Dmitri presionara a Elena porque lo cierto era que ella necesitaba aprender a contenerse frente a los vampiros y los ángeles. Dmitri era un terreno de pruebas perfecto. Con todo, había algunos límites que no permitiría que el vampiro cruzara. *Estás hablando con mi consorte.*

Dmitri apretó la mandíbula y separó los labios para replicar, pero Elena arremetió contra él.

—Puede que esté hecha un asco, pero te aseguro que estoy sedienta de sangre. —Su voz era como una hoja de afeitar—. Y si sales un momento fuera, me encantaría demostrártelo.

—Nunca le haría daño a la consorte de mi sire. —Modales glaciales.

Con las mejillas ruborizadas, Elena apoyó los puños en sus caderas.

—Rafael, dile que no le harás nada si salgo «herida».

La sonrisa de Dmitri era pura provocación.

—Eso sería mentir, Elena. Le rebanaría la garganta.

—Supongo que es una lástima, pero tendrás que esperar a otro día para que te toque —señaló el vampiro.

Elena los fulminó a ambos con la mirada.

—No es de extrañar que os llevéis tan bien. Iré a finalizar las llamadas... Solo quería que supieras que un cazador que se encontraba en esa parte de Kagoshima hace una semana me ha dicho que la situación le puso los pelos de punta en todo momento mientras estuvo allí. Como si algo le dijera que se marchara... Algo o «alguien».

Rafael miró al líder de sus Siete a los ojos en cuanto Elena se marchó.

—Algún día llegarás demasiado lejos.

Dmitri había demostrado su lealtad, pero Elena era su corazón. No había comparación posible.

El vampiro encogió los hombros.

—Lucha mejor cuando está furiosa que cuando está herida.

¿Y el hecho de que disfrutes provocándola no ha tenido nada que ver?

—Beneficios colaterales. —La sonrisa de Dmitri se desvaneció al instante—.

Sire, ¿qué quieres que haga si tu madre despierta?

Rafael comprendió qué era lo que le preguntaba en realidad su segundo al mando.

—Si despierta y es como antes, nadie podrá hacer nada.

La última vez que Elena pisó Japón, seguía el rastro de un inversor ejecutivo, un vampiro que había decidido que, después de servir diez años de los cien que había firmado en su contrato, se dedicaría a vivir la buena vida utilizando el dinero que había extraído de las cuentas de sus clientes vampíricos más confiados.

El ángel con quien había firmado el contrato estaba literalmente «muy disgustado», y no solo porque el vampiro hubiera roto el acuerdo, sino también porque había utilizado el empleo que él le había proporcionado para estafar a otros. Elena había recibido una orden de «matar en caso de recuperación imposible», pero había devuelto al imbécil vivo. Petrificado, pero vivo.

«Gracias, cazadora del gremio —le había dicho el ángel con un tono sereno cargado de muerte cuando ella le entregó al chupasangre—. Yo me encargaré del castigo.»

Elena había sentido lástima por el vampiro, pero el tipo había cavado su propia tumba cuando robó el dinero.

—No está muerto, ¿sabes? —le dijo a Illium, que se había situado a su lado para escuchar la historia de aquella caza. El cuarto miembro del grupo, Naasir, se había quedado en un pequeño asentamiento que se encontraba a una hora de vuelo de allí con la esperanza de poder sonsacarle algo más de información a los lugareños—. El ángel decidió castigarlo de otras formas.

El rostro de Illium tenía un aspecto fresco y hermoso bajo la brisa que barría la cima de la montaña en la que se encontraban y alborotaba los mechones negros de puntas azules de su cabello.

—En ocasiones, la muerte es demasiado clemente.

—Ya, pero lo siento por él de todas formas. Fue un delito de guante blanco.

Illium la miró con extrañeza.

—En el mundo humano, esos crímenes se castigan con levedad a pesar de que afectan a cientos de personas y llevan a algunas de ellas a elegir la muerte de los desesperados. Sin embargo, el hombre que golpea a una sola persona es considerado un criminal de la peor clase.

—Vaya... —Elena contempló la inmensa extensión de bosque y montañas que había frente a ella—. Nunca lo había visto de ese modo. —Frunció el ceño al darse cuenta de que el verde oscuro del bosque no estaba del todo deshabitado.

Acababa de divisar el inconfundible techo de tejas de lo que debía de ser un templo.

¿Rafael? Intentó que la preocupación que sentía no se revelara en aquella llamada mental. Rafael había aterrizado con ella y con Illium y les había dicho que esperaran mientras él realizaba un reconocimiento preliminar. Luego había desaparecido entre las nubes. Aquello había ocurrido quince minutos antes, y a pesar de lo mucho que lo intentaba, Elena no conseguía percibir la familiar lluvia de su esencia. *¿Arcángel?*

Un brillo dorado en el despejado cielo azul. Elena se protegió los ojos con una mano, miró hacia arriba y sintió que el alivio inundaba su corazón.

Oye, ¿a qué viene tanto silencio?

No hubo respuesta. Decidió conservar la calma y observó con asombro cómo el arcángel descendía hacia la copa de los árboles. Sus movimientos eran poderosos y precisos, tanto que volar parecía cosa de niños.

—Es el ser más magnífico que he visto en mi vida. —Las palabras brotaron de sus labios sin más.

—Me hieres, Elena.

Ella sonrió, pero no apartó la vista de Rafael mientras este trazaba un círculo en torno a la zona del templo y luego viraba hacia ellos.

—Tú eres sin duda el más guapo. —Con ojos dorados y alas azules, Illium debería haber sido casi demasiado hermoso, y en ocasiones, a Elena le parecía que lo era. ¿Qué mujer se atrevería a pasear a su lado?

—¿Más guapo que Ransom? —El ala azul rozó la de Elena cuando Illium le dio un empujón con el hombro.

—Bueno, eso depende de si la mujer prefiere unos ojos del color de las antiguas monedas venecianas o un cabello que parece una sábana de seda de color ébano. —Elena se burlaba del cabello de Ransom, pero en realidad él tenía un pelo increíble.

Notó una ráfaga de viento en la cara cuando Rafael echó las alas hacia atrás para aterrizar delante de ella.

—Tú prefieres el tono apabullante del mar, ¿no es así, Elena?

—Me has oído, ¿verdad? —La cazadora no sonreía—. En ese caso, ¿por qué no me contestaste cuando te llamé? —Se dio unos golpecitos en la cabeza para asegurarse de que él lo entendía.

La expresión de Rafael se volvió recelosa.

—No oí nada. —Se volvió hacia Illium y le dijo—: ¿Tú intentaste ponerte en contacto conmigo?

—Una vez, sire. Y como no respondiste, di por hecho que estabas ocupado. —El rostro de Illium se había convertido de pronto en el del hombre al que Elena había visto amputar las alas de sus enemigos con despiadada eficiencia—. Hay algo en este lugar que intenta separarte de nosotros.

Elena contempló el terreno montañoso.

—Puede intentarlo, pero no lo conseguirá. —Era un desafío, y cuando un relámpago atravesó el manto azul del cielo, Elena supo que alguien lo había escuchado.

Rafael le puso la mano en la nuca.

—Mantente cerca, Elena. Tú eres la presa más fácil. Y toda esta región... canta para mí. Ella está aquí, en alguna parte.

En respuesta, Elena tiró de su cabeza hacia abajo y se apoderó de su boca con una necesidad feroz y posesiva.

—Eres mío —susurró—. No permitiré que nadie te aparte de mí. Ni la espeluznante Lijuan ni ella.

Los huesos de Rafael se marcaron a través de su piel, una piel que ya emitía cierto resplandor dorado cuando habló contra sus labios:

—Ven, guerrera mía. Encontremos el lugar donde ella duerme.

Tras lanzarse desde la montaña con él, e Illium al otro lado, Elena mantuvo sus sentidos alerta mientras volaban hacia el antiguo tejado que había visto a lo lejos. Cuando estuvieron lo bastante cerca para poder observarlo desde arriba, divisó los restos de lo que podría haber sido el arco curvo del *torii* que guardaba la entrada, lo que confirmaba sus sospechas de que aquel lugar era un templo. O quizá « santuario » fuera la palabra correcta. Ahora estaba abandonado.

El bosque lo había engullido hasta tal punto que las enredaderas se habían adentrado en las ventanas (que habían perdido sus cubiertas mucho tiempo atrás) y había una pila de desechos de unos treinta centímetros de espesor en la entrada. La mayor parte del tejado estaba cubierto también de enredaderas y musgo, mientras que, abajo, las raíces de un viejo *sakura* se habían apoderado de lo que en su día debía de haber sido un pequeño patio.

—Elena, pliega tus alas. —Rafael se situó justo por debajo de ella y descendió en vertical mientras Illium hacía lo mismo al otro lado.

Al comprender lo que intentaban hacer, Elena recogió las alas de inmediato. Unas manos fuertes y masculinas se cerraron sobre sus hombros en aquel mismo momento, justo antes de realizar un complicado aterrizaje en el patio que muy posiblemente utilizara la gente de otra época para aguardar su turno de entrada en el santuario. O tal vez... En cuanto Illium y Rafael la soltaron, se agachó para apartar las hojas y el polvo y descubrió rastros de una sustancia blanca y arenosa.

—Creo que esto fue un jardín de arena.

Ninguno de los hombres dijo nada mientras se acercaban al edificio. Elena alzó la cabeza y miró a su alrededor. Dado el tamaño del santuario, era posible que el jardín de arena fuera parte de un jardín más grande, un jardín cubierto de aterciopelada hierba verde y lleno de árboles que habían sido plantados, tras largas deliberaciones y con sumo cuidado, junto a un pequeño arroyo

burbujeante. Quizá hubiese también un par de diminutos arcos japoneses con hojas que adquirirían un brillante tono naranja cuando llegaba el otoño.

Era increíble lo rápido que la naturaleza se apoderaba de todo, pensó mientras se ponía en pie y se sacudía el polvo de las manos. En aquel momento, a pesar de que las copas de los árboles dejaban pasar la luz suficiente para ver lo que estaban haciendo, los rayos del sol se habían convertido ya en una iluminación suave y apagada cuando llegaban hasta el suelo. Las raíces de varios de aquellos árboles gigantes no solo habían ocupado el jardín de arena, también habían resquebrajado el suelo del propio santuario.

Elena se acercó a una de aquellas enormes raíces, apoyó las manos en la madera y saltó por encima, aunque sus alas rozaron la superficie nudosa mientras lo hacía.

—¿Habéis encontrado algo? —le preguntó a Rafael. No veía a Illium por ninguna parte.

El arcángel la miró brevemente por encima del hombro desde el lugar donde se encontraba, junto a la entrada. Elena dio un paso atrás, desconcertada. Sus ojos...

—Rafael, háblame.

Aquel resplandor sobrenatural no se suavizó cuando él levantó la mano.

—Ven aquí, Elena.

Tras caminar con mucho cuidado sobre los fragmentos rotos y deformados de dos escalones bajos, Elena extendió el brazo para tomar su mano y dejó que él la ayudara a subir para situarse a su lado.

—¿Qué ves?

Aquella mirada inhumana estaba clavada en algún lugar del bosque.

—No veo nada, pero la oigo.

Rafael...

Elena se estremeció.

—Yo también he oído eso. —Contempló sus manos unidas y se dio cuenta de que el resplandor de la piel de Rafael se extendía por la suya como una ola reluciente—. ¿Qué está ocurriendo?

Rafael hizo un gesto negativo con la cabeza, y los sedosos mechones de cabello azabache se deslizaron de un lado a otro sobre su frente.

—No lo sé. Lo que sí sé es que mi mente está mucho más despejada cuando estás a mi lado. —Sus ojos no habían dejado de arder con aquel fuego sobrenatural, como si Rafael estuviera consumiendo una enorme cantidad de poder... para mantener a Caliane a raya.

Desenfundó una de las dagas que llevaba en el brazo y la deslizó hasta la palma de su mano libre.

—¿Todavía quieres ver lo que hay en el interior del santuario? Los escombros que hay delante de la puerta no están tan mal. —Lo poco que sabía sobre los

santuarios japoneses le decía que lo más probable era que aquella no fuera la entrada principal. No obstante, por lo que había podido observar desde el aire, la parte delantera era inaccesible.

—Sí. —Rafael volvió a concentrar su atención en las ruinas—. Mi madre formaba parte del Grupo. Le encantan los juegos, así que tal vez intente alejarme de aquí porque es su lugar de descanso.

Elena miró a su alrededor y frunció el ceño.

—¿Dónde está Illium? ¿Ha entrado ya?

—No puedo oírlo. —El tono de Rafael fue muy brusco.

—Eso no significa nada —señaló Elena, apretando los dedos sobre la empuñadura de su daga—. Aquí hay mucha estática. —Sin embargo, su corazón dio un triple salto mortal. Illium no, por favor, pensó. No podía haberle ocurrido nada al ángel que se había convertido en uno de sus mejores amigos.

—Espera. —Rafael tiró de ella cuando hizo ademán de acercarse al último sitio donde había visto al ángel de alas azules—. Yo iré en primer lugar. Aquí hay cosas a las que no puedes vencer.

—Adelante. —No era ninguna estúpida, por más que la desaparición de Illium la tuviera al borde de la histeria. El ángel se había convertido en uno de los suyos, y lucharía a muerte para salvarlo—. Ten cuidado, arcángel.

Elena amaba a Illium, sí, pero lo que sentía por Rafael no podía expresarse con palabras, no podía describirlo. Era simplemente una emoción enorme, poderosa, rayana en el dolor.

—La muerte no posee ningún atractivo para mí, Elena. —El poder que irradiaba se marcaba sobre su piel, una especie de gélido fuego blanco—. No cuando todavía no he saciado mi hambre de ti. —Dio media vuelta y empezó a caminar, pero no hacia el lugar donde Elena había visto a Illium por última vez, sino hacia las entrañas del santuario—. Entró por aquí.

Con todos los sentidos alerta, Elena lo siguió. Se detuvo junto a una larga columna agujereada que tenía motas de lo que parecía ser un pigmento de color óxido e inspeccionó las sombras de los alrededores. Puesto que no vio nada, siguió adelante. El susurro de sus alas y las de Rafael era lo único...

—Espera. —Agarró a Rafael del brazo para impedir que se adentrara más en las profundidades del edificio.

Cuando el arcángel volvió la vista atrás, Elena se inclinó hacia delante para limpiar con los dedos el polvo de una columna resquebrajada que aún seguía en pie.

—¿Lo ves? —preguntó en un susurro.

Rafael estiró el brazo para trazar la silueta del dragón grabado en la superficie erosionada.

—Esto no debería formar parte de este santuario. Aquí no hay nada que encaje.

—¿Crees que...?

—Quizá. O quizá solo la recuerden como una leyenda por estos lares. —Se dio la vuelta una vez más, caminó unos cuantos pasos hacia lo que debía de haber sido la cámara principal (cuyo tejado había desaparecido casi por completo y dejaba ver el cielo bajo una filigrana de vegetación) y se detuvo.

—Illium. —Se agachó y cogió una pluma azul con bordes de plata.

Había una gota carmesí en la punta.

Media hora después, habían registrado el santuario y los alrededores casi palmo a palmo sin encontrar ni rastro de Illium.

—Dijiste que a tu madre le gustaban las cosas hermosas —le dijo a Rafael. Se encontraban junto a la vieja raíz retorcida que ella había saltado poco antes.

Rafael asintió muy despacio.

—Illium es un ser al que muchos han intentado poseer a lo largo de los años.

—Aunque parezca un adorno, no está ni mucho menos indefenso, así que tal vez le dé una buena sorpresa. —Elena cruzó los brazos y se volvió hacia aquel ser por el que estaría dispuesta a adentrarse en el mismo infierno—. Tú también eres mucho más fuerte que la última vez que te vio... Puedes llegar hasta Illium.

Rafael la miró largo y tendido antes de alzar la mano para acariciarle la mejilla.

—Tienes mucha fe en mí, Elena.

Ella cerró los dedos alrededor de su muñeca y sintió el pulso fuerte y firme bajo la palma de la mano.

—He visto tu corazón, arcángel, y sé que te infunde mucho más poder del que tú crees.

Rafael sintió cierta inquietud en su interior al escuchar las palabras de Elena, el relampagueo de una idea que no llegó a entender del todo. Resultaba tentador intentar encontrarle sentido, pero la experiencia le decía que con eso solo conseguiría que la idea resultara aún más confusa. Permitió que se desvaneciera por el momento y se concentró en la tarea que tenía entre manos.

—Ella se llevó a Illium por alguna razón.

Los ojos de Elena despedían un brillo inteligente, y el anillo plateado de su iris parecía resplandecer bajo la luz apagada del bosque.

—Una advertencia.

—Tal vez. —No obstante, su madre no era como las demás madres—. O tal vez se le esté agotando la paciencia.

—¿Quiere que la encuentres? —Elena frunció el ceño y separó los labios, pero las palabras jamás llegaron a salir de ellos. El acero resplandeció en sus manos en el mismo momento en que Rafael percibió al intruso que había a su espalda y se dio la vuelta.

Se produjo un cambio en el ambiente, como si hubiera algo que intentara tomar forma. Durante una fracción de segundo, Rafael creyó que se trataba de

Caliane, pero luego la forma se convirtió en un ángel con el cabello de hielo y unos extraños iris opalescentes que casi se mezclaban con el blanco de sus ojos, lo que le hacía parecer espeluznantemente ciego. Sus alas fueron la última parte de su cuerpo en aparecer, unas alas de un sedoso tono gris, tan exquisitas como peligrosa era Lijuan.

—Rafael... —Su voz transmitía el mismo eco distante que él había percibido antes, como si hubiera otras voces en su interior, fantasmas que intentaran escapar. O gritar.

—¿Qué estás haciendo aquí, Lijuan?

La arcángel de China sonrió, pero su sonrisa no era de este mundo, ni de cerca. Aquello en lo que Lijuan se había convertido, hacia lo que había «evolucionado», era una pesadilla que ni siquiera los miembros del Grupo podían comprender. Pero Rafael sí. Porque él había visto el rostro de la locura cuando era niño, había sentido sus caricias delicadas... y sabía que existía la posibilidad de que un día cayera sobre él como una marea arrolladora.

El ala de Elena rozó la suya en una caricia silenciosa, como si ella le hubiera leído los pensamientos. Como si intentara recordarle la promesa que le había hecho.

«No permitiré que mueras.»

Los ojos de Lijuan recorrieron las alas de Elena con una pizca de avaricia. La más antigua de los arcángeles era aficionada a las cosas exóticas e inusuales. Por desgracia, le gustaba atravesarlas con un alfiler y colgarlas como trofeos en sus paredes.

—Las alas de tu cazadora son excepcionales, ¿lo sabías, Rafael? En todos los milenios que he vivido no he visto nunca unas alas como las tuyas... ni como las del joven.

El «joven» era Illium, y la fascinación que Lijuan sentía por él era tal que Rafael se había asegurado de que Illium rara vez estuviera en su presencia. Y nunca solo.

—No has venido aquí a hablar sobre alas.

—Cierto. —Tras acomodar sus propias alas, Lijuan contempló los alrededores con aquellos ojos que parecían ciegos—. Recuerdo este lugar. Era un antiguo santuario conocido solo por sus discípulos. La leyenda dice que adoraban a un dragón dormido. —Sacudió la cabeza y su cabello empezó a flotar hacia atrás impulsado por un viento que no afectaba a ninguna otra cosa—. No le di mucha importancia.

Porque una diosa, pensó Rafael, no tenía nada que temer de los insignificantes dioses mortales. Pero ahora, reflexionó mientras contemplaba aquel rostro atemporal, Lijuan sabía lo que era el miedo. Había evolucionado... pero Caliane tenía muchos milenios más que ella cuando se sumió en el sueño. Quién sabía si su madre sería capaz de eliminar la pesadilla en la que se había convertido la

arcángel de China...

Los ojos de Lijuan se clavaron en Rafael una vez más.

—Siempre amaste a tu madre —dijo con una dulzura que nada hacía por ocultar la muerte que se aferraba a ella como una sombra pútrida—. Es injusto por nuestra parte esperar que la encuentres y te encargues de eliminar el problema.

—Estás aquí para matar a mi madre. —Eso no lo sorprendía, pero sí que ella intentara convencerlo de nuevo.

—Estoy aquí para matar a un monstruo.

A Elena le había quedado claro en qué terreno se movían con respecto al asunto de Caliane en el instante en que la arcángel se llevó a Illium. Pero ahora, mientras observaba a Lijuan, volvió a considerar las cosas.

¿Tu madre reanimó a los muertos alguna vez?

Rafael no reveló ni con un pestañeo que la había oído, pero su respuesta fue inmediata.

No.

Una respuesta categórica, pero Elena había escuchado también lo que Rafael no había dicho, había sentido los vestigios de una antigua oscuridad enrollándose alrededor de su corazón de cazadora. Porque fuera cual fuese la forma que había tomado la locura de Caliane, había conseguido que su propio hijo se pusiera en su contra.

¿Qué fue lo que hizo?

Aquella era una de las preguntas que jamás había formulado, ya que comprendía que las madres podían ser amadas y odiadas al mismo tiempo.

Cantó para convertir a miles de humanos en esclavos. Cantó hasta que no vieron nada más que a ella, hasta que estuvieron dispuestos a hacer cualquier cosa que ella les pedía... aunque fuera rebanar la garganta de sus propios hijos y caminar sobre sus cadáveres destrozados.

Elena tragó saliva y observó a Lijuan, que había dado media vuelta para pasear sobre los restos del jardín de arena. Sus alas tenían un color y una forma tan perfectos que resultaba imposible no admirarlas pese a saber que su pureza era falsa. Pese a conocer la verdad oculta sobre la naturaleza de Lijuan.

¿Dio ella esa orden alguna vez?

No. Mi madre fue una vez la Guardiana de los Inocentes, y una parte de ella recordaba todavía esa responsabilidad. Pero sí dio otras órdenes.

Por un instante, Elena creyó que aquello era todo lo que Rafael iba a contarle sobre el tema, pero luego sintió el azote del mar en sus sentidos. Estuvo a punto de trastabillar bajo la fuerza de la marea, y solo entonces se dio cuenta de lo mucho que Rafael se estaba controlando.

Cantó para las poblaciones adultas de dos ciudades prósperas y las convenció de que debían internarse en el Mediterráneo hasta ahogarse porque estaban a

punto de entrar en guerra. En su mente, esa era una opción mejor que la muerte y la devastación que habría causado la guerra.

Nunca me he visto rodeada de un silencio parecido como el que había en esas ciudades. Los niños estaban mudos y conmocionados, y a pesar del cuidado con el que los atendimos, muchos murieron a causa de enfermedades inexplicables al año siguiente. Keir siempre ha asegurado que murieron a causa de un pesar del corazón que los inmortales jamás conoceremos.

Lijuan finalizó su exploración en aquel instante y se dirigió hacia ellos.

—Ella no duerme aquí. —Una afirmación definitiva.

—Disculpa, pero no voy a aceptar tu palabra en este asunto. —La respuesta de Rafael tenía el mismo matiz gélido que Elena había detectado en su voz mental.

Lijuan esbozó aquella sonrisa suya, una sonrisa tan espeluznante que la cazadora sintió un hormigueo terrible en la espalda.

—Crees que codicio el poder de tu madre, pero te equivocas. Fue el poder de Caliane —una intensa ráfaga de viento apartó el cabello de Elena de su rostro— lo que la volvió loca. Yo valoro mucho mi cordura.

Si Lijuan estaba cuerda o no era algo discutible, pero una cosa estaba clara:

—Ella puede oírnos.

Los ojos de Lijuan se clavaron en Elena.

—Michaela no entiende qué es lo que ves en tu cazadora, Rafael. —Se situó más cerca. Demasiado cerca para que Elena se sintiera cómoda—. Pero yo sí.

Elena permaneció donde estaba. En su opinión, Lijuan estaba como una puta cabra, pero según Rafael, la más antigua de los arcángeles se ceñía a un extraño código de honor. Tal vez no la matara por hablar a destiempo, como harían otros arcángeles, pero si la atacaría si llegaba a pensar que no la trataba con el respeto que exigía su posición.

—Si le soy sincera, ni siquiera yo misma lo tengo claro —dijo con voz firme, aunque todos sus instintos le gritaban que se alejara de una puñetera vez de la criatura que tenía delante.

Elena...

Calla. Déjame hablar con la dama chiflada.

Una de las alas de Rafael se sacudió un poco, y Elena se preguntó si habría logrado sorprender tanto a su arcángel como para arrancarle una sonrisa.

—Vida... —susurró Lijuan, y estiró el brazo como si pretendiera acariciar el rostro de Elena.

La cazadora dio un paso atrás en el mismo instante en que Rafael cambió de posición para situarse delante de ella.

Lijuan se echó a reír y bajó la mano.

—Vida, como he dicho. Hay una llama dentro de ti, cazadora, una llama poco común. Por eso él te mantiene cerca a pesar de que tu proximidad lo debilita más

y más con cada día que pasa.

Elena encajó aquella estocada en el corazón, que la atravesó de extremo a extremo. Sabía que Rafael lo consideraba «un buen negocio», pero ella no opinaba lo mismo. Si resultaba herido por su culpa, jamás se lo perdonaría. La mera idea la aterrorizaba. Sin embargo, allí no había lugar para la autocompasión, no frente a un arcángel que había permitido que sus renacidos se dieran un festín con la carne de los muertos recientes.

—¿Sabe adónde se ha llevado a Illium? —la interrogó Elena al tiempo que daba un paso hacia un lado para situarse de nuevo junto a Rafael. *Soy tu consorte, ¿recuerdas?*, le dijo al ver que él la miraba con expresión asesina.

Jamás lo olvidaría, cazadora del Gremio. Eran palabras frías, pero a ella le parecieron tan cálidas como una caricia.

—Noto un zumbido de poder aquí —dijo Lijuan—, pero Caliane es fuerte. Sus tentáculos se han extendido por toda esta región.

Las hojas del suelo se elevaron formando diminutos tornados cuando Lijuan extendió las alas.

—Voy a buscarla, Rafael.

—Yo también, Lijuan.

—Me llamarás. —Era una orden del miembro más antiguo del Grupo, que se convirtió en una columna de humo oscuro que ascendió en espiral hacia el cielo antes de desaparecer.

Cuando apartó la vista del torbellino de hojas y polvo que había provocado la marcha de Lijuan, Elena sintió las manos de Rafael en su cintura. Puesto que ya se había acostumbrado a aquel movimiento, apretó las alas contra la espalda y se aferró a sus hombros mientras ambos se elevaban sobre las copas de los árboles, a la altura suficiente para que ella pudiera volar sin ayuda.

Sin embargo, Elena no lo soltó. En lugar de eso, lo rodeó con los brazos y apretó la mejilla contra su cuello cálido.

—Juntos, arcángel —le dijo al oído. Era un ataque preventivo que pretendía evitar que Rafael se alejara de ella—. Siempre. ¿Recuerdas?

Las manos del arcángel se tensaron sobre sus caderas.

Sé dónde duerme mi madre.

Atónita, Elena alzó la cabeza de inmediato.

—¿En serio?

Tal y como pronosticaste, subestimó la fuerza de Illium. Él está recuperando la consciencia e intenta guiarme hasta el lugar donde se encuentra.

Temblando de alivio ante la confirmación de que Illium seguía con vida, Elena se enfrentó a aquellos ojos que habían adquirido el color de una noche tormentosa.

¿Avisarás a Lijuan? Le parecía más seguro no pronunciar su nombre en voz alta.

Debería. Tal vez sea la única que puede iniciar una batalla con Caliane y salir victoriosa.

—Es tu madre. —Sentía un peso en el corazón—. Si yo tuviera la oportunidad de volver a hablar con mi madre, me aferraría a ella con ambas manos. —Daba igual lo enfadada que estuviera con Marguerite, daba igual lo mucho que le doliera su traición. Se arrojaría a los brazos de su madre y la abrazaría... para siempre.

Es muy probable que Caliane resurja convertida en un monstruo, Elena. Algo mucho peor que Lijuan, ya que Caliane no parece monstruosa en ningún sentido. Incluso su locura es algo de inimaginable belleza.

Si eso es cierto, Lijuan la olfateará pronto. Quizá solo tardara unos minutos, pero aquel tiempo sería de Rafael. Te mereces la oportunidad de hablar con tu madre a solas, de verla una vez más.

El arcángel se agachó para reclamar sus labios y le dio un beso lento e intenso mientras una descarga de truenos retumbaba en el cielo y el estallido de los relámpagos llenaba de color el horizonte.

Te dejaré en un lugar seguro.

Saldré detrás de ti en cuanto te vayas.

En aquel momento, Rafael la miró fijamente, y Elena supo que su arcángel poseía el poder necesario para encerrarla de una forma que no pudiera escapar. Una jaula de protección... pero una jaula. En lugar de discutir con él, esperó.

El viento apartó los mechones negro azabache de su rostro cuando él le acarició la mejilla.

Nunca solo, Elena.

Su corazón se inundó de emociones al escuchar aquella sencilla frase.

Nunca.

Con aquellas palabras, dieron media vuelta y volaron hacia el núcleo de la tormenta.

Dos horas más tarde, los músculos que soportaban las alas de Elena habían dejado de protestar y se encontraban en un estado de entumecimiento. Sabía que aquello le permitiría aguantar las horas siguientes, pero se pasaría los próximos días gimoteando. No obstante, tenía la impresión de que aquello no sería un problema. Ocurriera lo que ocurriese, ocurriría aquel día. Y o bien sobrevivía... o bien no. Todo lo demás eran preocupaciones sin importancia.

Rafael volaba delante de ella, como una llamarada blanca y dorada recortada sobre las tumultuosas nubes que parecían dispuestas a engullirlos. La lluvia gélida no dejaba de caer. Según su reloj, pasaban unos cuantos minutos de las cuatro de la tarde, pero el cielo estaba tan oscuro que si estuvieran volando sobre una ciudad, toda la zona estaría iluminada por millares de luces diminutas: las de las ventanas de las oficinas, las de las calles, las que había en lo alto de las

torres.

No obstante, el paisaje que había debajo de ellos estaba compuesto por montañas y bosques, en los que solo de vez en cuando se divisaba una cabaña aislada de granjeros o agricultores. También habían visto una aldea aún más pequeña que aquella en la que habían dejado a Naasir. El cálido resplandor de la aldea había sido demasiado débil para atravesar la oscuridad de la tormenta, así que cuando Elena divisó una luz algo más adelante, se sacudió las gotas de la lluvia de los ojos para enfocar mejor... Resultaba extraño, pero habría jurado que su visión se había vuelto más aguda, más precisa, como si sus ojos compensaran las malas condiciones atmosféricas.

Descartó aquella sensación y siguió concentrada. La luz era difusa y cubría un área más extensa que la que habría ocupado una granja o cualquier otro asentamiento pequeño. Dio por hecho que se trataba de un pueblo más grande y descendió justo por debajo de las nubes para verlo mejor. Al principio no pudo entender qué era lo que veía, ya que su mente era incapaz de procesar algo tan imposible.

Porque, por debajo de ella, se extendían las elegantes líneas de lo que parecía ser una ciudad formada por brillante piedra gris, toda ella cubierta por un resplandor iridiscente del color del Egeo. No solo había edificios que no guardaban relación alguna con la arquitectura propia de aquella región (¡qué diablos, de todo el país!), sino que además, según las imágenes del satélite a las que Elena había tenido acceso, ¡aquella ciudad no existía esa misma mañana!

¡Rafael!

Como no obtuvo respuesta, llegó a la conclusión de que Caliane había conseguido bloquear una vez más su comunicación mental, pero luego lo vio volar más abajo, con las alas extendidas al máximo para resistir la fuerza del viento.

Espera aquí arriba, Elena, le dijo antes de volar hacia aquel increíble y colorido resplandor.

Elena sabía que aquella era la opción más segura, pero todos sus instintos le decían que sería una muy mala idea dejar que Rafael entrara solo en aquella extraña ciudad. Realizó un descenso en picado que logró controlar a duras penas y lo alcanzó justo antes de que atravesara... lo que demonios fuera aquello.

Resultaba casi imposible soportar la mirada de Rafael, ya que un inmenso poder resplandecía en sus ojos cuando clavó la vista en ella.

Elena...

Era una orden.

Se le erizó el vello de la nuca, pero reprimió aquella reacción y parpadeó para contener las lágrimas causadas por el contacto momentáneo con sus ojos.

Tengo que ir contigo. Confía en mí.

Esto no es una cuestión de confianza. No pienso perderte por la locura de mi

madre.

Elena descendió un poco por debajo de él para que sus alas no se enredaran y extendió la mano.

Yo tampoco pienso perderte. Esto tiene pinta de una trampa, Rafael.

Rafael entrelazó sus dedos con los de ella y los mantuvo en aquella posición.

Podría serlo. ¿Y quieres volar hacia ella conmigo?

Elena le dio a su voz un tono malicioso.

«Problemas» no es solo mi segundo nombre. También es el primero y mi apellido.

Sintió una llamarada de calor eléctrico cuando el poder de Rafael se extendió para cubrirla. Aquel poder la había protegido mientras bailaban la más íntima de las danzas y la había atravesado cuando él estaba furioso, pero nunca la había envuelto de una forma tan brutal y completa. Las lágrimas empezaron a dejar regueros en sus mejillas a causa de la impactante fuerza de aquel resplandor. Elena cerró los párpados con fuerza y le dio un apretón en la mano.

No veo nada.

No durará mucho. Si el escudo que rodea la ciudad es la trampa, esto nos concederá el tiempo suficiente para retirarnos.

Dicho esto, voló hacia su destino y la llevó consigo.

La cazadora notó el momento en que chocaron contra la fría energía del escudo. La onda expansiva sacudió todo su cuerpo, pero se concentró sobre todo allí donde sus dedos se unían a los de Rafael, como si intentara separarlos. Tenía claro que si lo conseguía, ella acabaría fuera y Rafael desaparecería en la ciudad... y ni siquiera sabía con seguridad si la ciudad era o no un espejismo, una emboscada diseñada por un arcángel tan antigua que le dolían los huesos solo de pensarlo.

Sujétate fuerte.

No solo quién de los dos había dicho aquello. Su cuerpo se vio azotado por una lluvia gélida que se había vuelto brutal; los huesos de su muñeca amenazaban con fracturarse. Era evidente que Caliane estaba decidida a separarlos.

No lo conseguirás en tu puta vida, pensó Elena, y apretó los dientes para soportar el dolor de los tendones, que parecían a punto de romperse.

Un instante y una eternidad más tarde, se alejaron de la lluvia y avanzaron hacia la extraña ciudad a gran velocidad. Unos meses atrás habría sido incapaz de detener el descenso. Pero unos meses atrás era un ángel recién creado. Soltó la mano de Rafael para no arrastrarlo con ella, extendió las alas y empezó a sacudirlas con movimientos enérgicos y rápidos que pretendían contener la velocidad de su cuerpo.

Muy pronto se dio cuenta de que aquella velocidad era terminal.

En cuatro segundos acabaría aplastada y hecha pedazos contra las piedras

grises del tejado plano que había más abajo.

Elena.

Levantó sus escudos cuando Rafael intentó apoderarse de su mente.

Conserva tus fuerzas.

Luego utilizó todas las suyas para impedir lo que, a su edad, podría ser una caída mortal. Si le fallaba alguna acabaría frita, pero había entrenado mucho. Poseía la habilidad necesaria. «Solo» tenía que conseguirlo.

Sus alas rozaron la piedra áspera de un edificio cuando consiguió cambiar la trayectoria lo suficiente para esquivar el tejado y caer en el hueco existente entre dos elegantes estructuras grises. Aquello le dio el tiempo que necesitaba para estabilizarse y volver a elevarse hacia el cielo. Creía que Rafael estaría furioso con ella por haberlo desafiado, pero cuando llegó hasta él, el arcángel se había apartado el cabello húmedo de la cara y observaba la ciudad.

—¿Qué pasa? —preguntó Elena mientras se pasaba una mano por el pelo y constataba que allí no había tormenta. La lluvia azotaba con incesante fuerza el escudo, pero en el interior, toda la zona estaba bañada por una luz dorada que casi conseguía desdibujar los austeros bordes de los edificios—. Necesita flores —dijo sin pensar—. Es como si le faltara algo. —Incapaz de mantener la altura, realizó un descenso controlado sobre el tejado contra el que había estado a punto de chocar un minuto antes.

Rafael la siguió con mucha más elegancia.

—Una vez estuvo llena de ellas.

—¿De qué?

—De flores.

Elena caminó hasta el borde del tejado, bajó la vista y contempló un asombroso despliegue de grabados en la pared del edificio de enfrente, cuya piedra reflejaba unas motas ocultas de color que habrían transformado aquella ciudad en un diamante resplandeciente bajo la luz del sol. Notó el martilleo de su corazón contra las costillas.

—¿Qué es este lugar?

—La joya de la corona de mi madre. Aunque está muy lejos de donde solía estar.

—¿Sabes? La mayoría de los arqueólogos creen que Amanat nunca existió —dijo Elena, que se había quedado pasmada al darse cuenta del increíble poder que se necesitaba para hacer desaparecer una ciudad entera... y trasladarla—. Que no es más que una leyenda.

En el rostro de Rafael se dibujó una leve sonrisa que Elena no llegó a ver.

—Me resulta increíble que los arqueólogos humanos no hablen con aquellos de nosotros que vivimos en nuestras carnes esas épocas de leyenda.

Elena soltó un resoplido.

—Como si alguno de los ángeles fuera a responder sus preguntas...

Nos conoces demasiado bien, Elena. Sus palabras eran frívolas, pero su postura, su forma de observar aquella extraña ciudad de piedra y sombras, hablaban de una alerta máxima.

Elena, también alerta, siguió examinando el área en busca de alguna señal de Illium. Se encontraban en uno de los tejados, pero había más tejados a su derecha, incrustados directamente en las montañas, como si hubieran sido excavados en la roca y llevaran siglos allí. Algo que era imposible. O lo sería, por supuesto, si no se enfrentara a una inmortal con tanto poder que asustaba incluso a Lijuan.

Y eso le ponía los nervios de punta.

—¿Illium?

—Pierde y recupera el sentido sin cesar, pero puedo percibirlo. —Saltó del tejado y voló hasta el suelo con tal ímpetu y elegancia que Elena se preguntó en qué se habría convertido cuando pasaran mil años más. En algo extraordinario, eso sin duda. A menos que la relación que mantenían acabara por robarle su vida inmortal.

No. Descartó aquella idea en cuanto sus pies tocaron el suelo, pero sabía que era una verdad que no podía ignorar.

—¿Qué ves, cazadora del Gremio?

Por un momento, Elena creyó que él le había leído los pensamientos, pero luego siguió su mirada. Aquella ciudad perdida, con sus muros de piedra grabados con una delicadeza casi etérea y tan antigua que a Elena no se le ocurría ningún equivalente actual, parecía estar dormida, como una dama elegante conservada a la perfección.

—Debería haber quedado reducida a escombros, sin embargo todo está...

—Como si la ciudad solo estuviera durmiendo durante una noche muy larga —murmuró Rafael.

Elena asintió.

—Sí. —Siguió aquella idea hasta su conclusión lógica—. Rafael, ¿qué le sucedió a la gente que vivía en Amanat en la época en que la ciudad se sumió en el sueño?

Atravesaron sin hablar la primera puerta lo bastante amplia para dar cabida a sus alas y se descubrieron en una especie de templo lleno de luz, pese a que había sido esculpido en la ladera de una montaña. Elena no sabía qué esperaba ver, pero desde luego no lo que encontraron.

Yacían en pacífico reposo. Pequeños grupos de mujeres acurrucadas unas contra otras, con una sonrisa apenas perceptible en sus rostros, como si durmieran el más maravilloso de los sueños.

—Dios mío... —Desconcertada, observó cómo Rafael caminaba sobre el suelo de piedra con incrustaciones de joyas, que emitían chispas de fuego y un brillo cegador. Sus alas dejaban un rastro de gotas de agua.

El arcángel se agachó para rozar con los dedos el cuello de una doncella —el término le quedaba mejor que ningún otro, ya que vestía una vaporosa túnica de color melocotón y su cabello rizado estaba lleno de lazos— que yacía en una elegante pose de reposo sobre un almohadón de seda de color marfil con vetas doradas. Elena se acercó a él.

—Estamos justo al lado de un pedestal —murmuró.

Puesto que dicho pedestal se elevaba a poco más de un metro del resto del suelo (le llegaba a la altura de los pechos), Elena podía ver la superficie de arriba, y también un trozo cuadrado de piedra que tenía un color diferente. Supo sin necesidad de que se lo dijeran que allí había estado colocada la estatua de una diosa (no de un dios, no en aquel lugar que destilaba feminidad).

—Está caliente. —Rafael se puso en pie—. El Grupo de la época de mi madre se equivocaba: ella no mató a su gente; la sumió en el Sueño.

Elena se pasó las manos por el pelo, que se le había encrespado a causa de la humedad.

—Rafael, esta clase de poder...

—Sí. —Subió los escalones que había a uno de los lados del pedestal para llegar al espacio vacío que Elena acababa de examinar y contempló la huella cuadrada—. La población de Amanat tuvo una vez sus dioses y diosas, pero cuando Caliane reclamó la ciudad como su hogar, los ciudadanos se convirtieron en su gente, y la adoraron con una devoción absoluta.

—¿Cantó para conseguir esa devoción? —preguntó Elena.

Ahora que prestaba atención, podía oír la respiración suave de los durmientes. Eso le erizó el vello de la nuca, y no hubo forma de hacerlo bajar; no volvería a su posición normal hasta que salieran de aquella ciudad sobrenatural congelada en el tiempo.

Rafael negó con la cabeza.

—No. Amanat ya le pertenecía mucho antes de que yo naciera.

Elena pensó en lo que había leído sobre Caliane en los libros de historia, en todo lo que Rafael le había contado. Recordó que también habían llamado a su madre la arcángel de la Elegancia, de la Belleza.

—Ese amor era dado y recibido por ambas partes.

—Sí. —El arcángel se puso en cuclillas y deslizó los dedos por el trozo cuadrado de piedra que revelaba una ausencia—. Illium.

Elena comenzó a rodear los muros de piedra que había por debajo del pedestal en busca de una entrada. Nada. Las paredes grises no tenían ni una grieta. De pronto descubrió una diminuta pluma azul junto a sus pies. Illium. Tras guardarse la pluma en un bolsillo, se concentró en la pared que había justo delante de donde la había encontrado. No sintió nada bajo las manos en la primera pasada. Ni en la segunda. Pero en la tercera...

—Rafael, creo que aquí hay una fisura.

El arcángel estaba a su lado un segundo después.

—Jugué en este templo cuando era niño... Tal vez recuerde cómo se abre.

—Aquí. —Elena retrocedió un paso para vigilar mientras él recorría la zona con los dedos.

Rafael pareció presionar varias áreas específicas de la piedra, aunque Elena no lograba distinguir una sección de pared de otra. Sin embargo, en el instante en que él apartó la mano, la piedra se abrió con un crujido que revelaba milenios de encierro y liberó una nube de polvo de tal magnitud que Elena aún seguía tosiendo cuando asomó la cabeza hacia el interior.

Al principio no vio nada, ya que la zona bajo el pedestal estaba completamente a oscuras.

Luego, su olfato captó el sórdido matiz de un licor exótico. Lima, pensó, tenía la acerba dulzura de la lima, mezclada con un sabor más intenso, más lánguido. Solo en aquel momento se dio cuenta de que había asociado esa esencia a Illium.

—Está aquí.

—Prepárate. —Un resplandor azul.

Durante el interin luminoso, vio el cuerpo de Illium acurrucado en el rincón, con la cabeza apoyada sobre la pared de piedra y las alas aplastadas bajo su cuerpo.

—¿Qué le ha hecho esa mujer?

—Entra, Elena. —Palabras tensas—. Yo debo quedarme aquí para asegurarme de que la puerta no se cierra.

Tras parpadear unas cuantas veces para librarse de los efectos secundarios del fogonazo, Elena se agachó para adentrarse en la cueva (cuyo suelo descendía por debajo del que había en el exterior, tanto que incluso Rafael podría haber permanecido en pie) y caminó a través de la oscuridad guiándose por el sentido

del tacto. Calculó mal las distancias y chocó contra Illium. Que esté bien, por favor..., se dijo. Se agachó y le tocó la pierna, el muslo, el torso, hasta que al final encontró su rostro con los dedos.

—Vamos, Bella Durmiente. No puedo sacarte a cuestras de aquí. —Era demasiado musculoso, y de ningún modo quería que Rafael se apartara de la puerta, porque se cerraría en el instante en que lo hiciera, de eso estaba tan segura como de que se llamaba Elena.

Illium no respondió.

Se inclinó hacia delante y cedió a la tentación de apoyar la mejilla sobre la de él. Tembló de alivio al notar que su piel estaba caliente.

—Illium, tienes que despertar. Necesito que me protejas de Dmitri.

Un cambio en su respiración. Unos dedos que rozaron sus caderas y luego...

—Mentirosa.

Gracias a Dios. Elena se puso en pie y le rodeó la cintura con uno de sus brazos.

—Arriba, guapito. Venga.

Illium murmuró algo, pero Elena se dio cuenta de que intentaba obedecer. Tras unos cuantos intentos, consiguió ponerse en pie, pero casi se desplomó contra ella. Elena lo sostuvo colocando las manos bajo sus brazos y dejó escapar un quejido antes de conseguir moverlo lo suficiente para poder rodearle la cintura con un brazo y colocarse el suyo por encima de los hombros.

—Camina —le ordenó mientras sujetaba la muñeca del brazo que tenía sobre los hombros.

Las alas de Illium se posaron sobre las suyas cuando el ángel las extendió en un movimiento instintivo destinado a mantener el equilibrio. En condiciones normales, no habría permitido un contacto tan íntimo, pero en aquel instante lo sujetó con más fuerza aún y le murmuró órdenes en el tono de un sargento. Su único fin era mantenerlo consciente mientras lo sacaba del agujero donde lo habían encerrado. Comenzó a sentir agujonazos en la espalda y en los hombros a causa del peso.

—Elena.

Solo cuando oyó la voz de Rafael se dio cuenta de que había llegado a la entrada.

—Está mareado —le dijo a su arcángel.

Illium volvió a quedarse inconsciente justo entonces, y se convirtió en un peso muerto.

—Lo tengo.

Cuando Rafael extendió los brazos para coger al ángel de alas azules y sacarlo a la luz, Elena cometió un error: apoyó la mano en la pared y se tomó un momento para recuperar el aliento. En aquel mismo instante, Rafael se apartó un poco de la puerta para apoyar a Illium contra el muro exterior.

La puerta se cerró de golpe.

El impacto de quedarse completamente a oscuras fue tan súbito e inesperado que Elena no llegó a gritar, ni a llorar. No hizo nada salvo mirar de hito en hito la puerta que sabía que había allí, aunque no la viera. En aquella oscuridad, ni siquiera se veía los dedos de la mano. No había luz. Nada de luz.

¿Rafael?

Después de intentarlo un par de segundos más, su cerebro empezó a funcionar por sí solo.

Silencio.

Eso no la asustaba; sabía que el arcángel estaba al otro lado, concentrado solo en sacarla de allí. Lo único que tenía que hacer era quedarse donde estaba y luchar contra la desorientación causada por la falta absoluta de estímulos sensoriales que le ayudaran a percibir el entorno.

—Eso está chupado —se dijo a sí misma mientras cambiaba de posición con muchísimo cuidado para apoyarse en la pared con las alas plegadas a la espalda. El silencio en aquella cámara de piedra era sepulcral.

Fue entonces *cuando los oyó*.

Susurros. Muchos susurros. A su alrededor. Dentro de ella.

Plaf. Plaf. Plaf.

Ven aquí, pequeña cazadora. Pruébala.

Si te pones de rodillas y suplicas, tal vez permita que regreses a esta familia.

Huye, Ellie. Huye.

No huirá. Le gusta, ¿no lo ves?

Ay, chérie, sabes que jamás abandonaré esta habitación.

¿Mamá?

Ari se está echando una agradable siesta...

—¡Basta! —gritó al tiempo que se tapaba los oídos con las manos. Sin embargo, las voces no dejaron de atormentarla. Las pesadillas luchaban para atraparla en una prisión mucho más terrible que las tinieblas infernales que la rodeaban.

Cazadora... Pequeña cazadora... ¿Dónde estáas?

Tal vez pueda atarte junto a Bobby y dejar que se alimente.

Me das asco.

Muertos, están todos muertos.

Por tu culpa. La voz de su hermana. La voz de Ari.

Monstruo. Era Belle, susurrando con voz grave y cruel. *Eres un monstruo.*

—Lo siento —gimoteó Elena—. Lo siento mucho.

Monstruo.

—No lo sabía. Juro que no lo sabía.

Lo mejor será que mueras en esta tumba y no conduzcas a nadie más a la muerte.

Ari jamás le diría algo así. Belle nunca le había hablado en un tono tan despiadado. Darse cuenta de eso acabó con el hechizo de la pesadilla. Elena alzó los escudos mentales que había perfeccionado desde que salió del coma y se dejó caer contra la pared... y solo entonces se dio cuenta de que había dado varios pasos hacia delante.

—¡No pienso entrar en este jueguecito!

En el instante en que su espalda chocó contra la pared, notó una ráfaga de aire fresco en los pies. Horrorizada, estiró la pierna para explorar el suelo con la planta, centímetro a centímetro. Casi había extendido la pierna al máximo cuando notó un borde en la piedra, como si no hubiera nada más allá, nada salvo un abismo letal.

Temblorosa, apartó la pierna y deslizó las dagas hasta sus manos en un mismo movimiento. El sudor le corría por las sienes, le pegaba el cabello a los costados de la cara y le provocaba escalofríos... pero agradeció aquellas sensaciones, aun cuando decidió apostar por un movimiento que bien podría costarle la vida.

Deséame suerte, arcángel.

No hubo respuesta, pero sabía que a esas alturas Rafael ya estaría aporreando la puerta con fuego de ángel. La sacaría de allí. Lo único que tenía que hacer era mantenerse con vida hasta entonces.

Justo en aquel instante oyó algo que se deslizaba sobre la piedra. Algo pesado, escamoso y reptiliano. Estremecida, sustituyó una de las dagas por la espada corta con la que Galen la había entrenado para que pudiera utilizarla incluso «a ciegas»... Y eso haría, siempre y cuando consiguiera evitar el foso que había en la parte central, claro.

—Estos jueguecitos —dijo, dirigiéndose a la inteligencia desconocida que había diseñado aquella trampa— no son dignos de ti.

El ruido serpenteante no cesó, pero Elena percibió algo. Alguien la observaba y la escuchaba, y el peso de aquella presencia estuvo a punto de ahogarla mientras tomaba profundas bocanadas de aire para intentar localizar la posición de la cosa que había reptado desde el foso para unirse a ella.

Almizcle. Tierra. Musgo.

Fue lo último lo que le proporcionó el anclaje que necesitaba. La cámara de piedra no tenía ni rastro de plantas vivas cuando encontró a Illium. La criatura se encontraba en el rincón que había a su izquierda, pensó, y avanzaba en su dirección. Así pues, comenzó a desplazarse hacia la derecha centímetro a centímetro, comprobando siempre lo que tenía delante antes de moverse. No tenía claro que el foso fuera a quedarse inmóvil en el centro de la cámara.

—Eras una diosa —dijo mientras avanzaba—. Inteligente y hermosa. Adorada por la gente no por miedo, sino por amor. Yo no soy más que un ángel

recién creado, no soy un verdadero desafío para alguien con tu poder. —Era la verdad pura y dura, y quizá consiguiera salvarla, pensó Elena. A menos que Caliane siguiera estando como una cabra—. Atormentarme no servirá para nada más que para debilitarte.

Notó un frío súbito que le provocó un vuelco en el corazón. El bicho de la cueva siseó con furia en aquel mismo instante, y Elena supo que acababa de rozar los límites de lo que se consideraba tolerable. Sin embargo, no podía dejar de hablar; tenía que evitar que Caliane le ordenara a aquella criatura que la atacara.

—¿Sabes lo que me dijo Rafael? —Sintió un nuevo brote de esperanza al notar una vibración en el muro.

Arcángel.

Aquel momento de distracción estuvo a punto de costarle la vida, ya que la serpiente (o lo que fuera aquella cosa), escupió algo en su dirección. Elena captó la esencia del ácido una fracción de segundo antes de que fuera demasiado tarde y se arrojó hacia el suelo a su derecha. El impacto le rompió al menos una costilla. El dolor, sin embargo, no era nada en comparación con la agonía que sentía en la punta del ala izquierda. Ahogó el grito que luchaba por salir de su garganta, parpadeó para contener las lágrimas y se arrastró unos treinta centímetros para ponerse fuera de peligro.

—Me contó —dijo a pesar del horrible dolor— que poseías una voz celestial, tan pura, fuerte y llena de amor que el mundo entero permanecía inmóvil para oírla.

El frío desapareció a tal velocidad que Elena se preguntó si habría sorprendido a Caliane. Pero ya era demasiado tarde. Estaba atrapada en un rincón, con un foso eterno a su derecha, sólidas paredes de piedra a la espalda, y a la izquierda... la criatura que avanzaba directamente hacia ella. Pudo ver esquiras resplandecientes de tonos amarillos y verdes, que supuso eran los ojos del bicho. A juzgar por el ruido que hacía al deslizarse por el suelo, era inmenso.

No podría luchar contra esa cosa estando atrapada, pero ya no había tiempo para...

—Idiota... Mierda.

Empezó a moverse mientras la idea se le cruzaba por la cabeza. Rodó hacia la derecha, se introdujo en el foso, y extendió las alas para controlar el descenso. Tenía la impresión de que sería mejor no averiguar lo que había en el fondo (a saber qué habría allí abajo), pero podía utilizar aquel espacio para maniobrar. No se permitió considerar el hecho de que el agujero podría cerrarse de pronto y aplastarla hasta dejarla sin vida. Tal vez, solo tal vez, Caliane hubiera escuchado lo suficiente para darle una oportunidad.

Se volvió para quedar de cara hacia el lugar en el que había percibido a la criatura por última vez. Luego batió las alas y realizó un barrido con la espada

corta. Oyó un alarido rabioso y percibió el hedor penetrante y denso de los fluidos corporales. Era evidente que había acertado. Su alegría solo duró un instante: sintió una indescriptible agonía en el costado izquierdo y comprendió que la criatura había vuelto a escapar.

Tenía la sensación de que su carne se deshacía hasta el hueso. Las lágrimas dejaban regueros sobre sus mejillas, pero luchó contra ellas, porque sabía que no podía mostrarse vulnerable. En aquel momento, su ala izquierda empezó a desplomarse, y supo que el ácido había destruido alguna zona vital. Luchando por mantenerse a flote, chocó contra una de las paredes del agujero y notó que la piedra le desgarraba la piel de los brazos y del rostro hasta dejarla en carne viva.

Un segundo después oyó un sonido serpenteante más abajo.

Por Dios...

Tragó saliva con fuerza y batió el ala sana más deprisa en un intento por ascender, pero solo consiguió mantenerse en el mismo lugar durante un rato.

Arcángel, si tienes algún as guardado en la manga, este sería un buen momento para sacarlo.

Se oyó un estruendo y luego se hizo la luz, tan brillante que le arrancó un grito. Se protegió los ojos con el brazo sano mientras las rocas, las piedras y otras cosas húmedas y resbaladizas caían a modo de lluvia desde la zona superior. Se agachó a un lado y arañó las rocas dentadas de la pared para sujetarse cuando su ala se colapsó por completo.

—¡Rafael! ¡Aquí abajo!

Se le desprendió una uña, y luego otra, mientras la sangre se deslizaba sobre su piel.

¡Deprisa!

Unas manos fuertes la sujetaron por los hombros. Dos segundos después, la sacaban a través del agujero que antes había sido una puerta. Parpadeó para protegerse de la luz e intentó hablar, pero los dientes apretados no le permitieron decir nada. El dolor agónico que sentía en el costado izquierdo empezaba a extenderse hacia el derecho.

Rafael le apartó el pelo de la cara.

—Te tengo, Elena. Te tengo.

La calidez de las manos del arcángel empezó a penetrar en su piel y aplacó aquel dolor que la inducía a pensar que tenía una trituradora gigante en las tripas.

Elena se rindió a la necesidad. Enterró la cara en el pecho de Rafael y apretó la mano sobre su camisa húmeda mientras él utilizaba su poder para curarla. Era un ser corpulento, fuerte y cálido, y ella deseó dejarlo desnudo y acurrucarse contra él hasta que nada pudiera afectarles. Aspiró con fuerza cuando Rafael le rozó el ala herida con la mano. Apretó la mandíbula y tensó los dedos sobre su camisa hasta que se le pusieron los nudillos blancos.

El dolor pasó a ser un recuerdo mucho antes de lo que esperaba.

—¿Es muy grave? —preguntó contra su pecho—. ¿Qué le pasa a mi ala? —
La sentía muerta, desaparecida.

No, por favor. No...

La rodeó con los brazos.

—El veneno de la criatura no era tan potente como el de Anoushka.

—Eso no me tranquiliza, arcángel.

—Tu ala está paralizada, no dañada. El ácido no tuvo tiempo de llegar a los tendones y al hueso. Podrás volver a volar dentro de unos minutos.

Elena se sintió tan aliviada que empezó a temblar. Se apartó para sentarse... y para echarse un vistazo al costado. La ropa estaba llena de agujeros, grandes y pequeños, que dejaban su carne expuesta. Y era carne, ya que el ácido había destruido por completo la piel. Vio la blancura de uno de sus huesos en cierta zona y sintió ganas de vomitar.

Se apretó el estómago para contener las náuseas, se enjugó las lágrimas y dejó escapar un suspiro.

—No está tan mal como podría haber estado.

—Apuntan a los ojos —dijo Illium, que ya sonaba coherente y despierto. Estaba situado junto al agujero que había en la roca bajo el pedestal, con la espada en la mano—. Ha sido una suerte que estuvieras a oscuras ahí dentro. De lo contrario, tus globos oculares colgarían sobre tus mejillas en estos momentos.

Elena lo fulminó con la mirada.

—Gracias por esa imagen tan agradable...

El maldito ángel de alas azules le guiñó un ojo, dejando caer aquellas increíbles pestañas sobre su iris dorado.

—¿Podemos matarlo ya, Rafael? —murmuró Elena mientras intentaba no recordar que había visto agujeros en la carne de su costado.

Los huesos de Rafael se marcaron contra la piel cuando la ayudó a ponerse en pie.

—Todavía no, Elena. Quizá lo necesitemos. —Lo dijo con tanta calma que por un instante Elena creyó que había tomado en serio sus palabras.

Luego siguió la dirección de su mirada hasta la negrura de la cámara donde se había quedado atrapada.

—No. —Le agarró del brazo—. No vas a entrar ahí.

Rafael le dirigió una mirada tan arrogante que Elena supo que la mayoría de los seres (tanto mortales como inmortales) se habrían puesto de rodillas de

inmediato.

—Suéltame, cazadora del Gremio. Illium te llevará hasta el tejado, donde estarás a salvo.

—Sire... —comenzó a decir Illium, cuya sonrisa se había borrado.

—Illium. —Una sola palabra. Una orden.

El ángel de alas azules quiso discutir, pero al final inclinó la cabeza. Sin embargo, Elena no era uno de los Siete de Rafael. No tenía obligación de obedecer sus órdenes. Lo rodeó para situarse frente a él y cruzó los brazos.

—Si tu madre es tan poderosa —dijo—, podrá encontrarnos aquí con tanta facilidad como en ese agujero.

—Caliane no está acostumbrada a ir en busca de nadie.

Ella enarcó una ceja y, rezando para que lo que iba decir no los enviara a todos a la tumba, añadió:

—O quizá solo sea poderosa cuando su presa está atrapada y sola. Tú nunca has tenido problemas para enfrentarte a alguien a plena luz del día.

El templo se sacudió bajo sus pies. Tembló con tanta fuerza que Elena estuvo a punto de caer sobre Rafael. Por un momento temió que la estructura se viniera abajo y los enterrara... Pero había olvidado que Caliane era la diosa de Amanat, y que su gente dormía indefensa bajo el tejado de piedra.

Cuando los temblores cesaron, todo permanecía como había estado siempre. Salvo por el hecho de que Rafael e Illium tenían los ojos clavados en el pedestal. En lo que había aparecido encima de la piedra.

Rafael subió a lo que ahora reconocía como un altar, consciente de que su consorte e Illium iban detrás de él con las espadas preparadas. Pero su atención estaba puesta en la losa de piedra que había frente a él. Con casi dos metros de largo, uno de ancho y otro de alto, era una losa de frío color gris sin ningún tipo de adorno. Al igual que la puerta que había por debajo, la losa parecía no tener fisuras. Pero a diferencia de la puerta, él no sabía cómo solucionar aquel puzle.

Rafael...

Colocó la palma de la mano sobre la piedra. Debería haber estado fría, pero desprendía calidez. Bajó un poco sus escudos.

Madre.

No hubo respuesta, pero sabía que...

—Está despierta. —Era demasiado tarde para matarla mientras yacía débil y vulnerable.

¿Podrías haberme hecho algo así, Rafael?

Su voz, aquella voz hermosa y hechizante, le caló hasta los mismos huesos y lo dejó desnudo.

Soy un arcángel.

Sí. Una única palabra cargada de orgullo, de un millar de sentimientos no pronunciados. *Eres el hijo de dos arcángeles.*

Rafael extendió los dedos sobre la piedra.

¿Estás cuerda, madre?

Risas en su mente, dolorosas porque le resultaban familiares.

¿Hay algún inmortal que esté verdaderamente cuerdo?

El templo se estremeció de nuevo, pero en esta ocasión fue un temblor diferente. Cayeron polvo y rocas desde el techo. Rafael notó el roce de la muerte, un instante antes de percibir el poder de otro arcángel.

—Lijuan está aquí.

—¡Espera! —Elena le agarró del brazo cuando intentó darse la vuelta—. Paladeo la esencia de tu madre en el aire... exótica, rica y sensual. Orquídeas negras.

—Debo irme, Elena.

—Pero está teñida con una inesperada nota de girasoles. —Le clavó los dedos en el brazo—. No había girasoles en el cuerpo de la chica torturada, ni en el puente, ni en los vampiros que se volvieron locos en Boston. La esencia era demasiado pura, demasiado exacta. ¿Lo entiendes?

Gracias, cazadora del Gremio. Ya se había puesto en movimiento.

Illium y Elena corrieron por el templo tras él.

Salieron hacia las calles de Amanat y vieron a la arcángel de China en su forma física. Arrojaba flechas de poder contra el edificio del templo. Cada explosión era negra como la pez. El color negro en sí no tenía nada de malo (todas las habilidades de Jason se manifestaban en aquel tono azabache), pero el poder de Lijuan revelaba un núcleo putrefacto que a Rafael le revolvió las tripas.

Se elevó para enfrentarse a ella sobre el templo y bloqueó uno de sus disparos con el azul vívido que manifestaba su propio poder.

—No he solicitado tu ayuda, Lijuan.

El cabello de la arcángel voló hacia atrás.

—Ella no debe despertar, Rafael. No puedes permitir que las emociones te impidan ver su locura.

Sabía que lo que Lijuan había dicho era verdad hasta cierto punto. Tras bloquear otra de las flechas de poder, una que lo hizo retroceder varios metros en el aire, empezó a acumular fuego de ángel en las palmas de sus manos. Ya no le haría un daño mortal, pero puesto que estaba allí en su forma física, un golpe directo podría causarle lesiones significativas.

—La cuestión de su demencia aún no tiene respuesta.

—Se llevó al joven —dijo Lijuan, cuyo cabello estaba cargado de electricidad y mostraba mechones negros. En aquel instante, Rafael comprendió que aquellos mechones eran corrientes de pura energía oscura—. Y tu consorte parece herida. Esos actos no son los de una persona cuerda.

Tal vez no, pensó Rafael, pero la mayoría de los arcángeles caminaban por la estrecha línea que separaba la cordura de la demencia.

—Cualquiera de nosotros podría haber hecho lo mismo. —Hablaban no para defender a Caliane, sino para oponerse a Lijuan, y porque su madre, pese a haber actuado con la fría arrogancia del poder, aún no había hecho nada que delatara su locura. Lijuan en cambio...

—¿Qué hay de todas las personas que ha matado a lo largo y ancho del mundo? ¿Y los que colgaban del puente de tu ciudad? —Lanzó una lluvia negra de granizo destinada a mutilar y matar.

Rafael se apartó y lanzó una bola de fuego de ángel que ella inundó de negro.

—Esos actos no llevan su firma, Lijuan, sino la tuya.

Era un disparo a ciegas. Aquellos actos de asesinato y tortura bien podrían haber sido orquestados por Neha, pero Lijuan era quien más tenía que perder si Caliane despertaba.

Una pausa en la lluvia de fuego negro. Luego, una risa suave e infantil.

—Siempre fuiste muy inteligente.

Rafael la atacó con fuego de ángel mientras estaba distraída. Lijuan erigió una pared de llamas oscuras para bloquearlo, haciendo gala de un poder que iba más allá de la comprensión. Y su voz, cuando sonó de nuevo, no tenía ni rastro de humanidad.

—Adiós, Rafael.

No hubo forma de evitarlos, los rayos llegaban desde todas partes.

Oyó el grito de Elena cuando uno de ellos le dio justo en el pecho. No era fuego de ángel, porque Lijuan nunca había poseído la habilidad de crearlo, pero eso carecía de importancia. Infectado de su poder tóxico, el golpe era letal, incluso para un arcángel. La negrura invadió su sangre y se extendió por sus células; Rafael pudo ver cómo sus venas se volvían negras bajo la piel y sintió cómo reptaba esa cosa hasta sus iris.

—Lo siento, Rafael. —Era la voz de Lijuan—. Siempre me caíste bien, pero la habrías protegido.

Intentó hablar a Elena, decirle que ella estaría a salvo. Sus Siete mantendrían sus juramentos de lealtad incluso después de su muerte. Ellos la protegerían. Sin embargo, el veneno de Lijuan se extendió por su sistema y bloqueó sus esfuerzos para defenderse con el azul cortante de su propio poder. Y luchó. Luchó con cada latido de su corazón inmortal, con cada gota de la emoción innumerable y eterna que sentía por Elena.

Incluso moribundo, consiguió lanzar una última bola de fuego de ángel utilizando una visión que cada vez se nublaba más. Lijuan gritó. Con aquel sonido estridente en los oídos, Rafael cayó y se estrelló contra el tejado del templo. Sus alas quedaron aplastadas, pero no rotas. Su caída se había visto amortiguada por un poder similar a aquel que una vez había servido de medida para juzgarse a sí mismo.

¡Hijo mío! Mi Rafael...

Demasiado tarde, pensó él. Era demasiado tarde. Caliane nunca había sido una sanadora, y todo su cuerpo estaba impregnado con el veneno de Lijuan. Intentó utilizar su reciente don de sanación para curarse, pero esa habilidad era muy reciente, apenas desarrollada. No tenía ninguna posibilidad contra la marca maligna de Lijuan.

—¡Rafael! —Unas manos cubrieron su rostro. Había una feroz determinación en la voz de su cazadora.

El arcángel quiso ordenarle que se marchara, advertirle que la infección del poder de Lijuan podía propagarse, como había ocurrido con los renacidos, pero sabía que Elena, su consorte de corazón mortal, jamás se marcharía.

Elena mía...

Elena se tragó las lágrimas y el pánico que amenazaban con ahogarla cuando vio que la maldad de Lijuan teñía de negro los hermosos ojos de Rafael, oscureciendo aquellos iris de un azul cautivador que solo se encuentra en la parte más profunda de los océanos, intenso y absoluto.

—No —dijo—. ¡No!

Sobre ella, el cielo se fracturó en un cataclismo de luz, y cuando miró hacia arriba, Lijuan ya no estaba sola. Una arcángel con el cabello del color de los cuervos y las alas del más puro blanco se enfrentaba a ella. Sus manos estaban cubiertas por llamas azules.

El molde a partir del cual fui creado.

Elena volvió a bajar la cabeza de inmediato y apretó la mano de Rafael. Su piel dorada cubría venas que se habían vuelto negras y rígidas.

¿Puedes oírme, arcángel?

Estas palabras contienen los últimos vestigios de mi poder.

Elena se concentró en el hecho de que seguía vivo y se negó a considerar nada más. Esquivó un trozo de roca que pasó volando a su lado y luego extendió las alas sobre Rafael.

¡Vete, Elena! Lucharán a muerte.

¿Quieres darme órdenes incluso en este estado, arcángel? No lo abandonaría. Jamás lo abandonaría. Levantó la cabeza y vio que Illium seguía de guardia, con el rostro marcado por la furia y la angustia.

Campanilla nos dirá cuándo debemos agacharnos.

Un momento de silencio que a punto estuvo de causarle un infarto.

Debería estar muerto.

Temblorosa, Elena apoyó la frente sobre la suya.

No digas eso. Sobreviviste a Lijuan una vez. Volverás a hacerlo.

No obstante, su piel dorada estaba pálida y fría; sus ojos se habían convertido en escalofriantes bloques negros; y sus alas... Elena se metió un puño en la boca y se mordió los nudillos con fuerza.

La maldad se extendía por sus alas muy despacio y sustituía los tonos blancos y dorados por una negrura aceitosa que despertaba en ella los más agresivos instintos. Quería luchar contra aquello, hacerlo pedazos. Pero los cuchillos no le servirían de nada. No cuando el lienzo era el cuerpo de Rafael.

—¡A cubierto, Elena!

Empezó a moverse al escuchar la primera sílaba de Illium y extendió las alas sobre el cuerpo indefenso de Rafael. Algo le golpeó el hombro con la fuerza suficiente para magullarlo, pero mantuvo su posición hasta que Illium le dijo que el terreno estaba despejado.

—¿Qué coño están haciendo?

Me gustaría saber la respuesta a esa pregunta.

Al darse cuenta de que su arcángel ya no veía nada, de que sus hermosos ojos habían sido cegados por el negro, Elena miró hacia arriba y se quedó sin aliento.

—Dios mío, Rafael. Están... —Tragó saliva para humedecerse la garganta y se concentró en las dos inmortales del cielo—. Tu madre ha conseguido dañar las alas de Lijuan, y parece que la arcángel de China aparece y desaparece.

Entonces es que necesita bastante poder para mantener su forma física. Eso no lo sabíamos.

—Tu madre no parece herida, pero no evita los rayos de Lijuan lo bastante rápido. —Caliane se movía a una velocidad impresionante, pero... —. En comparación con Lijuan, parece casi lenta.

Me equivoqué. Todavía no está lista para despertar.

Elena lo entendió todo y sintió que se le encogía el corazón: Caliane había despertado por su hijo.

—Se defiende bien. —Pero ahora que se fijaba, veía la debilidad de Caliane. Y, por supuesto, Lijuan también.

Bajó la mirada hasta el rostro de Rafael. Deseaba mentirle, darle algo de paz, pero ellos no eran así.

—Creo que tu madre va a perder, Rafael.

El cuerpo del arcángel se estremeció. Sus alas se habían vuelto completamente negras. Su piel no tenía vida.

¡Arcángel!

Rafael oyó a Elena, pero no pudo responder, ya que su mente estaba invadida por un fuego ardiente, tan tórrido que llenaba su visión de llamas incandescentes. Su mundo pasó de ser negro y frío a convertirse en un incendio abrasador.

Los instintos de supervivencia, agudizados durante más de un millar de años, lo instaban a luchar contra el furor de las llamas... pero entonces se dio cuenta de lo que ocurría. El incendio estaba engullendo la negrura, desintegrándola con una furia tan devastadora como el fuego de ángel. Y mientras lo hacía, dejaba atrás un regusto en sus sentidos, un sabor que no podía identificar y que aun así

reconocía en las profundidades de su alma.

Rafael, no te atrevas a dejarme. ¡Juntos! Prometiste que si caíamos, ¡caeríamos juntos!

Incluso en mitad de la batalla brutal que se libraba en su cuerpo, la orden de Elena hizo que deseara apoderarse de sus labios, pasar las manos por aquellas alas de guerrera en un inconfundible gesto de posesión.

La descarga de un relámpago recorrió su médula espinal y se extendió como un estallido nuclear a través de sus alas. Lo arrasó todo con semejante oleada de calor que Rafael creyó que su cuerpo quedaría reducido a cenizas. Sin embargo, cuando el incendio no fue más que un zumbido apagado y palpitante, abrió los párpados y vio el rostro de Elena, que lo miraba con absoluta determinación.

No dejaré que te vayas, arcángel. ¡No lo haré!

Luego añadió con una voz desgarradoramente tranquila:

—No puedo hacer esto sin ti, Rafael.

Rafael levantó la mano y le cubrió la mejilla.

—No soy tan fácil de matar, Elena.

Pero lo cierto era que debería estar muerto. Era un arcángel, pero Lijuan había evolucionado hacia otro plano de existencia. Su poder iba más allá de todo lo conocido, de todo contra lo que se podía luchar. Causaba la muerte tanto en los mortales como en los inmortales.

Elena se estremeció de arriba abajo y apoyó la frente sobre la de él durante un largo segundo de angustia. Rafael notó una gota de su dolor sobre la mejilla antes de que ella levantara la cabeza. Se puso en pie a su lado. Le dolía todo el cuerpo, pero había luchado en condiciones mucho peores. Ni siquiera el calor arrasador que ardía en su interior, buscando y erradicando los últimos rastros del veneno de Lijuan, era ya el infierno insoportable que había sido.

Rafael. Hijo mío...

Alzó la cabeza y vio que el ala derecha de Caliane quedaba destrozada cuando Lijuan consiguió aplastarla contra la pared lateral de un edificio.

—Vete —le dijo a Elena—. El pueblo de mi madre estará despertando. Traslada a su gente a lugares más seguros.

Elena no discutió con él y se echó hacia atrás para permitirle que remontara el vuelo.

Tén cuidado, Rafael. Le perteneces a una cazadora.

Rafael atesoró aquellas palabras en el corazón, se elevó en el aire y recogió el cuerpo de su madre. La protegió de Lijuan lanzando una descarga de fuego de ángel. La arcángel de China tuvo que agacharse y perdió la concentración. Rafael aprovechó la oportunidad para dejar a Caliane sobre un tejado con suma suavidad. Se curaría, pensó tras evaluar los daños. No había recibido ningún golpe en el corazón, a diferencia de él. Además, parecía que el veneno de Lijuan no le afectaba del mismo modo que a él. Porque Caliane era mucho más antigua.

Sus imposibles ojos azules brillaron al verlo ascender para enfrentarse a Lijuan una vez más.

Luchas por mí.

Lucho contra Lijuan.

Era posible que su madre se convirtiera en un monstruo cuando recuperara las fuerzas, pero estaba claro que Lijuan ya lo era. Si no conseguía controlarla, su marca de muerte pronto asolaría el mundo... y Caliane, en plena forma, sería la única capaz de mantenerla a raya.

De modo que utilizarías a un monstruo para enjaular a otro, ¿es eso? Aquella voz aún poseía una magia cautivadora.

Todos los arcángeles llevan en su interior la amenaza de la oscuridad.

Lijuan arrojó una lluvia de furia negra sobre él. Rafael levantó un escudo y desvió los rayos hacia otra pared, derribando un edificio que había permanecido en pie durante siglos y siglos. Percibió movimientos abajo y vio las inconfundibles alas de Elena, que medio llevaba medio arrastraba a los aturridos ciudadanos de Amanat hacia otra zona de la ciudad. *Elena, mantente fuera de la vista, le ordenó, y a que sabía que Lijuan iría a por ella si le daba la oportunidad.*

Concéntrate en salvar el cuello, arcángel. No soy yo quien pone cachonda a Lijuan.

Rafael soltó una risotada ante aquella réplica ácida y lanzó varias bolas de

fuego de ángel antes de situarse justo por encima de Lijuan. Ella las esquivó todas, pero había conseguido ponerla a la defensiva. Aprovechó la ocasión y la hizo retroceder hacia uno de los límites de la ciudad, donde era más probable que no hubiera mortales en los edificios.

Las alas de Lijuan se habían vuelto negras durante el curso de la batalla, igual que su pelo. Pero aquello no era tan importante como el hecho de que ya no parecía capaz de utilizar su forma incorpórea. Eso la volvía vulnerable, tanto como no había vuelto a serlo desde Pekín, pero aun así estaba lejos de ser una presa fácil.

Rafael se encogió cuando la arcángel consiguió chamuscarle de nuevo una de las alas. Notó un nuevo estallido en su interior mientras el fuego incandescente recorría sus venas para neutralizar la negrura. Y aquello hizo que se preguntara si... Buscó en su interior, canalizó aquel fuego salvaje e incontrolable hasta sus manos y luego lo liberó como si se tratara de fuego de ángel. Su poder siempre se manifestaba en tonos azules o en forma de llamaradas cegadoras, pero aquel fuego tenía un luminoso tono blanco y dorado con bordes iridiscentes en los que se apreciaban los matices del alba y la medianoche. Y cuando golpeó a Lijuan, la arcángel comenzó a sangrar.

Desconcertada, Lijuan lo miró fijamente mientras la oscura mancha roja se extendía por la parte delantera de su cuerpo. Rafael aprovechó su incredulidad para atacarla de nuevo, pero el fuego de su interior se estaba aplacando, y su golpe no fue ni de cerca tan potente como el primero. No obstante, fue suficiente. Acertó en una de sus alas y ella soltó un alarido de rabia antes de cambiar de dirección y atravesar el escudo de Amanat hacia la noche inmersa en la lluvia.

Cuando Rafael fue tras ella, la lluvia azotó su rostro como dagas afiladas... pero la arcángel de China había desaparecido. Aleteó para mantenerse en el aire e inspeccionó el paisaje boscoso al considerar la posibilidad de que ella se hubiera desplomado sobre la tierra. Sin embargo, los bosques no habían sufrido perturbación alguna y el oscuro cielo tormentoso estaba vacío.

Comprendió que Lijuan tenía una reserva de poder que había utilizado para escapar, adoptando otra forma durante un corto periodo de tiempo. No había modo de rastrearla, pero por el momento se había desvanecido, y se lo pensaría dos veces antes de volver a atacarlos a él o a los suyos.

Ahora había llegado el momento de enfrentarse al monstruo que lo había engendrado.

Elena, que ya había situado a los últimos ciudadanos de Amanat en una zona segura, lejos de los edificios dañados, corrió hasta una pequeña azotea y remontó el vuelo con Illium a su lado. No tardó mucho en localizar a la madre de Rafael en un tejado mucho más alto. El vestido blanco de Caliane mostraba manchas negras; su rostro, de una belleza imposible, tenía quemaduras en uno de los lados, pero no eran más que heridas superficiales para una arcángel.

Aterrizó y buscó señales de la negrura que se había apoderado de Rafael como un veneno. Las alas de Caliane tenían cicatrices en las que se vislumbraba aquella cosa oscura y aceitosa, pero...

—Creo que lo tiene controlado —le dijo a Illium.

—Soy la más poderosa de los arcángeles —dijo una voz de tan impecable claridad que casi resultaba doloroso oírla—. Lijuan aún es débil.

Los ojos de la madre de Rafael reflejaban un tono tan puro como el de su hijo, un tono que ningún mortal poseería jamás. Sin embargo, había algo en ellos, algo desconocido y antiguo. Muy, muy antiguo. Elena retrocedió un paso y observó cómo Caliane se ponía en pie con un movimiento fluido y elegante, a pesar de las heridas y de la ropa desgarrada. Las cicatrices negras ya habían disminuido de manera notable.

La arcángel clavó sus ojos en ella.

—Mi hijo te llama consorte.

—Soy su consorte —dijo Elena, sin ceder ni un ápice. Caliane no tenía el aspecto espeluznante de Lijuan, y tampoco era una zorra como Michaela, pero había una cualidad extraña en ella, algo que Elena jamás había percibido en ningún otro arcángel, sin importar lo antiguo que fuera... Era como si Caliane hubiese vivido tanto que se hubiera convertido en otra cosa, aunque, a diferencia de Lijuan, seguía manteniendo su forma física.

Caliane alzó una mano y unas inesperadas llamas de color amarillo verdoso cubrieron sus dedos. Elena oyó a Illium desenvainar su espada y supo que iba a situarse delante de ella.

—Illium, no.

El ángel de alas azules no obedeció.

—Me dijiste que decidiera a quién otorgarle mi lealtad, Elena. Pues bien, mi lealtad es para Rafael, y tú eres su corazón.

Sabía que jamás conseguiría desplazarlo, así que decidió dar un paso hacia un lado para poder enfrentar la mirada de Caliane.

—Él no desea que estés loca. —Estaba prácticamente segura de que se produciría un estallido de mal genio. A los arcángeles no les gustaba que los mortales, o los ángeles recién creados, se dirigieran a ellos de aquella manera.

Sin embargo, Caliane giró la cabeza y su pelo se agitó bajo la brisa.

—Mi hijo. —Un orgullo manifiesto—. Procede de Nadriel y de mí, pero es mejor que cualquiera de nosotros dos.

Rafael batió las alas para aterrizar frente a Caliane en aquel momento, así que Illium se echó a un lado, lo suficiente para que Elena pudiera ver el primer cara a cara entre madre e hijo en más de mil años.

El corazón de Rafael, un corazón que había considerado de piedra antes de conocer a Elena, sintió un millar de estocadas de dolor al ver la expresión de amor del rostro de su madre. Aquella expresión despertó recuerdos que por lo

general solo resurgían durante el *anshara*, el más profundo de los sueños reparadores.

Recordó que ella lo había dejado destrozado en aquel maldito prado, pero también cómo lo había abrazado cuando lloraba de niño, cómo le había limpiado las lágrimas con aquellos dedos largos y elegantes antes de besarle las mejillas con ternura. Con tanta ternura que él siempre acababa rodeándola con los brazos y estrechándola con fuerza.

—Madre —dijo, y la palabra sonó ronca, teñida de recuerdos.

La sonrisa de respuesta fue débil. Caliane estiró el brazo y alzó la mano para cubrirle la mejilla. Sus dedos estaban fríos, como si la sangre todavía no hubiera empezado a recorrer sus venas.

—Te has hecho muy fuerte.

Era un eco del sueño, y Rafael se preguntó si ella lo recordaba.

—No puedo concederte la libertad, madre. —Tenía que decirlo, sin importar que el niño que había en él se sintiera entusiasmado y aturrido por tenerla tan cerca. Tan, tan cerca.

Caliane apartó la mano de su mejilla para colocarla sobre su hombro.

—No busco la libertad. Aún no.

Rafael se rindió a la necesidad que había en él, una necesidad que había sobrevivido durante un milenio. Extendió las manos y la atrajo hacia sus brazos. Caliane lo estrechó con fuerza y apoyó la cabeza sobre su corazón. Durante un instante, solo fueron una madre y un hijo abrazándose bajo un cielo imposible.

No deseaba sobrevivir a tu padre, Rafael. Éramos dos mitades de un todo.

El pesar de su tono hizo que Rafael la abrazara con más fuerza.

Él no debía seguir vivo.

Su madre no dijo nada durante un buen rato. Cuando se apartó, su expresión era distinta, mucho más formal.

De modo que tienes una consorte mortal.

—Elena —dijo Rafael en voz alta. No pensaba permitir que Caliane dejara de lado a la mujer que había convertido la idea de la eternidad en una extraordinaria promesa—. Ya no es mortal.

Los ojos de Caliane se posaron un instante en Elena antes de regresar a él.

—Tal vez, pero no es una compañera digna de un arcángel.

Elena habló antes de que lo hiciera él.

—Es posible que no —dijo—, pero es mío y no pienso renunciar a él.

Caliane parpadeó perpleja.

—Bueno, al menos tiene coraje. —Plegó las alas que había extendido después del abrazo y volvió a mirar a Rafael—. Incluso tu sangre lleva la marca de tu mortal. —Acto seguido, dio media vuelta y caminó hasta el borde del tejado—. Debo encontrar a mi gente.

—Tu despertar ha cambiado el equilibrio del Grupo.

Lijuan ya no era la más poderosa de todos ellos, y después del sueño, Caliane era una completa desconocida.

—Más tarde. —Alzó una mano de huesos finos—. No siento el menor deseo de tratar asuntos políticos en este momento. No obstante, haz saber que esta región es ahora mía.

Puesto que no era probable que Lijuan regresara pronto para enfrentarse a Caliane, Rafael sabía que aquella reclamación no sería rebatida.

No hay forma de saber lo que hará, le dijo a su consorte. Si quiero tener alguna oportunidad de matarla, debo hacerlo ahora.

Elena cerró los dedos alrededor de su mano.

Aún no ha hecho nada que no hubiera hecho cualquier otro miembro del Grupo. El impacto que tuvo sobre ti, sobre Elijah y sobre los demás fue un efecto inconsciente, así que no puedes culparla por ello.

Ha intentado hacerte daño más de una vez.

Me remito a las pruebas: ni siquiera tus Siete confían del todo en mí. Nunca esperé que tu madre me acogiera con los brazos abiertos.

Rafael contempló a su cazadora, el penetrante anillo plateado que rodeaba su iris, y supo que Elena haría cualquier cosa para poder disfrutar de otro momento con su madre; que su dolor y su necesidad podrían ocultarle la brutalidad de la verdad.

Si tomo la decisión equivocada, podrían morir miles de personas.

No dejaremos que eso ocurra. Su voz era decidida.

Mientras ella hablaba, Illium se situó a su lado en medio de un resplandor azul y plata, y rozó el ala de Elena con la suya, una muestra de intimidad que hizo que Rafael enarcara una ceja. Los labios de Illium se curvaron en una sonrisa perversa que apenas ocultaba la intensidad de sus emociones.

No pienso ver cómo mueres otra vez, sire. Las venas se marcaban bajo su piel cuando se agarró la muñeca con la otra mano.

Rafael contempló aquellos ojos de oro que habían estado a su lado durante siglos.

Si hubiera muerto, lo habría hecho sabiendo que tú mantendrías mi corazón a salvo.

Illium miró a Elena.

Siempre.

—Me quedaré aquí con tu madre —dijo, ya en voz alta.

—No, Illium. —Hizo un movimiento negativo con la cabeza mientras acariciaba el cabello de Elena—. Enviaré a Naasir.

La línea de la mandíbula del ángel de alas azules se volvió tan afilada como una espada.

—Naasir no tiene alas, y podría necesitarlas para seguir a Caliane.

—Jason se encargará de esa parte de la ecuación. —Lo silenció con un gesto cuando Illium hizo ademán de protestar y luego añadió: Necesito que estés en la ciudad cuando regrese Aodhan. —Tanto su cazadora como Illium lo miraron con expresión interrogante—. Más tarde —añadió—. Ahora dejaremos aquí a Caliane. Al menos dijo la verdad con respecto a una cosa: siempre ha cuidado de la gente de esta ciudad, y no saldrá de aquí hasta que sea un lugar próspero una vez más.

El arcángel echó un último vistazo a la ciudad perdida de Amanat —que ya no estaba perdida— y se elevó con su consorte hacia los cielos, más allá del escudo de poder, hasta adentrarse en la lluvia oscura de la noche que había detrás.

Elena se encontraba de pie en el enorme cuarto de baño del ático que les habían concedido en Kagoshima-shi, la capital de la prefectura. Se miró el costado en el espejo y vio que ya no tenía agujeros en la carne. Rafael la había inundado con aquella calidez sanadora antes de que entrara en la ducha. Había insistido en hacerlo, aunque ella estaba mucho más preocupada por él.

Aliviada, envolvió su cuerpo con una de las esponjosas toallas blancas y se adentró en el dormitorio para dirigirse a la ventana. En aquella ciudad no había una torre angelical, pero el impactante edificio que había enfrente parecía ser el centro de operaciones, porque había ángeles entrando y saliendo a todas horas.

Mientras contemplaba las siluetas angelicales recortadas contra el horizonte, y a libre de la lluvia, pensó en lo que había ocurrido aquel día. ¿Qué habría sentido ella si Marguerite se levantara de pronto de su tumba convertida en una persona de carne y hueso?

Dolor. Necesidad. Culpabilidad. Amor. Furia.

Era una mezcla de emociones tan tumultuosa que para tratar de controlarse tuvo que soltar un profundo suspiro. Y luego otro. Y otro. Hasta que por fin logró serenarse. Todo lo ocurrido aquella noche guardaba relación con su arcángel, no con ella, se dijo.

Rafael.

El arcángel se había dado una ducha rápida y luego había ido a hablar con el ángel que estaba al mando de la ciudad. Elena había intentado impedir que se marchara, consciente del horror que había sentido cuando la maldad de Lijuan se extendió por las venas de Rafael como si fuera un ente vivo y palpitante. Pero al igual que ella era una cazadora, él era un arcángel.

Puedo verte, cazadora del Gremio.

Elena sonrió y apretó los dedos contra el cristal. Contempló a los ángeles que entraban y salían de aquel rascacielos ultramoderno de balcones asimétricos que casi parecía flotar en el aire. Tardó menos de un segundo en localizarlo. Menos de una fracción de segundo. Era el más fuerte y atractivo de todos ellos, con una magnífica envergadura de alas.

¿Las alas son proporcionales al tamaño del cuerpo?

Vio un brillo plateado en las plumas de Rafael cuando quedaron iluminadas por las luces de un cartel publicitario luminoso. El paisaje nocturno japonés era una maravilla de la tecnología.

¿A sabes lo que dicen sobre los ángeles y sus alas.

Elena se echó a reír, y fue un regalo dulce e inesperado.

¿En serio? Ven aquí y demuéstremelo.

En lugar de aterrizar, Rafael descendió y se alejó lo suficiente para que ella pudiera verlo (y admirarlo) antes de cambiar de dirección para dejarse caer en la terraza de la suite. Elena salió para reunirse con él y sacudió la cabeza.

—Presumido... —Antes de que pudiera decir nada, lo rodeó con los brazos y apretó los labios contra su cuello. Necesitaba sentir la vida, los latidos de su corazón.

Rafael le agarró las caderas con las manos.

—Mataré a cualquiera que te vea así.

Elena le mordió la mandíbula cuando él la empujó hacia el interior de la suite. En el instante en que Rafael estiró el brazo hacia atrás para cerrar las puertas, ella saltó hacia arriba para enrollarle las piernas en la cintura y dejó que la toalla cayera al suelo.

—Las ventanas —murmuró contra su cuello antes de dejar un reguero de besos en su columna.

Rafael la acarreó sin esfuerzo hasta la zona donde estaba el interruptor que volvía opacas las ventanas y estiró el brazo para pulsarlo. Elena percibió su pulso acelerado y la calidez de su piel bajo los labios. En aquel instante, el arcángel deslizó las manos por el dorso de sus muslos y agarró sus nalgas de un modo posesivo. Cuando se volvió para inmovilizarla contra la pared, ella extendió las alas a los lados de manera instintiva y se aferró a sus hombros.

La boca del arcángel estaba sobre la suya antes de que pudiera coger aliento. Rafael cubrió con la mano su pecho desnudo. Ella trató de controlar el beso, pero él se mostraba tan salvaje que tuvo que rendirse... a su boca, a su beso, a la mano que había introducido entre ambos y que acariciaba aquella zona húmeda y cálida de su cuerpo. Sus dedos se movían de una forma tan firme y exigente que Elena acabó arqueando la espalda.

El arcángel apartó la mano demasiado pronto, y Elena habría protestado si él no hubiera reclamado sus labios para darle otro beso apasionado. Jadeó cuando Rafael liberó su boca durante un segundo y gimió cuando le mordió el labio inferior con la fuerza suficiente para causarle un hormigueo. Acto seguido, regresó al interior de su boca y comenzó una nueva guerra de lenguas.

Un instante más tarde, Elena sintió que su miembro presionaba la entrada de su cuerpo.

Con una única y poderosa embestida, Rafael se hundió en ella hasta el fondo.

Elena gritó y arqueó la espalda mientras le clavaba las uñas en los costados. El placer provocó un cortocircuito en su interior, y sus músculos internos se contrajeron una y otra vez. Si había albergado alguna esperanza de poder pensar de manera racional, dicha esperanza escapó por la ventana cuando él inclinó la cabeza y le mordió el cuello. Y fue un mordisco fuerte, uno que le dejaría su marca.

Después de aquello, solo hubo caricias, sabores y la fricción íntima de la piel contra la piel.

Elena estaba tumbada encima de Rafael con una sonrisa bobalicona en la cara.

—Vaya... —murmuró contra la cálida curva de su cuello—. Eso ha sido...

El arcángel deslizó los dedos por su espalda y por la sensible curva interna de sus alas.

—He sido brusco.

—Pues sí. —Le acarició con la nariz antes de lamerle la sal de la piel—. Ha sido perfecto. —El hecho de que la hubiese embestido con toda la furia de sus emociones... Con una sonrisa más amplia, Elena le acarició la musculatura del pecho—. ¿Cuándo te quitaste la ropa?

—¿Mmm?

Su voz sonaba tan perezosa que ella no pudo contener una carcajada.

—Oye... —Le dio unas palmaditas en el pecho—. No te duermas.

Yo soy el arcángel. Soy yo quien da las órdenes.

La risa se transformó en una mueca de sorpresa. Su arcángel tenía sentido del humor, pero hasta hacía poco, siempre que decía aquello lo decía en serio. Elena situó la mano sobre su corazón para percibir los latidos firmes y fuertes, que aún no se habían calmado. Debería tener sueño, pero lo único que deseaba era acariciarlo, besarlo, sentirlo cálido y vivo bajo sus manos.

—¿Qué ocurrió, Rafael?

Él comprendió sin necesidad de más explicaciones.

—Fue un golpe letal. Keir no habría podido curarme, ni siquiera aunque hubiera estado a mi lado en el instante en que lo recibí.

Aquellas palabras enfriaron las brasas de la pasión.

—¿Tan poderosa es Lijuan?

Sí.

—Pero su poder ha cambiado desde nuestro último enfrentamiento. Ahora contiene una muerte total, incluso para los inmortales —añadió en voz alta.

—Te dio en las alas y en los hombros antes de golpearte en el pecho.

—Creo que ese golpe lateral habría matado a un ángel más joven y débil. —Cerró los dedos sobre la nuca de Elena y le dio un pequeño apretón—. Yo soy lo bastante antiguo y fuerte, así que necesitaba darme en la cabeza o en el corazón.

—Por Dios, Rafael... —Pensar en su muerte le provocaba pánico—. No

puedo perderte. —Había perdido a dos hermanas, a su madre, y en lo fundamental, también a su padre. Si perdía a Rafael, no lo soportaría.

—Sigo con vida, Elena. —Palabras sosegadas pronunciadas mientras la estrechaba—. Gracias a ti.

Ella levantó la cabeza de golpe.

—¿Qué?

—Mi madre dijo que incluso mi sangre lleva tu marca. —Estiró el brazo y recorrió el contorno de su oreja con un dedo.

—Creí que eso era una especie de insulto.

—No. —Rafael recordó el día que conoció a Elena, cuando empezó a sentir el impacto del vínculo que había entre ellos—. Lijuan me dijo que tú me harías «un poco mortal», y que, con eso, me matarías.

La culpabilidad se dibujó en el rostro de Elena.

—Es cierto que te he vuelto más débil, Rafael. Te curas más despacio...

Él presionó un dedo contra sus labios.

—Debería haber tenido en cuenta la fuente. Todo procede de Lijuan.

—No te entiendo. —Arrugó el entrecejo—. ¿Me estás diciendo que ella tergiversó la verdad de algún modo? ¿Que intentó engañarte desde el principio?

—No creo que ella lo viera de esa manera. —Deslizó la mano hasta la curva de su cuello y frotó con el pulgar la zona del pulso... la marca que le había dejado en el cuello.

Elena se arqueó para disfrutar el contacto.

—Creo que, a su manera, extraña y espeluznante, le caes bien, Rafael.

—Si continuas con los halagos se me subirán a la cabeza, cazadora del Gremio.

—Alguien debe intentar bajarte un poco los humos.

—Lijuan se ha concentrado en la muerte —le dijo. La risa de Elena se le había grabado en la piel, como una especie de firma—. Los mortales están muy vivos, aprovechan cada momento. —Los humanos no podían permitirse el lujo de desperdiciar años o décadas. Sus vidas comenzaban y terminaban en un abrir y cerrar de ojos.

Elena abrió los ojos de par en par. El anillo plateado del iris no se apreciaba con aquella luz, pero Rafael sabía que estaba allí. Una muestra de lo mucho que la inmortalidad se había introducido ya en sus células.

—El cambio que se ha producido en ti —dijo ella—, sea cual sea, ¿te ha otorgado la capacidad de resistir su poder?

—No solo de resistirlo, sino también de neutralizarlo. —Y aquello le proporcionaba una increíble ventaja contra el más poderoso miembro del Grupo; después de su madre, claro. Siempre que consiguiera mantenerse a salvo el tiempo suficiente para recuperarse de un golpe, Lijuan no podría matarlo.

Elena soltó un silbido.

—Ella lo sabía. Sabía que eso podía ocurrir.

Rafael no estaba tan seguro.

—Creo que lo había considerado, pero también creo que me contó la verdad. Ella tuvo una vez un amante humano que estuvo a punto de convertirla en mortal.

—Y decidió matarlo porque ponía en peligro su poder —concluyó Elena—. Ese hombre la asustaba.

—Sí. —Rafael observó las expresiones que iban apareciendo en el rostro de su cazadora. Cuánta pasión albergaba aquel corazón mortal, cuánta hambre de vida—. Ven aquí, Elena.

Ella se agachó hasta que su cabello creó una cámara privada alrededor de sus rostros.

—Te preocupa albergar las semillas de la locura en tu interior —un susurro ronco lleno de pasión—, pero tú nunca serás como ella. Nunca. —Porque Rafael había elegido el amor cuando parecía la peor opción posible.

La mirada del arcángel era un lago frío de montaña, el núcleo gélido de una piedra preciosa.

—Es posible que hayamos desatado el horror, Elena.

Ella sabía que ya no hablaban de Lijuan.

—Si la hubiéramos matado a sangre fría mientras dormía o mientras estaba débil, no seríamos mejores que cualquier otro monstruo.

—En ese caso, esperaremos.

Epílogo

Tres días después, Rafael contempló el semicírculo formado por el Grupo y se concentró en la mirada resplandeciente de Michaela. Fuera cual fuese la naturaleza de la relación que la arcángel mantenía con el segundo de Astaad, parecía hacerla feliz... por el momento, al menos. Flanqueando su sensual belleza se encontraban Charisemnon y el propio Astaad.

Elijah ocupaba el sitio que había a la izquierda de Rafael, y junto al arcángel de Sudamérica se encontraba Favashi. Neha se había acomodado con regia elegancia junto a ella, con Titus al otro lado. Y también estaba Lijuan... a la derecha de Rafael. Era la primera reunión oficial del Grupo a la que asistía la arcángel de China en más de un año.

Elena le había preguntado si se le pedirían explicaciones a Lijuan por el intento de asesinato de Caliane, y se había quedado atónita cuando le contestó que no había habido crimen alguno, puesto que la durmiente seguía con vida. Así era el despiadado mundo de los inmortales más poderosos.

Habló Favashi con su tono sereno habitual.

—Se ha producido un cambio en la estructura de poder del mundo.

Michaela, ataviada con un corsé que recordaba de tiempos remotos, unos pantalones negros tan ceñidos como una segunda piel y unas botas que le llegaban hasta los muslos, cruzó las piernas antes de hablar.

—Favi, la reina de los eufemismos, como siempre. —Por una vez se dirigió a un arcángel sin rastro de malicia en su voz.

Los labios de Favashi se curvaron en una pequeña sonrisa. Su vestido, una prenda de color verde claro que le llegaba a los tobillos y dejaba sus brazos al descubierto, le recordaba a Rafael los que llevaban las doncellas de Amanat.

—¿No te preocupa ese cambio?

—La madre de Rafael es poderosa —señaló Michaela—. Tan poderosa que lo más probable es que prefiera que no la molesten con insignificantes y rutinarios asuntos políticos. —Clavó la mirada en Lijuan—. Eso es lo que esperábamos de ti.

Lijuan, cuyo cuerpo no era tan sólido como debería, no se dignó responder. En lugar de eso, se concentró en Rafael.

—Deberías haberla matado —murmuró. Tenía la piel tan tensa sobre los

huesos que casi se adivinaba el color blanco de la estructura esquelética—. Ya es demasiado tarde.

Rafael recordó la decisión que ella le había instado a tomar cuando conoció a Elena y consideró lo que habría podido ocurrir si le hubiera hecho caso.

—Ya no eres la arcángel más poderosa del mundo. Y eso parece haberte nublado el juicio.

Aquellos ojos espectrales irradiaban un brillante color negro.

—Siempre me has caído bien, Rafael. —Aquellas palabras fueron como una caricia contra su mejilla, a pesar de que ella ni siquiera había alzado la mano.

Rafael pasó por alto aquella tácita invitación y miró a Astaad.

—Tú no has hablado.

—¿Qué más se puede decir? —Astaad extendió las alas en un gesto elegante y los anillos de oro de sus manos emitieron destellos—. Al parecer, por el momento Caliane no desea más de lo que tiene.

—¿Estamos seguros de eso? —La pregunta de Neha tuvo un matiz sibilante—. Corren rumores muy extraños sobre tu corte, Astaad.

Rafael, que estaba mirando al arcángel, vislumbró una efímera llama de furia en sus ojos un segundo antes de que esbozara una sonrisa lánguida.

—Siempre hay rumores. Ten cuidado con lo que crees.

El hombro de Lijuan rozó el de Rafael... y este tuvo la sensación de haber sido tocado por una ilusión sólida.

—¿Crees que Astaad sigue los pasos de Uram? —Había hablado en voz baja, solo para sus oídos.

Rafael no lo había considerado. Pero si Astaad continuaba comportándose de forma errática, entonces la culpa no era del despertar de Caliane.

—Si los sigue, es un estúpido. —Permitir que la toxina aumentara en el organismo hasta que provocara la locura era una apuesta que nadie había ganado jamás.

Me interpuse en tu camino, le dijo a Lijuan. *Intenté matarte*. En sus palabras había una pregunta implícita.

Eres joven, Rafael. Aún no has aprendido a elegir tus batallas.

Se preguntó si Lijuan creía de verdad que un día se pondría de su lado, si su demencia llegaba hasta aquellos extremos. Pero no dijo nada, porque la necesitaba calmada en aquel momento. Quizá Caliane fuera muy poderosa, pero Lijuan seguía siendo una fuerza que podría destruir el mundo.

—Neha —murmuró con un hilo de voz—. ¿Qué sabes de ella?

—Últimamente visita más a su pareja —susurró Lijuan mientras Titus y Charisemnon intercambiaban comentarios incisivos—. Quizá desee concebir otro hijo.

—Rafael —dijo Titus, apartando la mirada del arcángel que siempre conseguía sacarlo de quicio—. Tú y tu gente sois los únicos que tenéis permiso

para atravesar sus escudos y entrar en su ciudad.

—Mantendré la vigilancia —respondió el arcángel.

Aquella responsabilidad no podía recaer sobre nadie más. Después de lo que había descubierto en Amanat, el arcángel de Nueva York sabía que albergaba en su interior el potencial de hacer lo que no había sido capaz de hacer cuando era joven. Esta vez, si Caliane se convertía en un monstruo, su hijo sería el que acabara con ella.

Cuando regresó a casa, regresó a los brazos de una mujer que le recordaba que, sin importar lo que ocurriera, había saboreado la vida. Una vida que ningún otro arcángel conocería jamás.

—Rafael —le dijo ella mientras se encontraban en la terraza más alta del hogar que compartían—. ¿Vendrías conmigo a un sitio?

—A cualquier sitio.

Un asentimiento brusco. Sin decir ni media palabra más, extendió aquellas alas del color de la noche y del alba, y remontó el vuelo con él a su lado. Se dirigieron a Brooklyn, donde aterrizaron junto a una silenciosa hilera de unidades de almacenaje.

Elena ya había ido a aquel lugar con la directora del Gremio, y ahora lo había elegido a él como acompañante. Cuando se conocieron, quizá se habría tomado aquello como un insulto. Ahora era capaz de entender que Elena necesitaba sus amistades para sobrevivir y prosperar en aquella nueva vida a la que se había lanzado de cabeza.

—Yo lo haré. —Rafael levantó la puerta cuando ella retiró el candado.

Elena respiró hondo y dio un paso hacia el interior. Rafael casi podía percibir los sentimientos encontrados que la desgarraban. Cuando se volvió hacia él y le tendió la mano, él permitió que lo obligara a entrar en aquel espacio reducido, algo que ningún ángel se habría planteado siquiera en condiciones normales. Y cuando ella le pidió que cerrara la puerta, lo hizo sin rechistar.

Elena encendió la única bombilla que había en el almacén un instante después.

—¿Ves esto? —Acarició con los dedos una manta desgastada de color naranja—. Era mi mantita. —Una sonrisa trémula—. No iba a ninguna parte sin ella. —Se sentó en el suelo y dejó las alas apoyadas sobre el cemento frío.

Rafael se puso en cuclillas a su lado. La escuchó y la observó mientras ella doblaba con cuidado la manta y se la colocaba en el regazo, y luego abría una caja de cartón llena a rebosar de cosas de su infancia. Le mostró los dibujos que había hecho en el colegio, los juguetes con los que se había entretenido cuando era una niña.

—Guardaremos todo esto para nuestros hijos —murmuró Rafael mientras sujetaba una sólida abeja de madera con ruedas de la que había que tirar con una cuerda.

Elena soltó una carcajada.

—¿Para nuestros hijos?

Él nunca se lo había preguntado con anterioridad, pero en aquel momento enarcó una ceja.

—¿Te gustaría tener un bebé, Elena?

—Me preocuparía por él, o por ella, todo el tiempo. —Había pesadillas en sus ojos—. No quiero ni imaginar el terror que sentiría.

Rafael pensó en la infancia de Elena, en el bautizo de sangre que había sufrido. No obstante, ella lo sorprendió justo cuando iba a hablar.

—Pero tú eres el único hombre con el que me imagino teniendo críos... Eres lo bastante imponente como para tranquilizarme.

Rafael le cubrió las mejillas con las manos cuando ella se puso en pie y la acarició con el pulgar.

—Es probable que tardemos mucho tiempo en tener hijos. —Los ángeles no eran ni de lejos tan fértiles como los humanos—. Tendremos tiempo de sobra para acostumbrarnos a la idea.

—Practicaré con Zoe. Pobre niña... —Tras aquel comentario risueño, se acercó a otra caja y la abrió.

Y se quedó paralizada.

Rafael se situó a su lado y vio cómo levantaba un edredón de complicado diseño para llevárselo a la nariz. Inhaló con fuerza.

—Si me esfuerzo, casi puedo recordar su aroma cuando venía a darme el beso de buenas noches. —Un susurro pronunciado en voz tan baja que resultó casi inaudible—. Gardenias con un toque de una esencia mucho más rica y sensual.

Rafael extendió la mano para tocar la colcha y notó el suave zumbido del poder.

—Elena...

Ella levantó la vista de inmediato al detectar el tono extraño de su voz, y el peso de sus recuerdos se aligeró durante una fracción de segundo.

—¿Qué pasa?

Sus ojos adquirieron un sorprendente color cobalto mientras frotaba con los dedos el suave tejido de algodón.

—Hay poder en esto; el tipo de poder que solo acompaña a la sangre.

—Estaba en mi cama —recordó ella con el ceño fruncido—. Hasta que Jeffrey empaquetó todas las cosas de mi madre un invierno, mientras yo estaba en el internado, esta colcha cubría mi cama. Slater nunca entró en esa habitación. No puede haber sangre ahí. —Era evidente que no deseaba que la maldad hubiera mancillado aquello también.

—No, no es la sangre de Slater. —Rafael apartó los dedos de la colcha para acariciarle el ala—. Es la sangre del artífice.

Elena pasó el dedo sobre las pequeñas puntadas.

—Ella hacía los edredones a mano, y es probable que se pinchara con la aguja más de una vez.

Aquella esencia había desaparecido mucho tiempo atrás, enterrada bajo los efluvios de las gardenias que utilizaba para mantener las mantas frescas.

Al ver que Rafael no decía nada, sintió un escalofrío en la espalda.

—Este tipo de sangre —murmuró el arcángel—, este tipo de poder residual... no es algo mortal.

—Pues te aseguro que mi madre era de lo más mortal. —Elena la había visto muerta, con la cara pálida y sus hermosos ojos risueños ciegos para siempre.

Rafael le cubrió la nuca con la mano.

—Cuando eras humana, una vez conseguiste expulsarme de tu mente. Debería haberte resultado imposible.

—Rafael, ella no era un ángel. Y tampoco un vampiro. Solo queda una posibilidad.

—Eso no es del todo cierto. —Sin apartar los ojos de la colcha, añadió—: Los vampiros con menos de doscientos años pueden engendrar hijos. Y esos hijos son mortales.

Elena parpadeó, perpleja. Miró primero la manta y después a él. Su vida había cambiado de eje a una velocidad vertiginosa.

—¿Me estás diciendo que tengo parte de vampiro?

—No, Elena. Eras mortal antes de convertirte en ángel. Pero tu madre tenía en su sangre algo lo bastante poderoso como para sobrevivir a su muerte. Hay un vampiro en algún punto de tu árbol genealógico.

—Necesito sentarme. —Pero lo que hizo fue apoyarse sobre Rafael, con la manta apretada contra el pecho—. Mi padre... no puede enterarse. —Jeffrey odiaba a los vampiros. Solo había aceptado a Harrison por los negocios que mantenía con la familia del marido de Beth—. Creo que eso lo destrozaría.

—No tiene por qué enterarse. —Rafael le apartó el cabello de la cara—. Veamos más cosas de tu infancia... Ya habrá tiempo de sobra para lo demás.

—Sí.

Luego, cuando el ser más poderoso de la ciudad y del país se arrodilló a su lado y extendió un ala sobre las suyas con mucha ternura, Elena le mostró las brillantes y alegres piezas de la vida que había llevado antes de que Slater Patalis la rompiera en un millar de pedazos. A su vez, él le contó lo mucho que había corrido por las calles llenas de flores de Amanat y que había sido el niño mimado de toda una ciudad.

—Cuéntame más cosas —le pidió Elena, encantada.

Rafael nunca le había revelado aquellos recuerdos a ningún ser vivo, pero le dijo a Elena lo que quería saber. A cambio, ella compartió con él la alegría que había sentido al ser la tercera hermana de cuatro, la única lo bastante pequeña

para librarse de las reprimendas y lo bastante mayor para disfrutar de los privilegios que siempre se le habían negado a la menor.

Mucho después, mientras permanecían junto a los acantilados de su hogar para contemplar la extraña belleza del horizonte de Manhattan cuando caía la noche, Elena le dio un beso en la mandíbula y le entregó otro regalo.

—Ella vive, Rafael. Hay esperanza.

Esperanza. Un concepto mortal.

Por ti, Elena, aceptaré que esa esperanza pueda no ser algo absurdo.

—Bueno, ya sabes que nosotros los mortales, o los que lo fuimos hasta hace poco, tenemos cierta tendencia a ser absurdos. —Una sonrisa arrebatadora—. Eso hace la vida más interesante.

—En ese caso, ven, cazadora del Gremio. —La rodeó con los brazos y se elevó hacia el cielo frío de la noche. *Ya es hora de hacer de tu vida algo muy interesante.*

Ella se echó a reír, juguetona, y luego soltó un suspiro mientras él la llevaba hacia el océano.

Knhebek, Rafael.

Y él supo que, sin importar lo que ocurriera cuando los pálidos rayos del sol del amanecer cayeran sobre la tierra, nada los derrotaría.

Knhebek, hbeebti.